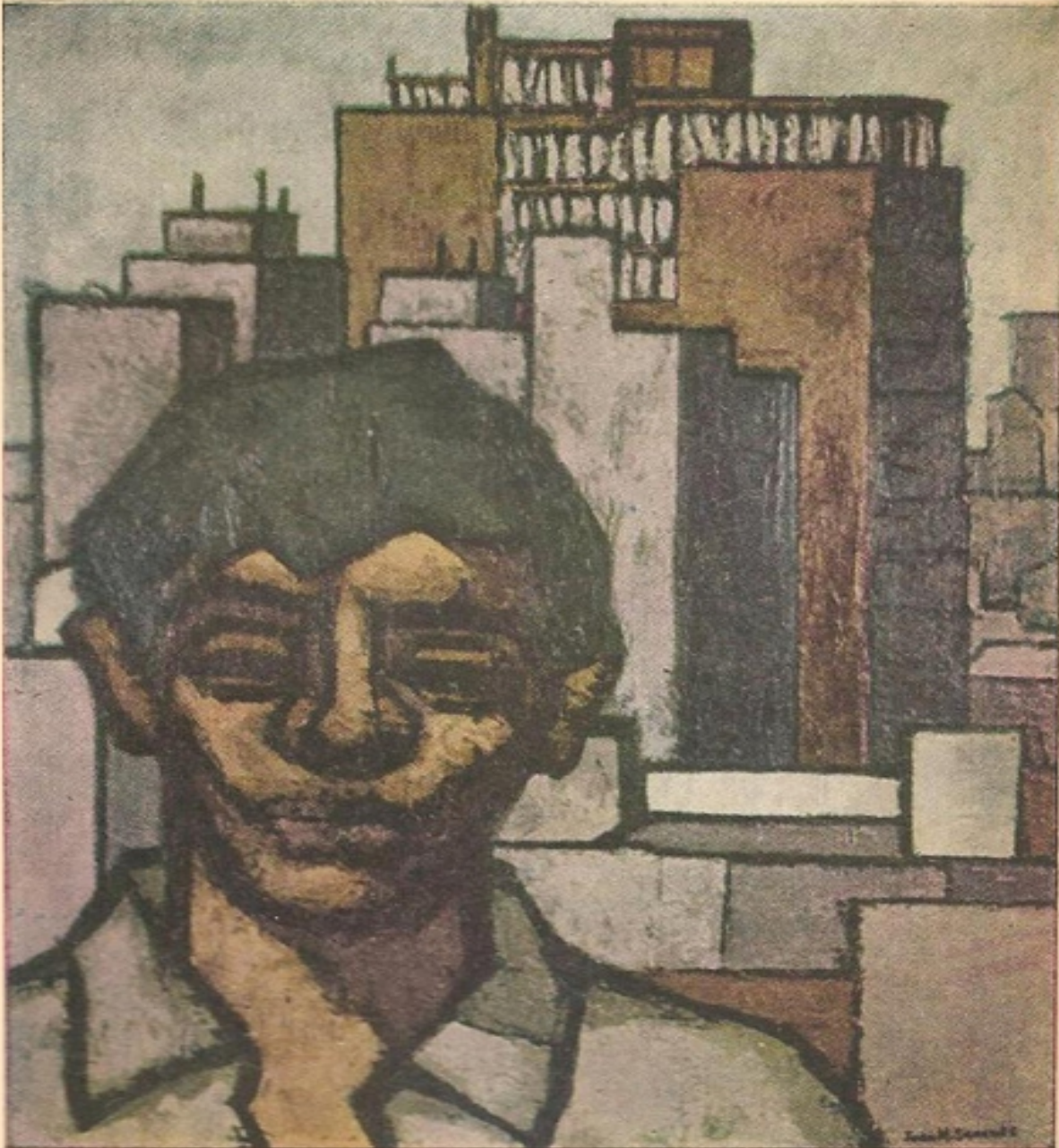


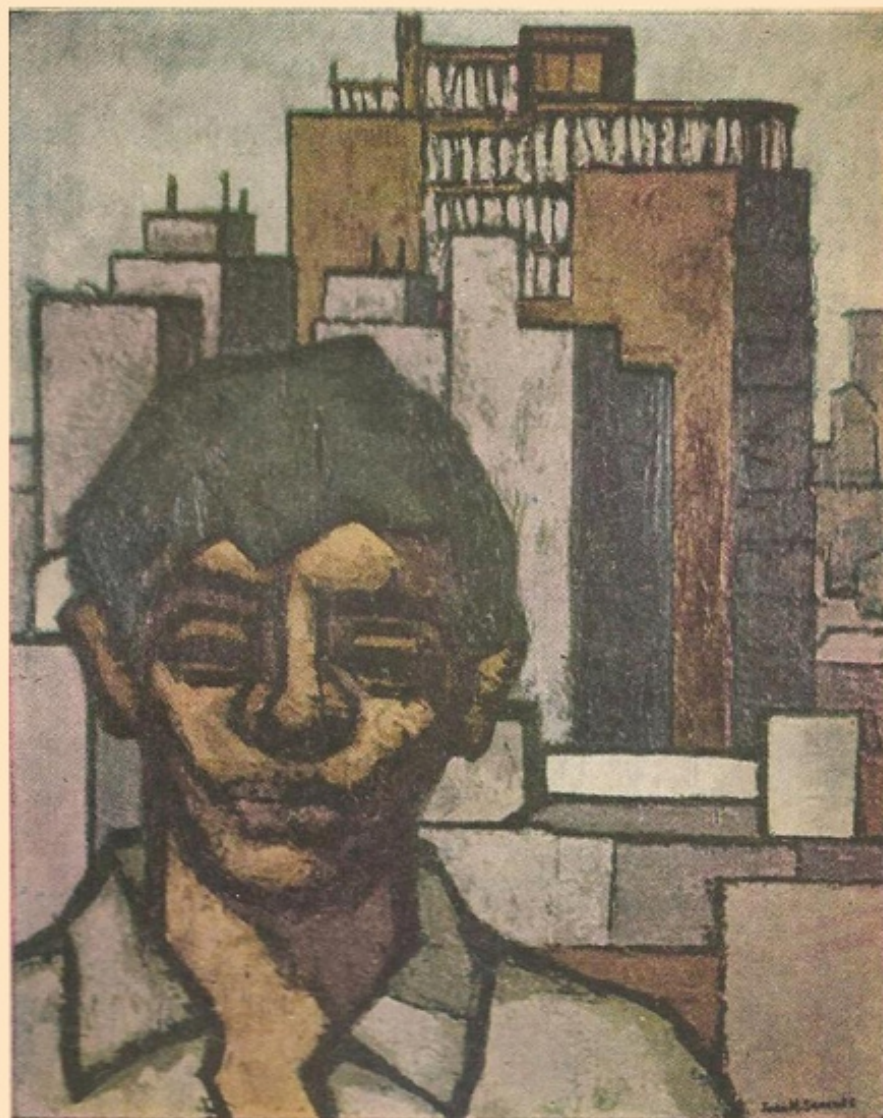
J. D. SALINGER



**el cazador
oculto**

se

J. D. SALINGER



**el cazador
oculto**

88

Escrito en primera persona, *El cazador oculto* relata las experiencias de Holden Caulfield en la ciudad de Nueva York, después de ser expulsado de Pencey Prep, su escuela secundaria.

Al publicarse en 1951 en los Estados Unidos, la novela provocó numerosas controversias por su lenguaje provocador y por retratar sin tapujos la sexualidad y la ansiedad adolescentes. Es considerado por numerosos expertos como uno de los libros más importantes del siglo XX.

El cazador oculto es la primera traducción de la obra de *The catcher in the rye*, realizada por Manuel Méndez de Andes en 1961.



J. D. Salinger

El cazador oculto

ePub r1.2

gertdelpozo 03.01.2019

Título original: *The catcher in the rye*
J. D. Salinger, 1951
Traducción: Manuel Mendez de Andes

Editor digital: gertdelpozo
Corrección de erratas: Khrizwar, diego77
ePub base r2.0



I

Si de veras desean oírlo contar, lo que probablemente querrán saber primero es dónde nací, cómo fue mi infancia miserable, de qué se ocupaban mis padres antes de que yo naciera, en fin, toda esa cháchara estilo David Copperfield; pero, para serles franco, no me siento con ganas de hablar de esas cosas. En primer lugar, me aburren soberanamente y, en segundo término, mis padres sufrirían un par de hemorragias cada uno si contara algo demasiado personal acerca de ellos. Son muy susceptibles para esas cosas, en especial mi padre.

Son buenísimos, en cuanto a eso no tengo nada que decir, pero también más susceptibles que el demonio. Además, no pienso contarles toda mi cochina autobiografía ni nada semejante. Me limitaré a relatarles esas cosas de locura que me ocurrieron allá por la última Navidad, poco antes de sentirme medio acabado y de verme obligado a venir aquí para reponerme y descansar. Bueno, eso fue todo lo que le conté a D. B., y conste que es mi *hermano*. Está en Hollywood, ciudad que no queda lejos de esta porquería, y viene a visitarme prácticamente todos los fines de semana. Cuando yo vuelva a casa, lo que tal vez ocurrirá el mes que viene, piensa llevarme en su auto. Acaba de comprar un Jaguar, uno de esos coches ingleses que dan más de trescientos kilómetros por hora. Le costó cerca de cuatro mil dólares. Ahora tiene una pila de plata. Antes no *solía* ser tan rico. Cuando estaba en casa era solamente un buen escritor. En caso de que nunca lo hayan oído nombrar, les diré que escribió ese formidable libro de cuentos cortos *El pez de oro secreto*. El mejor de todos era, precisamente, «El pez de oro secreto». Trataba de un niño que no le permitía a nadie mirar su pez dorado, porque lo había comprado con su propio dinero. Me enloquecía.

Ahora D. B. está en Hollywood, prostituido. Si hay algo que odio de veras es el cine. No me gusta ni que lo mencionen en mi presencia.

Deseo empezar por el día en que abandoné Pencey Prep. Pencey Prep es un colegio de Agerstown, Pensilvania. Es probable que lo hayan oído nombrar. Por lo menos es casi seguro que habrán visto los avisos. Lo anuncian en más de mil revistas, mostrando siempre un tipo con una pinta bárbara, montado a caballo, que salta una valla. Como si lo único que se hiciera en Pencey Prep fuese jugar al polo todo el santo día. Durante mi permanencia allí, ni por casualidad conseguí ver un solo caballo por los alrededores. Y debajo del grabado con el jinete famoso, dice siempre: «Venimos moldeando jóvenes desde 1888, convirtiéndolos en magníficos hombres de claro pensamiento.» Estrictamente para cazar mixtos. En Pencey no moldean ni mejor ni peor que en cualquier otro colegio. Y nunca tuve la oportunidad de conocer allí a nadie espléndido o de pensamiento claro. Salvo tal vez un par de tipos —si fueron tantos—, y es muy probable que llegaran ya así a Pencey.

Bueno, era el sábado del partido de fútbol con Saxon Hall, es decir, un gran acontecimiento en Pencey. Se trataba del último encuentro del año, y había que suicidarse o hacer una burrada por el estilo si Pencey perdía. Recuerdo que alrededor de las tres de esa tarde estaba en la cumbre de Thomson Hill, justo al lado de ese cañón absurdo que intervino en la campaña revolucionaria. Desde allí se divisaba toda la cancha, sobre la que se afanaban los hombres de ambos equipos. No se alcanzaba a distinguir bien la tribuna principal, pero podía oírse a sus ocupantes aullar y rugir alentando a Pencey —porque prácticamente estaba reunido allí todo el colegio, menos yo—, o lanzar algún débil grito aislado en favor de Saxon Hall, pues el equipo visitante casi nunca venía acompañado por muchos partidarios.

A los partidos de fútbol casi nunca asistían muchas chicas. Sólo a los alumnos de los cursos superiores se les permitía llevar chicas. Aquel colegio era verdaderamente algo terrible por cualquier lado que se lo mirase. Por lo menos a mí me gusta estar en un sitio donde puedan verse algunas chicas de vez en cuando, aunque sólo estén rascándose los brazos, sonándose las narices o riéndose como idiotas. Shelma Thurmer, la hija del

rector, solía presenciar los partidos con cierta asiduidad; pero no era exactamente el tipo que puede volverlo a uno loco de deseo. No quiero decir con eso que no fuese bastante linda. Una vez me senté a su lado en el ómnibus y entablamos una especie de conversación. Me gustaba bastante. Tenía la nariz grande y las uñas todas comidas y medio ensangrentadas, y usaba uno de esos postizos con tremendas puntas; pero, en cierto modo, me daba lástima. Lo que más me gustaba en ella era que nunca lo aburría a uno con toda esa bosta de lo gran tipo que era su padre. Es probable que supiese demasiado el miserable farsante que era.

Como les decía, me encontraba en la cumbre de Thomson Hill en vez de estar presenciando el partido, porque acababa de regresar de Nueva York con el equipo de esgrima. Yo era el cochino director del equipo de esgrima. Al parecer un cargo muy importante. Aquella mañana nos habíamos trasladado a Nueva York para medirnos con los esgrimistas del colegio McBurney. Pero el encuentro no se realizó. Dejé olvidados en el subterráneo floretes, caretas y demás equipo. No fue mía toda la culpa. Tuve que andar levantándome continuamente a mirar el cochino plano para ver donde teníamos que bajarnos. Por eso regresamos a Pencey a las dos y media de la tarde, en vez de hacerlo a la hora de cenar. Durante el viaje de regreso todos los integrantes del equipo me hicieron el vacío. En cierto modo la cosa no carecía de gracia.

La otra razón que motivaba mi ausencia del partido era que quería despedirme del viejo Spencer, mi profesor de historia. El hombre tenía gripe y me pareció que probablemente no volvería a verlo hasta que se iniciasen las vacaciones de Navidad. Me escribió diciéndome que deseaba verme antes de que regresara a casa. El viejo Spencer sabía ya que yo no iba a volver a Pencey. Olvidé hablarles de eso. No iba a volver al colegio después de las vacaciones de Navidad, porque me habían aplazado en cuatro materias y, además, no había demostrado ninguna aplicación ni deseo de aprender. Me llamaron varias veces la atención para que me aplicase (sobre todo a mitad de curso, cuando mis padres vinieron a conferenciar con el viejo Thurmer), pero no hice ningún caso. Entonces me dieron un puntapié. En Pencey suelen expulsar tipos con bastante frecuencia. Es un colegio con una calificación académica muy alta. Eso hay que reconocerlo.

De todas maneras, había llegado diciembre y el ambiente estaba más frío que teta de bruja, sobre todo en la cima de aquella estúpida loma. Sólo llevaba puesto el impermeable reversible y no tenía guantes ni nada. La semana anterior alguien me había robado el sobretodo de pelo de camello de mi propia habitación con los guantes forrados de piel dentro del bolsillo y todo. Pencey estaba lleno de delincuentes. Buen número de alumnos pertenecían a familias sumamente ricas, pero, de todos modos, estaba lleno de indeseables. Cuanto más caro es un colegio más delincuentes tiene... fuera de bromas. De todos modos seguía al lado de aquel absurdo cañón mirando el partido y helándome el trasero. Claro que el partido no me interesaba demasiado. En realidad permanecía allí porque estaba tratando de experimentar alguna sensación de despedida. Quiero decir que en mi vida he dejado colegios y lugares casi sin darme cuenta de que los abandonaba. Detesto eso. No me importa que el adiós sea bueno o malo; sólo que cuando dejo un sitio quiero «sentir» que lo dejo. Sí no lo consigo, me siento todavía peor.

Pero tuve suerte. De repente pensé en algo que me ayudó a darme cuenta de que me largaba de allí de una cochina vez. De repente recordé aquella vez, en el mes de octubre, en que Robert Tichener, Paul Campbell y yo estábamos pateando una pelota de fútbol frente a la Academia. Eran muy buenos muchachos, especialmente Tichener. Era poco antes de cenar y afuera estaba poniéndose muy oscuro; pero igual seguíamos pateando la pelota. Seguía oscureciendo cada vez más, hasta el punto que casi no podíamos ver la pelota, pero no dejábamos de hacer lo que estábamos haciendo. Al fin tuvimos que ponerle fin. El profesor Zambesi, que nos enseñaba mitología, asomó la cabeza por una ventana de la Academia y nos ordenó volver a los dormitorios y prepararnos para la cena. Si consigo recordar cosas así podré tener siempre a mi disposición un adiós cuando lo necesite... al menos la mayoría de las veces. En cuanto lo conseguí, giré sobre mis talones y eché a correr por la otra ladera de la colina, hacia la casa del viejo Spencer. No vivía en el colegio. Vivía en la avenida Anthony Wayne.

Corrí sin detenerme hasta la puerta principal y luego esperé un segundo para recobrar aliento. Si quieren que les confiese la verdad, tengo muy poco

fuelle. En primer lugar, fumo mucho...; es decir, solía fumar mucho. Me obligaron a dejar el vicio. En segundo término, crecí casi medio metro el año pasado.

Por eso me volví casi tuberculoso y tuve que venir aquí para que me revisaran, me hicieran análisis y demás cosas por el estilo. Con todo, tengo bastante buena salud.

Bueno, en cuanto recobré el aliento, crucé corriendo la ruta 204. Estaba más helada que el demonio y faltó muy poco para que me cayese. Ni siquiera sé para qué corría...; tal vez fuera sólo porque tenía ganas de hacerlo. Después de cruzar la carretera, sentí como si fuese a desaparecer. Era una tarde de perros, terriblemente fría, sin sol ni nada, y uno tenía la sensación de que iba a desaparecer cada vez que cruzaba un camino.

En cuanto llegué a casa del viejo Spencer me apuré a tocar el timbre. Me sentía verdaderamente congelado. Me dolían las orejas y apenas podía mover los dedos. Casi dije en voz alta: —Vamos, vamos, abran la puerta de una vez—. Por fin la anciana señora Spencer la abrió. No tenían mucama ni nada y por eso abrían siempre la puerta ellos mismos. Al parecer no andaban muy sobrados de plata.

—¡Holden! —exclamó la señora Spencer—. ¡Encantada de verlo! ¡Haga el favor de pasar, mi querido! ¿No está usted muerto de frío? —Creo que de veras estaba contenta de verme. Me tenía simpatía. Por lo menos eso me parecía.

Entré en la casa como una exhalación.

—¿Cómo está usted, señora Spencer? ¿Cómo sigue su esposo?

—Déme el abrigo, mi querido —repuso. No me oyó cuando le pregunté cómo estaba el señor Spencer. Era algo sorda.

Colgó mi abrigo en el *placard* del vestíbulo y yo me alisé el pelo con la palma de la mano. Lo uso siempre muy corto y no tengo necesidad de peinarlo mayormente.

—¿Cómo le ha ido todo este tiempo, señora Spencer? —volví a decirle, aunque esta vez más alto, para que me oyera.

—Bien, Holden, bien. Muchas gracias. —Cerró la puerta del *placard*—. ¿Y a usted, *cómo le ha ido*? —Por a forma en que me lo preguntó, en

seguida me di cuenta de que el viejo Spencer le había contado que acababan de echarme de una patada.

—Bien —le contesté—. ¿Cómo está su esposo? ¿Se repuso ya de la gripe?

—¡Qué se va a reponer, Holden! Se está portando como un perfecto... no sé «qué»... Está en su habitación, mi querido. Puede pasar a verlo.

II

Cada uno tenía su propio cuarto. Ambos frisaban en los setenta años. Sin embargo, todavía sentían entusiasmo por ciertas cosas... aunque sólo a medias, desde luego. Sé que está feo que lo diga; pero lo hago sin ninguna intención. Sólo que solía pensar en el viejo Spencer con mucha frecuencia, y si uno pensaba mucho en él, no podía dejar de preguntarse para qué demonios vivía todavía. Quiero decir que estaba todo encorvado, que tenía una figura terrible, y en clase, cada vez que se le caía una tiza, algún alumno de los que estaban en primera fila tenía que levantarse y alcanzársela. En mi opinión, eso es algo horrible. Pero si uno pensaba en él lo suficiente y no demasiado, sacaba la conclusión de que al fin y al cabo no lo pasaba del todo mal. Por ejemplo, un domingo, cuando otros compañeros y yo estábamos en su casa tomando chocolate caliente, nos mostró una vieja manta deteriorada tejida por los indios navajos, que había comprado a algún indio en Yellowstone Park. Era fácil advertir que el viejo Spencer tuvo una gran alegría cuando la compró. Eso es lo que quiero decir. Uno toma a alguien más viejo que el mundo, como Spencer, y tiene que reconocer que viejo y todo puede sentir una gran alegría al comprar una manta tejida por los indios.

La puerta de su habitación estaba abierta; pero de todos modos golpeé, por cortesía. Podía ver dónde estaba sentado. Estaba sentado en un gran sillón de cuero, envuelto en la manta de que les acabo de hablar. Cuando llamé a la puerta gritó:

—¿Quién es? ¿Caulfield? Adelante, muchacho. —Fuera de clase, siempre andaba gritando. A veces le atacaba a uno los nervios.

En cuanto entré, lamenté, en cierto modo, haber ido a visitarlo. Estaba leyendo el «Mensual Atlántico», había píldoras y medicinas por todas partes y todo olía a gotas nasales Vicks. Era bastante deprimente. Además, los enfermos no me atraen mucho que digamos. Pero lo más deprimente de todo es que el viejo Spencer tenía puesta aquella salida de baño vieja y raída, con la que seguramente lo habían envuelto al nacer o algo por el estilo. En realidad, no me gusta nada ver viejos en salidas de baño o pijamas. Muestran siempre el pecho arqueado. ¡Y las piernas! ¡Las piernas de los viejos, en playas y sitios semejantes, siempre tan blancas y lampiñas!

—¿Cómo está, señor? —le dije—. Recibí su nota. Muchísimas gracias. —Me había escrito una nota pidiéndome que pasara por su casa a despedirme antes de que empezaran las vacaciones de Navidad, con motivo de mi expulsión del colegio—. No debió tomarse el trabajo de escribirme, señor Spencer. De todos modos, pensaba venir a saludarlo antes de marcharme.

—Siéntese allí, muchacho —dijo el viejo Spencer. Quería decir, sobre la cama. Me senté en ella.

—¿Cómo está de la gripe, señor?

—Muchacho, si me sintiera mejor tendría que llamar al médico —dijo el viejo Spencer. Aquella salida le encantó. Empezó a reírse como un loco. Al fin consiguió dominarse y dijo—: ¿Cómo no está presenciando el partido? Creía que hoy era el día del gran encuentro.

—Y lo es. Pero yo acabo de regresar de Nueva York con el equipo de esgrima —le dije. Su cama era más dura que una piedra.

De pronto empezó a ponerse más serio que el demonio. Eso yo ya lo tenía previsto.

—¿De modo que nos deja, verdad? —me preguntó.

—Sí, señor. Creo que sí.

Empezó a mover la cabeza como de costumbre. En mi vida no había visto a nadie mover tanto la cabeza como el viejo Spencer. Uno nunca podía saber si lo hacía porque estaba pensando profundamente, o porque era sólo un viejo bonachón que no sabía distinguir la mano del trasero.

—¿Qué le dijo el señor Thurmer, muchacho? —me preguntó—. Tengo entendido que hablaron un buen rato.

—Sí, en efecto; está usted bien informado. Estuve en la oficina del rector más o menos dos horas.

—¿Y qué le dijo?

—Oh... bueno, me habló de que la vida venía a ser algo así como un gran partido, y de que era necesario jugarlo de acuerdo con los reglamentos. Fue bastante tolerante. Es decir, no se enfureció ni nada de eso. Se limitó a hablarme acerca de la vida como de un gran partido y cosas por el estilo. Usted sabe.

—Sí, la vida es un partido, muchacho. La vida es un partido que uno juega de acuerdo con los reglamentos.

—Sí, señor. Sé que lo es. De verdad lo sé.

Sí, lindo partido. Si uno está en el equipo integrado por los mejores, entonces puede hablarse de un partido, de acuerdo. Pero si a uno le toca jugar en el otro bando, donde están todos los chambones, ¿de qué partido me hablan? Nada; que no hay tal partido.

El viejo Spencer me preguntó:

—¿El señor Thurmer le escribió ya a sus padres?

—Me dijo que pensaba escribirles el lunes.

—Y usted, ¿se comunicó ya con ellos?

—No señor. No me comuniqué con ellos, porque probablemente los veré el miércoles por la noche, cuando llegue a casa.

—¿Y cómo cree que tomarán la noticia?

—Bueno... me parece que se irritarán bastante. Estoy seguro de ello. Este es el cuarto colegio en que he estado. —Sacudí la cabeza. Suelo sacudir la cabeza con demasiada frecuencia.

—¡Compañero! —dije. También digo ¡compañero! muchas veces. En parte, porque tengo un vocabulario muy pobre, y en parte, porque suelo actuar como si fuese mucho más joven de lo que soy. Entonces tenía dieciséis años y ahora tengo diecisiete, y a veces me porto como si no tuviera más que trece. Es verdaderamente irónico, porque mido un metro ochenta y tengo el cabello gris. Un lado de la cabeza, el derecho, está lleno de millones de pelos grises. Los tengo desde chico. Y, sin embargo, muchas veces me porto como si sólo tuviese doce años. Todo el mundo lo dice, especialmente mi padre. En parte tiene razón, pero no en todo. La gente

siempre cree que todo debe ser totalmente verdadero. Eso no me importaría un cuerno si la gente no me aburriese diciéndome, continuamente, que debo comportarme de acuerdo con mi edad. A veces obro como si fuese mucho mayor, pero la gente parece no notarlos. No tendría que extrañarme, pues la gente nunca nota nada.

El viejo Spencer empezó de nuevo a mover la cabeza. También comenzó a hurgarse la nariz. Hacía como si solamente se la pellizcara, pero, en realidad, estaba metiendo adentro el cochino pulgar. Tal vez pensaba que no tenía nada de particular que lo hiciera, porque en la habitación sólo estábamos nosotros dos. En realidad no me importaba, aunque es bastante desagradable que alguien se meta el dedo en la nariz delante de uno.

Luego dijo:

—Tuve el gusto de saludar a sus padres cuando vinieron a conversar con el doctor Thurmer la semana pasada. Son grandes personas.

—Sí, en verdad. Son muy buenos.

«Grandes». Si hay una palabra que aborrezco es grande. Suena a falso. Cada vez que la escucho me vienen ganas de vomitar.

Entonces, repentinamente, el viejo Spencer pareció como si tuviese algo muy bueno, algo agudo como una tachuela, que decirme. Se movió en su sillón y se enderezó. Sin embargo, no fue más que una falsa alarma. No hizo más que levantar de las rodillas el «Mensual Atlántico» y trató de arrojarlo sobre la cama, a mi lado. Sin embargo erró el tiro. Estaba sentado a solo cinco centímetros de la cama, pero lo mismo erró. Entonces me levanté, recogí el diario y lo puse sobre la cama. De repente me entraron unas ganas tremendas de salir de una bendita vez de aquel cuarto. Sentía que se avecinaba una terrible conferencia. La idea no me molestaba tanto como no me agradaba soportar una conferencia envuelto en olor a gotas nasales Vicks y, al mismo tiempo, verme obligado a mirar al viejo Spencer con su pijama y su salida de baño. Confieso que no me seducía en lo más mínimo.

Pero la cosa empezó. El viejo Spencer me preguntó:

—¿Qué le pasa, muchacho? —Por venir de él, lo dijo con excesiva rudeza—. ¿Cuántas materias estudiaba para este curso?

—Cinco, señor.

—Cinco. ¿Y en cuántas ha sido aplazado?

—En cuatro.

Moví el trasero un poco en la cama. Era la cama más dura en que haya estado sentado jamás.

—Pasé inglés sin novedad, porque ya había leído algunos textos cuando estuve en el Colegio Whooton. Por eso no tuve necesidad de estudiar mucho, limitándome a escribir algunas composiciones de vez en cuando.

Ni siquiera me escuchaba. Casi nunca escuchaba cuando alguien le decía algo.

—Lo aplacé en historia, porque no sabía una sola palabra.

—Lo sé, señor. De sobra lo sé. Usted no pudo evitarlo.

—No sabía una sola palabra —repitió.

Eso es algo que me enloquece. Que la gente diga algo dos veces de ese modo, después de uno haberlo admitido la primera. Luego lo dijo por tercera vez.

—Pero absolutamente nada. Dudo mucho, muchísimo, que haya usted abierto el libro una sola vez durante todo el curso. ¿No es así? Dígame la verdad, muchacho.

—Bueno, en realidad le eché un vistazo un par de veces —le contesté. No quería herir sus sentimientos. Era un tipo que tenía pasión por la historia.

—Conque un vistazo, ¿eh? —dijo sarcástico—. Su boleta de examen está sobre la cómoda. Encima de la pila. ¿Quiere hacer el favor de alcanzármela?

Me estaba jugando una mala pasada, pero hice lo que me mandó; no me quedaba otra alternativa. Luego volví a sentarme en su cama de cemento. Ahora lamentaba de veras haber ido a decirle adiós.

Tomó mi boleta de examen como si fuese algo sucio, y me dijo:

—Estudiamos los egipcios desde el 4 de noviembre hasta el 2 de diciembre. Usted eligió escribir sobre ellos para su prueba. ¿Quiere oír lo que tuvo que decir?

—No, señor. No tengo mayor interés.

Pero lo leyó de todos modos. Es imposible detener a un maestro cuando se le ocurre hacer algo. Lo hará contra viento y marea.

«Los egipcios pertenecían a una raza caucásica muy antigua y habitaban la parte norte de África. Este último, como sabemos, es el continente más grande del hemisferio oriental».

Yo no tenía más remedio que seguir allí sentado y escuchar todas aquellas tonterías.

«Los egipcios nos resultan sumamente interesantes en la actualidad por varias razones. La ciencia moderna todavía ignora los secretos ingredientes que utilizaban para embalsamar a sus muertos. Y lograr así que sus rostros no se corrompiesen durante siglos. Este interesante enigma todavía desafía a la ciencia moderna en el siglo xx».

Dejó de leer y bajó el papel. Estaba empezando a odiarlo.

—Su ensayo, si podemos llamarlo así, termina ahí —dijo con su voz más sarcástica. Al verlo, nadie diría que el viejo Spencer pudiera ser tan sarcástico. Continuó—: Sin embargo, me puso una notita al pie de la página.

—Lo sé —le dije. Lo dije muy aprisa, porque quería detenerlo antes de que empezara a leer también la nota. Pero era imposible pararlo. Estaba más caliente que un buscapiés.

«Querido señor Spencer (leyó en voz alta): Eso es todo lo que sé sobre los egipcios. Aunque sus conferencias sobre ellos me resultan muy ilustrativas e interesantes, yo no consigo interesarme por ellos. Le aseguro que no me importará que me aplace; lo mismo me está ocurriendo con todas las demás materias, excepto inglés. Lo saluda respetuosamente: Holden Caulfield.»

Entonces soltó mi cochina boleta y me miró como si acabara de derrotarme en un partido de *ping-pong* o algo por el estilo. Creo que no le perdonaré nunca el haberme leído en voz alta aquella porquería. Por lo menos, si él la hubiese escrito, yo no se la habría leído... de verdad. En primer lugar, aquella nota la escribí con el solo objeto de que no sintiera ningún remordimiento al aplazarme.

—¿Se queja de que lo haya aplazado, muchacho?

—No, señor. De ningún modo —repuse. Hubiese dado cualquier cosa con tal que dejara de llamarme «muchacho» continuamente.

Cuando terminó de leer mi boleta de examen, trató de arrojarla sobre la cama. Pero, naturalmente, volvió a errar. Tuve que volver a levantarme a recogerla y luego la coloqué sobre el «Mensual Atlántico». Me aburría soberanamente tener que hacer lo mismo cada dos minutos.

—¿Qué hubiera hecho en mi lugar? —me preguntó—. Dígame la verdad, muchacho. Bueno, era evidente que el hombre sentía mucho haberse visto obligado a aplazarme. De modo que traté de consolarlo lo mejor que pude. Le dije que yo era un verdadero tarado y demás. Le dije que de haber estado en su lugar habría hecho exactamente lo mismo, y agregué que la mayor parte de la gente no se da cuenta de lo duro que resulta a veces ser profesor. Cosas así. El viejo cuento de siempre.

Lo curioso es que mientras hablaba estaba pensando en otra cosa. Vivo en Nueva York y pensaba en la laguna de Central Park. Pensaba si estaría helada cuando volviese a casa, y si así era, adonde irían los patos. Me preguntaba adonde irían los patos cuando la laguna se helara y endureciera. Me preguntaba si vendría algún tipo con un camión, para llevarlos al zoológico o a algún lugar por el estilo o si se alejarían volando.

Sin embargo, tengo suerte. Quiero decir, puedo hablar con el señor Spencer y al mismo tiempo pensar en otra cosa. Es curioso. No hace falta pensar mucho para hablar con un maestro. Sin embargo, el viejo Spencer me interrumpió de repente. No hacía más que interrumpirlo a uno.

—¿Qué piensa de todo esto, muchacho? Tendría sumo interés en saberlo. Muchísimo interés.

—¿Se refiere a mi expulsión de Pencey y a todo eso? —le dije. Me hubiera gustado que se tapara de una vez el pecho arqueado. No era un panorama nada agradable.

—Si no me equivoco, Holden, creo que también tuvo dificultades en el Colegio Whooton y en Elkton Hills.

—En Elkton Hills no tuve mayores dificultades. No fui aplazado ni mucho menos. Más bien me retiré.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—¿Por qué? Bueno, ésa es una historia bastante larga, señor.

No tenía ninguna gana de revolver aquel asunto con él. Además, no me habría comprendido. Una de las razones más importantes que me obligaron

a alejarme de Elkton Hills, fue que estaba rodeado de farsantes pretenciosos. Eso fue todo. Allí la mayoría eran unos exhibicionistas. Por ejemplo, tenían ese rector, el señor Haas, que era el farsante más degenerado que he encontrado en mi vida. Cien veces peor que el viejo Thurmer.

Por ejemplo, los domingos, Haas andaba por ahí estrechando la mano de todos los padres de los alumnos que iban de visita al colegio. Era más meloso que el demonio. Salvo si algún muchacho tenía padres de pinta un poco chocante. Tendrían que haber visto cómo trataba a los padres de mi compañero de cuarto. Quiero decir, que si la madre de algún alumno era muy gorda y de aspecto ordinario, o si el padre de alguno era uno de esos tipos que usan trajes con hombreras muy anchas y llamativos zapatos blancos y negros, entonces el viejo Haas se limitaba a estrecharles la mano y hacerles una sonrisa falsa para luego irse a charlar, tal vez por espacio de media hora, con los padres de algún otro. No puedo tolerar esas cosas. Me enloquecen. Me deprimen y enfurecen. Detestaba a ese inmundo Elkton Hills.

Entonces el viejo Spencer me preguntó algo, pero no pude oírle. Estaba pensando en el degenerado de Haas.

—¿Qué decía, señor? —le pregunté.

—¿Tiene algún escrúpulo de conciencia al abandonar Pencey?

—Sí, tengo algunos remordimientos. Claro... pero no vaya a creer que muchos. Al menos por ahora. Pienso que todavía no me he dado cuenta del todo. Suelo tardar bastante en darme cuenta de las cosas. Por ahora lo único que pienso es que debo volver a casa el miércoles. Soy un tarado.

—¿No tiene absolutamente ninguna preocupación por su futuro, muchacho?

—Tengo cierta preocupación por mi futuro, desde luego. Claro que la tengo. —Pensé en ello un minuto—. Pero no estoy demasiado preocupado... No creo estar muy preocupado.

—Pero lo estará —me aseguró el viejo Spencer—. Ya lo estará, muchacho. Y entonces será demasiado tarde.

No me gustó que me dijera eso. Me hacía sentir como muerto o algo así. Resultaba muy deprimente.

—Creo que tiene usted razón —le dije.

—Desearía meterle un poco de sentido común en la cabeza, muchacho. Estoy tratando de ayudarlo. Estoy tratando de ayudarlo, si es posible.

Y era verdad. Se veía a la legua. Pero lo malo era que los dos estábamos situados en lugares demasiado opuestos.

—Sé que desea ayudarme, señor. Muchas gracias.

Aprecio mucho su buena intención. De verdad.

Entonces me levanté de la cama. No me hubiese quedado sentado allí diez minutos más aunque me fuera en ello la vida.

—La cosa es que ahora tengo que irme. Tengo una parte del equipo en el gimnasio y debo retirarla antes de regresar a casa. Se lo aseguro.

Entonces me miró y comenzó a mover otra vez la cabeza, con la cara muy seria. De repente me dio una lástima bárbara. Pero no podía quedarme allí más tiempo ya que estábamos situados en posiciones opuestas y que él continuamente le erraba a la cama cuando quería tirar algo encima. Además, no podía resistir más aquella triste salida de baño que le dejaba el pecho descubierto ni el olor a enfermedad de las gotas nasales Vicks que lo impregnaban todo.

—Mire, señor, no se preocupe por mí. No me pasará nada. En estos momentos estoy atravesando un período de mi vida. ¿No tiene acaso la vida de todas las personas sus etapas?

—No lo sé, muchacho. No lo sé.

Me irrita que alguien me conteste de ese modo.

—Tengo la seguridad de que es así —le dije—. Le pido por favor que no se preocupe por mi caso.

Le puse la mano sobre el hombro y agregué:

—¿De acuerdo?

—¿No quiere tomar una taza de chocolate antes de irse? Mi esposa estaría...

—Aceptaría con mucho gusto, pero la cosa es que tengo que irme. De todos modos, muchas gracias; muchísimas gracias.

Luego nos estrechamos la mano. Con todo, aquella despedida me ponía más triste que el demonio.

—Le enviaré unas líneas, señor. Ahora, cuídese bien esa gripe.

—Adiós, muchacho.

Después que cerré la puerta me gritó algo, pero no alcancé a oír exactamente qué. Estoy casi seguro que me gritó «¡Buena suerte!». Aunque espero que no. Yo nunca le gritaría «¡Buena suerte!» a nadie. Si uno lo piensa bien, resulta terrible.

III

Soy el mentiroso más grande que se pueda encontrar en la tierra. Es terrible. Hasta cuando me dirijo a un quiosco a comprar una revista, si alguien me pregunta adonde voy, soy capaz de contestarle que a la ópera. Es horrible. Así que cuando le dije al viejo Spencer que tenía que ir al gimnasio a retirar mis cosas, también eso era pura mentira. Ni siquiera guardo mi cochino equipo en el gimnasio.

En Pencey vivía en los nuevos dormitorios del Ala en Memoria de Ossenburger. Reservada, para alumnos intermedios y mayores. Yo era de los intermedios. Mi compañero de cuarto, de los mayores. El edificio debía su nombre a ese tipo, Ossenburger, que estudió en Pencey. Después que salió de Pencey hizo una pila de plata como empresario de pompas fúnebres. Instaló por todo el país sucursales de su empresa en las que uno podía hacer enterrar a los miembros de su familia por alrededor de cinco dólares por cabeza. Tendrían que haber visto al viejo Ossenburger. Lo más probable es que se limite a meter los cadáveres en una bolsa para luego tirarlos al río. Pero, de todas maneras, donó a Pencey una montaña de billetes y bautizaron un ala con su nombre. Cuando se jugó el primer partido de fútbol del año, vino al colegio en su gran Cadillac y todos tuvimos que ponernos de pie en la tribuna principal y dedicarle algunos ¡hurra! Luego, la mañana siguiente, en la capilla, nos endilgó un discurso que duró más de diez horas. Empezó con unos cincuenta chistes de pésimo gusto, para demostrarnos lo campechano que era. Luego comenzó a contarnos cómo nunca tenía vergüenza, cuando se encontraba en algún apuro o dificultad, de ponerse de rodillas y rogar a Dios. Nos dijo que debíamos siempre rogar a Dios, hablar con él y todo, cualquiera que fuese el lugar donde nos encontrásemos. Dijo

que debíamos considerar a Jesús como a nuestro compañero y todo. Confesó que conversaba con Jesús todo el tiempo, hasta cuando manejaba el automóvil. Aquello me mató. Me imagino al gran farsante degenerado poniendo la primera y pidiendo a Dios que hiciera el favor de mandar algunos fiambres más. Lo único bueno de su discurso ocurrió más o menos por la mitad. Estaba contándonos lo bueno e importante que era cuando, de repente, un tipo que estaba sentado en la fila frente a mí, llamado Edgar Marsalla, se tiró un pedo terrible. Era una grosería hacer eso dentro de la capilla, pero también resultó muy divertido. El amigo Marsalla estuvo a punto de hacer volar el techo. Casi nadie se rió fuerte y el viejo Ossenburger hizo como si no hubiese oído nada, pero el rector Thurmer, que estaba sentado en la tribuna muy cerca de Marsalla, puedo asegurarles que lo oyó. Qué furioso estaba. Entonces no dijo nada, pero la noche siguiente nos castigó mandándonos a estudiar en el edificio de la Academia y vino a echarnos un discurso. Nos dijo que el alumno autor del desacato en la capilla no era digno de estudiar en Pencey. Tratamos de que Marsalla se tirase otro mientras el viejo Thurmer nos dirigía la palabra, pero, al parecer, no estaba inspirado. Bueno, ahí era donde yo vivía en Pencey. En los nuevos dormitorios del ala en memoria de Ossenburger.

Resultaba bastante agradable volver al dormitorio después de dejar al viejo Spencer, porque todo el mundo estaba abajo presenciando el partido, y la calefacción, excepcionalmente, funcionaba. Me quité el abrigo y la corbata y desabroché el cuello de la camisa. Luego me puse la gorra que había comprado en Nueva York aquella misma mañana. Era una gorra de caza, roja, con una de esas viseras muy largas. La vi en la vidriera de una tienda de artículos de sport al salir del subterráneo, inmediatamente después de notar que había perdido los malditos floretes. Me costó sólo un dólar. La usaba con la visera para atrás... algo de pésimo gusto, lo admito, pero me gustaba así. Luego busqué un libro que estaba leyendo y me senté en una silla. Había dos sillas en todas las habitaciones. Yo tenía una y mi compañero de habitación, Ward Stradlater, otra. Los brazos se encontraban en estado lamentable, porque todo el mundo se sentaba sobre ellos; con todo, eran sillas bastante cómodas.

El libro que estaba leyendo lo retiré de la biblioteca por error. Me dieron el libro equivocado y no lo noté hasta que volví a mi cuarto. Me entregaron *Fuera de África*, por Isak Dinesen. Creí que iba a ser algo asqueroso, pero me equivoqué. Era un libro muy bueno. Soy bastante ignorante, pero leo mucho. Mi autor favorito es mi hermano D. B., y el que le sigue, Ring Lardner. Mi hermano me regaló un libro de Ring Lardner para mi cumpleaños, sólo porque vine a Pencey. Tiene algunas obras de teatro absurdas, pero muy graciosas y además, ese cuento de un vigilante de tráfico que se enamora de una chica muy linda que siempre comete infracciones por exceso de velocidad. El agente es casado, de modo que no puede casarse con ella ni nada por el estilo. Luego la chica se mata, porque anda siempre a excesiva velocidad. Ese cuento me entusiasmó. Lo que más me gusta es un libro que, por lo menos, sea gracioso de vez en cuando. Leo muchos libros clásicos como *El regreso del nativo*, y me gustan, y también leo cantidad de libros de guerra y de misterio, pero no me entusiasman mayormente. Los que de veras me encantan son esos libros que cuando uno termina de leerlos, desearía ser íntimo amigo del autor y hasta llamarlo por teléfono y todo. Sin embargo, eso no suele ocurrir frecuentemente. No me entusiasmaría llamar por teléfono a Isak Dinesen. Ni a Ring Lardner —D. B. me dijo que ya murió—. Pero, tomemos un libro de Somerset Maugham, *Fueros humanos*. Lo leí este verano. Es un libro bastante bueno y todo, pero no me gustaría llamar por teléfono a Somerset Maugham. No sé por qué. No es el tipo que me gustaría llamar y nada más. Preferiría llamar a Thomas Hardy. Me gusta esa Eustacia Vye.

Bueno, me puse la gorra nueva, me senté y empecé a leer *Fuera de África*. Ya lo había terminado, pero quería releer ciertas partes. Sin embargo, apenas había leído tres páginas, cuando sentí que alguien venía a través de las cortinas de la ducha. Aun sin mirar sabía, perfectamente, quién era. Era Robert Ackley, un tipo que ocupaba la habitación contigua. En nuestra ala había una ducha cada dos dormitorios y Robert Ackley venía a verme unas ochenta y cinco veces por día. Era probablemente el único tipo de todo el dormitorio, exceptuado yo, que no estaba viendo el partido. Apenas iba nunca a ningún lado. Era un tipo raro. Llevaba en Pencey más de cuatro años, pero nadie lo llamaba más que «Ackley». Ni siquiera Herb

Gale, su compañero de cuarto, le llamaba nunca «Bob», ni siquiera «Ack». Si alguna vez llega a casarse, su esposa, probablemente, lo llamará también «Ackley». Era uno de esos tipos muy altos y de hombros redondos, con mala dentadura. Durante todo el tiempo que fuimos vecinos de cuarto ni una sola vez lo vi lavarse los dientes. Siempre los tenía horribles, llenos de sarro, y casi lo hacía descomponerse a uno cuando, en el comedor, abría la boca llena de puré de papas, de arvejas o algo parecido. Además, está plagado de granos. No sólo en la frente o en el mentón, como la mayoría de la gente, sino por toda la cara. Y la cosa no quedaba ahí, tenía una personalidad terrible. Era un tipo bastante ruin. Si quieren que les confiese la verdad, yo no estaba loco por él ni mucho menos.

Podía sentirlo de pie sobre el borde de la ducha, justo detrás de mi silla, mirando a ver si estaba Stradlater. Odiaba a Stradlater y nunca entraba en el cuarto cuando éste estaba. Bueno, a decir verdad, odiaba casi a todo el mundo.

Bajó del borde de la ducha y entró en el cuarto.

—Hola —dijo—. Siempre saludaba como si estuviera terriblemente aburrido o terriblemente cansado. No quería que uno pudiese pensar que venía de visita ni nada por el estilo. Quería que uno creyese que había entrado por error o algo así.

—Hola —le dije, pero sin levantar la vista del libro. Con tipos como Ackley, si uno levanta la vista del libro es un estúpido. Al final uno termina siendo un estúpido de todos modos, aunque no tan pronto como si levantara la vista.

Empezó a recorrer el cuarto muy despacio, como solía hacer siempre, levantando los objetos personales del escritorio y la cómoda. Siempre levantaba las cosas más personales e íntimas para mirarlas. A veces le atacaba a uno los nervios.

—¿Qué tal la esgrima? —me preguntó. Lo único que quería era que yo dejara de leer y divertirme. En realidad, la esgrima no le importaba un bledo —. ¿Ganamos o qué? —insistió.

—No ganó nadie —le contesté sin levantar la vista.

—¿Cómo?

Siempre le hacía a uno repetir varias veces la misma cosa.

—No ganó nadie —le dije. Le eché una mirada furtiva para ver lo que estaba manoseando sobre la cómoda. Estaba mirando una fotografía de Sally Hayes, una chica con quien yo solía salir en Nueva York. Desde que yo la tenía, ya debía haber levantado y mirado esa foto por lo menos cinco mil veces. Y cuando terminaba de examinarla siempre la colocaba donde no debía. Estoy seguro de que lo hacía a propósito.

—No ganó nadie —repitió Ackley—. ¿Cómo pudo ser eso?

—Dejé olvidados en el subterráneo los floretes y el resto del equipo.

Todavía no lo había mirado una sola vez.

—¿En el subterráneo? ¡Por amor de Dios! ¿Quieres decir que los perdiste?

—Nos equivocamos de subterráneo. Tuve que estar levantándome continuamente a mirar el cochino plano sobre la pared.

Se acercó y me quitó la luz. Entonces le dije:

—Desde que has llegado he leído esta cochina frase más de veinte veces.

Cualquier persona, excepto Ackley, hubiese comprendido la indirecta. Pero él continuó imperturbable:

—¿Crees que te lo harán pagar?

—No lo sé y no me importa un pepino. ¿Qué te parece si te sientas, pibe Ackley? Me estás quitando la luz.

No le gustaba nada que lo llamasen «pibe Ackley». Siempre me estaba repitiendo que yo era un cochino crío, porque tenía sólo dieciséis años, mientras que él había cumplido dieciocho. Yo lo volvía loco llamándolo «pibe Ackley».

Continuó de pie, inmóvil como una estatua. Era exactamente uno de esos tipos que no pueden quitarse de la luz cuando uno les dice que molestan. Al fin se apartó, pero tardó más que si no se lo hubiese pedido.

—¿Qué demonios estás leyendo? —me preguntó.

—Un libro.

Me levantó el libro con la mano para poder leer el título.

—¿Es bueno? —dijo.

—Este párrafo que estoy leyendo es formidable.

Puedo ser bastante sarcástico en ciertas ocasiones. Sin embargo, él no captó mi intención. Empezó de nuevo a recorrer la habitación y a levantar todos los efectos personales míos y de Stradlater. Al fin posé el libro en el suelo. Es imposible leer nada teniendo cerca un tipo como Ackley.

Me dejé resbalar en la silla y me puse a observar cómo Ackley se conducía como si estuviera en su casa. Me estaba sintiendo algo cansado, debido al viaje a Nueva York y demás, y empecé a bostezar. Luego me dio por bromear un poco. A veces suelo bromear para no aburrirme. Lo que hice fue agarrar la visera de mi gorra de caza, y después de hacerla girar hacia adelante, la calé hasta los ojos. De ese modo no podía ver nada.

—Me parece que acabo de quedar ciego —dije con voz muy ronca—. ¡Mamá querida, qué oscuro se está poniendo todo aquí!

—Juro por Dios que estás loco de remate —dijo Ackley.

—Dame la mano, mamá querida. ¿Por qué no me das la mano, mamá?

—Por amor de Dios, déjate de portarte como un chico.

Empecé a tantear delante de mí, como un ciego, pero sin levantarme de la silla. Seguí diciendo:

—Mamá querida, ¿por qué no me das la mano?

Como comprenderán, sólo estaba bromeando. Esas cosas a veces suelen divertirme mucho. Además, sabía que estaba poniendo furioso a Ackley. Mi vecino siempre hacía brotar en mí las tendencias sádicas. Con frecuencia solía ser bastante sádico con él. Por fin me dejé de embromar, volví a hacer girar la visera hacia atrás y me callé.

—¿De quién es esto? —me preguntó Ackley. Tenía en la mano una rodillera de mi compañero de cuarto. Aquel Ackley lo levantaba todo. Era capaz de levantarle a uno el suspensor o algo así. Le dije que era de Stradlater. Así que la arrojó sobre la cama de Stradlater. La encontró sobre la cómoda de Stradlater y por eso la tiró encima de la cama de mi compañero.

Se acercó y se sentó sobre el brazo de la silla de Stradlater. Nunca se sentaba bien en una silla. Siempre lo hacía sobre el brazo.

—¿De dónde diablos sacaste esa gorra? —me preguntó.

—La compré en Nueva York.

—¿Cuánto te costó?

—Un dólar.

—Te estafaron.

Empezó a limpiarse las cochinas uñas con el extremo de un fósforo. En cierto modo era gracioso. Tenía los dientes cubiertos de sarro y las orejas más sucias que el infierno, pero siempre se estaba limpiando las uñas. Creo que pensaba que eso lo hacía parecer muy aseado. Echó otra ojeada a mi gorra de caza mientras las limpiaba.

—Por el amor de Dios, en mis pagos usamos esas gorras para cazar ciervos —dijo—. Es una gorra de cazar ciervos.

—¿Qué va a ser!

Me la quité para mirarla. Hasta cerré un ojo, como si estuviera apuntando.

—Esta es una gorra de cazar gente —le dije—. Me la pongo para cazar gente.

—¿Sabe ya tu familia que te echaron de una patada?

—No.

—¿Dónde diablos está Stradlater?

—Viendo el partido. Tiene una cita. —Bostecé. En primer lugar, el ambiente estaba demasiado tibio. Daba sueño. En Pencey uno o se muere de frío o se asa de calor.

—El gran Stradlater —dijo Ackley—. Oye. ¿Quieres hacerme el favor de prestarme un momento las tijeras? ¿Las tienes a mano?

—No. Ya las guardé. Están en el último estante del *placard*.

—¿Quieres traérmelas un momento? Deseo cortar este padrastro.

A él no le importaba que uno hubiese guardado ya una cosa y la tuviese dentro de una valija en el último estante del *placard*. Sin embargo, fui a buscársela. Y casi me mato al hacerlo. En cuanto abrí el *placard* la raqueta de Stradlater, con la prensa de madera y todo, me cayó justo encima de la cabeza. Hizo un ruido tremendo y me lastimó más que el demonio. Estuve a punto de matar a Ackley. Se echó a reír a carcajadas, con su aguda voz de falsete. Se estuvo riendo todo el tiempo que tardé en bajar la valija y buscar las tijeras para dárselas. Esas cosas, por ejemplo, un tipo que recibiese una pedrada en la cabeza o algo así, mataban de risa a Ackley. Para vengarme de algún modo le dije:

—Tienes un formidable sentido del humor, pibe Ackley. ¿Lo sabías? —
Le entregué las tijeras—. Nómbrame tu representante. Te conseguiré algo
en la radio.

Volví a sentarme en mi silla y él empezó a cortarse sus uñas córneas.

—¿Qué te parece si usaras la mesa? ¿Quieres hacer el favor de cortarlas
sobre la mesa? No tengo ganas de caminar esta noche con los pies desnudos
sobre tus cochinas uñas.

Sin embargo, siguió cortándolas sobre el piso. Qué mal educado. Lo
digo con el corazón.

—¿Quién es la chica que va a salir con Stradlater? —me preguntó.
Siempre estaba pidiendo informes acerca de las amigas de Stradlater,
aunque lo odiaba a muerte.

—No sé. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. No puedo tolerar a ese mal parido. Es un mal parido que de
veras no puedo tolerar.

—Pues en cambio él está loco contigo. Me dijo que piensa que eres un
príncipe.

Cuando estoy de broma suelo llamar «príncipe» a la gente con bastante
frecuencia. Eso evita que me aburra.

—Siempre tiene ese aire de superioridad —dijo Ackley—. No puedo
tolerar a ese degenerado. Se cree que...

—¿No me harías el favor de cortarte las uñas sobre la mesa? Te lo pedí
ya por lo menos cincuenta...

—Adopta siempre esa inquietud de superioridad —insistió Ackley—.
Ni siquiera pienso que el mal parido sea inteligente. Él cree que lo es. Cree
que es el más...

—¡Ackley! ¡Por amor de Dios! ¿Quieres hacerme el cochino favor de
cortarte las uñas sobre la mesa? Ya te lo pedí más de cincuenta veces.

Empezó a cortarse las uñas sobre la mesa para variar. Sólo gritándole se
podía conseguir que hiciera algo.

Me quedé un rato mirándolo. Luego le dije:

—Estás enojado con Stradlater porque una vez te gritó que podías
limpiarte los dientes de vez en cuando. Sin embargo, lo hizo sin intención

de insultarte. Stradlater sólo cree que te sentirías mejor y te quedaría mejor sí te limpiaras los dientes de vez en cuando.

—Me lavo los dientes. No me vengas ahora con eso.

—No es cierto. Te he visto y no es cierto —le dije. No se lo dije de mal modo, pues, en el fondo, me daba un poco de lástima. Quiero decir, no debe resultar muy agradable, que digamos, que alguien le grite a uno que se lave los dientes—. Stradlater es un buen muchacho. No tiene mal fondo —le dije—. Lo malo es que no lo conoces bien.

—Sigo pensando que es un mal parido. Un mal parido presuntuoso.

—Es algo vanidoso, pero también muy generoso en algunas cosas. Escucha, supón, por un momento, que Stradlater tuviera puesta una corbata o algo que a ti te gustase. Digamos que tuviera una corbata que te gustara una barbaridad, sólo quiero ponerte un ejemplo. ¿Sabes lo que haría? Probablemente se la quitaría para regalártela. Estoy seguro de que lo haría. ¿O sabes también lo que haría? La dejaría sobre tu cama o algo por el estilo. Pero se las arreglaría para darte la cochina corbata. La mayoría de los tipos se contentarían probablemente con...

—¡Qué gracia! —exclamó Ackley—. También yo lo haría si tuviera la plata que él tiene.

—No no te engañes. No lo harías —le dije sacudiendo la cabeza—. No lo harías, pibe Ackley. Si tuvieras la plata que él tiene serías uno de los más grandes hijos de...

—Deja de llamarme «pibe Ackley» de una cochina vez. Tengo edad suficiente para ser tu padre.

—No, no la tienes.

Ackley podía ser verdaderamente ofensivo a veces. No dejaba pasar ninguna oportunidad de recordarme que él tenía dieciocho años y yo sólo dieciséis.

—En primer lugar, no te permitiría nunca entrar en mi familia —le dije.

—Bueno, entonces deja de llamarme...

De repente se abrió la puerta y entró Stradlater muy apurado. Siempre andaba apurado. Todas las cosas eran para él sumamente importantes. Se acercó a mí y me dio dos palmaditas juguetonas en ambas mejillas... que es algo que a veces puede resultar muy molesto.

—Escucha —me dijo—. ¿Piensas ir a algún sitio especial esta noche?

—Todavía no lo sé. Tal vez. ¿Cómo demonios está el tiempo afuera, nieva? —Tenía todo el abrigo cubierto de nieve.

—Escucha. Ya que no vas a ir a ningún sitio especial, ¿me prestarías el saco sport?

—¿Quién ganó el partido? —le pregunté.

—Acaba de terminar el primer tiempo —repuso Stradlater—. Nos vamos. Fuera de bromas, ¿vas a prestarme el saco sport o no? El mío de franela gris lo tengo todo manchado.

—No, no quiero que me lo estires todo con esos hombros de gorila que tienes —le dije. Éramos casi de la misma estatura, pero Stradlater pesaba casi el doble que yo. Tenía los hombros sumamente anchos.

—No te lo estiraré —se acercó al *placard* a toda prisa.

—¿Qué tal, Ackley? —le dijo a Ackley. Stradlater, por lo menos, era un tipo bastante afectuoso. En parte sus manifestaciones de amistad eran un poco falsas; pero por lo menos siempre saludaba a Ackley.

Ackley contestó con un gruñido. Nunca le contestaba distintamente a Stradlater, pero le faltaban agallas suficientes como para no gruñir. Luego dijo dirigiéndose a mí:

—Bueno, me voy. Te veré luego.

—Está bien —le dije. Ackley nunca le rompía a uno el corazón cuando se marchaba.

Stradlater empezó a quitarse el sobretodo, la corbata y todo lo demás.

—Creo que voy a darme una afeitada rápida —me dijo. Tenía una barba bastante tupida. Puedo asegurarlo.

—¿Dónde está tu chica? —le pregunté.

—Me espera en el anexo.

Salió del cuarto con el neceser y la toalla bajo el brazo. No llevaba camisa ni nada. Siempre andaba con el torso desnudo porque creía que era dueño de un físico estupendo. Y era verdad, no tengo más remedio que admitirlo.

IV

Como no tenía nada especial que hacer lo acompañé al baño para charlar con él mientras se afeitaba. Éramos los únicos que estábamos en el baño, porque todos los demás seguían presenciando el partido. Hacía un calor de los mil infiernos y las ventanas estaban empañadas de vapor. Había unos diez lavabos contra la pared. Stradlater tenía el del medio. Me senté sobre el situado a la derecha de Stradlater y empecé a abrir y cerrar la llave del agua fría, un hábito nervioso que tengo. Stradlater silbaba «Canción de la India» mientras se afeitaba. Silbaba de una manera penetrante, aunque desafinaba mucho, y siempre elegía alguna canción difícil de silbar, aun para el silbador más hábil, como «Canción de la India» o «Matanza en la Décima Avenida». Era capaz de destrozarse cualquier canción.

¿Recuerdan que les dije que Ackley era un abandonado en sus hábitos personales? Bueno, Stradlater también lo era, aunque de manera distinta. Stradlater era más bien un abandonado de incógnito. Siempre parecía bien. Por ejemplo, deberían haber visto la máquina con que se afeitaba. Estaba siempre más oxidada que el demonio y llena de pelos, espuma de jabón seca y porquería. Nunca la limpiaba. Siempre parecía bien cuando terminaba de arreglarse, pero de todos modos, para los que lo conocían tan bien como yo, era un desaseado enmascarado. Se arreglaba mucho para parecer bien, porque estaba locamente enamorado de sí mismo. Creía que era el tipo más buen mozo del hemisferio occidental. Tenía bastante buena pinta... eso no tengo más remedio que admitirlo. Pero tenía esa clase de hermosura capaz de llamar la atención a los padres de uno si lo vieran fotografiado en el Anuario. Si lo vieses retratado en el Anuario preguntarían en seguida: «¿Quién es ese joven?». Quiero decir que más bien tenía una

hermosura de Anuario. Conocía muchos tipos en Pencey mucho más buenos mozos que Stradlater, pero que no lo parecerían si salieran fotografiados en el Anuario. Parecerían con narices demasiado grandes u orejas salientes. Esa es una experiencia que tuve con frecuencia.

Bueno, estaba sentado en el lavabo contiguo al que ocupaba Stradlater, abriendo y cerrando la llave del agua. Tenía puesta todavía la gorra de caza con la visera para atrás y todo. Me encantaba usar aquella gorra.

—Oye —me dijo Stradlater—. ¿Quieres hacerme un gran favor?

—¿Qué favor? —le pregunté sin mayor entusiasmo. Siempre estaba pidiéndole a uno que le hiciera un gran favor. Los tipos muy buenos mozos, que se creen sumamente importantes, siempre andan pidiendo que se les hagan favores. Porque están locos consigo mismos, creen que todo el mundo tiene que estar loco con ellos también y muriéndose, por hacerles un gran favor. En cierto modo resulta gracioso.

—¿Vas a salir esta noche? —me preguntó.

—Tal vez sí, tal vez no. ¿Por qué?

—Para el lunes tengo que tener leídas más de cien páginas de historia —me dijo—. ¿Qué te parece si me escribieras una composición en inglés? Si no leo esas páginas para el lunes iré al pozo, por eso te lo pido. ¿Qué me contestas?

Era una verdadera ironía.

—Soy el que echan a patadas de este cochino colegio y me pides que te escriba una composición.

—Sí, lo sé. Pero la cosa es que iré al pozo si no la escribo. Por una vez sé buen compañero. ¿De acuerdo?

No le contesté en seguida. El suspenso es bueno para algunos degenerados como Stradlater.

—¿Sobre qué tema? —le pregunté.

—Es lo mismo. Algo descriptivo. Una habitación. O una casa. Algo donde alguna vez viviste... ya sabes. Basta que sea lo más descriptiva posible

Dio un gran bostezo, lo que me sentó como si me pegaran cien patadas en el trasero. Quiero decir que detesto que alguien bostece en el momento en que me está pidiendo que le haga un gran favor.

—Pero ten cuidado de no hacerla demasiado buena, eso es todo — agregó—. El degenerado de Hartzell cree que sabes una barbaridad de inglés y no ignora que eres mi compañero de cuarto. Así que no vaya a ocurrírsete poner todas las comas y demás en su sitio.

Eso es algo más que me da cien patadas. Que si uno es bueno para escribir composiciones venga alguien a hablarle de las comas. Stradlater siempre lo estaba haciendo. Quería hacer creer que el solo motivo de que fuese tan malo para escribir composiciones era que ponía mal las comas. En ese aspecto se parecía un poco a Ackley. Una vez me senté al lado de Ackley durante un partido de baloncesto. En el equipo teníamos un jugador formidable, Howie Coyle, capaz de meter la pelota en la red desde la mitad de la cancha sin tocar la madera ni el aro. Ackley se pasó todo el partido repitiendo que Coyle tenía un físico perfecto para el baloncesto. Dios mío, qué rabia me dan esas cosas.

Me aburrí de estar sentado en el lavabo, de modo que retrocedí unos pasos y me puse a zapatear, sólo para distraerme. En realidad no sé zapatear ni nada que se le parezca, pero el piso del baño era de piedra, es decir, excelente para zapatear. Empecé imitando a uno de esos tipos que salen en las películas. En una de esas películas musicales. Detesto las películas más que el veneno, pero a veces me divierte imitarlas. Stradlater me observaba por el espejo mientras se afeitaba. Lo único que necesito es público. Soy un exhibicionista.

—Soy el hijo del gobernador —dije. Estaba echando los bofes. Zapateando, furiosamente, por todo el cuarto de baño—. No quiere que sea zapateador. Quiere que vaya a Oxford. Pero llevo en la sangre el zapateo.

Stradlater se echó a reír. En realidad el hombre tenía bastante sentido del humor.

—Es el estreno de «Ziegfield Follies». —Me estaba quedando sin aliento. En realidad apenas tengo aliento—. El galán no puede continuar actuando. Está más borracho que una cuba. ¿Entonces a quién buscan para que ocupe su puesto? Nada menos que a mí, al hijito del gobernador.

—¿De dónde sacaste eso? —me preguntó Stradlater. Se refería a mi gorra de caza. Todavía no me la había visto nunca.

Como de todos modos estaba sin respiración, me quedé quieto. Me saqué la gorra y la miré lo menos por novena vez.

—La compré esta mañana en Nueva York. Por un dólar. ¿Te gusta?

Stradlater movió la cabeza afirmativamente.

—Es formidable —me dijo. En realidad, sólo estaba tratando de adularme, pues agregó en seguida.

—Dime, ¿vas a escribirme esa composición que te pedí? Tengo que saberlo.

—Lo haré si tengo tiempo. Si estoy ocupado, no —le contesté. Fui a sentarme de nuevo sobre el lavabo contiguo al que Stradlater estaba utilizando.

—¿Con qué chica vas a salir? —le pregunté— ¿Con Fitzgerald?

—¡Dios mío, no! Ya te dije que he terminado con esa puerca.

—¿Sí? Entonces puedes pasármela a mí, querido. Es mi tipo.

—Llévatela... Pero es demasiado grande para ti.

De repente, sin ningún motivo, sólo porque tenía gañas de jugar, se me ocurrió saltar del lavabo y sujetar a Stradlater con una media nelson. En caso de que no sepan les diré que se trata de una toma de lucha grecorromana en la que se agarra al contrario por el cuello para tratar de ahogarlo. Eso fue lo que hice. Caí sobre él como una pantera.

—¡Haz el favor de dejarte de bromas, Holden —me dijo Stradlater. Al parecer, no tenía gana de juegos. El hombre se estaba afeitando—. ¿Qué quieres, que me corte la cabeza?

Sin embargo no lo solté. Lo tenía sujeto con una media nelson bastante buena.

—Trata de liberarte de mis brazos de hierro —le dije.

—¡Jesucristo! —Dejó la máquina de afeitar y en un santiamén levantó los brazos y deshizo mi toma. Era un tipo muy fuerte y yo soy sumamente débil.

—Ahora déjate de tonterías —me dijo. Empezó a afeitarse de nuevo. Siempre se afeitaba dos veces para estar irresistible.

—¿Con quién vas a salir si no es con Fitzgerald? —le pregunté. Volví a sentarme en el lavabo—. ¿Con Phylis Smith?

—No, debía salir con ella, pero los preparativos fracasaron. Conseguí la compañera de cuarto de la novia de Bud Thaw... Oye. Casi se me olvidaba. Te conoce.

—¿Quién me conoce? —le pregunté

—La chica con quien voy a salir.

—¿Sí? ¿Cómo se llama? —Estaba muy interesado.

—Déjame pensar... Ya recuerdo, Jane Gallagher.

Casi me quedé muerto en el mismo sitio cuando lo dijo.

—Jane Gallagher —le dije. Hasta me levanté del lavabo cuando él dijo eso. Estuve a punto de caerme muerto—. Tienes mucha razón, la conozco. El verano pasado vivía casi en la casa de al lado. Tenía un enorme perro *doberman*. Así fue como la conocí. Su perro solía meterse en nuestra...

—Me estás quitando la luz, Holden, ¡por el amor de Dios! —dijo Stradlater—. ¿Es que tienes que quedarte ahí inmóvil?

Estaba excitadísimo. De veras.

—¿Dónde está Jane? —le pregunté—. Tengo que ir a saludarla. ¿Dónde está? ¿En el anexo?

—Sí.

—¿Cómo fue que me nombró? ¿Va a B. M.? Una vez me dijo que tal vez iría. También me dijo que era posible que fuese a Shipley. ¿Cómo fue que me mencionó? —Estaba excitadísimo. De veras.

—No sé, por amor de Dios, ¿quieres hacerme el favor de levantarte? Estás sentado sobre mi toalla —me dijo Stradlater. Me había sentado sobre su estúpida toalla.

—Jane Gallagher —dije. No podía reaccionar de la sorpresa—. ¡Jesús!

Stradlater empezó a ponerse Vitalis en el pelo. «Mi» Vitalis.

—Es bailarina —le dije—. De *ballet* y todo. Jane solía practicar lo menos dos horas diarias, hasta con el tiempo más caluroso. Temía que eso le pusiera las piernas feas... quiero decir musculosas. Solíamos jugar todo el tiempo a las damas.

—¿A qué solías jugar con ella todo el tiempo? —A las damas.

—¡A las damas, por el amor de Dios! —Sí. Jane nunca movía ninguna de sus damas. Cuando hacía una dama no la movía. La dejaba en la fila de

atrás. Las iba alineando todas en la fila de atrás. Luego nunca las utilizaba. Creo que le gustaba ver cómo quedaban todas alineadas en la última fila.

Stradlater no dijo una palabra. Esas cosas no suelen interesar a la mayoría de la gente.

—La madre de Jane pertenecía al mismo club que nosotros —le dije—. Yo solía hacer de *caddy* de vez en cuando para ganar un poco de plata. Le llevé los palos a la madre de Jane un par de veces. Empleaba alrededor de ciento setenta golpes para hacer nueve hoyos.

Stradlater apenas me escuchaba. Estaba peinándose sus hermosos rizos.

—Por lo menos tendría que bajar un momento a saludarla —dije.

—¿Por qué no lo haces?

—Lo haré dentro de un minuto.

Comenzó a hacerse la raya de nuevo. Necesitaba alrededor de una hora para peinarse.

—Sus padres estaban divorciados. Su madre volvió a casarse con un alcoholista. Un tipo flaco de piernas muy peludas. Lo recuerdo bien. Andaba siempre con pantalón corto. Jane me dijo que era autor teatral o algo por el estilo, pero sólo lo vi beber todo el tiempo y escuchar cuanto idiota programa de misterio transmitían por la radio. Y correr por la casa desnudo, a pesar de que Jane andaba por allí.

—¿Sí? —preguntó Stradlater. Aquello sí que le interesaba. Lo del borracho corriendo por la casa desnudo sin tener en cuenta que Jane andaba por allí. Stradlater era degenerado y lujurioso como él solo.

—Tuvo una infancia miserable. Lo digo en serio. Eso tampoco le interesaba a Stradlater. Sólo las cosas más libidinosas le interesaban.

—Jane Gallagher. ¡Jesús! —No podía quitármela de la mente. De verdad no podía—. Por lo menos tendría que bajar a saludarla.

—¿Por qué demonios no lo haces en vez de quedarte ahí repitiéndolo? —dijo Stradlater.

Me acerqué a la ventana, pero no se veía nada, pues los vidrios estaban completamente empañados por el vapor del baño.

—Ahora no tengo humor para hacerlo —contesté. Y era verdad—. Pensé que Jane había ido a Shipley. Hubiese jurado que había ido a Shipley.

Me puse a pasear por el baño. No tenía otra cosa que hacer.

—¿Le gustó a Jane el partido? —pregunté. —Sí, creo que sí. No lo sé.

—¿Te dijo que solíamos jugar a las damas todo el tiempo?

—No sé. Por el amor de Dios, acabo de conocerla —dijo Stradlater. Había terminado de peinar sus hermosos cabellos. Estaba guardando sus asquerosos útiles de tocador.

—Oye. ¿Quieres hacerme el favor de darle recuerdos de mi parte?

—Bueno —dijo Stradlater. Pero yo sabía que lo más probable era que no lo hiciese. Los tipos como Stradlater nunca le dan recuerdos a nadie.

Stradlater volvió al cuarto, pero yo me quedé un rato en el baño pensando en Jane. Luego entré también en la habitación.

Cuando llegué, Stradlater estaba frente al espejo, poniéndose la corbata. Me senté en mi silla y estuve observándolo un rato.

—Oye —le dije—. ¿Quieres hacerme el favor de no decirle que me echan?

—Está bien.

Stradlater tenía eso de bueno. No era necesario explicárselo todo detalladamente, como había que hacer con Ackley. Creo que se debía, principalmente, a que las cosas no le interesaban. Ackley era diferente. Ackley era un degenerado sumamente curioso.

Se puso mi saco de sport.

—Ahora ten cuidado de no estirármelo todo —le advertí—. Me lo he puesto sólo dos veces.

—No te lo estiraré. ¿Dónde diablos dejé los cigarrillos?

—Sobre el escritorio. —Nunca sabía dónde dejaba nada—. Debajo de la bufanda.

Los guardó en el bolsillo del saco... de mi saco.

Entonces, para variar, volví hacia adelante la visera de mi gorra de caza. De repente había empezado a sentirme nervioso. Soy un tipo muy nervioso.

—Oye, ¿adonde piensas llevarla? —le pregunté—. ¿Lo decidiste ya?

—No sé. A Nueva York, si tengo tiempo. Sólo pidió permiso hasta las nueve y media.

No me gustó su tono, por eso le dije:

—¿Sabes por qué sólo pidió permiso hasta las nueve y media? Porque ignora qué hermoso y encantador degenerado eres. De haberlo sabido

probablemente hubiese pedido permiso hasta las nueve y media de la mañana.

—Creo que tienes razón —dijo Stradlater. No resultaba nada fácil hacerlo enojar. Era demasiado vanidoso—. Bueno, fuera de bromas, no vayas a dejar de escribirme esa composición —dijo. Ya tenía puesto el sobretodo y se disponía a marcharse—. No te vayas a romper todo ni nada de eso, pero que sea lo más descriptiva posible. ¿Entendido?

No le contesté. No me sentía con ánimo para hacerlo. Me limité a decirle:

—Pregúntale si sigue poniendo todas las damas en la última fila.

—Bueno —dijo Stradlater, pero sabía que no lo haría—. Quédate tranquilo. —Y salió dando un tremendo portazo.

Después que se fue Stradlater me quedé allí sentado alrededor de media hora. Quiero decir, me quedé sentado en la silla sin hacer nada. Me quedé pensando en Jane y en que Stradlater tenía una cita con ella. Aquello me ponía tan nervioso que estaba a punto de enloquecer. Ya les he dicho lo lujurioso que es el degenerado de Stradlater.

De repente volvió a entrar Ackley a través de las cortinas de la ducha, como siempre. Por una vez en mi estúpida vida casi me puse contento al verlo. Me distrajo de los otros pensamientos.

Estuvo hasta la hora de la cena hablándome de todos los tipos de Pencey que destestaba y apretándose el grano del mentón. Ni siquiera usaba el pañuelo. Si quieren que les sea franco, creo que el muy degenerado ni siquiera tenía pañuelo. Juro que nunca vi que lo usara.

V

En Pencey teníamos todos los sábados la misma cena. Era considerada un acontecimiento muy importante, porque nos servían bifés. Apostaría mil dólares a que el motivo era que el domingo venían al colegio una cantidad de padres y el viejo Thurmer se imaginaba que no dejarían de preguntar a sus tesoritos qué les habían dado de cenar la última noche, y que todos contestarían «bifés». Qué porquería. Tendrían que haber visto los bifés. Eran pequeños, secos y tan duros que resultaba casi imposible cortarlos. Las noches que servían bifés daban también puré de papas lleno de grumos, y de postre, Brown Betty, que nadie comía, excepto los pequeños de grados inferiores que todavía no tenían criterio formado y los tipos como Ackley, que lo comían todo.

Sin embargo, fue lindo cuando salimos del comedor. El piso estaba cubierto por una capa de nieve de siete centímetros y aún seguía nevando copiosamente. Estaba precioso, y todos empezamos a jugar y a tirarnos bolas de nieve. Era algo muy infantil, pero todos nos divertíamos más que el demonio.

Yo no tenía ninguna chica con quién salir, así que con mi amigo Mal Brossard, que integraba el equipo de lucha del colegio, decidimos ir en ómnibus a Agerstown, para comer un bife hamburgués y tal vez ver alguna cochina película. Ninguno de los dos teníamos ganas de quedarnos sentados toda la noche. Le pregunté a Mal si le disgustaría que nos acompañara Ackley. Se lo pregunté porque Ackley no hacía nada los sábados por la noche, excepto quedarse en su habitación apretándose los granos o algo semejante. Mal me contestó que no le disgustaba, pero puedo asegurarles que la idea no lo seducía mucho. No simpatizaba con Ackley. De todos

modos, ambos nos dirigimos a nuestros respectivos cuartos para prepararnos, y mientras me ponía las galochas le pregunté a Ackley, a gritos, si quería ir al cine. Podía oírme perfectamente a través de las cortinas de la ducha; sin embargo, no me contestó en seguida. Era uno de esos tipos que detestan contestarle a uno en seguida. Por fin apareció a través de las cortinas y me preguntó quién iba, además de nosotros dos. Siempre quería saber quién iba. Juraría que si ese tipo naufragase en alguna parte y uno fuera a salvarlo en un bote, antes de subir preguntaría quién remaba. Le dije que nos acompañaría Mal Brossard. Comentó:

—Ese degenerado... Está bien. Espera un minuto. —Parecía que le estuviera haciendo a uno un gran favor.

Tardó alrededor de cinco horas en arreglarse. Mientras esto hacía me acerqué a la ventana, la abrí y empecé a hacer una bola de nieve con las manos desnudas. La nieve era muy buena para hacer pelotas. Sin embargo no la tiré. Estuve a punto de arrojarla contra un auto estacionado al otro lado de la calle, pero cambié de idea. El auto parecía tan lindo y blanco. Luego estuve en un tris de tirarla contra una boca de agua, pero me pareció también muy linda y blanca. Por fin no se la tiré a nada. Lo único que hice fue volver a cerrar la ventana y empezar a caminar por el cuarto con la bola de nieve, que se iba haciendo cada vez más dura, apretada en la mano. Un poco más tarde todavía la tenía cuando subí al ómnibus en compañía de Ackley y Brossard. El conductor abrió la puerta y me obligó a tirarla. Le dije que no pensaba arrojársela a nadie, pero no me creyó. La gente nunca le cree a uno.

Brossard y Ackley habían visto la película que daban, así que comimos un par de bifés hamburgueses cada uno, jugamos un rato con las máquinas eléctricas y tomamos el ómnibus de regreso. De todos modos no me importó no haber visto la película. Se trataba de una comedia en la que trabajaba Cary Grant.

En fin, una porquería. Además, ya había estado antes en el cine con Brossard y Ackley. Los dos se reían como hienas de cualquier cosa, aunque no tuviese nada de gracioso. No fue nada divertido estar sentado al lado de ellos en el cine.

Apenas eran las nueve menos cuarto cuando regresamos a Pencey. Brossard era un fanático del bridge y en seguida se puso a organizar una partida. Ackley, para variar, volvió a estacionarse en mi cuarto. Sólo que, en vez de sentarse en el brazo de la silla de Stradlater, se acostó en mi cama, con la cabeza recostada sobre la almohada y todo. Empezó a conversar con su voz monótona y a rascarse todos los granos. Le dirigí más de mil indirectas, pero no conseguí librarme de él. Continuó hablándome con su voz muy monótona de una chica con la que aseguraba haber tenido relaciones sexuales el verano anterior. Ya me lo había contado cien veces y siempre de manera diferente. Una vez se la había dado en el Buick de su primo, al minuto siguiente se la había dado bajo no sé qué rambla de madera. Era todo pura charla, desde luego. Juraría que Ackley era virgen. Mucho dudo de que el bueno de Ackley le hubiese gustado a alguna chica nunca. Por fin me vi obligado a decirle que tenía que escribir una composición para Stradlater y que se fuera de una vez de mi cuarto para poder concentrarme. Al fin lo hizo, pero se tomó su tiempo, como siempre. En cuanto se fue, me puse el pijama, la salida de baño y la gorra de caza, y empecé a escribir la composición.

Lo malo es que no podía pensar en una habitación, una casa o algo descriptivo como quería Stradlater. De todos modos, no me seduce mucho describir habitaciones ni casas. Así que escribí sobre el guante de béisbol de mi hermano Allie. Era un tema muy descriptivo; de veras. Mi hermano Allie tenía un guante de béisbol para zurdos. Él era zurdo. Pero lo descriptivo del guante consistía en que estaba todo lleno de poemas escritos con tinta verde. Allie los escribió en su guante para tener algo que leer cuando estaba en la cancha y nadie bateaba. Ya ha muerto. Enfermó de leucemia y murió cuando nos hallábamos en Maine el 18 de julio de 1946. Les hubiese gustado. Era dos años menor que yo, pero por lo menos cincuenta veces más inteligente. Era terriblemente inteligente. Sus profesores le escribían de continuo a mi madre, contándole que resultaba un verdadero placer tener en la clase un alumno tan inteligente. Y lo decían en serio. Pero no era sólo que fuese el miembro más inteligente de la familia. También era el mejor en muchos aspectos. Nunca se enojaba con nadie. Dicen que los pelirrojos se enojan con suma facilidad, pero Allie nunca lo hacía, a pesar de que tenía el

pelo muy rojo. Les contaré qué clase de pelo rojo. Empecé a jugar al golf cuando tenía solamente diez años. Recuerdo que una vez, el verano que cumplí doce años, estaba a punto de pegarle a la pelota, cuando tuve la corazonada de que si me daba vuelta vería a Allie. Lo hice y, efectivamente, allí estaba montado en su bicicleta lejos de la valla (había una valla que rodeaba toda la cancha), y Allie estaba allí, a unos ciento veinte metros de distancia, viéndome jugar.

Esa es la clase de cabello rojo que tenía. Dios mío, qué buen chico era. A veces, en el comedor, se ponía a reír tan fuerte por algo que se le había ocurrido, que estaba a punto de caer de la silla. Yo tenía sólo trece años e iban a hacerme psicoanalizar porque había roto todas las ventanas del garaje. No los culpo, en verdad que no. La noche que Allie murió dormí en el garaje y rompí todas las cochinas ventanas a puñetazos, porque se me dio la gana. Hasta traté de romper todos los vidrios de la camioneta que teníamos ese verano; pero ya tenía la mano quebrada y no pude lograrlo. Admito que fue una estupidez obrar así, pero ni siquiera me di cuenta de lo que hacía y, además, ustedes no conocieron a Allie. La mano todavía me duele de vez en cuando los días que llueve y ya no puedo apretar bien el puño, pero fuera de eso, no me importa mayor cosa. De todas maneras, no pienso ser cirujano ni un violinista ni nada de eso. Bueno, ése fue el tema de la composición de Stradlater. El guante de béisbol de Allie. Resulta que lo tenía en la valija, de modo que lo saqué y copié los poemas escritos en él. Lo único que tuve que hacer fue cambiar el nombre de Allie, para que nadie se diera cuenta de que era mi hermano y no el de Stradlater. No me gustó mucho tener que hacerlo, pero me resultaba imposible pensar en alguna otra cosa descriptiva. Además, me gustaba escribir sobre ello. Tardé alrededor de una hora, porque tuve que usar la máquina de escribir de Stradlater, que era un casajo y se me trababa continuamente. No pude utilizar mi máquina, porque se la había prestado a un tipo que estaba en el salón de abajo.

Creo que eran alrededor de las diez y media cuando la terminé. Sin embargo no me sentía cansado, así que me puse a mirar por la ventana durante un rato. Ya no nevaba, pero, de vez en cuando, se oía en alguna parte un auto que no podía arrancar. También se oían los ronquidos de

Ackley. Tenía sinusitis y no respiraba bien cuando dormía. Aquel tipo tenía casi de todo. Sinusitis, granos, mala dentadura, halitosis y uñas sucias. Aquel pobre mal parido daba lástima.

VI

Algunas cosas son difíciles de recordar. Ahora estoy pensando en el momento en que Stradlater regresó de su paseo con Jane. Quiero decir que no recuerdo exactamente lo que estaba haciendo cuando oí sus pisadas en el pasillo. Lo más probable es que estuviera todavía mirando por la ventana, pero juro que no puedo recordarlo. Quizás a causa de que me hallaba muy preocupado. Cuando algo me preocupa se me quitan las ganas de jugar; hasta tengo necesidad de ir al cuarto de baño. Sólo que no voy. No quiero interrumpir mis cavilaciones para ir. Si conociesen a Stradlater también estarían preocupados. Yo tuve ocasión de salir algunas veces con ese degenerado y un par de chicas y sé de lo que hablo. Era un tipo sin escrúpulos. Se lo aseguro.

Fuera como fuese el corredor estaba cubierto de linóleo y podían oírse los pasos de Stradlater que se acercaba hacia el cuarto. Ni siquiera recuerdo dónde estaba yo cuando entró... cerca de la ventana o sentado en mi silla o en la suya. Les juro que no puedo recordarlo.

Entró quejándose del frío. Luego dijo:

—¿Dónde está todo el mundo? Esto parece una morgue. —Ni siquiera me tomé la molestia de contestarle, si era tan estúpido de no comprender que era sábado y que todo el mundo había salido o dormía fuera con motivo del fin de semana, no iba a romperme todo para explicárselo. Empezó a desvestirse. No dijo una cochina palabra acerca de Jane. Ni una. Ni yo tampoco. Me limité a observarlo. Lo único que hizo fue darme las gracias por haberle prestado el saco sport. Lo colgó en una percha y lo guardó en el *placard*.

Luego, mientras se quitaba la corbata, me preguntó si le había escrito la maldita composición. Le dije que la tenía sobre su cama. Fue a buscarla y la leyó mientras se desabrochaba la camisa. Permaneció inmóvil mientras la leía, golpeándose el pecho y el estómago con una expresión muy estúpida en el rostro. Siempre se estaba golpeando el pecho y el estómago. Estaba loco consigo mismo. De repente dijo:

—¡Por el amor de Dios, Holden! Esto trata de un puerco guante de béisbol.

—¿Y qué? —le pregunté con tono glacial.

—¿Cómo y qué? Te dije que tenía que ser sobre una casa, una habitación o algo por el estilo.

—Dijiste que tenía que ser descriptiva. ¿Qué importa que trate de un guante de béisbol?

—Maldito sea —dijo furioso—. Siempre lo haces todo al revés. —Me miró—: No me extraña que te echen de aquí a patadas —agregó—. No haces ni una sola cosa como es debido: Te lo digo en serio. Ni una sola cosa.

—Bueno, entonces devuélvemela —le dije. Me acerqué y se la arranqué de la mano. Luego la rompí en mil pedazos.

—¿Por qué has hecho eso? —me preguntó.

Ni siquiera me molesté en contestarle. Me limité a tirar los pedazos en el canasto de los papeles. Luego me acosté en la cama y estuvimos ambos largo rato sin dirigirnos la palabra. Él se desvistió hasta quedar en calzoncillos; yo encendí un cigarrillo, tendido en la cama. No nos permitían fumar en los dormitorios, pero uno podía hacerlo a altas horas de la noche, cuando todo el mundo había salido o dormía y nadie podía oler el humo. Además lo hice para molestar a Stradlater. Lo enloquecía que se violara el reglamento. Él nunca fumaba en el dormitorio. El único que lo hacía era yo.

Continuó sin decir una sola palabra sobre Jane. Así que, por fin, le dije:

—Volviste bastante tarde ya que ella pidió permiso sólo hasta las nueve y media. ¿La hiciste firmar tarde el libro?

Cuando se lo pregunté estaba sentado en el borde de la cama cortándose las uñas.

—Sólo un par de minutos —repuso—. ¿A quién se le ocurre pedir permiso nada más que hasta las nueve y media un sábado por la noche?

Dios mío, cómo lo odiaba.

—¿Fueron a Nueva York? —le pregunté.

—¿Estás loco? ¿Cómo podíamos ir hasta Nueva York si ella tenía que estar de vuelta a las nueve y media?

—Qué lástima.

Me miró y me dijo:

—En vez de fumar en el dormitorio, ¿por qué no vas a hacerlo al baño? Tú te marcharás pronto de aquí, pero yo tengo que quedarme hasta recibirme.

Lo ignoré. Lo ignoré completamente. Continué fumando como loco. Lo único que hice fue darme vuelta en la cama para ver cómo se cortaba las uñas. Qué colegio. Uno siempre estaba viendo a alguien cortarse las uñas de los pies, apretarse los granos o hacer otras porquerías por el estilo.

—¿Le diste recuerdos de mi parte? —le pregunté.

—Sí.

El muy degenerado me estaba mintiendo en la cara.

—¿Qué te dijo? —le pregunté—. ¿Le preguntaste si seguía poniendo todas sus damas en la última fila?

—No, no se lo pregunté. ¿Crees que nos pasamos toda la noche jugando a las damas? ¡Por el amor de Dios!

Ni siquiera le contesté. Dios mío, cómo lo odiaba.

—Si no fueron a Nueva York, ¿adónde la llevaste? —le pregunté después de unos instantes. Apenas podía evitar que me temblara la voz. Me estaba poniendo muy nervioso. Tenía la sensación de que había ocurrido algo.

Terminó de cortarse sus condenadas uñas. Así que se levantó de la cama y con sólo los calzoncillos encima, empezó a ponerse de lo más juguetón. Se acercó a mi cama, se inclinó sobre mí y comenzó a propinarme golpecitos juguetones en el hombro.

—Déjame en paz —le dije—. ¿Adónde la llevaste si no fueron a Nueva York?

—A ningún lado. Sólo estuvimos sentados en el auto.

Me aplicó otro de aquellos golpecitos estúpidos y juguetones en el hombro.

—Te dije que me dejaras en paz. ¿En qué auto?

—En el de Ed Banky.

Ed Banky era el instructor de basquetbol del colegio. Stradlater era uno de sus favoritos, porque ocupaba el puesto de centro en el equipo y Ed Banky siempre le prestaba su auto cuando se lo pedía. A los alumnos les estaba prohibido pedir prestados los autos a las autoridades de la facultad, pero los muy degenerados de los equipos de atletismo eran muy unidos. En todos los colegios a que tuve ocasión de ir, todos los degenerados atletas eran muy unidos.

Stradlater siguió dándome golpes en los hombros haciendo como si boxeara con la sombra. Tenía el cepillo de dientes en la mano y se lo metió en la boca.

—¿Qué hiciste? —le pregunté—. ¿La abrazaste en el cochino auto de Ed Banky? —La voz me temblaba de una forma espantosa.

—¿Qué cosas dices. ¿Quieres que te lave la boca con jabón?

—¿La abrazaste?

—Eso es un secreto profesional, compañero.

Lo que siguió no lo recuerdo muy bien. Sé que me levanté de la cama como si me dispusiera a ir al baño; luego traté de darle un puñetazo con toda mi fuerza, justo sobre el cepillo de dientes, para abrirle la maldita garganta. Pero erré. No me fue posible conectarlo. Lo único que conseguí fue alcanzarlo en un costado de la cabeza. Es probable que lo lastimara algo, pero no tanto como yo quería. El puñetazo, probablemente, le habría dolido mucho, pero se lo lancé con la derecha, y con esa mano no puedo apretar bien el puño, a causa de la lesión de que ya les hablé.

Bueno, cuando me di cuenta, estaba tendido sobre el suelo y tenía a Stradlater sentado sobre el pecho con la cara muy colorada. Es decir, Stradlater tenía las rodillas sobre mi pecho y pesaba más de una tonelada. Me agarró de las muñecas para que no pudiera volver a golpearlo. Lo hubiese matado.

—¿Qué demonios te pasa? —repetía mientras la cara se le enrojecía cada vez más.

—Quítame las cochinas rodillas del pecho —le dije. Estaba casi gritando. De verdad—. Vamos, quítate de encima de una cochina vez, maldito degenerado.

Pero Stradlater no me hacía caso. Continuó sujetándome las muñecas y yo llamándolo hijo de... y todo, durante lo menos diez horas. Casi no me es posible recordar todo lo que le dije. Le dije que él pensaba que podía dársela a cualquier chica si se le ocurría. Le dije que a él no le interesaba nada que una chica colocara todas sus damas en la última fila del tablero y que esas cosas no le importaban porque era un perfecto tarado. No le gustaba nada que lo llamaran tarado. A ningún tarado *le* gusta que se lo digan.

—Haz el favor de callarte de una vez, Holden —dijo con su estúpida cara colorada—. Cállate.

—Ni siquiera sabes si se llama Jane o *Jean*, tarado asqueroso.

—Cállate, Holden. Si no te costará caro —dijo. Era evidente que se estaba enfureciendo.

—Quítame del pecho tus asquerosas rodillas, tarado.

—Si te suelto, ¿prometes callarte la boca?

Ni siquiera le contesté.

Entonces lo repitió:

—Holden, si te suelto, ¿prometes callarte la boca?

—Sí.

Cuando me soltó me puse de pie. El pecho me dolía bárbaramente, debido a la presión de sus rodillas.

—Eres un estúpido, un mal parido, y además, un tarado —le dije.

Lo hice con la intención de ponerle verdaderamente furioso. Empezó a agitarme su dedo enorme delante de la cara.

—Holden, por el amor de Dios, deja de molestarme. Mira que es la última vez que te lo advierto. Si no te callas de una vez voy a...

—¿Por qué habría de callarme? —le pregunté. Estaba prácticamente aullando—. Lo malo que tienen todos los tarados es que no les gusta discutir las cosas. Es facilísimo identificar a los tarados. Nunca quieren discutir nada inteligen...

Entonces sí que me sacudió una buena, y antes de que pudiese darme cuenta, estaba otra vez en el suelo, no recuerdo si me dejó fuera de combate o no, aunque creo que no. Resulta bastante difícil dejar a un tipo sin sentido, excepto en las cochinas películas. Pero la nariz me sangraba a mares. Cuando miré para arriba, Stradlater estaba prácticamente de pie encima de mí. Tenía el maldito neceser bajo el brazo.

—¿Por qué diablos no te callas cuando te lo mando? —Parecía sumamente nervioso. Lo más probable es que temiera haberme fracturado la base del cráneo o algo semejante cuando me tiró al suelo. Les juro que lamento que no hubiese sido así.

—Te lo buscaste, maldito sea —dijo. Parecía muy preocupado.

Ni siquiera traté de levantarme. Permanecí tirado en el suelo durante un rato llamándole hijo de... y tarado. Era tal mi furia que profería verdaderos alaridos.

—Escucha. Lávate la cara —dijo Stradlater—. ¿Me oyes?

Le contesté que se lavara su propia cara de tarado, lo que era algo ridículamente infantil, pero estaba más furioso que el demonio. Le dije que antes de ir al baño fuera a hacer el amor con la señora Schmidt. La señora Schmidt era la esposa del celador. Tenía alrededor de sesenta y cinco años.

Permanecí sentado en el suelo hasta que oí a Stradlater cerrar la puerta y dirigirse al baño. Entonces me levanté. No podía encontrar mi gorra roja de cazador por ninguna parte. Por fin la hallé. Estaba bajo la cama. Me la puse con la visera para atrás, como a mí me gustaba, y luego me acerqué al espejo para mirar mi estúpida cara. Tenía manchados de sangre la nariz, la boca y hasta el pijama y la salida de baño. Aquel sangriento espectáculo en parte me daba miedo y en parte me fascinaba. Toda aquella sangre sobre mi cuerpo me daba un aspecto de hombre recio. En toda mi vida sólo intervine en dos peleas, y salí derrotado en ambas. No soy recio. Soy un pacifista, si quieren saber la verdad.

Tenía la impresión de que Ackley había oído todo el escándalo y estaba despierto. De modo que entré en su cuarto a través de las cortinas de la ducha, sólo para ver qué demonio estaba haciendo. Casi nunca iba al cuarto de Ackley. Tenía siempre un olor muy desagradable, a causa de lo abandonado que era en sus hábitos personales.

VII

Un delgado hilo de luz, procedente de nuestra habitación, se filtraba por las cortinas de la ducha, y así pude ver a Ackley acostado sobre la cama. De sobra sabía que se hallaba completamente despierto.

—¿Ackley? —le dije—. ¿Estás despierto?

—Sí.

Como estaba muy oscuro tropecé contra un zapato tirado en el suelo y estuve a punto de caer de cabeza. Ackley se sentó en la cama, apoyándose en un brazo. Se había cubierto la cara con una pomada blanca, contra los granos. En la oscuridad tenía un aspecto bastante espectral.

—¿Qué demonio estabas haciendo? —le pregunté.

—¿Qué estaba haciendo? Estaba tratando de dormir antes de que armasen ese escándalo. ¿Por qué se pelearon?

—¿Dónde está la luz? —No podía encontrar la llave de la luz.

—¿Para qué quieres la luz?... Tienes la llave al lado de la mano.

Por fin la encontré y encendí la luz. Ackley se puso la mano en forma de visera para que no le dañara los ojos.

—¡Jesús! —exclamó—. ¿Qué te pasó? —Se refería a la sangre que me cubría.

—Acabo de tener un pequeño altercado con Stradlater —le dije. Luego me senté en el suelo. Nunca tenían sillas en el cuarto. No sé qué demonio hacían con sus sillas—. Escucha, ¿tienes ganas de jugar un rato a la canasta? —le pregunté. Ackley era un fanático de la canasta.

—Todavía estás sangrando, por el amor de Dios. Será mejor que te pongas algo.

—Ya parará. Escucha. ¿Quieres jugar un rato a la canasta?

—¿A la canasta? ¡Por el amor de Dios! ¿Sabes qué hora es?

—No muy tarde. Serán las once, o cuanto más las once y media.

—Escucha. Mañana tengo que levantarme temprano para ir a misa, por amor de Cristo. Y ustedes empiezan a gritar y a pelearse en medio de la noche. Pero dime, ¿por qué se pelearon?

—Es una historia larga y no quiero aburrirte, Ackley. Me preocupo por tu bienestar —le dije. Nunca me gustaba discutir con él mis asuntos personales. En primer término, era todavía más estúpido que Stradlater. Stradlater era un genio comparado con Ackley. Le dije—: Oye, ¿podría dormir en la cama de Ely esta noche? No regresará hasta mañana, ¿no es cierto?

Sabía perfectamente que era así. Ely pasaba en su casa casi todos los fines de semana.

—No sé cuándo volverá —repuso Ackley.

Cómo me enojé al oír aquello.

—¿Que no sabes cuándo volverá? Nunca vuelve hasta el domingo por la noche. ¿O estoy equivocado?

—No, pero por el amor de Dios, no puedo permitir que venga cualquiera a quien se le ocurra a dormir en su cama.

Aquello me mató. Me levanté del suelo, donde estaba sentado, y le palmeé el hombro.

—Eres un verdadero príncipe, pibe Ackley —dije—. ¿Lo sabías?

—No, te lo digo en serio... no puedo permitir que a cualquiera que se le ocurra, duerma en...

—Eres un verdadero príncipe y, además, todo un caballero y un erudito, pibe —dije—. Por casualidad, ¿no tienes un cigarrillo? Contéstame que no, pues de lo contrario me caeré muerto en este mismo sitio...

—No, de verdad que no tengo. Oye, ¿por qué demonios se pelearon?

No le contesté. Lo único que hice fue levantarme e ir a mirar por la ventana. De repente me sentí muy solo. Casi deseé estar muerto.

—¿Por qué demonios se pelearon? —insistió Ackley. Estaba poniéndose verdaderamente pesado con ese asunto.

—Por ti —le contesté.

—¿Cómo por mí?

—Traté de defender tu maldito honor. Stradlater dijo que tenías una personalidad deplorable. No podía permitírselo, ¿verdad?

Se puso todo excitado.

—¿Dijo eso? ¿De veras?

Le expliqué que era sólo una broma y luego fui a acostarme en la cama de Ely. Qué mal me sentía.

Me sentía completamente solo y abandonado.

—Este cuarto apesta —dije—. Me llega hasta aquí el olor de tus calcetines. ¿No los mandas nunca al lavadero?

—Si no te gusta estar aquí, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Ackley ofendido. Qué tipo ocurrente—. ¿Y qué te parece si apagas la luz?

Sin embargo, no la apagué en seguida. Permanecí tendido en la cama de Ely pensando en Jane y todo. Enloquecía cuando pensaba en ella y Stradlater, detenidos en alguna parte, dentro del auto del culón de Ed Banky. Cada vez que pensaba en ello me daban ganas de tirarme por la ventana. Ustedes no conocen a Stradlater como lo conozco yo. La mayoría de los tipos que estudiaban en Pencey, solamente charlaban cuando decían que tenían relaciones sexuales con chicas, como Ackley, por ejemplo. Pero Stradlater las tenía de veras. Por lo menos conocía a dos chicas a quienes se la había dado. Esa es la pura verdad.

—Cuéntame la historia de tu vida fascinante, pibe Ackley —dije.

—¿Qué te parece si apagas de una vez la luz? Tengo que levantarme mañana temprano para ir a misa.

Me levanté y la apagué, para darle gusto. Luego volví a acostarme en la cama de Ely.

—¿Piensas dormir en la cama de Ely? —me preguntó Ackley. Era el huésped más hospitalario que he conocido.

—Tal vez. Tal vez no. Pero no te preocupes. —No me preocupo. Sólo que no me gustaría nada que entrara Ely y encontrara un tipo acostado en...

—Tranquilízate. No pienso dormir aquí. No quiero abusar de tu maldita hospitalidad.

Minutos más tarde Ackley roncaba como un loco. Yo continuaba acostado en la oscuridad tratando de no pensar en Jane y Stradlater, juntos en el maldito auto Ed Banky. Pero me resultaba casi imposible. Lo malo era

que conocía la técnica de Stradlater. Eso todavía empeoraba las cosas. Una vez tuve ocasión de salir en el auto de Ed Banky con Stradlater y dos chicas. Stradlater se sentó en el asiento de atrás con su amiga y yo en el de adelante con la mía. Qué técnica tenía aquel tipo. Lo primero que hacía era hablar con la chica con su voz calma y «sincera»... como si no fuera solamente un tipo muy buen mozo, sino también «sincero». Oyéndolo, sentí ganas de vomitar. Su compañera decía continuamente: «No... “por favor”. No siga, por favor. “Por favor”». Pero Stradlater sin hacer caso continuaba hablándole con su voz sincera de Abraham Lincoln y al fin se produjo un terrible silencio en el asiento trasero del coche. Fue algo verdaderamente embarazoso. No creo que sucediera todo aquella noche... pero le pasó raspando. «Raspando».

Mientras yacía allí tratando de no pensar, oí a Stradlater volver del baño y penetrar en nuestra habitación. Sentí cómo dejaba sobre la cómoda sus roñosos artículos de tocador y luego abría la ventana. Era un amante del aire puro. Momentos más tarde, apagó la luz. Ni siquiera se tomó la molestia de tratar de descubrir dónde estaba yo.

Afuera, en la calle, también era deprimente. Ya no se oía ningún auto. Me sentía tan solo y abandonado que se me ocurrió despertar a Ackley.

—Oye, Ackley —dije como en un suspiro, para que Stradlater no pudiese oírme a través de las cortinas de la ducha.

Ackley tampoco me oyó.

—¡Oye, Ackley!

Todavía no me oyó. Aquel tipo dormía como un tronco.

—¡Oye, «Ackley»!

Esta vez me oyó.

—¿Qué demonios te ocurre ahora? —me preguntó—. Estaba dormido, ¡por favor!

—Oye. ¿Cómo se hace para entrar en un monasterio? —le pregunté. Estaba acariciando la idea de entrar en un sitio así—. ¿Es necesario ser católico y todas esas cosas?

—Claro que hay que ser católico. Maldito imbécil, me despertaste sólo para preguntarme esa ton...

—Bueno, puedes dormirte de nuevo, de todos modos he cambiado de idea. Con la suerte que tengo, probablemente entraría en uno lleno de frailes idiotas y degenerados.

Cuando dije eso Ackley se sentó rápidamente en la cama. Me dijo:

—Escucha, no me importa lo que puedas decir de mí, pero no te metas con mi religión, por amor de Dios...

—Tranquilízate. Nadie se mete con tu religión.

Me levanté de la cama de Ely y me dirigí a la puerta. No quería permanecer en aquella estúpida atmósfera ni un minuto más. Sin embargo me detuve en mi camino, para tomarle la mano a Ackley y darle un caluroso y fingido apretón. La retiró violentamente, diciendo:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Solamente quería darte las gracias por ser un príncipe tan bueno y hospitalario.

Se lo dije con la voz más sincera que pude.

—Eres un as, pibe Ackley. ¿Lo sabías?

—Así que todavía te haces el vivo. Algún día alguien te va a romper el...

Ni siquiera me tomé el trabajo de escucharlo. Cerré la puerta y salí al pasillo.

Todo el mundo había salido o dormía, y el corredor me resultó muy tranquilo y deprimente. Frente a la puerta del cuarto de Leahy y Hoffman había un envase vacío de pasta dentífrica Kolynos, y mientras me dirigía a la escalera comencé a patearlo con las zapatillas forradas de lana que tenía puestas. Pensé bajar para ver lo que estaba haciendo Mal Brossard. Pero de repente, cambié de idea. Decidí marcharme de Pencey aquella misma noche, es decir, no esperar hasta el miércoles. No deseaba permanecer en el colegio ni un minuto más. Me sentía demasiado triste y solo. Así que decidí tomar una habitación en un hotel de Nueva York, en algún hotel barato, y descansar hasta el miércoles. Luego, el miércoles, iría a casa bien descansado y sintiéndome perfectamente. Calculé que mis padres no recibirían la carta del viejo Thurmer diciéndoles que había sido expulsado, hasta tal vez el martes o el miércoles. No quería llegar a casa hasta que hubiesen tenido tiempo de digerir bien el asunto. No deseaba estar presente

en el momento en que llegara la carta; mi madre se pone muy histérica. Sin embargo, no es mala después de haber digerido bien una cosa. Además, yo necesitaba unas breves vacaciones. Tenía los nervios rotos. De veras.

Bueno, eso fue lo que decidí hacer. De modo que volví a la habitación, encendí la luz y empecé a guardar mis cosas. Ya tenía algunas guardadas. Stradlater ni siquiera se despertó. Encendí un cigarrillo, me vestí y luego hice las dos valijas Gladstone que tengo. Tardé solamente un par de minutos. Soy un as para hacer valijas.

Pero hubo algo que me deprimió un poco. Tenía que guardar unos patines para hielo que mi madre acababa de mandarme hacía dos días apenas. Aquello me deprimió. Veía a mi madre ir a la tienda de artículos para sport y hacerle al vendedor un millón de preguntas tontas antes de comprarme los patines... y heme aquí expulsado otra vez. Me daba mucha tristeza. Se equivocó al comprarlos, yo quería patines de carrera y ella me los compró para hockey; pero lo mismo me entristecía mucho. Casi siempre que alguien me hace algún regalo termino poniéndome triste.

En cuanto acabé de hacer las valijas, empecé a contar el dinero. No recuerdo exactamente lo que tenía; pero era bastante. Mi abuela acababa de mandarme un buen paco la semana anterior. Tengo esa abuela que es muy derrochona con el dinero. Ya chochea, es más vieja que el demonio, y como no recuerda las fechas me manda dinero para mi cumpleaños cuatro o cinco veces al año. De todos modos, aunque estaba bastante rico, me pareció que no me vendrían mal algunos dólares más. Uno nunca sabe lo que puede suceder. Así que bajé a ver a Frederick Woodruff, el tipo a quien le había prestado la máquina de escribir. Le pregunté cuánto me daría por ella. Era un tipo lleno de plata. Me dijo que no sabía, que no tenía mayor interés en comprarla. Al fin terminó comprándola. Costó noventa dólares y me dio veinte por ella. Estaba enojado porque lo había despertado.

Cuando ya estaba listo para marcharme, con las maletas y todo, me detuve al borde de la escalera para mirar, por última vez, el cochino corredor. Sentía ganas de llorar. No sé por qué. Me puse la gorra de caza con la visera para atrás, como a mí me gustaba, y grité con todas mis fuerzas:

—¡Duerman bien, tarados!

Apostaría que desperté a todos los tarados del piso. Luego me marché de una bendita vez. Algún estúpido había tirado cáscaras de maní en la escalera y estuve a punto de romperme el alma.

VIII

Era demasiado tarde para llamar un taxi, de modo que me fui caminando a la estación. No quedaba lejos, pero hacía un frío de mil demonios, y la nieve dificultaba la marcha. Las valijas me golpeaban las piernas, molestándome bastante. Sin embargo, el aire fresco me resultaba agradable. Lo malo era que el frío me hacía doler la nariz, justo encima del labio superior, donde Stradlater me había dado la pina. Me aplastó el labio contra los dientes y me dolía de lo lindo. Sin embargo sentía tibias las orejas. La gorra de caza tenía orejeras; las bajé... mi figura me tenía completamente sin cuidado. De todos modos no había nadie. Todo el mundo estaba en el sobre.

Cuando llegué a la estación tuve bastante suerte, pues sólo debí esperar diez minutos por un tren. Mientras esperaba, tomé un poco de nieve y me lavé la cara con ella. La tenía aún bastante manchada de sangre.

Por lo general me gusta viajar en tren, especialmente por la noche, con la luz encendida y las ventanillas negras, y esos tipos que andan por los pasillos vendiendo café, sandwiches y revistas. Casi siempre compro un sandwich de jamón y tres o cuatro revistas. Si me encuentro de noche en un tren, generalmente hasta puedo leer sin vomitar, alguno de esos cuentos estúpidos que publican las revistas. Me refiero a esos cuentos con una cantidad de tipos falsos llamados David y un montón de chicas no menos farsantes llamadas Linda o Marcia, que siempre les están encendiendo las pipas a los malditos Davides. Hasta soy capaz, por lo general, de leer uno de esos cochinos cuentos cuando viajo en tren por la noche. Pero esta vez era distinto. No tenía ganas de leer. Me quedé sentado sin hacer nada. Lo único que hice fue quitarme la gorra de caza y guardarla en el bolsillo.

Al llegar a Trenton subió una señora y se sentó a mi lado. El vagón estaba prácticamente vacío, porque era muy tarde, pero igual se sentó a mi lado en vez de ocupar algún asiento vacío, porque llevaba en la mano una cartera muy grande y yo viajaba en el asiento delantero. Colocó la cartera justo en medio del pasillo, donde el guarda y todo el mundo pudiesen tropezar con ella. Tenía puestas unas orquídeas como si viniese de una fiesta o algo por el estilo. Era una mujer de unos cuarenta o cuarenta y cinco años; pero muy bonita. Las mujeres me matan, de veras. No quiero decir con esto que sea un hipersexual ni nada de eso... si bien soy bastante lujurioso. Quiero decir sencillamente que las mujeres me gustan mucho. Siempre andan dejando sus malditas carteras en medio de los pasillos.

Bueno, estábamos allí sentados y de pronto me dijo: —Perdone, ¿pero no es ésa una etiqueta de Pencey Prep?

Estaba mirando fijamente mis valijas.

—Sí, lo es —contesté. Tenía razón. Había pegado una horrible etiqueta de Pencey en una de mis valijas. Algo de pésimo gusto, lo admito.

—Oh, ¿va a Pencey? —me preguntó. Tenía una voz muy agradable. Una voz que podríamos calificar de telefónica. Debería haber andado siempre con un teléfono a mano.

—Sí, voy a Pencey —le contesté.

—Oh, qué bueno. Entonces tal vez conozca a mi hijo, Ernest Morrow. También va a Pencey. —Sí, lo conozco. Es compañero de clase. Su hijo era sin duda el mayor degenerado que haya pisado Pencey en toda la historia del colegio. Después de ducharse, siempre andaba por el pasillo pegándole en el trasero a todo el mundo con la toalla mojada. Esa es exactamente la clase de tipo que era.

—¡Oh, qué bien! —dijo la señora. Pero sin ninguna cursilería. Sólo era amable y simpática—. Le diré a Ernest que nos conocimos. ¿Puedo preguntarle cómo se llama, mi querido?

—Rudolf Schmidt —le contesté. No me sentía con ganas de contarle toda la historia de mi vida. Rudolf Schmidt era el nombre del celador de nuestro dormitorio.

—¿Le gusta Pencey? —me preguntó.

—¿Pencey? No está mal. No es un paraíso ni nada por el estilo, pero es tan bueno como cualquier otro colegio. Algunas autoridades de la Facultad son bastante conscientes.

—Ernest adora Pencey.

—Lo sé —dije. Luego empecé a decir las mismas vulgaridades de siempre—. Ernest se adapta muy bien a las circunstancias. De veras. Quiero decir que verdaderamente sabe adaptarse.

—¿Le parece? —me preguntó. Estaba más interesada que el demonio.

—¿Ernest? Claro —dije. Luego observé cómo se quitaba los guantes. Qué de brillantes tenía en las manos.

—Acabo de romperme una uña al salir de un taxi —me dijo. Me miró y sonrió. Tenía una sonrisa sumamente agradable. De veras. La mayoría de la gente ni siquiera tiene sonrisa—. Su padre y yo a veces nos sentimos preocupados por él —dijo—. A veces tenemos la impresión de que no es lo suficientemente sociable. —¿A qué se refiere?

—Bueno. Es un chico muy sensible. En realidad, nunca ha podido mezclarse con los de su edad. Tal vez tome las cosas demasiado en serio.

Sensible. Aquello me mataba. Morrow era tan sensible como el asiento de un retrete.

Le dirigí una larga mirada. No me parecía ninguna tonta. Parecía tener una idea harto cabal de qué clase de degenerado había echado al mundo. Pero eso nunca puede saberse con seguridad. Todas las madres son algo chifladas. La cosa es que la madre de Morrow me resultaba simpática.

—¿Quiere un cigarrillo? —le pregunté.

Miró alrededor y dijo:

—No creo que en este coche esté permitido fumar, Rudolf.

Me llamó Rudolf. Eso me mató.

—No tiene nada que ver. Podremos fumar hasta que alguien proteste —dije. Aceptó un cigarrillo y le ofrecí fuego.

Parecía encantadora fumando. Inhalaba y todo, pero no tragaba ávidamente el humo como suelen hacerlo las mujeres de su edad. Tenía un gran encanto. Y también tenía un poderoso atractivo sexual, si quieren que les diga la verdad.

Me miraba de una manera rara.

—Tal vez me equivoque, pero me parece que le está sangrando la nariz, querido —dijo de pronto.

Asentí con un movimiento de cabeza y saqué el pañuelo.

—Me pegaron con una bola de nieve —dije—. Con una de esas bolas heladas muy dura. —No me hubiese importado contarle todo lo ocurrido, pero habría tardado demasiado tiempo... Me resultaba simpática. Estaba empezando a lamentar haberle dicho que me llamaba Rudolf Schmidt.

—Ernie es uno de los chicos más populares de Pencey —dije—. ¿Lo sabía usted?

—No.

—En realidad, todos tardamos bastante en llegar a conocerlo bien. Es un chico raro. Un chico «extraño» en muchos aspectos... ¿Sabe lo que quiero decir? Cuando lo conocí pensé que era un *snoob*. Eso fue lo que pensé. Pero tengo que reconocer que estaba en un error. Ocurre que tiene una personalidad muy original y se necesita tiempo para conocerlo bien.

La señora Morrow no dijo una palabra, pero tendrían que haberla visto. La tenía como pegada en el asiento. A todas las madres les encanta oír lo importantes que son sus hijos.

Luego empecé a mentir descaradamente.

—¿Le habló de las elecciones? —le pregunté—. ¿De las elecciones de la clase?

Ella sacudió la cabeza. La tenía como hipnotizada. De verdad.

—Bueno, casi todos nosotros queríamos que Ernie fuera presidente de la clase. Se trataba de un deseo unánime. Quiero decir, era el único de la clase que podía desempeñar bien el cargo. Pero resultó electo Harry Fencer. Y el motivo fue, sencillamente, que Ernie no nos permitió que lo eligiésemos. Porque es terriblemente tímido, modesto y todo lo demás. Rehusó el cargo. Es, lo que se dice, tímido. Tendrían que tratar de infundirle confianza en sí mismo. —La miré—. ¿No le dijo nada de esto?

—No.

—Así es Ernie —dije moviendo la cabeza—. Nunca cuenta esas cosas. Tiene el defecto de ser demasiado tímido y modesto, De veras pienso que tendría usted que tratar de hacerlo cambiar de modo de ser.

Justo en aquel momento llegó el inspector a retirarle el boleto a la señora Morrow, cosa que me dio la oportunidad de callarme. Sin embargo, me sentía satisfecho de haberle dicho todas aquellas barbaridades. Los tipos como Morrow, que siempre están tratando de pegarle en el trasero a la gente con la toalla mojada, con la intención de lastimar, no sólo son unos miserables cuando son chicos, sino que siguen siéndolo toda la vida. Pero apostaría a que después de todas las mentiras que le dije, la señora Morrow pensará ahora que su hijo es un tipo muy tímido y modesto, que no nos permitió que lo eligiésemos presidente. Es posible. Aunque no puede asegurarse. Para esas cosas las madres carecen de perspicacia.

—¿Quiere tomar un cóctel? —le pregunté—. Podemos tomarlo en el vagón restaurante. ¿Acepta?

—Querido, ¿le está permitido pedir bebidas alcohólicas? —me preguntó. Sin embargo no me lo dijo despectivamente. Era muy encantadora para ser despectiva.

—Bueno, la verdad es que no puedo pedir las, aunque a veces me las sirven debido a mi alta estatura —contesté—. Además, tengo ya un poco de cabello gris. Me puse de costado y le mostré mis canas. Eso la fascinó.

—Haga el favor de acompañarme —dije. Me hubiese encantado tenerla en mi mesa.

—Será mejor que no lo haga. Aunque se lo agradezco mucho, mi querido —dijo—. De todas maneras lo más probable es que ya esté cerrado el coche restaurante. Es muy tarde. —Tenía razón. Había olvidado la hora que era.

Luego me miró y me hizo la pregunta que temía.

—Ernest me escribió que llegaría a casa el miércoles, que las vacaciones de Navidad empiezan el «miércoles». Espero que no haya tenido usted que abandonar el colegio con motivo de la enfermedad de algún miembro de su familia. —Parecía sinceramente preocupada.

—No, en casa todos están bien —dije—. Soy yo. Necesito someterme a una pequeña operación.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! —dijo. Se veía claramente que era sincera. En seguida me arrepentí de habérselo dicho, pero ya era demasiado tarde.

—No es nada serio. Tengo un tumorcito insignificante en el cerebro.

—¡Oh, no! —Se llevó la mano a la boca y todo.

—No será nada. El tumor está alojado en la parte de afuera, y además es muy pequeñito. Me lo extirparán en menos de dos minutos.

Entonces empecé a leer un horario de trenes que llevaba en el bolsillo, a fin de no seguir diciéndole mentiras. Cuando comienzo a mentir puedo seguir haciéndolo durante horas, si estoy de humor. Fuera de bromas. Durante «horas».

Después de eso hablé muy poco. Ella empezó a leer el «Vogue» y a mirar por la ventanilla. Se bajó en Newark. Me deseó buena suerte en la operación, y siguió llamándome Rudolf. Después me invitó a visitar a Ernie durante el verano, en Gloucester, Massachusetts. Me dijo que su casa estaba muy cerca de la playa y que tenía cancha de tenis y todo, pero le di las gracias y le dije que pensaba viajar a Sudamérica con mi abuela. Lo que era un cuento mayúsculo, pues mi abuela apenas si sale nunca de casa, salvo para ir a alguna *matinée* o algo por el estilo. Pero no habría visitado a ese mal parido de Morrow ni por todo el oro del mundo, ni aunque estuviese desesperado.

IX

Lo primero que hice cuando salí de la estación Penn, fue entrar en una cabina telefónica. Tenía ganas de llamar a alguien. Dejé las valijas afuera, para poder vigilarlas, pero en cuanto entré, no se me ocurrió nadie a quien llamar. Mi hermano D. B. estaba en Hollywood. Mi hermanita Phoebe, se acuesta a eso de las nueve... de modo que tampoco podía llamarla. A ella no le habría importado que la despertara, pero lo malo era que no sería ella quien contestaría el teléfono: lo harían mis padres. En consecuencia, la cosa quedaba descartada. Luego pensé hablar con la madre de Jane Gallagher, para preguntarle cuándo empezaban las vacaciones de Jane, pero cambié de idea. Además, era demasiado tarde para llamar. Luego pensé en llamar a Sally Hayes, una chica con la que solía salir frecuentemente en Nueva York, porque sabía que ya había comenzado a disfrutar de las vacaciones de Navidad (me había escrito una carta larga y rebuscada invitándome a ayudarla a adornar el árbol de Navidad y todo), pero temía que su madre atendiese el teléfono. La madre de Sally conocía a la mía y ya me la imaginaba corriendo al teléfono para contarle a mi madre que yo ya estaba en Nueva York. Además, la idea de hablar por teléfono con la madre de Sally no me seducía mucho, que digamos. Una vez le dijo a Sally que yo era un salvaje. Le dijo que era un salvaje y que no tenía ningún norte en la vida. Después pensé en llamar a Cari Luce, un tipo que estuvo conmigo en el Colegio Whooton; pero no me era muy simpático. De modo que terminé por no llamar a nadie. Salí de la cabina después de unos veinte minutos, agarré las valijas, me dirigí caminando al túnel donde están los taxis, y tomé uno.

Soy tan distraído que, dejándome llevar por la costumbre, le di al conductor la dirección de mi casa: había olvidado por completo que iba a hospedarme en un hotel un par de días y que no iría a casa hasta que comenzaran las vacaciones de Navidad. No reparé en ello hasta estar en mitad del parque. Entonces dije:

—Oiga, ¿le importaría dar vuelta en cuanto pueda? Me equivoqué al darle la dirección. Tengo que volver al centro.

El chofer, que al parecer era un vivo, me contestó:

—Ahora no puedo dar vuelta, Mac. Esta calle tiene una sola mano. Ahora tendré que ir hasta la calle 90.

No quería empezar a discutir.

—Está bien —dije. De repente se me ocurrió algo—. Escuche. ¿Conoce esos patos que están en la laguna que queda hacia el sur del Central Park? Esa lagunita, ¿eh? ¿No sabría, por casualidad, adónde van los patos cuando se hiela?

Comprendía que había un millón de probabilidades contra una de que lo supiera.

Se dio vuelta y me miró como si yo estuviese loco.

—¿Me está tomando el pelo, Mac?

—No. Se trata de algo que me interesa y nada más.

No dijo más nada y yo lo imité. Hasta que salimos del parque en la calle 90. Entonces me preguntó:

—¿Adónde vamos ahora, compañero?

—Bueno, la cosa es que no quiero alojarme en los hoteles del barrio este donde podría tropezar con algún conocido. Estoy viajando de incógnito —dije. Detesto decir cosas cursis y ordinarias como «viajando de incógnito», pero cuando estoy con una persona ordinaria trato de ponerme a su nivel.

—Por casualidad, ¿no sabe qué orquesta toca en el «Taft» o en el «New Yorker»? —le pregunté.

—No tengo la menor idea, Mac.

—Bueno... entonces lléveme al Edmond. ¿No quiere parar un momento en el camino para tomar un cóctel conmigo? Lo invito.

—No puedo, Mac. Lo siento.

El hombre era un compañero formidable. Tenía una personalidad estupenda.

Llegamos al Hotel Edmond y pedí una habitación. Cuando iba en el taxi llevaba puesta la gorra de caza, pero me la quité antes de entrar en el hotel. No quería parecer chiflado ni nada por el estilo. Lo que era una verdadera ironía: ignoraba aún que el hotel ese estaba lleno de perversos y tarados.

Me dieron una habitación pésima. Por la ventana se veía solamente el otro lado del hotel. Sin embargo, no me importó mayormente. Estaba demasiado preocupado como para que me importasen las vistas del cuarto. El botones que me indicó la habitación era un tipo muy viejo, de unos sesenta y cinco años. Me resultó todavía más deprimente que el cuarto. Era uno de esos tipos calvos que se peinan para arriba el pelo de un costado con el objeto de disimular la pelada. Preferiría mil veces ser calvo a hacer una cosa así. De todos modos, vaya un trabajo magnífico para un tipo de unos sesenta y cinco años: llevar valijas y tener que esperar la propina. Me imagino que el hombre no sería muy inteligente, pero de todas maneras, resultaba terrible.

Cuando el botones se marchó, miré un rato por la ventana, con el abrigo puesto y todo. Lo que ocurría en el otro lado del hotel, sin duda los hubiese sorprendido. Ni siquiera se tomaban la molestia de bajar las persianas. Vi a un tipo de cabello gris y aspecto muy distinguido, que estaba en calzoncillos, hacer algo que si se lo contara no me lo creerían. Primero, colocó la valija sobre la cama. Luego sacó ropas femeninas y se las puso. Verdadera ropa de mujer: medias de seda, zapatos de taco alto, corpiño y hasta una de esas fajas con ligas colgando y todo. Luego se puso un vestido de noche negro muy apretado. Lo juro por Dios. A continuación, comenzó a pasear por el cuarto, dando pasos muy cortos, como hacen las mujeres, fumando y mirándose al espejo. Estaba solo. A no ser que alguien estuviese en el cuarto de baño; pero no alcanzaba a ver tanto. Luego, en la ventana que quedaba casi encima de la de ese tipo, un hombre y una mujer se rociaban mutuamente con chorritos de agua que arrojaban por la boca. Lo más probable es que se tratara de whisky con soda y no de agua; pero no podía ver lo que tenían en los vasos. De todos modos, primero él bebía un trago y la rociaba a ella; luego ella le devolvía la atención. Se rociaban la

cara por turno, ¡por el amor de Dios! Ambos estaban como histéricos, como si aquello fuese la cosa más graciosa del mundo. Fuera de bromas, aquel hotel estaba repleto de perversos. Lo más probable es que yo fuera el único degenerado normal que había allí... lo que no es mucho decir. Estuve tentado de mandarle un telegrama a Stradlater, diciéndole que tomara el primer tren para Nueva York. Se hubiese convertido en el rey del hotel.

Lástima que esas cosas son fascinantes de ver, aunque uno no quiera. Por ejemplo, la chica que se hacía rociar la cara con agua era muy bonita. Quiero decir que eso es lo malo. Es muy posible que, mentalmente, yo sea el maníaco sexual más grande del mundo. A veces se me ocurren cosas muy asquerosas que no me importaría hacer si se presentara la ocasión. Hasta comprendo que puede resultar muy divertido estando los dos algo borrachos, conseguir una chica y luego rociarse mutuamente la cara con agua o algún otro líquido. Sin embargo no me gusta la idea. Analizándola bien es una porquería. Creo que si a uno no le gusta una chica no tiene por qué andar con ella, y si a uno le gusta, tiene que gustarle la cara y, en ese caso, debe tener cuidado de no hacerle porquerías, como rociársela con agua. Lástima que esas porquerías suelen resultar a veces sumamente divertidas. Las chicas tampoco son ninguna gran ayuda cuando uno trata de no ponerse demasiado asqueroso a fin de no echar a perder algo verdaderamente bueno. Hace un par de años conocí a una chica que era aún más asquerosa que yo. Sin embargo nos divertimos mucho durante una temporada. Confieso que lo sexual es algo que todavía no entiendo bien. Uno nunca sabe a qué atenerse. Yo me estoy dictando, continuamente, reglas sexuales para mi uso personal, que luego violo por completo. El año pasado me impuse la regla de dejar de andar con chicas, que, en el fondo, me resultaban como una patada en el estómago. Sin embargo, la violé esa misma semana... esa misma noche para ser exacto. Me pasé toda la noche abrazando a una falsa llamada Anne Louise Sherman. El sexo es algo que verdaderamente no comprendo. Lo juro por Dios.

Mientras estaba allí empecé a acariciar la idea de darle un golpe de teléfono a Jane... es decir, llamarla por larga distancia a B. M., donde estudiaba, en vez de llamar a su madre para averiguar cuándo regresaba. Estaba prohibido llamar por la noche a las alumnas, pero lo tenía todo muy

bien estudiado. A cualquiera que contestara el teléfono pensaba decirle que era tío de Jane. Iba a decir que una tía de Jane acababa de morir en un accidente de tránsito y que necesitaba hablar con ella de inmediato. Creo que la cosa hubiese resultado. Pero no lo hice, porque no me encontraba en un estado de ánimo apropiado. Sin un estado de ánimo adecuado esas cosas casi nunca salen bien.

Después de un rato me senté en una silla y fumé un par de cigarrillos. Me sentía bastante deprimido; tengo que admitirlo. Luego, de repente, se me ocurrió una idea. Saqué la billetera y empecé a buscar una dirección que me dio en una fiesta un tipo que estudiaba en Princeton. Por fin la encontré. Tenía un color raro, de llevarla tanto tiempo en la billetera, pero resultaba todavía legible. Se trataba de la dirección de una chica que no era exactamente una puta ni nada de eso, pero que, de acuerdo con lo que me dijo el estudiante de Princeton, no le importaba hacerlo de vez en cuando. Una vez la llevó a un baile, en Princeton, y casi lo expulsan por haberla invitado. Creo que era una de esas que se van desnudando poco a poco en los teatros de revistas. Bueno, fui al teléfono y la llamé. Se llamaba Faith Cavendish y vivía en el Hotel Stanford Arms, situado en la calle 65 y Broadway. Sin duda, una pocilga.

Por un momento, creí que no debía estar en casa. Nadie contestaba. Luego, por fin, alguien levantó el auricular.

—Hola —dije. Traté de hablar con voz muy profunda para que no fuese a sospechar mi edad. De todos modos tengo una voz bastante ronca.

—Hola —repuso una voz femenina. No muy amablemente, por cierto.

—¿Hablo con la señorita Faith Cavendish?

—¿Quién es? ¿Quién me llama a esta hora?

Aquella recepción me asustó un poco.

—Comprendo que es un poco tarde —dije empleando un tono de hombre maduro—. Espero me perdone, pero estaba ansioso de comunicarme con usted —le dije, más suavemente que el demonio. De veras.

—¿Quién es? —insistió.

—Bueno, en realidad usted no me conoce, pero soy amigo de Eddie Birdsell. Eddie sugirió que si yo venía a Nueva York alguna vez, me

reuniese con usted para tomar unas copas.

—¿De «quién» dice que es amigo?

Parecía una verdadera leona por teléfono. Casi me estaba gritando.

—De Edmund Birdsell. Eddie Birdsell —dije. No recordaba bien si se llamaba Edmund o Edward. Sólo lo había visto una vez en una de esas fiestas aburridas.

—No conozco a nadie de ese nombre. Y si cree que me divierte que me despier...

—De Eddie Birdsell. Que estudia en Princeton —dije.

—Birdsell, Birdsell... de Princeton... ¿De la Universidad de Princeton?

—Eso es.

—¿Usted también estudia en la Universidad de Princeton?

—Bueno, sí y no.

—Oh... ¿cómo está Eddie? —me preguntó—. ¡Vaya unas horas de llamarla a una por teléfono, Dios mío!

—Está bien. Me pidió que le diera recuerdos de su parte.

—Muchas gracias. Retribuyáseles, por favor. Eddie es un gran muchacho. ¿Qué hace ahora?

De golpe se estaba poniendo más amable que el demonio.

—Ya sabe. Lo de siempre —dije. ¿Cómo iba a saber yo lo que hacía? Apenas lo conocía. Ni siquiera podía asegurar que siguiera estudiando en Princeton—. Mire —dije—. ¿No tendría interés en encontrarse conmigo para tomar una copa en cualquier parte?

—¿No tiene usted idea de la «hora» que es? —me dijo. Y agregó—: ¿Me permite que le pregunte cómo se llama? —Ya con acento inglés y todo—. Usted me parece más bien joven. Me eché a reír.

—Gracias por el cumplido. Me llamo Holden Caulfield.

Debí haberle dado un nombre falso, pero no se me ocurrió en aquel momento.

—Bueno, mire, señor Cawffle. No tengo costumbre de acudir a citas nocturnas. Soy una chica que trabaja.

—Mañana es domingo —le recordé.

—Es lo mismo. No puedo prescindir de mi sueño de belleza. Ya sabe cómo son esas cosas.

—Creí que podríamos tomar unos cócteles juntos. Todavía no es muy tarde.

—Bueno. Es usted muy amable. ¿Desde dónde me llama? Dígame dónde se encuentra ahora. —En una cabina telefónica.

—Oh —dijo. Luego se produjo una pausa muy larga—. Bueno, me encantaría salir con usted en alguna otra ocasión, señor Cawffle. Me resulta muy simpático. Lo encuentro una persona muy simpática. Pero ya es muy tarde.

—Podría ir a buscarla.

—Bueno, me encantaría acompañarlo a tomar un cóctel; pero resulta que mi compañera de pieza se encuentra enferma. Ha estado acostada toda la noche sin poder pegar un ojo y acaba de quedarse dormida justo en este momento. —Oh, qué lástima.

—¿Dónde se aloja? Tal vez podamos reunirnos mañana.

—Mañana no me será posible. Sólo tengo libre esta noche.

Qué tonto fui. No debí haberle dicho eso.

—Oh. Bueno, lo siento mucho.

—Saludaré a Eddie en su nombre.

—No se olvide de hacerlo. Espero que su estada en Nueva York le resulte agradable. Es una ciudad formidable.

—Sé que lo es. Gracias. Buenas noches —dijo. Luego colgué.

Cómo eché a perder aquel asunto. Por lo menos debía haber tratado de que viniera a tomar un cóctel conmigo el día siguiente.

X

Era todavía bastante temprano. No recuerdo la hora pero sé que no era muy tarde. Algo que aborrezco es acostarme antes de sentirme cansado. Así que abrí las valijas, saqué una camisa limpia y luego fui al cuarto de baño para lavarme y cambiarme la camisa. Entonces se me ocurrió una idea. Se me ocurrió bajar para ver lo que ocurría en el «Lavender Room». En el hotel tenían un club nocturno llamado «Lavender Room».

Con todo, mientras me cambiaba la camisa faltó muy poco para que llamase a mi hermana pequeña, Phoebe. Tenía muchas ganas de hablar con ella por teléfono. Pero no me atrevía a llamarla, porque era sólo una niña muy pequeña y no era muy probable que, a aquella hora, anduviese cerca del teléfono.

Pensé que podía colgar si atendían mis padres, pero tampoco hubiese dado resultado. Se darían cuenta de que era yo. Mamá siempre sabe cuando soy yo quien hablo. Es medio adivina. Pero de veras me hubiese gustado conversar un ratito con Phoebe.

Tendrían que verla. Lo más probable es que no hayan visto una nena tan linda e inteligente en toda su vida. Es inteligentísima. Quiero decir que sacó siempre todos diez desde que va a la escuela. En realidad, yo soy el único burro de la familia. Mi hermano D. B. es escritor y todo, y mi hermano Allie, el que murió, de quien ya les hablé, era un mago. Yo soy el único verdaderamente bruto. Pero tendrían que ver a Phoebe. Tiene el cabello rojo, algo parecido al de Allie, y lo lleva muy corto en la temporada de verano. En verano se lo mete detrás de las orejas, que son muy lindas y pequeñas. Sin embargo, en invierno lo lleva bastante largo. A veces mamá se lo trenza. Tiene sólo diez años. Es muy delgada, como yo, pero tiene una

delgadez que le sienta, una delgadez de patinadora sobre ruedas. Una vez la miré por la ventana mientras cruzaba la Quinta Avenida para ir al parque y me pareció, como les digo, que tiene una delgadez de patinadora sobre ruedas. Les gustaría. Quiero decir que cuando se le dice a Phoebe una cosa, en seguida comprende de qué le están hablando. Quiero decir que uno puede llevarla a cualquier parte. Si, por ejemplo, uno la lleva a ver una película mala, en seguida se da cuenta de que es una película mala. Si uno la lleva a ver una película muy buena, comprende que se trata de una película muy buena. Mi hermano D. B. y yo la llevamos a ver esa película francesa en la que trabaja Raimu llamada «La mujer del panadero». La entusiasmó. Sin embargo, su película favorita es «Treinta y nueve escalones», con Robert Donat. Se sabe de memoria toda la maldita película, porque la llevé a verla lo menos diez veces. Por ejemplo, cuando Donat, perseguido por la policía, se refugia en su granja escocesa, Phoebe dice en voz alta, en el preciso momento en que lo dice ese tipo escocés de la película: «¿Puede comer el arenque?» Sabe de memoria todo el diálogo. Cuando el profesor de la película, que en realidad es un espía alemán, levanta el meñique, al que le falta parte de la falange del medio, para mostrárselo a Donat, Phoebe me muestra su minúsculo meñique en la oscuridad y empieza a moverlo delante de mi cara. Es un fenómeno de lista. Les gustaría. Lástima que a veces es demasiado cariñosa. Por ser una niña pequeña es demasiado emotiva. De verdad. Además, le encanta escribir libros todo el tiempo; sólo que no los termina. Son todos sobre una niña llamada Hazel Weatherfield, aunque Phoebe escribe siempre «Hazle». Hazel Weatherfield es una niña detective. Aunque es huérfana, su padre aparece con cierta frecuencia en el relato. Él es siempre «un caballero atrayente de unos veinte años de edad». Eso me mata. Juro por Dios que a ustedes les encantaría Phoebe. Ya desde que era muy pequeñita demostró ser muy lista. Cuando era una niñita diminuta, Allie y yo solíamos llevarla al parque, especialmente los domingos. Allie tenía un velerito con el que gustaba jugar los domingos y solíamos llevar a Phoebe con nosotros. Siempre llevaba guantes blancos y caminaba entre nosotros como una verdadera señorita y todo. Y cuando Allie y yo nos poníamos a conversar de cosas de carácter general, Phoebe nos escuchaba con toda atención. Algunas

veces nos olvidábamos de su presencia —era tan pequeñita—, pero enseguida nos hacía notar que ella también estaba allí. Nos interrumpía continuamente. De repente nos daba a Allie o a mí un empujón y nos preguntaba: «¿Quién? ¿Quién dijo eso? Bobby o la señora.» Entonces contestábamos su pregunta y ella decía. «Oh», y seguía escuchando. Phoebe también encantaba a mi hermano. Quiero decir que Allie también la quería mucho. Ahora tiene ya diez años y no es tan pequeñita, pero continúa encantando a todo el mundo... me refiero a la gente con un poco de criterio.

Bueno, era alguien con quien uno siempre tenía ganas de hablar por teléfono. Pero tenía demasiado miedo de que contestaran mis padres, enterándose así que yo ya estaba en Nueva York y que había sido expulsado de Pencey. De manera que me limité a cambiarme la camisa. Luego terminé de arreglarme y bajé al vestíbulo por el ascensor para ver lo que había de interesante.

Excepto unos pocos tipos con aspecto de rufianes y unas pocas rubias con facha de putas, el vestíbulo estaba casi vacío. Pero podía oírse la orquesta que tocaba en el «Lavender Room», de manera que hacia allí me dirigí. No estaba muy concurrido, no obstante, me dieron una mala mesa, completamente al fondo del salón. Debía haber agitado un billete de un dólar bajo las barbas del *maitre*. En Nueva York el dinero lo puede todo... puedo asegurárselo.

La orquesta era inmunda. La de Buddy Singer. Además, apenas se veían muchachos de mi edad. En verdad no había nadie de mi edad. La mayoría eran viejos exhibicionistas con sus amigas. Excepto en la mesa situada a mi derecha, en la que había tres chicas de unos treinta años. Las tres eran bastante feas y llevaban unos sombreros que estaban diciendo a gritos que sus dueñas no eran de Nueva York; pero una, la rubia, no estaba del todo mal. La rubia resultaba bastante atractiva y empecé a mirarla un poco, pero justo en ese momento vino el mozo a preguntarme qué iba a tomar. Pedí whisky con soda y le dije que no los mezclara.

Se lo dije lo más ligero posible, pues si uno titubea, en seguida piensan que es menor de veintiún años y no le sirven bebida blanca de ninguna especie. Sin embargo, tuve dificultades con él. Me dijo:

—Lo lamento mucho, señor, ¿pero no tiene en su poder algo con que pueda demostrar su mayoría de edad? ¿Tal vez su registro de conductor?

Le dirigí una mirada glacial, como si acabara de insultarme y le pregunté:

—¿Es que parezco menor de veintiún años?

—Lo siento, señor, pero tenemos nuestras...

—Está bien, está bien. Tráigame una Coca Cola.

El hombre se disponía a irse, pero lo llamé —¿No podría echarle un chorro de ron o algo por el estilo?

Se lo pregunté muy amablemente —No puedo permanecer en un lugar como éste completamente sobrio. ¿No podría echarle un poco de ron o algo así?

—Lo lamento mucho, señor... —me dijo y desapareció. Sin embargo no se lo tomó a mal. Si se los sorprende despachando bebidas alcohólicas a un menor pierden el puesto. Y yo soy un mocoso de porquería.

Empecé otra vez a dirigir miraditas a las tres brujas de al lado. Es decir, a la rubia. De las otras dos más vale no hablar. Sin embargo, no lo hice demasiado descaradamente. Les dirigía a las tres una mirada muy fría de vez en cuando. Pero las tres empezaron a reírse como verdaderas taradas. Sin duda pensaron que yo era demasiado joven para seducir a nadie. Aquello me puso verdaderamente furioso. ¡Como si pensara casarme con ellas! Después que hicieron eso, comprendo que debí tratarlas con una indiferencia glacial; pero lo malo era que de veras tenía unas ganas bárbaras de bailar. A veces me encanta bailar y aquélla era una de esas veces. Así que, de pronto, hice una especie de reverencia y les pregunté:

—¿Alguna de ustedes desea bailar, chicas?

No lo pregunté groseramente, nada de eso. En realidad lo hice de una manera muy suave. Pero, maldita sea, empezaron a reírse un poco más. Bromas aparte, eran tres verdaderas taradas.

—Decídanse —les dije—. Bailaré con ustedes por turno. ¿Qué les parece? ¡Decídanse!

De veras tenía unas ganas locas de bailar.

Al fin la rubia se levantó para bailar conmigo, porque era evidente que me estaba dirigiendo a ella y nos encaminamos al salón. Las otras dos

pajarracas casi sufrieron un ataque de histeria cuando lo hizo. En realidad debía estar bastante bebido para haber cargado con cualquiera de ellas.

Pero valió la pena. La rubia era una formidable bailarina. Una de las mejores bailarinas con quien haya bailado jamás. Fuera de bromas, algunas de esas chicas estúpidas pueden hacer verdaderas maravillas en una pista de baile. Las chicas muy listas o quieren llevarlo a uno o son tan torpes para bailar que lo mejor es volver a la mesa para emborracharse con ellas.

—¡Qué bien baila! —le dije a la rubia—. Debería ser profesional. En serio. Una vez tuve ocasión de bailar con una profesional y usted es dos veces mejor ¿Oyó hablar alguna vez de Marco y Miranda?

—¿Qué dice? —repuso. Ni siquiera me escuchaba. No hacía más que mirar por todas partes.

—Le pregunté si oyó hablar alguna vez de Marco y Miranda.

—No sé. No, creo que no.

—Bueno, son bailarines. Sin embargo ella no es muy buena. Desde luego, hace todo lo que puede, pero no es extraordinaria. ¿Sabe cómo se conoce cuando una chica es una bailarina estupenda?

—¿Qué dice? —me preguntó. Ni siquiera me escuchaba. Estaba distraída mirando el salón.

—Le dije si sabe cómo se conoce cuando una chica es una bailarina estupenda.

—Oh.

—Bueno... poniéndole la mano en la espalda. Si uno siente que no hay nada bajo la mano, ni espalda, ni piernas, ni pies, ni nada, entonces la chica es una bailarina formidable.

Sin embargo seguía sin escucharme. De modo que la ignoré durante un rato. Lo único que sabía era bailar. Dios mío, lo bien que puede bailar una chica estúpida. Buddy Singer y su asquerosa orquesta estaban tocando «sólo una de esas cosas», y ni siquiera ellos conseguían arruinar del todo la hermosa pieza. No intenté hacer ninguna fantasía mientras bailábamos, detesto a esos tipos exhibicionistas que se ponen a hacer mil piruetas en una pista de baile, pero me movía bastante y ella me acompañaba muy bien. Lo más gracioso es que creí que ella también se estaba divirtiendo, hasta que, de pronto, me salió con esta observación estúpida.

—Mis amigas y yo vimos anoche a Peter Lorre —me dijo—. El actor de cine. En persona. Estaba comprando un diario. Es muy simpático.

—Fue muy afortunada —le dije—. Verdaderamente tuvo suerte. ¿Se da cuenta?

Era una verdadera tarada. Pero qué bailarina formidable. Sin poder contenerme le di un beso encima de su estúpida cabeza y todo. Se enojó cuando lo hice.

—¡Oiga! ¿Qué le pasa?

—Nada. No me pasa nada. Qué bien baila. Tengo una hermanita que está sólo en cuarto grado. Usted baila casi tan bien como ella, y ella baila mejor que ninguna persona viva o muerta.

—Tenga cuidado con lo que dice si no le parece mal.

Qué dama, señores. Una *reina*...

—¿De dónde son ustedes, chicas?

No me contestó. Estaba muy ocupada mirando a su alrededor, tal vez esperando que apareciera Peter Lorre.

—¿De dónde son ustedes, chicas? —volví a preguntarle.

—¿Qué dice?

—¿De dónde son ustedes, chicas? Si no le parece bien no me conteste. No quiero que haga ningún esfuerzo.

—De Seattle, Washington —contestó. Al parecer me estaba haciendo un gran favor al decírmelo.

—Es usted una excelente conversadora —le dije—. ¿Lo sabía?

—¿Qué dice?

Me di por vencido.

—¿Le gustaría hacer un poco de *jitterhug* si tocan una pieza ligera? Nada exagerado, desde luego. Por lo general todo el mundo se sienta cuando tocan una pieza rápida, excepto los viejos y los gordos, así que tendremos bastante espacio. ¿De acuerdo?

—Me es indiferente —me dijo—. Oiga un momento... ¿qué edad tiene? Sin saber por qué motivo eso me fastidió.

—Por Dios, no lo eche todo a perder. Tengo doce años. Y le aseguro que estoy muy desarrollado para mi edad.

—Escuche. Ya se lo dije. No me agrada esa clase de lenguaje. Si piensa seguir hablando de ese modo iré a sentarme con mis amigas.

Le pedí disculpas como loco, porque la orquesta acababa de iniciar una pieza rápida. Era, verdaderamente, una estupenda bailarina. No había más que tocarla. Y cuando se daba vuelta su trasero lindo y pequeñito se retorció de una manera muy simpática. Me enloquecía. En serio. Cuando fuimos a sentarnos estaba medio enamorado de ella. Así ocurre con las chicas. Cada vez que hacen algo lindo, aunque no valgan gran cosa o sean algo estúpidas, uno medio se enamora de ellas y entonces ya no sabe qué terreno pisa. ¡Las chicas! Dios mío, pueden volverlo loco a uno. Se los aseguro.

No me invitaron a sentarme a su mesa —quizás de puro ignorantes—, porque lo eran demasiado, pero me senté lo mismo. La rubia que había bailado conmigo se llamaba Bernice... Crabs o Krebs. Los nombres de las dos feas eran Marty y Laverne. Les dije que me llamaba Jim Steele, para divertirme un poco. Luego traté de entablar con ellas una conversación un poco inteligente; pero me resultó prácticamente imposible. Apenas podía saberse cuál era la más estúpida de las tres. Y las tres miraban continuamente en dirección al cochino salón, como si esperasen, en cualquier momento, la entrada de todo un rebaño de artistas de cine. Seguramente pensaban que los artistas de cine, cuando iban a Nueva York, frecuentaban al «Lavender Room» en vez del «Stork Club» o el «Morocco». De todos modos, puse más de media hora en averiguar dónde trabajaban en Seattle. Todas trabajaban en la misma compañía de seguros. Les pregunté si les gustaba el trabajo, ¿pero creen ustedes que podía obtenerse una respuesta inteligente de aquellas tres idiotas? Pensé que las dos feas, Marty y Laverne, eran hermanas, pero se ofendieron mucho cuando se lo pregunté. Ninguna de ellas quería parecerse a la otra, lo que era natural, pero en cierta forma resultaba muy divertido. Bailé con las tres, por turno. La más fea de todas, Laverne, no era una bailarina del todo mala, pero la otra, Marty, era la muerte. Bailar con Marty era como arrastrar por la pista la estatua de la Libertad. La única forma de entretenerme mientras la arrastraba por la pista, era tomarle un poco el pelo. De modo que le dije que acababa de ver a Gary Cooper, el astro de cine, en el otro extremo de la pista.

—¿Dónde? —me preguntó excitadísima—. ¿Dónde?

—Qué lástima. Perdió la oportunidad de verlo por una fracción de segundo. ¿Por qué no miró cuando se lo dije?

Dejó prácticamente de bailar y comenzó a mirar por sobre las cabezas de todo el mundo, para tratar de verlo.

—¡Qué pena! —exclamó. Acababa de romperle el corazón. Fuera de bromas. Entonces me dio lástima haberla engañado. Hay personas a las que uno no debe engañar, aunque se lo merezcan.

Sin embargo aquí viene lo gracioso. Cuando volvimos a la mesa, Marty les dijo a las otras dos que Gary Cooper acababa de marcharse. Cuando lo oyeron Laverne y Bernice casi estuvieron a punto de suicidarse. Se excitaron mucho y le preguntaron a Marty si lo había visto realmente. Marty les contestó que apenas había podido echarle una ojeada. Aquello me mató.

El bar iba a cerrar, así que las invité a tomar dos copas a cada una antes de que lo cerrasen; para mí pedí dos Coca Colas. La maldita mesa estaba llena de vasos. La más fea de todas, Láveme, me hacía bromas, porque no tomaba más que Coca Colas. Tenía un sentido del humor de primera agua. Ella y Marty estaban bebiendo Tom Collins en pleno diciembre, ¡por el amor de Dios! Seguramente por ignorancia. La rubia, Bernice, bebía whisky norteamericano con agua. Las tres estaban todo el tiempo tratando de descubrir astros de cine. Apenas conversaban, ni siquiera entre ellas. Marty hablaba algo más que las otras dos. Decía continuamente cosas aburridoras y de mal gusto como llamar al baño el «cuarto de las niñas», y creía que el pobre y baqueteado clarinetista de Buddy Singer era una gran cosa. Llamaba a su clarinete «palo de regaliz». ¡Qué cursilería! La otra fea, Laverne, se creía muy viva. Me pedía continuamente que llamara a mi padre para preguntarle qué estaba haciendo. Me preguntaba continuamente si mi padre tenía querida o no. Eso me lo preguntó por lo menos cuatro veces. Qué ingeniosa. La rubia, Bernice, apenas decía una palabra. Cada vez que le preguntaba algo me contestaba. «¿Qué?» Después de un rato eso acababa poniéndolo nervioso a uno.

De repente, cuando terminaron de beber, se levantaron las tres a un tiempo y me dijeron que tenían que ir a la cama. Dijeron que tenían que

levantarse temprano para ver la primera función del «Radio City Music Hall». Traté de que se quedaran todavía un rato, pero no quisieron. Así que nos despedimos. Les dije que si algún día iba a Seattle, lo que dudo mucho, preguntaría por ellas.

Con cigarrillos y todo la cuenta subió a unos trece dólares. Creo que, por lo menos, debieron tratar de pagar las copas que tomaron antes de mi llegada. No se los habría permitido, desde luego; pero, por lo menos, debieron intentarlo. Sin embargo no me importó mucho.

¡Eran tan ignorantes! Y además, ¡esos lamentables sombreros de fantasía! Y aquello de que iban a levantarse para ver la primera función del «Radio City Music Hall» me deprimió más que el demonio. Si alguien, alguna chica con un sombrero horrible, viene a Nueva York desde Seattle, Washington; es decir, hace todo ese tremendo viaje —¡por el amor de Dios! — para terminar levantándose temprano con el objeto de ver la primera función del «Radio City Music Hall», es algo que me deprime tanto que apenas puedo tolerarlo. Con gusto las hubiese invitado a tomar cien copas a cada una si no me hubiesen contado eso.

Abandoné el «Lavender Room» poco después de haberse marchado ellas. De todas maneras iban a cerrar y la orquesta había dejado de tocar hacía buen rato. En primer lugar, era uno de esos sitios en los que resulta terrible estar si uno no tiene una buena compañera de baile, o si el mozo no le sirve bebidas alcohólicas en vez de Coca Cola. No existe en el mundo ningún club nocturno en el que se pueda permanecer sentado largo rato sin, por lo menos, beber y emborracharse. A no ser que se esté con una mujer que de veras lo entusiasme a uno.

XI

De repente, mientras me encaminaba al vestíbulo, me volvió a la cabeza Jane Gallagher. Volvió y no podía dejar de pensar en ella. Me senté en un sillón del vestíbulo que daba ganas de vomitar, y me puse a pensar en ella y Stradlater sentados en el maldito auto de Ed Banky, y aunque estaba bien seguro de que Stradlater no la había seducido —conozco a Jane como un libro—, no podía arrancarme la idea de la cabeza. Conocía a Jane como un libro. De verdad. Quiero decir que además de a las damas era muy aficionada a los deportes atléticos, y después que llegué a conocerla bien durante todo el verano jugamos al tenis casi todas las mañanas y al golf casi todas las tardes. De veras que llegué a conocerla bastante íntimamente. No me refiero a nada físico; pero nos veíamos todo el tiempo. No hace falta recurrir a experiencias sexuales para conocer bien a una chica.

La conocí porque el gran perro doberman que tenía solía venir a ensuciar sobre nuestro césped, lo que irritaba mucho a mi madre. Mi madre llamó a la madre de Jane e hizo un gran lío al respecto. Es capaz de armar un lío tremendo por esas cosas. Luego, un par de días después, encontré a Jane acostada cerca de la pileta del club y la saludé. Sabía que vivía en la casa contigua a la nuestra, pero nunca había conversado con ella ni nada. Sin embargo me trató de una manera glacial el día que la saludé. Tuve que sudar la gota gorda para convencerla de que me tenía sin cuidado el lugar donde su perro hacía sus necesidades.

Por mí, podía hacerlas en nuestro living. Bueno, después de eso Jane y yo nos hicimos muy amigos. Hasta jugué al golf con ella aquella misma tarde. Recuerdo que ella perdió ocho pelotas. Ocho. Me costó un trabajo terrible lograr que abriese los ojos cuando iba a golpear la pelota. Conseguí

que mejorase su juego inmensamente. Soy un golfer muy bueno. Si les dijera el número de golpes con que recorro la cancha, probablemente no me creerían. Una vez estuve a punto de salir en una película de corto metraje, pero cambié de idea a último momento. Pensé que por aborrecer el cine como lo aborrezco, sería un farsante si permitiese que me sacaran en una película de corto metraje.

Jane era una chica curiosa. No la describiría como estrictamente hermosa. Sin embargo, me volvía loco. Tenía la boca torcida, y cuando hablaba movía la boca en cincuenta direcciones distintas. Aquello me mataba. Y casi nunca tenía cerrada del todo la boca. Siempre la tenía un poco abierta, especialmente cuando jugaba al golf o leía un libro. Siempre estaba leyendo y leía libros muy buenos. Hasta leía mucha poesía y todo. Era la única, fuera de mi familia, a quien le había enseñado el guante de béisbol de Allie, con todos los poemas escritos en él. Jane no había llegado a conocer a Allie, porque aquél era el primer verano que pasaba en Maine, antes iba a Cape Cod, pero le hablé mucho de él. Le interesaban mucho esas cosas.

Mamá no gustaba mayormente de Jane; siempre pensaba que Jane y su madre la estaban desairando cuando no la saludaban. Mamá las veía con frecuencia en el pueblo, porque Jane solía ir al mercado con su madre en el LaSalle convertible que tenían. Mamá ni siquiera pensaba que Jane era bonita. Pero yo sí. Me gustaba su aspecto, eso es todo.

Recuerdo una tarde. Fue la única tarde en que Jane y yo estuvimos a punto de abrazarnos. Era sábado y afuera llovía una barbaridad. Yo estaba en el porche de su casa jugando a las damas. Solía hacerle algunas bromas, porque nunca movía las fichas de la última fila. Pero no muchas. Nunca tenía ganas de hacerle muchas bromas a Jane. Creo que, en realidad, me agrada hacerle bromas a una chica cuando se presenta la oportunidad. Pero es gracioso, nunca tengo ganas de hacerles bromas a las chicas que más me atraen. A veces creo que les gustaría que se las hiciese, en realidad estoy seguro de ello, pero resulta difícil empezar cuando uno las conoce desde hace mucho y siempre las trató con seriedad. Bueno, estaba hablándoles de la tarde en que Jane y yo estuvimos a punto de abrazarnos. Llovía como el demonio y estábamos en el porche de su casa, y de pronto, el borracho con

quien estaba casada su madre, salió al porche y le preguntó si había cigarrillos en la casa. No lo conocía bien ni mucho menos, pero me parecía uno de esos tipos que no le dirigen a uno la palabra más que para pedir un favor. Tenía una personalidad mezquina. Bueno, Jane ni siquiera le contestó cuando le preguntó si había cigarrillos. Entonces el tipo volvió a preguntárselo, pero ella siguió muda. Ni siquiera levantó la vista del tablero. Por fin el tipo volvió a entrar en la casa. Cuando lo hizo le pregunté a Jane qué pasaba. No me contestó. Hizo como si estuviera concentrada en el siguiente movimiento de juego. Luego, de repente, cayó una lágrima sobre el tablero. En una de las casillas rojas... me parece que todavía la estoy viendo. Jane la aplastó con el dedo. No sé por qué, pero me sentía muy emocionado. Me acerqué a ella y la hice correrse para sentarme a su lado... en realidad, casi me senté sobre su regazo. Entonces empezó a llorar... y casi sin darme cuenta me puse a besarla por todas partes. Le besé la nariz, la frente, las cejas, las orejas, toda la cara, excepto la boca. No me dejaba que le besara la boca. Después de un rato se levantó y fue a ponerse aquel *sweater* rojo y blanco que tenía y nos marchamos al cine. Por el camino le pregunté si el señor Cudahy, así se llamaba el borracho, se había propasado alguna vez con ella. Era muy joven, pero tenía un cuerpo formidable que no podía haber dejado de notar el degenerado de Cudahy. Sin embargo, me dijo que no. Nunca pude llegar a saber cómo diablo era aquello. Con algunas chicas hay ciertas cosas que uno, prácticamente, nunca consigue llegar a saber.

No quiero que vayan a creer que Jane era un témpano, porque nunca nos abrazábamos. No lo era. Por ejemplo, le tomaba la mano todo el tiempo. Comprendo que no parecerá mucho; pero era una chica formidable para tomarle la mano. Cuando se le toma la mano a la mayoría de las chicas, su maldita mano queda como muerta o creen que deben estar moviéndola todo el tiempo, como si temiesen aburrirlo a uno o algo por el estilo. Jane era distinta. Entrábamos en un cine y en seguida nos tomábamos las manos y no las soltábamos hasta que terminaba la película. Y eso sin cambiar de postura ni darle excesiva importancia. Con Jane ni siquiera me preocupaba si tenía la mano sudada o no. Sólo me daba cuenta de que yo era feliz. Verdaderamente feliz.

Otra cosa que acabo de recordar. Una vez que estábamos en el cine, Jane hizo algo que me enloqueció. Estaban pasando el noticiero y de pronto sentí una mano detrás del cuello; era la de Jane. Fue algo curioso, porque Jane era muy joven y, generalmente, la mayoría de las mujeres a las que se ve poniéndole la mano detrás del cuello a alguien tienen de veinticinco a treinta años, y la mayoría de las veces lo hacen con su marido o con su hijito; yo también suelo hacerlo, de vez en cuando, con mi hermanita Phoebe. Pero si una chica es muy joven y lo hace, resulta tan lindo que casi lo mata a uno.

Bueno, eso es lo que pensaba mientras permanecía sentado en aquella asquerosa butaca del vestíbulo. Pensaba en Jane. Cada vez que llegaba al episodio entre ella y Stradlater sentados en el auto de Ed Banky estaba a punto de enloquecer. Sabía que ella no iba a permitirle ningún atrevimiento, pero igual me volvía loco. Si quieren que les confiese la verdad, ni siquiera me gusta hablar de este asunto.

Ya apenas quedaba gente en el vestíbulo. Hasta las rubias con aspecto de putas se habían marchado, y de pronto sentí unos deseos bárbaros de huir de allí. Era demasiado deprimente. Y no estaba cansado ni nada de eso. Así que subí a mi habitación y me puse el abrigo. También miré por la ventana para ver qué hacían los perversos, pero ahora las luces estaban apagadas. Volví a bajar en el ascensor, tomé un taxi, y le dije al conductor que me llevara al local de Ernie. Ernie es un club nocturno situado en Greenwich Village que solía frecuentar mucho mi hermano D. B. antes de ir a Hollywood y prostituirse. A veces me llevaba con él. Ernie es un negro alto y gordo que toca el piano. Es un *snob* tremendo y no le dirige a uno la palabra si uno no es una celebridad, un tipo poderoso o algo semejante, pero hay que oír cómo toca el piano. Es hasta tan bueno que resulta un poco cursi. Reconozco que me gusta mucho oírlo tocar, aunque a veces me dan ganas de tirarle el cochino piano encima. Creo que debe ser porque, a veces, cuando toca, da la sensación de ser uno de esos tipos que a no ser que uno sea una persona muy importante, ni siquiera se dignaría dirigirle la palabra.

XII

El taxi que me conducía era muy viejo y olía como si alguien hubiese vomitado adentro. Cuando voy a alguna parte a altas horas de la noche siempre me tocan esos taxis repulsivos. Y lo peor de todo era que afuera estaba muy triste y solitario, aunque era noche de sábado. Casi no se veía a nadie por la calle. De vez en cuando alcanzaba a divisar alguna pareja cruzando la calle, o un grupo de tipos con aspecto de maleantes con sus mujeres, riéndose como hienas de algo que apostaría ni siquiera era gracioso. Nueva York es terrible cuando alguien empieza a reír a carcajadas a altas horas de la noche. Hace que uno se sienta muy solo y deprimido. Sentía unos deseos tremendos de ir a casa para charlar un rato con Phoebe. Pero, por fin, después de viajar un rato en silencio, el conductor y yo iniciamos una especie de conversación. Se llamaba Horwitz. Era mucho mejor persona que el chofer anterior. De todos modos, pensé que tal vez supiese el asunto de los patos.

—Oiga, Horwitz. ¿Pasó alguna vez cerca de la laguna del Central Park? ¿Por el lado sur del parque?

—¿Cerca de dónde?

—De la laguna. Del lago pequeño que hay allí. Donde están los patos. ¿No recuerda?

—Sí. ¿Qué tiene?

—Sin duda habrá visto los patos que nadan en ella en primavera. ¿No sabe, por casualidad, adónde van en invierno?

—¿Adónde van «quiénes»?

—Los patos. ¿No lo sabe, por casualidad? Digo, ¿viene alguien con un camión para llevárselos o vuelan ellos... hacia el sur o algo por el estilo?

Horwitz se dio vuelta, completamente, en el asiento, para mirarme. Era un tipo de lo más impaciente. Sin embargo no era malo.

—¿Cómo demonios puedo saberlo? ¿Cómo demonios puedo saber una estupidez como ésa?

—Bueno, no se enoje —le dije. Parecía que la cosa no le había gustado.

—¿Quién se enojó? Nadie se enojó.

Dejé de conversar con él porque se estaba poniendo demasiado susceptible. Pero él empezó a hablar de nuevo. Volvió a darse vuelta y dijo:

—Los peces no van a ningún lado. Los peces se quedan donde están. En el maldito lago.

—Los peces... eso es diferente. Los peces son algo muy distinto. Hablo de los patos —insistí.

—¿Qué tienen de diferente? No tienen nada de diferente —dijo Horwitz. Cada vez que decía algo lo hacía como si estuviera enojado.

—Para los peces el invierno es mucho más duro que para los patos, ¡por el amor de Dios! Use un poco la cabeza, ¡por el amor de Dios!

Durante un minuto no pronuncié una palabra más; luego dije:

—Está bien. ¿Qué hacen los peces cuando toda la laguna se convierte en un bloque sólido de hielo que la gente utiliza para patinar?

Horwitz se volvió de nuevo hacia mí.

—¡Qué van a hacer! —me gritó—. Se quedan donde están, ¡por el amor de Dios!

—No pueden ignorar el hielo. Sencillamente no pueden.

—¿Quién lo ignora? ¡Nadie lo ignora! —dijo Horwitz. El hombre se ponía tan excitado que temí que fuera a estrellar el auto contra algún poste del alumbrado—. Viven en el condenado hielo. Eso está en su naturaleza, ¡por el amor de Dios! Se quedan helados en la misma posición durante todo el invierno.

—¿Sí? ¿Y entonces qué comen? Si están helados como piedras no pueden nadar para buscar su alimento ni nada.

—Me refiero a sus cuerpos, por el amor de Dios, ¿qué le pasa? Sus cuerpos se nutren de las condenadas algas y demás porquerías del lago. Tienen continuamente abiertos los poros. Son cosas de la naturaleza.

¿Comprende lo que quiero decir? —Volvió a darse vuelta violentamente para mirarme.

—¡Oh! —dije. No quise continuar. Tenía miedo de que estrellara el taxi contra algo. Además era tan susceptible que no daba ningún placer conversar con él.

—¿No le gustaría parar para tomar una copa conmigo en cualquier parte? —dije.

No me contestó. Debía estar todavía pensando. Pero volví a preguntárselo. Era una buena persona y además bastante divertido.

—No tengo tiempo para beber, compañero. Además, ¿qué edad tiene? ¿Por qué no está ya en casa en la camita?

—No me siento cansado.

Cuando me bajé frente al local de Ernie y pagué el taxi, Horwitz volvió al asunto de los peces.

—Oiga —dijo—. Si usted fuera un pez, la madre naturaleza se encargaría de protegerlo, ¿no es cierto? ¿No le parece lógico? Entonces no pensará que los peces mueren cuando llega el invierno, ¿verdad? —No, pero...

—Claro que no —dijo Horwitz y arrancó más ciego que un murciélago al salir del infierno. Era uno de los tipos más susceptibles que haya conocido jamás. Se enojaba por todo.

Aunque ya era muy tarde, el establecimiento de Ernie estaba abarrotado de público. Su clientela estaba compuesta, en su mayoría, de estudiantes. Casi todos los condenados colegios del mundo inician antes las vacaciones de Navidad que los colegios a que yo voy. Había tanta gente que resultaba casi imposible guardar el sobretodo en el guardarropa. Sin embargo, había bastante silencio, porque Ernie estaba tocando el piano. Cuando Ernie se sentaba al piano, era como si se tratara de algún acto sagrado. Unas tres parejas esperaban mesa y se ponían en puntas de pies y empujaban, para tratar de ver a Ernie mientras tocaba. Ernie tenía un gran espejo frente al piano iluminado por un reflector, para que todo el mundo pudiese verle bien la cara mientras tocaba. No era posible verle los dedos mientras tocaba; únicamente la enorme cara. No estoy bien seguro del nombre de la canción que estaba tocando cuando entré, pero cualquiera que fuese, la estaba

destrozando. Sin embargo tendrían que haber visto al público cuando terminó. Daban ganas de vomitar. Se volvían locos. Eran exactamente los mismos tarados que se ríen a carcajadas en el cine de cosas que no tienen ni una pizca de gracia. Juro por Dios que si fuera pianista o actor y todos aquellos imbéciles me considerasen formidable, me disgustaría mucho. Ni siquiera me agradaría que me aplaudiesen. La gente siempre aplaude cuando no debe. Si fuera pianista tocaría en un gabinete reservado. Bueno, cuando terminó y todo el mundo se rompía las manos aplaudiéndolo, Ernie se dio vuelta en el taburete e hizo una humildísima reverencia que olía a falso. Como si fuera un tipo de lo más humilde, además de un pianista estupendo. Era una verdadera farsa. Sin embargo, en cierta forma curiosa, sentí pena por él cuando terminó. Hasta creo que ya no sabe distinguir cuando toca bien o no. Y no es culpa suya. La culpa la tienen todos esos imbéciles que lo aplauden, que son capaces de echar a perder a cualquiera si se les presenta la ocasión. Bueno, aquello volvió a hacerme sentir mal y deprimido; estuve a punto de agarrar el abrigo y regresar al hotel, pero era demasiado temprano y no quería estar solo.

Al fin me dieron una mesa asquerosa, contra la pared y detrás de una columna, desde donde no se podía ver nada. Era una de esas mesitas diminutas, que si los ocupantes de la mesa vecina no se levantan para darle a uno paso —cosa que nunca hacen, los muy degenerados— uno se ve prácticamente obligado a trepar a su silla. Pedí un whisky con soda, que es mi bebida favorita después de los Daiquiris bien helados. Cualquiera que tuviese solamente seis años podía conseguir que le sirviesen bebidas alcohólicas allí. El local era muy oscuro y además la edad no importaba a nadie. Uno podía hasta ser aficionado a las drogas que a nadie le importaba un cuerno.

Estaba rodeado de idiotas. Fuera de bromas. En la mesita de la izquierda, prácticamente encima de mí, había una pareja de aspecto raro. Eran más o menos de mi edad o tal vez algo mayores. Resultaba curioso.

Era evidente que tenían un cuidado del demonio de no beber demasiado aprisa la consumición mínima. Estuve escuchando su conversación durante un rato, porque no tenía nada mejor que hacer. Él le hablaba de un partido de fútbol, disputado por jugadores profesionales, que había visto esa tarde.

Le daba todos los detalles del condenado partido. En serio. Era el tipo más aburrido que haya escuchado jamás. Y resultaba evidente que a la chica no le importaba un bledo del partido, pero tenía una pinta todavía más rara que él; por eso se me ocurre que no le quedaba más remedio que escuchar. Las chicas que son verdaderamente feas suelen pasarlo mal. A veces me dan lástima. A veces ni siquiera puedo mirarlas, sobre todo si están con algún estúpido que no hace más que contarles detalles de un partido idiota. Sin embargo, la conversación a mi derecha era todavía peor. Había un tipo con aspecto de alumno de Yale, con un traje de franela gris y un chaleco de otro color, de esos que dan aspecto de maricón al que los usa. Todos esos degenerados de universitarios parecen cortados por la misma tijera. Mi padre quiere que vaya a Yale o a Princeton, pero juro que nunca iré a ninguna universidad de esa clase, ¡por el amor de Dios! Bueno, el tipo de que les hablo estaba con una chica formidable. Era lindísima. Pero tendrían que haber oído su conversación. Además, él estaba toqueteándola por debajo de la mesa, mientras le hablaba de cierto tipo de su dormitorio que estuvo a punto de suicidarse tomándose todo un frasco de aspirina. La chica repetía sin cesar:

—Qué horrible... Basta, querido. Aquí no. Aquí no.

¡Imagínense a un sujeto toqueteando a su compañera y hablándole al mismo tiempo de un tipo que estuvo a punto de suicidarse!. Aquello era matador.

De veras empecé a sentirme como el diablo, sentado allí solo. No quedaba más remedio que beber y fumar. Eso fue lo que hice. Le pedí al mozo que le preguntara a Ernie si quería tomar una copa conmigo. Le dije que le advirtiera que era el hermano de D. B. Sin embargo, no creo siquiera que le diera el mensaje. Esos degenerados nunca dan los mensajes a nadie.

De repente se me acercó una chica y exclamó:

—¡Holden Caulfield!

Se llamaba Lillian Simmons. Mi hermano D. B. salió con ella una temporada.

—Hola —dije. Traté de levantarme con naturalidad, pero resultaba toda una hazaña ponerse de pie en un sitio como aquél. La chica estaba

acompañada por un oficial de marina que parecía como si tuviese un palo metido en el trasero.

—¡Qué maravilloso me resulta verte! —dijo Lillian Simmons. Era una verdadera farsante—. ¿Cómo está tu hermano mayor? —Eso era lo único que le interesaba.

—Muy bien. Está en Hollywood.

—¡En Hollywood! ¡Qué maravilla! ¿Y qué hace?

—No sé. Escribir —dijo. No tenía ganas de hablar del asunto. Era evidente que a ella le parecía algo muy importante que D. B. estuviese en Hollywood. A todo el mundo le parece importante. Hasta personas que nunca leyeron nada escrito por él. Es algo que me vuelve loco.

—Qué excitante —dijo Lillian. Luego me presentó al marino. Se llamaba comandante Blop o algo parecido. Era uno de esos tipos que piensan que son unos maricones si no le rompen a uno todos los dedos cuando le estrechan la mano. Cómo detesto eso.

—¿Estás solo, querido? —me preguntó Lillian.

Estaba interrumpiendo todo el cochino tránsito en el pasillo. Era visible que le gustaba interrumpir el tránsito. Un camarero esperaba que lo dejara pasar, pero Lillian ni siquiera se daba cuenta. Era gracioso. Resultaba evidente que el camarero no le tenía ninguna simpatía, ni el marino tampoco, aunque había salido con ella. A nadie le resultaba simpática. En cierto modo a uno le daba lástima de ella.

—¿No tienes compañera, querido? —me preguntó. Yo seguía de pie y ni siquiera me decía que me sentara. Era de esas que son capaces de tenerlo a uno de pie varias horas.

—¿No es muy buen mozo? —le preguntó al marino—. Holden, cada vez te estás poniendo más buen mozo.

El marino le dijo que se moviera, que estaban obstruyendo el pasillo.

—Ven con nosotros, Holden —dijo Lillian—. Puedes traer el vaso.

—Iba a marcharme —le dije—. Tengo que encontrarme con alguien.

Era evidente que estaba tratando de congraciarse conmigo. Para que yo se lo contara luego a D. B.

—Bueno, pequeño, haz como gustes. Cuando veas a tu hermano mayor no te olvides de decirle que lo odio.

Luego se fue. El tipo de la marina y yo nos dijimos que estábamos encantados de conocernos. Cosa que siempre me mata. Siempre estoy diciéndoles «encantado de conocerlo» a tipos que me tienen completamente sin cuidado. Sin embargo, si uno quiere seguir vivo, no tiene más remedio que decir esas cosas.

Después de decirle que tenía que encontrarme con alguien no me quedaba otra solución que marcharme. Ni siquiera podía permanecer allí un rato más para ver si, por fin, Ernie tocaba algo más bien decente. Pero no quería sentarme con Lillian y su marino para aburrirme mortalmente. Así que me marché. Sin embargo, mientras esperaba que me entregaran el abrigo estaba furioso. La gente no hace más que arruinarle las cosas a uno.

XIII

Hice caminando todo el trayecto de regreso al hotel. Cuarenta y una magníficas cuabras. Y no lo hice porque tuviese ganas de caminar. Era más bien porque me desagradaba la idea de tener que tomar otro taxi. A veces uno se cansa de viajar en taxi lo mismo que se aburre de andar en ascensor. Y, de pronto, uno siente necesidad de caminar, sin tener en cuenta la distancia. Cuando era pequeño solía subir caminando, con bastante frecuencia, a nuestro departamento que está situado en un duodécimo piso.

Ya casi no se notaba que había nevado. Apenas si había nieve en las aceras. Pero hacía un frío que pelaba y saqué del bolsillo la gorra de caza y me la puse; me tenía completamente sin cuidado lo que podía parecer. Hasta bajé las orejeras. Me hubiese gustado saber quién me robó los guantes en Pencey, porque se me estaban helando las manos. Eso no quiere decir que hubiese hecho gran cosa de haberlo sabido. Soy uno de esos tipos muy cobardes. Trato de no parecerlo, pero lo soy. Por ejemplo, si hubiese sabido quien me había robado los guantes, probablemente me habría dirigido a la habitación y le habría preguntado. «¿Qué te parece si me entregas esos guantes?» Entonces el ladrón que me los hubiere robado, habría contestado con la voz más inocente del mundo. «¿Qué guantes?» Entonces yo me habría dirigido, probablemente, a su *placard*, donde habría encontrado los guantes, escondidos en sus condenadas galochas, o algo por el estilo. Entonces los habría sacado y mostrado al tipo, diciéndole. «¿Me imagino que éstos son tus malditos guantes?» Entonces, el maleante me habría mirado con un aspecto de lo más inocente y me habría dicho. «En mi vida he visto esos guantes. Si son tuyos puedes llevártelos. Para nada los quiero.» Entonces, seguramente, me habría quedado allí alrededor de cinco

minutos. Tendría los guantes en la mano y todo, pero me parecería aún necesario aplicarle al ladrón una buena trompada en la mandíbula, romperle la cochina mandíbula, para que se acordara. Pero me habrían faltado agallas para hacerlo. Me habría limitado a quedarme allí inmóvil, tratando de aparentar que era un hombre recio. Posiblemente le habría dicho algo muy hiriente para ofenderlo, en vez de darle un buen puñetazo en la mandíbula. Bueno, de haberle dicho algo muy ofensivo e hiriente, posiblemente se me habría acercado para preguntarme: «¿Dime, Caulfield, me estás llamando ladrón?» Entonces, en vez de decirle: «¡Efectivamente, sucio ladrón degenerado!», le habría dicho, quizás: «Sólo sé que mis guantes estaban escondidos en tus condenadas galochas.» Entonces, seguro que el tipo habría pensado que iba a darle una pina, y sin duda me habría dicho: «Escucha. Tenemos que aclarar esto. ¿Me estás llamando ladrón?» Y yo le habría dicho, quizás: «Nadie te llama ladrón. Sólo que mis guantes estaban escondidos dentro de tus condenadas galochas.» La cosa podría continuar así durante horas. Pero yo terminaría por abandonar el cuarto del ladrón sin darle siquiera una trompada. Iría, probablemente, al baño para fumar un cigarrillo y mirar cómo mi imagen se ponía cada vez más recia en el espejo. Bueno, en estas cosas estuve pensando durante todo el camino de regreso al hotel. No resulta nada divertido ser cobarde. Es posible que no sea del todo cobarde. No lo sé. Pienso que soy en parte cobarde y en parte uno de esos tipos a quienes no se les importa un bledo que les roben los guantes. Uno de mis defectos consiste en que no me importa nada perder objetos... lo que ponía a mi madre furiosa cuando era pequeño. Algunos tipos se pasan días buscando algo que han perdido. No recuerdo haber perdido nunca algo que me importara mucho. Tal vez sea ése, en parte, el motivo de mi cobardía. Sin embargo, no puede servir de excusa. Uno no tendría que ser cobarde, en absoluto. Si se sienten deseos de pegarle a alguien una buena trompada en la mandíbula hay que hacerlo. Pero yo no sirvo para eso. Prefiero tirar a un tipo por la ventana o cortarle la cabeza con un hacha, a darle una trompada en la mandíbula. Detesto las peleas a puñetazos. No me importa mayormente que me peguen, aunque no me agrada, ni mucho menos, pero lo que más me asusta de una pelea así es la cara del contrario. Lo malo que tengo es que no puedo mirar la cara del adversario. La cosa sería más

tolerable si los dos contrincantes tuvieran los ojos vendados o algo así. Pensándolo bien la mía es una especie de cobardía bastante extraña, aunque cobardía al fin. No quiero engañarme a mí mismo.

Cuanto más pensaba en mis guantes y en mi cobardía más deprimido me sentía; así que decidí parar en cualquier parte para tomar un trago. Sólo había bebido tres copas en el local de Ernie y ni siquiera tuve tiempo de terminar la última. Tengo una tremenda capacidad para beber. Si me encuentro en vena puedo pasar la noche bebiendo sin que ni siquiera se me note. Una vez, en el Colegio Whooton, otro alumno llamado Raymond Goldfarb y yo compramos medio litro de whisky que bebimos en la capilla un sábado por la tarde. Él se emborrachó de una manera asquerosa, pero a mí apenas si se me notaba. Me quedé completamente frío e indiferente. Vomité antes de acostarme, pero no tenía necesidad de hacerlo: lo provoqué.

Bueno, antes de llegar al hotel quise entrar en un bar con aspecto de tugurio, de donde salieron dos tipos más borrachos que el demonio que me preguntaron dónde quedaba el subterráneo. Uno de ellos, con aspecto de cubano, me echaba en la cara su aliento fétido mientras les daba instrucciones. Terminé sin siquiera entrar al bar. Me dirigí al hotel sin volver a detenerme.

El vestíbulo estaba completamente vacío. Olía a cincuenta millones de puchos. De verdad. No tenía sueño ni nada, pero me sentía deprimido. Casi habría deseado estar muerto.

Luego, de repente, me vi envuelto en un gran lío. Lo primero que me dijo el ascensorista cuando entré en el ascensor fue:

—¿Tiene interés en pasar un buen rato? ¿O es demasiado tarde?

—¿Qué quiere decir? —le pregunté. No me daba cuenta adonde quería ir a parar el hombre.

—¿Tiene interés en alguna compañía para esta noche?

—¿Yo? —dije. Sé que es una contestación muy torpe, pero resulta desconcertante que, de repente, le hagan a uno semejante pregunta.

—¿Qué edad tiene, jefe? —me preguntó el tipo del ascensor.

—¿Por qué me lo pregunta? Veintidós años.

—Bueno. ¿Qué me dice? ¿Tiene interés? Cinco dólares por un rato y quince por toda la noche —Miró el reloj de pulsera—. Hasta el mediodía. Cinco dólares por un rato y quince hasta el mediodía.

—De acuerdo —dije. Aquello iba contra mis principios y todo, pero me sentía tan deprimido que ni siquiera lo pensé. Eso es lo malo. Cuando uno se siente muy deprimido ni siquiera piensa.

—¿En qué quedamos? ¿Un rato o hasta el mediodía? Tengo que saberlo. —Sólo un rato.

—Bueno. ¿En qué habitación está? Miré a la cosa roja con un número que colgaba de mi llave.

—En la mil doscientos veintidós —repuse. Ya estaba medio arrepentido de haber iniciado aquello; pero era demasiado tarde para volverse atrás.

—Bueno, le mandaré una chica antes de un cuarto de hora.

Abrió las puertas del ascensor y salí.

—¿Oiga, es linda? —le pregunté—. No vaya a mandarme ningún loro viejo.

—No será ningún loro. Puede estar tranquilo, jefe. —¿A quién le pago?

—A ella. Ahora tengo que irme, jefe —Y cerró las puertas prácticamente en mis narices.

Fui a mi habitación y me mojé el pelo, pero es casi imposible peinar un cabello cortado casi al rape. Luego hice una prueba para ver si tenía mal aliento debido a los whiskies con soda que había bebido y la enormidad de cigarrillos que había fumado en el local de Ernie. Lo único que hay que hacer es poner la mano debajo de la boca y soplar el aliento hacia las fosas nasales. Me pareció que no olía mal, pero, de todas maneras, me lavé los dientes. Luego me cambié la camisa. Sabía que no tenía que acicalarme ni nada para recibir a una prostituta, que era un pretexto para hacer algo. Estaba un poco nervioso. Estaba empezando a sentirme bastante excitado sexualmente; pero, de todos modos, me hallaba algo nervioso. Soy virgen. De verdad lo soy. Tuve algunas oportunidades de perder mi virginidad y todo, pero todavía no ocurrió. Siempre pasa algo. Por ejemplo, cuando estoy en casa de alguna chica, sus padres siempre llegan inoportunamente... o temo que lo hagan. O cuando estoy sentado en el asiento trasero del auto de alguien, siempre hay alguna chica en el asiento delantero que tiene

curiosidad por saber todo lo que pasa en el condenado auto. Quiero decir que alguna chica sentada en el asiento delantero se da vuelta, continuamente, para ver qué demonios está ocurriendo. Bueno, la cosa es que siempre sucede algo. Sin embargo, estuve a punto de lograrlo un par de veces. Sobre todo una. Aunque también sucedió algo que ahora ni siquiera recuerdo. Sólo que la mayoría de las veces, cuando uno está a punto de hacerlo con una chica, quiero decir, con una chica que no es ninguna prostituta ni nada de eso, ella no deja de repetirle a uno que se detenga. Y lo malo es que siempre me detengo. La mayoría de los tipos no hacen caso. Pero yo no puedo evitarlo. Nunca se sabe bien si ellas de verdad quieren que uno pare, porque están más asustadas que el demonio o si solamente le piden a uno que se detenga, para que, si la cosa continúa, cargue uno con toda la culpa. Bueno, la cosa es que yo siempre me detuve. Me da pena de ellas. Digo que la mayoría de las chicas son unas tontas. Después que uno las abraza durante un rato, puede ver cómo van perdiendo la cabeza. Una chica, en un momento de pasión, pierde por completo la cabeza. La cosa es que cuando me dicen que pare, obedezco. Luego, en cuanto llego a casa, me arrepiento; pero sigo haciendo siempre lo mismo.

Bueno, mientras me estaba cambiando la camisa, pensé que aquélla era, en cierto modo, mi gran oportunidad. Me imaginé que si era una prostituta, podría practicar un poco con ella, por si alguna vez me casaba o algo por el estilo. A veces esas cosas me preocupan. Una vez, cuando estudiaba en Whooton, leí un libro cuyo protagonista era un tipo sofisticado, suave y lujurioso. Se llamaba *monsieur* Blanchard, lo recuerdo todavía. El libro era bastante malo, pero *monsieur* Blanchard me resultaba formidable. Tenía un gran castillo en la Riviera y lo único que hacía en su tiempo libre era pegarles garrotazos a las mujeres. Era un verdadero calavera, pero enloquecía a las mujeres. En una parte decía que el cuerpo femenino es como un violín y que es necesario ser un músico formidable para tocarlo bien. Comprendo que era un libro de pésimo gusto, pero nunca pude borrar de la mente ese asunto del violín. Por eso deseaba practicar algo para el caso de que se me ocurriese casarme. Caulfield y su violín mágico. Resulta cursi, lo comprendo, pero no demasiado cursi. No me importaría destacarme en esa materia. Si quieren que les diga la verdad, la mayoría de

las veces que ando con alguna chica me cuesta un trabajo tremendo saber lo que voy buscando. Pongamos por ejemplo esa chica de que les hablé, con la que estuve a punto de tener relaciones sexuales. Tardé alrededor de una hora en quitarle el condenado corpiño. Cuando conseguí quitárselo, ella ya estaba en condiciones de escupirme en la cara.

Bueno, estaba paseando por el cuarto esperando que apareciese aquella prostituta. Deseaba que fuese linda. Pero no me importaba demasiado. Sobre todo quería terminar de una vez con aquel asunto. Por fin alguien llamó a la puerta, pero cuando iba a abrir tropecé con una de mis valijas y estuve a punto de romperme la rodilla.

Había elegido un momento muy oportuno para tropezar con una valija.

Cuando por fin abrí, la prostituta estaba allí esperando. Llevaba un saco corto y no tenía sombrero. Era medio rubiona, pero resultaba imposible saber si se teñía el cabello. Sin embargo, no era ningún loro viejo.

—¿Cómo le va? —dije con la mayor amabilidad posible.

—¿Eres el tipo de quien me habló Maurice? —me preguntó. No parecía muy cariñosa que digamos.

—¿Es el ascensorista?

—Sí.

—Sí, soy yo. ¿Quieres hacer el favor de entrar? —dije. Cada vez me sentía más indiferente.

Entró, se quitó en seguida el saco y lo arrojó sobre la cama. Debajo tenía un vestido verde. Luego se sentó medio de costado en la silla del escritorio y empezó a balancear el pie. Cruzó las piernas y empezó a balancear aquel pie. Por ser prostituta parecía muy nerviosa. De verdad lo era. Creo que la causa debía ser su extrema juventud. Tendría más o menos mi edad. Me senté en el sillón, cerca de ella, y le ofrecí un cigarrillo.

—No fumo —me dijo.

Tenía una vocecita chillona, apenas audible. Nunca decía gracias ni nada cuando uno le ofrecía algo. Tal vez por falta de educación.

—Permíteme que me presente. Me llamo Jim Steele.

—¿Tienes reloj? —me preguntó. Como es natural, le importaba un pepino cómo me llamaba—. Oye, ¿qué edad tienes?

—¿Yo? Veintidós años. Y tú, ¿cuántos años tienes? —le pregunté.

—Los suficientes para no ser tan tonta —contestó. Era verdaderamente ingeniosa—. ¿Tienes reloj? —volvió a preguntarme, y luego se puso de pie y se sacó el vestido por encima de la cabeza.

Por cierto que cuando lo hizo tuve una sensación extraña. Me refiero a que lo hizo tan de repente. Creo que uno tiene que sentirse excitado cuando alguien se saca el vestido por encima de la cabeza, pero yo me encontraba completamente indiferente. Lo que menos sentía era excitación sexual. Me sentía mucho más deprimido que excitado.

—Oye, ¿tienes reloj?

—No. No tengo —dije. Qué raro me sentía—. ¿Cómo te llamas? —le pregunté. Ya no tenía puesto más que un calzón rosado. Era una situación de lo más embarazosa. De verdad.

—¿Qué te parece si lo hacemos de una vez? —me preguntó.

—¿No quieres conversar un poco, antes? —le pregunté. Comprendo que era algo infantil, pero me sentía tan raro—. ¿O estás muy apurada?

Me miró como si fuese un loco y me preguntó: —¿De qué cuerno quieres hablar?

—No sé. De nada especial. Pensé que a lo mejor te agradecería charlar un ratito.

Ella volvió a sentarse en la silla del escritorio. Era evidente que la situación le disgustaba. Comenzó de nuevo a balancear el pie. ¡Qué nerviosa era!

—¿No quieres fumar un cigarrillo? —le pregunté. Olvidé que no fumaba.

—No fumo. Mira, si quieres conversar empieza. Tengo otras cosas que hacer.

Sin embargo no se me ocurría nada. Pensé en preguntarle cómo se había hecho prostituta, pero tuve miedo. De todos modos estoy casi seguro de que no me lo habría dicho.

—¿No eres de Nueva York, verdad? —le pregunté al fin. Fue todo lo que se me ocurrió.

—Soy de Hollywood —repuso. Luego se acercó a la cama, sobre la que había arrojado el vestido—. ¿Tienes una percha? No quiero que se me arrugue todo el vestido. Acabo de mandarlo a la tintorería.

—¡Cómo no! —dije en seguida. Estaba contento de tener un pretexto para hacer algo. Llevé el vestido al *placard* y se lo colgué. Era curioso. Me sentí un poco triste cuando lo colgué. La imaginé entrando en una tienda para comprarlo, sin que nadie supiese que era una prostituta. El vendedor quizás pensó que era una chica vulgar cuando lo compró. Aquello me ponía más triste que el demonio..., no puedo decir exactamente por qué.

Volví a sentarme y traté de sostener la conversación. Era una conversadora muy pobre.

—¿Trabajas todas las noches? —le pregunté. Me pareció una pregunta horrible, después que se la hice.

—Sí.

Empezó a caminar por la habitación. Tomó un menú del escritorio y empezó a leerlo.

—¿Qué haces durante el día?

Se encogió de hombros. Era bastante delgada.

—Dormir. Ir al cine. —Dejó el menú y me miró—. Bueno, no perdamos más tiempo. Tengo otras cosas que...

—Mira —le dije—. No me siento muy bien. Pasé una mala noche. Te lo juro. Te pagaré lo mismo; espero que no te importe mucho que no lo hagamos. ¿Verdad que no te importa mucho?

Lo malo era que yo no tenía ninguna gana de hacerlo. Me sentía mucho más deprimido que excitado, si quieren que les diga la verdad. Ella era deprimente. Y también su vestido verde colgado en el *placard*. Además, creo que nunca podría hacer una cosa así con una persona que se pasa todo el santo día viendo una estúpida película. De verdad creo que no podría.

Se acercó a mí con una expresión extraña como si no me creyera.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—No me pasa nada —¡Qué nervioso me estaba poniendo!—. Sólo que fui operado muy recientemente.

—¿Sí? ¿De qué?

—Del clavicordio.

—¿Sí? ¿Y dónde está eso?

—¿El clavicordio? En realidad está en la médula espinal. Bastante abajo de la médula espinal.

—¿Sí? —preguntó—. Qué lástima. —Se sentó sobre mis rodillas—. Eres muy lindo.

Me puso nervioso y empecé a alejar la cabeza.

—Todavía me estoy reponiendo —le dije.

—Te pareces a un actor de cine, ¿sabes? Ya sabes a quién me refiero. ¿Cómo diablos se llama?

—No sé.

No se me quitaba de encima.

—Tienes que saberlo. Trabajó en una película con Melvine Douglas. El que hacía de hermano menor de Melvine Douglas, que se cae de un barco. Ya sabes a quién me refiero.

—No, no lo sé. Voy al cine lo menos que puedo. Luego empezó a ponerse rara. Hasta grosera y todo. —¿Te importaría que lo dejáramos para otra ocasión?— le pregunté —Ya te dije que no me siento bien. Hace poco fui sometido a una operación.

No se me quitó de encima, pero me miró con rabia.

—Oye —dijo—. Estaba durmiendo cuando el loco de Maurice me despertó. Si crees que...

—Ya te dije que voy a pagarte por haber venido y todo. Y lo haré. Tengo dinero suficiente. Sólo que estoy reponiéndome de una operación muy seria y...

—¿Entonces para qué diablos le dijiste a ese loco de Maurice que querías una chica? Si acababas de sufrir una operación en... ¡Ufa!

—Creí que iba a sentirme mucho mejor. Fui demasiado optimista en mis cálculos. Te lo aseguro.

Lo lamento. Si te levantas un segundo podría buscar la billetera. Te lo digo en serio.

Estaba furiosa, pero se levantó de mis rodillas, para que yo pudiera ir a buscar la billetera que guardaba en la cómoda. Saqué un billete de cinco dólares y se lo entregué.

—Muchas gracias —le dije—. Un millón de gracias. —Este es un billete de cinco dólares. Cuesta diez. Era evidente que se estaba poniendo rara. Hacía rato que yo temía que fuera a ocurrir una cosa así. De verdad.

—Maurice dijo cinco —le aclaré—. Dijo quince hasta el mediodía y sólo cinco por un rato.

—Por un rato son diez.

—Él dijo cinco. Lo siento, lo siento de veras, pero es lo único que pienso darte.

Se encogió de hombros como lo había hecho un rato antes, y luego me dijo con tono glacial:

—¿Te importaría ir a buscarme el vestido? ¿O es demasiado trabajo?

Era una chica bastante impresionante. Hasta con el hilito de voz mordiente que tenía era capaz de asustarlo a uno un poco. Si hubiese sido una prostituta vieja, con la cara toda maquillada, no habría resultado más imponente.

Fui a buscarle el vestido. Se lo puso y luego recogió el saco que estaba sobre la cama.

—Adiós, pelagatos miserable.

—Adiós —le contesté. No le di las gracias ni nada. Y me alegro de no haberlo hecho.

XIV

Después que se fue me quedé un rato sentado en la silla y fumé un par de cigarrillos. Afuera estaba amaneciendo. Me sentía pésimamente. No pueden imaginarse lo deprimido que estaba. Entonces empecé a conversar con mi hermano Allie casi en voz alta. Suelo hacerlo cuando estoy muy deprimido. Le digo que vaya a casa a buscar la bicicleta y que luego me espere frente a casa de Bobby Fallón. Hace años, Bobby Fallón vivía muy cerca de nosotros en Maine. Bueno, ocurrió que un día Bobby Fallón y yo íbamos a ir en bicicleta al lago Sedebeago. Pensábamos llevar la comida y los rifles de aire comprimido. Éramos chicos y nos parecía que podríamos tal vez cazar algo con nuestros rifles de aire comprimido. Bueno, Allie nos oyó comentar la excursión y quiso acompañarnos, pero no lo dejé. Le dije que era un niño. Así que ahora, a veces, cuando estoy muy deprimido, le digo: «Está bien. Ve a casa a buscar la bicicleta y espérame frente a casa de Bobby Fallón. Corre, no pierdas tiempo.» Y no porque no le permitiera que me acompañase cuando yo iba a algún lado. Se lo permitía. Pero un día no lo hice. No se enojó, Allie nunca se enojaba por nada. Pero yo siempre pienso en ello cuando me siento muy deprimido.

Pero al fin, me desvestí y me acosté. Cuando estaba en la cama sentí ganas de rezar, pero no podía hacerlo. No siempre puedo rezar cuando me dan ganas de hacerlo. En primer lugar soy una especie de ateo. Quiero a Cristo y todo, pero me interesa poco todo lo demás de la Biblia. Por ejemplo, los Discípulos. Si quieren que les diga la verdad, los Discípulos me fastidian. Se portaron bien después que Jesús murió y todo, pero mientras vivió le fueron tan útiles como un agujero en la cabeza. No hicieron más que defraudarlo y abandonarlo. Cualquier personaje de la

Biblia me gusta más que los Discípulos. Si quieren saber la verdad, el tipo que más me gusta en toda la Biblia, después de Jesús, es ese loco que vivía en las tumbas y se cortaba siempre con piedras. Ese pobre degenerado me gusta diez veces más que los Discípulos. Cuando estaba en el Colegio Whooton, tuve varias discusiones sobre este asunto con un compañero que vivía al fondo del pasillo, llamado Arthur Childs. Childs era cuáquero y no hacía más que leer la Biblia. Era un buen chico y me gustaba, pero nunca pude ponerme de acuerdo con él respecto de un montón de cosas de la Biblia, especialmente, respecto de los Discípulos. Siempre me decía que si no quería a los Discípulos, tampoco podía querer a Jesús. Decía que si Jesús eligió a los Discípulos había que quererlos. Le contesté que sabía que Jesús los eligió, pero que lo hizo al azar. Le dije que Jesús no disponía de tiempo para analizar a todo el mundo. Agregué que Jesús no tenía ninguna culpa de andar escaso de tiempo. Recuerdo que le pregunté a Childs si creía que Judas, el que traicionó a Jesucristo, había ido al infierno después de suicidarse. Childs dijo que era seguro. Y precisamente respecto de eso estaba en franco desacuerdo con Childs. Dije que estaría dispuesto a apostar mil dólares a que Jesús no mandó a Judas al infierno. Creo que lo haría todavía si tuviera mil dólares disponibles. Creo que cualquiera de los Discípulos hubiese mandado a Judas al infierno, cuanto antes mejor, pero apostaría cualquier cosa a que Jesús no lo hizo. Childs me dijo que lo malo que yo tenía era que nunca iba a misa ni nada. En cierto modo tenía razón. Nunca voy a misa. En primer lugar, mis padres pertenecen a religiones diferentes y todos sus hijos somos ateos. Si quieren que les confiese la verdad, no puedo tolerar a los pastores. Todos los que conocí en los distintos colegios donde estudié, tenían voces de santitos cuando comenzaban a predicar sus sermones. Cómo detesto esas cosas. No sé por qué demonios no pueden hablar con su voz natural. Parecen unos farsantes no bien abren la boca.

Bueno, estaba en la cama y no podía rezar nada. Cada vez que comenzaba acudía a mi mente Sunny llamándome pelagatos miserable. Al fin volví a sentarme en la cama y fumé otro cigarrillo. Me cayó muy mal. Ya debía haber fumado más de dos paquetes después de abandonar Pencey.

De pronto, mientras estaba acostado fumando, alguien llamó a la puerta. Esperé que no fuera a mi puerta a la que acababan de golpear, pero sabía de sobra que era. No sé cómo lo sabía, pero lo sabía. Y también sabía quién era. Soy adivino.

—¿Quién es? —pregunté. Estaba bastante asustado. Soy muy miedoso para esas cosas.

Se limitaron a llamar de nuevo. Esta vez más fuerte.

Al fin me levanté de la cama, vestido solamente con el pijama y abrí la puerta. Ni siquiera tuve necesidad de encender la luz, porque ya había amanecido. Sunny y Maurice, el ascensorista alcahuete, estaban en el umbral.

—¿Qué les pasa? ¿Qué ocurre? —pregunté. Me temblaba la voz más que el demonio.

—No mucho —repuso Maurice—. Se trata de una cuestión de cinco dólares.

El ascensorista era el que llevaba la voz cantante. Sunny se limitaba a permanecer a su lado con la boca abierta.

—Ya le pagué a Sunny. Le di cinco dólares. Puede preguntárselo —dije. Cómo me temblaba la voz.

—Son diez dólares, jefe, ya se lo advertí. Diez dólares por un rato y quince hasta el mediodía. Ya se lo dije.

—No me dijo eso. Me dijo que eran cinco dólares por un rato. Me dijo que eran quince dólares hasta el mediodía es cierto, pero oí claramente que...

—Abra, jefe.

—¿Para qué? —pregunté; El corazón me estallaba dentro del pecho. Deseé al menos estar vestido. Es terrible estar sólo con el pijama encima cuando sucede una cosa así.

—No perdamos tiempo, jefe —dijo Maurice. Y me dio un empujón con su puerca mano. Estuve a punto de caer de espaldas... era un mal parido enorme. Y antes de que pudiera darme cuenta, él y Sunny estaban en la habitación. Actuaban como si fueran los mismísimos dueños de casa. Sunny se sentó en el marco de la ventana. Maurice ocupó el sillón y se aflojó el cuello y todo. Vestía su uniforme de ascensorista. ¡Qué nervioso me sentía!

—Bueno, jefe, terminemos de una vez. Tengo que volver al trabajo.

—Ya se lo dije diez veces. No le debo un centavo.

Acabo de darle a ella...

—Basta de charla. Terminemos de una vez.

—¿Por qué voy a darle otros cinco dólares? —dijo—. Esto es una estafa.

Maurice se desabrochó todo el saco del uniforme. Lo único que llevaba debajo era un cuello, sin camisa ni nada. Tenía un voluminoso estómago gordo y peludo.

—Nadie pretende estafarlo —dijo—. Terminemos de una vez, jefe.

—No.

Cuando dije eso se levantó del sillón y empezó a caminar hacia mí. Daba la impresión de estar muy, muy cansado o muy, muy aburrido. Dios mío, qué miedo tenía yo. Recuerdo que había doblado los brazos. Creo que la situación no me hubiese parecido tan mala de no haber tenido puesto el condenado pijama.

—Terminemos esto, jefe. —Vino hasta donde yo estaba. Al parecer Maurice no sabía decir otra cosa—. Terminemos de una vez, jefe. —Era un verdadero tarado.

—No.

—Jefe, va a obligarme a tratarlo algo rudamente. Quiero evitarlo, pero me parece que no voy a poder. Nos debe cinco dólares.

—«No» les debo cinco dólares —dije—, y si se atreve a levantarme la mano gritaré más que el demonio. Despertaré a todo el hotel. Vendrá la policía y todo.

Me temblaba la voz como la de un degenerado.

—Hágalo. Grite hasta quedarse ronco. Me gusta —dijo Maurice—. ¿Quiere que sus padres se enteren de que pasó la noche con una puta? ¿Un chico bien como usted?

A su modo el hombre era bastante vivo.

—Déjeme en paz. Si hubiese dicho diez, la cosa sería diferente. Pero dijo bien claro que...

—¿Va a pagarnos de una vez? —Me tenía acorralado contra la condenada puerta. Casi estaba de pie encima de mí, con su estómago peludo

y todo.

—Déjeme en paz. Y salgan de una vez de mi habitación —dije. Todavía tenía los brazos doblados.

Entonces Sunny dijo algo por primera vez.

—Oye, Maurice. ¿Quieres que te traiga su billetera? Está en la cómoda.

—Sí. Tráemela.

—¡No me toquen la billetera!

—Acabo de tomarla —dijo Sunny. Agitó en el aire un billete de cinco dólares—. ¿Ves bien? Sólo me llevo los cinco que me debes. No soy ninguna estafadora.

De repente empecé a gritar. Hubiese dado cualquier cosa por no haberlo hecho, pero lo hice.

—No, son unos bandidos —dije—. Acaban de robarme cinco...

—Cierre el pico —dijo Maurice dándome un empujón.

—Oye, déjalo en paz —dijo Sunny—. Vámonos. Ya tenemos la plata que nos debe. Ven.

—Ya voy —dijo Maurice, pero no lo hizo.

—Oye, Maurice, te lo digo en serio. Déjalo en paz.

—¿Quién le hace nada? —preguntó Maurice con la mayor inocencia. Luego me golpeó muy fuerte con el dedo sobre el pijama. No les diré «dónde» me pegó, pero me dolió más que el demonio. Le dije que era un tarado inmundo.

—¿Cómo es eso? —me preguntó poniéndose la mano detrás del oído como si estuviese sordo—. ¿Qué soy?

Yo casi gritaba, pues estaba furioso.

—Es un tarado inmundo —dije—. Es un estúpido, un tarado y un estafador, que en poco tiempo se habrá convertido en uno de esos pobres miserables que lo paran a uno en la calle para pedirle unas monedas para un café. Llevará un sobretodo raído y asqueroso y... Entonces me dio un puñetazo. Ni siquiera traté de esquivarlo ni nada. Sentí un impacto terrible en el estómago.

No perdí el conocimiento ni nada, pues recuerdo haberlos visto, desde el suelo, salir y cerrar la puerta. Permanecí tendido bastante tiempo, lo mismo que cuando me golpeó Stradlater. Sólo que esta vez, de verdad creí que me

moría. Me parecía que me ahogaba o algo así. Lo peor era que casi no podía respirar. Cuando por fin me levanté, tuve que ir al baño doblado, sujetándome el estómago con la mano y todo.

Pero estoy loco. Juro que lo estoy. Mientras me dirigía al baño empecé a fingir que tenía una bala en los intestinos. Maurice me había perforado. Ahora me encaminaba al cuarto de baño para tomar un trago de whisky que me tranquilizara los nervios y me entonase para luego entrar en acción. Me imaginé saliendo del condenado cuarto de baño, vestido y todo, con una pistola automática en el bolsillo, tambaleándome algo. Luego bajaría por la escalera, en vez de utilizar el ascensor. Tendría que agarrarme del pasamano y todo y me iría saliendo, poco a poco, por la boca, un hilo de sangre. Bajaría algunos pisos, agarrándome los intestinos y ensuciándolo todo de sangre y luego llamaría el ascensor. En cuanto Maurice abriera la puerta me vería con la automática en la mano y empezaría a gritar con su voz chillona de cobarde pidiéndome que no lo matara. Pero igual lo dejaría como un colador. Le metería seis tiros en el vientre gordo y peludo. Luego arrojaría la pistola por el hueco del ascensor... después de borrar las huellas digitales y todo. A continuación volvería arrastrándome hasta mi cuarto y llamaría por teléfono a Jane para que viniese a vendarme las tripas. Me la imaginaba encendiéndome un cigarrillo para que yo lo fumase mientras estaba allí sangrando y todo.

Culpa de las películas. Son capaces de arruinarlo a uno. Fuera de bromas.

Estuve en el cuarto de baño cerca de una hora, tomando un baño y todo. Luego volví a acostarme. Me costó bastante trabajo conciliar el sueño, no estaba ni siquiera cansado, pero al fin lo logré. De lo que en realidad tenía ganas era de suicidarme. Sentía deseos de arrojarme por la ventana. Y es probable que lo hubiese hecho, de haber tenido la seguridad de que alguien me iba a cubrir en cuanto llegase al suelo. No quería que una manga de vagos estúpidos me contemplara todo ensangrentado.

XV

No dormí mucho, porque creo que sólo eran alrededor de las diez cuando desperté. En cuanto fumé un cigarrillo sentí bastante apetito. Lo último sólido que había ingerido fueron los dos bifés hamburgueses que comí en Agerstown, en compañía de Brossard y Ackley, cuando fuimos al cine. Me parecía que hacía ya cincuenta años que no probaba bocado. Tenía el teléfono al lado y estuve a punto de llamar para que me subieran el desayuno, pero temía que me lo enviaran con Maurice. Si creen que me estaba muriendo por volver a verlo, están locos de remate. Así que permanecí acostado un rato y encendí otro cigarrillo. Pensé en llamar a Jane, para ver si ya había llegado, pero me sentía sin ánimo para ello.

Entonces llamé a Sally Hayes. Iba al colegio Mary A. Woodruff y yo sabía que ya estaba en casa, porque había recibido una carta de ella hacía un par de semanas. No estaba loco por ella ni mucho menos, pero la conocía desde hacía años. En mi estupidez, solía considerarla muy inteligente. El motivo era que Sally sabía muchísimo de obras de teatro, literatura y esas cosas. Si alguien sabe mucho de esas cosas se tarda bastante en descubrir si es estúpido o no. En el caso de Sally yo tardé años. Creo que me hubiese dado cuenta mucho antes si no hubiéramos andado abrazándonos tanto. Lo malo que tengo es que siempre pienso que las chicas que acaricio son inteligentes. En realidad son cosas que no tienen nada que ver, pero igual lo pienso.

Bueno, la cosa fue que le telefoneé. Primero me contestó la mucama. Luego el padre. Luego se puso ella al aparato.

—¿Sally? —le dije.

—Sí..., ¿con quién hablo? —me preguntó. Era una pequeña farsante. Yo acababa de decirle a su padre quién era.

—Holden Caulfield. ¿Cómo estás?

—¡Holden! ¡Muy bien! ¿Y tú?

—Perfectamente. Escucha. ¿Cómo te va? Quiero decir, ¿cómo te va en el colegio?

—Bien —dijo—. Ya sabes.

—Bueno, escucha. Quería saber si estabas ocupada hoy. Es domingo, pero los domingos siempre hay dos o tres *matinés*. Beneficios y cosas por el estilo. ¿Te gustaría ir?

—Me encantaría. ¡Qué grande!

«Grande». Si hay una palabra que detesto es grande. Suena tan a falso. Durante un segundo tuve la tentación de decirle que olvidara lo de la *matinée*. Pero seguimos hablando un rato. Es decir, habló ella. Me resultaba imposible intercalar una sola palabra. Primero me habló de un tipo que estudiaba en Harvard, debía estar en primer año, pero claro, de eso no me dijo una palabra, que andaba loco por ella. La llamaba por teléfono noche y día. ¡Noche y día! Eso me mató. Luego me habló de otro tipo, un cadete de West Point que también se bebía los vientos por ella. Un candidato formidable. Le dije que me esperase bajo el reloj de Baltimore a las dos de la tarde y que no llegara tarde, porque la función empezaría, probablemente, a las dos y media. Luego colgué. Me daba cien patadas en el trasero, pero era muy bonita.

Después de arreglar la cita con Sally me levanté de la cama, me vestí e hice la valija. Sin embargo, antes de marcharme, eché una ojeada por la ventana para ver cómo se portaban los pervertidos, pero todos tenían las persianas bajas. Al parecer, por la mañana eran unos dechados de pudor. Luego bajé en el ascensor y pedí la cuenta. No vi al amigo Maurice por ninguna parte. Aunque, como es natural, no me rompí el cuello ni mucho menos buscando a aquel degenerado. Tomé un taxi fuera del hotel, pero no tenía la más remota idea del lugar adonde me dirigiría. En realidad no tenía adonde ir. Era sólo domingo y no podía ir a casa hasta el miércoles... o, todo lo más, el martes. Tampoco tenía ganas de irme a otro hotel a que terminaran de romperme el alma. Así que le dije al chofer que me llevara a

la Gran Central Station. Quedaba cerca del Baltimore, donde tenía que encontrar más tarde a Sally y pensé que podía depositar las valijas en una de esas cajas fuertes cuya llave le entregan a uno y luego desayunar. Estaba algo hambriento. Mientras iba en taxi saqué la billetera y conté el dinero. No recuerdo exactamente lo que me quedaba, pero no era ninguna fortuna. Había gastado el rescate de un rey en un par de cochinas semanas. De verdad. En el fondo soy un tremendo derrochador. Y lo que no gasto, lo pierdo. La mayoría de las veces olvido el cambio en restaurantes, clubes nocturnos y lugares semejantes. Este defecto que tengo enloquece a mis padres. No los culpo. Sin embargo, mi padre es bastante rico.

No sé lo que gana, conmigo no habla nunca de esos asuntos, pero me imagino que mucho. Es abogado de una gran empresa. Los que ejercen esa profesión ganan el dinero a paladas. También me doy cuenta de que está en muy buena posición, porque siempre anda invirtiendo dinero en obras teatrales de Broadway. Sin embargo, siempre resultan un verdadero fracaso y mi madre se vuelve loca cuando lo hace. Mi madre no anda muy bien de salud desde que murió mi hermano Allie. Es muy nerviosa. Por eso yo lamentaba tanto que se enterase de que me habían vuelto a expulsar.

Después de meter las valijas en una de esas cajas fuertes de la estación, me dirigí a un bar pequeño para desayunarme. Por tratarse de mí tomé un desayuno bastante abundante... jugo de naranja, panceta con huevos y café con tostadas. Por lo general sólo bebo un vaso de jugo de naranja. Como muy poco. De verdad. Por eso estoy tan flaco. El médico me recomendó una dieta de esas que hay que comer muchos almidones y grasas, para aumentar de peso, y todo, pero nunca le hice caso. Cuando estoy fuera de casa en alguna parte lo único que como es un sandwich de queso y una leche malteada. No es gran cosa, pero parece que la leche malteada tiene una cantidad bárbara de vitaminas. H. V. Caulfield. Holden Vitamina Caulfield.

Mientras comía los huevos, dos monjas con valijas y todo —me imagino que irían a cambiar de convento y estarían esperando un tren— se sentaron a mi lado en el mostrador. Parecía que no sabían qué demonio hacer con las valijas, así que les di una mano. Eran de esas valijas muy baratas, que no son de cuero auténtico ni nada. Sé que no es importante,

pero detesto que alguien use valijas baratas. Sé que debe producir un efecto terrible que lo diga, pero de sólo miraras puedo llegar a odiar a alguien que usa valijas baratas. Una vez me ocurrió algo. Cuando estudiaba en Elkton Hills fui compañero de pieza, durante un tiempo, de Dick Slagle, que tenía unas valijas muy baratas. Solía guardarlas debajo de la cama, para que nadie las viera al lado de las mías. Aquello me deprimía enormemente, y me daban ganas de tirar las mías o algo parecido o hasta cambiárselas por las de él. Las mías habían sido compradas en Mark Cross, eran de cuero legítimo y creo que costaron bastante. Pero fue algo gracioso. Les contaré lo que ocurrió. Terminé por meter también mis valijas debajo de la cama, para que Slagle no se formara un complejo de inferioridad. Pero verán lo que hizo. Al día siguiente del que metí mis valijas debajo de la cama, las sacó y volvió a colocarlas a la vista. Tardé bastante en descubrir por qué lo hizo. Lo hizo porque quería que la gente creyese que mis valijas eran suyas. De verdad. En ese aspecto era un tipo de lo más curioso. Por ejemplo, siempre estaba haciendo comentarios irónicos acerca de mis valijas. Repetía que eran demasiado nuevas y de aspecto burgués. Esa era su favorita condenada palabra. Debió haberla leído u oído en alguna parte. Todo lo que yo tenía era más burgués que el demonio. Hasta mi estilográfica era burguesa. Me la pedía prestada continuamente, pero de todos modos era burguesa. Sólo fuimos compañeros de habitación unos dos meses. Luego los dos pedimos que nos cambiaran de cuarto. Y lo peor fue que, en cierto modo, lo eché de menos, porque tenía un espléndido sentido del humor y a veces nos divertíamos como locos. No me sorprendería que también él hubiese lamentado mi ausencia. Al principio sólo bromeaba cuando me llamaba chanco burgués y a mí no me importaba nada; en realidad, hasta me resultaba gracioso. Luego, después de un rato, resultaba evidente que ya no bromeaba. La cosa es que resulta verdaderamente difícil ser compañero de cuarto de gente, si las valijas propias son mucho mejores que las de ellos... es decir, si las valijas de uno son buenas de verdad y las de ellos no. Uno pensaría que si las otras personas son inteligentes y todo y poseen cierto sentido del humor, no puede importarles nada de quién son las mejores valijas, pero les importa. De verdad. Esa es una de las razones de

que compartiese la habitación con un degenerado estúpido como Stradlater. Por lo menos, sus valijas eran tan buenas como las mías.

Bueno, las dos monjas estaban sentadas a mi lado e iniciamos una conversación. La más cercana tenía una de esas cestas de mimbre que usan las monjas y las mujeres del Ejército de Salvación para las colectas de Navidad. Uno suele verlas por las esquinas, especialmente en la Quinta Avenida, frente a las grandes tiendas y todo. Bueno, a la monja que estaba a mi lado se le cayó la canasta al suelo y yo se la levanté. Le pregunté si estaba efectuando alguna colecta de caridad. Me dijo que no. Me contó que la cestita no le entró en la valija al hacer el equipaje y que por eso la llevaba en la mano. Cuando lo miraba a uno tenía una sonrisa bastante agradable. Era de nariz grande y usaba unos anteojos con montura de hierro de esos que no favorecen nada, pero tenía un rostro muy bondadoso.

—Creí que estaría haciendo alguna colecta —le dije—. Desearía contribuir con una modesta cantidad. Podría guardar el dinero para cuando haga una colecta.

—Oh, qué generoso es —dijo, y la otra, la amiga, me miró. La otra estaba leyendo un librito negro mientras tomaba el café. El libro parecía una Biblia, pero era demasiado delgado. Sin embargo era un libro tipo Biblia. Lo único que tomaban las dos como desayuno era café con tostadas. Aquello me deprimió. Me resulta muy desagradable estar comiendo panceta con huevos mientras alguien a mi lado sólo toma café con tostadas.

Me permitieron que les diera diez dólares como contribución. Me preguntaron varias veces si no era mucho para mí. Les dije que tenía encima una cantidad respetable de dinero, pero, al parecer, no me creyeron. Al fin aceptaron mi dádiva. Las dos me dieron las gracias tantas veces que me resultaba embarazoso. Entonces, para cambiar de conversación, les pregunté adonde iban. Me dijeron que eran maestras de escuela que acababan de llegar de Chicago y que iban a enseñar en la Calle 168 ó 186. La de los anteojos de montura de hierro dijo que enseñaba inglés y su amiga dijo que enseñaba historia y educación cívica. Luego empecé a preguntarme, como un degenerado, qué pensaría la que enseñaba inglés, siendo monja y todo, cuando leía algunos libros. Libros no necesariamente con muchos asuntos sexuales, pero, en fin, libros que trataban de amantes.

Por ejemplo, qué pensaría de Eustacia Vye, personaje de *El regreso del nativo*, de Thomas Hardy. No es muy sexual ni nada, pero aun así, uno no puede evitar preguntarse, qué pensará una monja cuando lee las aventuras de Eustacia. Pero, naturalmente, no dije una sola palabra del asunto. Lo único que dije es que inglés era la materia que mejor sabía.

—¿De veras? ¡Qué contenta estoy! —dijo la de los anteojos, que enseñaba inglés—. ¿Y qué leyó este año? Tendría sumo interés en saberlo. Era, en verdad, sumamente amable. —Bueno, sobre todo nos ocupamos de los anglosajones. Beowulf, el viejo Grendel y Lord Randal y esas cosas. Pero, de vez en cuando, teníamos que leer también otros libros. Yo leí *El regreso del nativo*, de Thomas Hardy; *Romeo y Julieta* y *julio*...

—¡Oh, *Romeo y Julieta*! ¡Maravilloso! ¿No le encantó?

Era tal su entusiasmo que no parecía una monja.

—Sí. Me gustó muchísimo. Hubo algunas cosas que no me agradaron del todo; pero, en general, me resultó bastante conmovedor.

—¿Qué fue lo que más le gustó? ¿No lo recuerda?

Si quieren que les diga la verdad, me resultaba bastante embarazoso hablar con ella de *Romeo y Julieta*. Quiero decir que la obra es bastante verde en algunas partes y ella era una monja, pero como me lo preguntó, discutí el asunto un rato con ella.

—Bueno, le confesaré que ni Romeo ni Julieta me entusiasman mucho —dije—. Me gustan algo, pero... no sé. A veces se ponen bastante molestos. Sentí mucho más cuando mataron a Mercucio que cuando murieron Romeo y Julieta. La cosa es que Romeo dejó de gustarme después que Mercucio fue atravesado por el otro, por el primo de Julieta. ¿Cómo se llamaba?

—Teobaldo.

—Eso es, Teobaldo —dije. Siempre se me olvida el nombre de aquel tipo—. La culpa la tuvo Romeo. Quiero decir que Mercucio es el personaje que más me gusta. No sé. Todos esos Montescos y Capuletos están bien, especialmente Julieta, pero ese Mercucio era..., me resulta difícil de explicar. La cosa es que me vuelve loco que alguien se haga matar, sobre todo si es inteligente, entretenido y todo, por culpa de otro. Al menos Romeo y Julieta murieron por culpa de ellos.

—¿A qué colegio va? —me preguntó. Probablemente deseaba abandonar el tema de Romeo y Julieta.

Le contesté que a Pencey y me dijo que lo había oído nombrar. Dijo que era un colegio muy bueno. Lo pasé por alto. Luego la otra, la que enseñaba historia y educación cívica, dijo que tenían que marcharse. Quise pagarles el gasto, pero no me lo permitieron.

—Ya fue más que generoso —dijo la que enseñaba inglés—. Es usted un jovencito muy simpático. —Parecía de veras una buena persona. Me recordaba algo a la madre de Ernest Morrow, la señora que había conocido en el tren. Sobre todo era simpática cuando sonreía—. Nos resultó un placer conversar con usted —dijo.

Les declaré que el placer había sido recíproco. Y era sincero. Creo que habría disfrutado aún más de aquella conversación si durante todo el tiempo que duró no hubiese estado temiendo que me preguntaran si era católico. Los católicos siempre están tratando de averiguar si uno es católico. A mí me suele pasar con mucha frecuencia, en parte porque mi apellido es irlandés y la mayoría de los descendientes de irlandeses son católicos. En realidad, mi padre fue en un tiempo católico. No obstante, dejó de serlo cuando se casó con mi madre. Pero los católicos siempre están tratando de averiguar si uno es católico, aunque ignoren el apellido. Cuando estaba en Whooton, conocí a un chico católico llamado Louis Shaney. Fue el primer alumno que conocí en ese colegio. Ambos estábamos sentados en las dos primeras sillas, fuera de la condenada enfermería, el día que empezaron las clases, esperando el examen físico, e iniciamos una conversación sobre tenis. A los dos nos interesaba mucho el tenis. Me dijo que había presenciado todos los campeonatos nacionales en Forest Hill, yo le conté que también, y luego hablamos durante un rato de algunos jugadores de tenis famosos. Para la edad que tenía sabía una barbaridad de tenis. De verdad. Luego, después de un rato, en medio de la cochina conversación, me preguntó:

—¿No sabes, por casualidad, dónde queda aquí la iglesia católica?

Por la forma en que me lo preguntó era evidente que estaba tratando de averiguar si yo era católico. Él lo era. No era un tipo con prejuicios ni nada de eso, pero quería saberlo. Le agradaba nuestra conversación sobre tenis y

todo, pero resultaba evidente que hubiese gozado más de ella si yo fuese católico. Esas cosas me vuelven loco. No quiero decir que me arruinó la conversación, no fue así, pero la pregunta me desagradó. Por eso estaba contento de que aquellas dos monjas no me hubiesen preguntado si era católico. No habrían echado a perder la conversación que habíamos sostenido, pero, probablemente, hubiera sido diferente. No por eso quiero decir que culpe a los católicos. No es así. Tal vez si fuese católico también yo sería lo mismo. En cierto modo viene a ser como el asunto de las valijas de que les hablé. Lo único que digo es que en nada favorece una amena conversación. Nada más.

Cuando las dos monjas se levantaron para irse hice algo muy estúpido. Estaba fumando un cigarrillo y cuando me levanté para despedirme de ellas, por descuido, les eché humo en la cara. No quise hacerlo, pero lo hice. Les pedí disculpas como un loco y ellas trataron de restarle importancia, pero de todas maneras fue un momento muy embarazoso.

Y entonces empecé a lamentar no haberles dado más que diez dólares para la colecta. Pero la cosa era que había invitado a Sally Hayes a la *matinée* y necesitaba algo de dinero para las entradas y demás.

Sin embargo lo sentía más que el demonio. Maldito dinero. Siempre termina por ponerlo a uno triste.

XVI

Cuando terminé de desayunarme eran sólo las doce y como no tenía que encontrarme con Sally hasta las dos inicié un largo paseo. No podía dejar de pensar en aquellas dos monjas. Pensaba en la baqueteada canastita en la que iban recolectando el dinero cuando no estaban enseñando en la escuela. Trataba de imaginarme a mi madre, o mi tía, o la loca de la madre de Sally Hayes, de pie frente a una gran tienda, pidiendo dinero para los pobres con una cestita deteriorada en la mano. La cosa era difícil de imaginar. No tanto a mi madre, sino a las otras dos. Mi tía es bastante caritativa, trabaja mucho para la Cruz Roja y todo, pero se viste muy bien, y cuando hace algún acto caritativo, siempre está muy elegante y con los labios pintados. No podía figurármela haciendo algo por caridad, si tuviera que usar ropa negra y los labios sin pintar mientras lo hacía. Y la madre de Sally Hayes. ¡Dios mío! La única forma en que iría con una canastita recolectando dinero sería si todo el mundo, al hacer una contribución, le besara el trasero. Si se limitaran a dejar la limosna en la cestita y luego se alejaran, ignorándola, abandonaría antes de una hora. Se aburriría. Entregaría la canastita y se iría a almorzar a cualquier sitio elegante. Por eso me gustaban aquellas monjas. En primer lugar, se veía que nunca iban a almorzar a ningún lugar elegante. Me daba tanta pena pensar que nunca iban a comer a ningún sitio elegante ni nada. Comprendía que no tenía importancia, pero, de todos modos, me entristecía.

Empecé a caminar hacia Broadway, porque hacía años que no iba por allí. Además, buscaba una tienda de discos que estuviera abierta los domingos. Había un disco que quería comprarle a Phoebe, llamado «La pequeña Shirley Beans». Era un disco muy difícil de encontrar. Trataba de

una niñita que no quería salir de casa porque le faltaban dos dientes de adelante y le daba vergüenza. Lo oí en Pencey.

Lo tenía un compañero y traté de comprárselo, porque sabía que volvería loca a Phoebe, pero no me lo quiso vender. Era un disco formidable y muy viejo, grabado por una chica negra, Estelle Fletcher, hace alrededor de veinte años. Lo canta muy estilo prostíbulo y no suena nada a merengue. Si lo cantara una chica blanca, resultaría más «mono» que el demonio, pero Estelle Fletcher sabía muy bien lo que hacía y el disco era uno de los mejores que tuve ocasión de escuchar en mi vida. Pensé que podría comprarlo en alguna tienda que estuviese abierta los domingos y luego llevarlo al parque. Era domingo, y Phoebe solía patinar en el parque los domingos con bastante frecuencia. Además, sabía muy bien los lugares que frecuentaba mi hermanita.

No hacía tanto frío como el día anterior, pero todavía no había salido el sol y no resultaba agradable caminar. Pero había algo lindo. Una familia que se veía que acababa de salir de alguna iglesia, caminaba delante de mí... padre, madre y un niño de unos seis años. Tenían aspecto de pobres. El padre llevaba uno de esos sombreros gris perla, que los pobres usan cuando quieren parecer elegantes. Los padres caminaban hablando entre sí, sin prestarle ninguna atención al pequeño. El chico era encantador. Caminaba por la calle, en vez de hacerlo por la vereda, pero bien pegado al cordón. Trataba de caminar en línea recta, como suelen hacerlo los niños, y mientras avanzaba no dejaba de cantar y tararear. Me acerqué para tratar de oír lo que cantaba. Cantaba la canción: «Si un cuerpo agarrase a otro atravesando el centeno.» Además tenía muy linda voz. Los autos pasaban zumbando a su lado, los frenos chirriaban, sus padres no le prestaban ninguna atención, y él continuaba caminando pegado al cordón y cantando: «Si un cuerpo agarrase a otro atravesando el centeno.» Aquello hizo que me sintiera mejor. Hizo que ya no me sintiera tan deprimido.

En Broadway había un mundo de gente. Era domingo y sólo alrededor de las doce, pero, de todos modos, la aglomeración resultaba desagradable. Todo el mundo se dirigía al cine: al «Paramount» o al «Astor» o al «Strand» o al «Capitol» o cualquiera de esos locales de locura. Lo que todavía empeoraba las cosas era que todo el mundo iba vestido de punta en blanco,

porque era domingo. Pero lo más desagradable era que se veía que todos querían ir al cine. Era algo que no podía soportar. Comprendo que alguien vaya al cine, porque no tiene nada mejor que hacer, pero que alguien quiera ir y hasta apesarse el paso para llegar antes, es algo que me deprime más que el demonio. Especialmente si veo gente formando esas colas de más de una cuadra de largo, esperando con una terrible paciencia para sacar entradas y todo. De repente sentí unas ganas locas de salir de una vez del maldito Broadway. Y tuve suerte. La primera tienda que visité tenía un ejemplar de «La pequeña Shirley Beans». Me cobraron cinco dólares por él, porque era tan difícil de conseguir, pero no me importó. De repente me sentí muy feliz. Estaba deseando llegar al parque para ver si estaba Phoebe y poder entregarle el disco.

Cuando salía de la tienda de discos, pasé frente a una droguería y entré. Pensé telefonarle a Jane para ver si ya había empezado las vacaciones. Así que entré en la cabina telefónica y la llamé. Lo malo fue que su madre contestó el teléfono y tuve que colgar. No estaba de humor para entablar una larga conversación con ella. De todos modos, no me seduce nada hablar por teléfono con las madres de mis amigas. Sin embargo debí haberle preguntado, por lo menos, si Jane ya había llegado. No creo que el esfuerzo me hubiese matado. Pero lo cierto es que no estaba de humor.

Todavía tenía que sacar las entradas para el teatro, así que compré un diario y miré qué obras daban. Como era domingo sólo funcionaban tres teatros. Así que saqué dos entradas de orquesta para «Conozco a mi amor». Se trataba de una función de beneficio o algo por el estilo. No tenía muchas ganas de verla, pero sabía que a Sally, la reina de las farsantes, empezaría a caérsele la baba cuando le dijera que había sacado entradas para esa pieza, porque en ella trabajaban los Lunts. Le gustaban las obras muy sofisticadas, con los Lunts en el reparto y todo. A mí no. Si quieren que les sea franco el teatro no me gusta mayormente. No es tan malo como el cine, desde luego, pero tampoco nada del otro mundo. En primer lugar detesto a los actores. Nunca actúan como personas. Se limitan a pensar que lo hacen. Algunos de los mejores sí actúan como gente, pero en una forma leve, que resulta divertido observar. Y cuando un actor es bueno de verdad, resulta evidente que «sabe» que lo es, lo que lo echa todo a perder. Por ejemplo, tomemos a

Sir Laurence Olivier. Lo vi en «Hamlet». D. B. nos llevó a Phoebe y a mí a verlo el año pasado. Él ya lo había visto y por la forma en que lo ponderó durante el almuerzo yo también tenía unas ganas bárbaras de verlo. Pero no disfruté gran cosa. No consigo descubrir qué es lo que tiene de tan maravilloso *Sir* Laurence Olivier, eso es todo. Tiene una voz formidable y una pinta bárbara y resulta agradable verlo cuando camina o se bate en duelo, pero en nada se parecía al Hamlet cuya personalidad me explicó D. B. Tenía más el aspecto de un condenado general que de un tipo triste y medio chiflado. La mejor parte de toda la película es cuando el hermano de Ofelia, el que tiene un duelo con Hamlet casi al final, se marchaba de casa y su padre le daba una cantidad de consejos. Mientras el padre le daba una cantidad de consejos, Ofelia jugueteaba con su hermano sacándole el puñal de la vaina y haciéndole bromas, mientras éste se esforzaba en aparentar interés por las macanas que le estaba diciendo el padre. Eso era lindo. Reconozco que me entusiasmó. Pero no hay muchas cosas de esas en la película. Lo único que le gustó a Phoebe fue cuando Hamlet le acariciaba la cabeza al perro. Lo encontraba gracioso y lindo y así era, efectivamente. Creo que lo mejor será que lea la obra. Lo malo es que siempre tengo que leer yo mismo esas cosas. Si las representa un actor, apenas lo escucho. Me preocupa que en el momento menos pensado vaya a hacer algo falso.

Después de sacar las entradas tomé un auto para ir al parque. Debí haber tomado el subterráneo o algo parecido, porque me estaba quedando algo escaso de dinero, pero quería alejarme de Broadway lo antes posible.

El parque estaba desagradable. No hacía mucho frío, pero el sol no había salido aún y parecía que lo único que había en el parque eran excrementos de perro, salivazos y puchos arrojados por viejos. Además, daba la impresión de que todos los bancos estaban mojados. Todo aquello me deprimía, y sin ningún motivo aparente, mientras caminaba, se me ponía, a veces, carne de gallina. En nada se notaba que se acercaban las fiestas de Navidad. En realidad no parecía que se acercase nada. Pero de todos modos seguí caminando hacia el Mall, porque es el lugar que suele frecuentar Phoebe cuando va al parque. Le gusta patinar en las inmediaciones del quiosco de la banda. Es curioso. En ese mismo lugar me gustaba patinar cuando era pequeño.

Sin embargo, cuando llegué no pude ver a Phoebe por ninguna parte. Había algunos chicos por allí, patinando y todo, pero no estaba Phoebe. Sin embargo vi una nena que tendría su edad, sentada, sola, en un banco, ajustándose un patín. Pensé que a lo mejor conocía a Phoebe y podría darme noticias de ella, así que me acerqué y le pregunté.

—¿No conoces, por casualidad, a Phoebe Caulfield?

—¿A quién? —me preguntó. Lo único que llevaba puesto eran unos pantalones azules de vaquero y alrededor de veinte *sweaters*. Se veía que se los hacía la madre, porque estaban más apelotonados que el demonio.

—A Phoebe Caulfield. Vive en la Calle 71. Está en cuarto grado y estudia en...

—¿Conoces a Phoebe?

—Sí, soy su hermano. ¿No sabes dónde está?

—¿Está en la clase de la señorita Calloun, no es cierto? —preguntó la nena.

—No sé bien. Sí, creo que sí.

—Entonces, lo más probable es que esté en el museo. Nosotros fuimos el sábado pasado —me dijo la nena.

—¿En qué museo? —le pregunté.

Se encogió de hombros y repuso:

—No sé. En el museo.

—Ya sé, ¿pero en qué museo? ¿En el que están los indios o en el que están los cuadros?

—En el que están los indios.

—Muchas gracias —le dije. Me puse de pie y ya me disponía a irme cuando recordé que era domingo—. Hoy es domingo —le dije a la nena.

—Oh, entonces no está —repuso la pequeña mirándome muy seria.

Estaba haciendo unos esfuerzos bárbaros para atarse el patín. Como no llevaba guantes ni nada, tenía las manos muy coloradas de frío. La ayudé. Hacía años que no tenía un patín en las manos. Sin embargo no me resultó nada extraño. Si dentro de cincuenta años me pusieran en la mano, en plena oscuridad, una llave de ajustar patines, en seguida sabría lo que era. Me dio las gracias y todo cuando terminé de ajustárselo. Era una nenita muy amable y bien educada. Dios mío, me encanta que los chicos sean amables

y bien educados cuando uno les ajusta un patín o les hace un pequeño favor por el estilo. La mayoría lo son. De verdad. Le pregunté si quería tomar un chocolate caliente o algo así en mi compañía, pero me dijo que no y me dio las gracias. Me dijo que tenía que encontrarse con una amiguita. Aquello me mató.

Aunque era domingo y Phoebe no iba a estar allí con su clase ni nada, me dirigí hacia el Museo de Historia Natural a través del parque. Sabía que era el museo a que se refería la nena del patín. Aquel asunto del museo lo conocía tan bien como la palma de la mano. Phoebe iba a la misma escuela a que iba yo cuando era chico, y nos llevaban al museo con mucha frecuencia. Teníamos una maestra, la señorita Aigletinger, que nos llevaba al condenado museo casi todos los sábados. Unas veces mirábamos los animales y otras las cosas hechas por los indios en otros tiempos. Alfarería, cestos de paja y cosas por el estilo. Me siento muy feliz cada vez que lo recuerdo. Aún ahora recuerdo que después de contemplar las cosas de los indios solíamos ir al gran auditorio a ver alguna película. Cristóbal Colón. Siempre nos estaban mostrando a Colón descubriendo América. El bueno de Colón trabajaba como un negro para conseguir que Fernando e Isabel le prestaran el dinero para comprar las carabelas, y luego los marineros se le amotinaban y todo. A nadie le importaba mayormente el viejo Colón, pero uno siempre tenía cantidad de caramelos y pastillas de goma y dentro del auditorio olía muy bien. Siempre olía como si estuviera lloviendo afuera, aunque no fuese así, y uno se encontraba en el único lugar del mundo seco y agradable. Adoraba aquel condenado museo. Recuerdo que era necesario pasar por la sala india para llegar al auditorio. Era un salón muy, pero muy largo y no nos permitían hablar allí en voz alta. La maestra iba delante seguida por la clase. Los chicos marchábamos en fila doble y uno tenía un compañero. La mayoría de las veces mi compañera era una nena llamada Gertrude Levine. Siempre quería agarrarlo a uno de la mano y tenía la mano sudada o pegajosa. El piso era todo de piedra, y si uno llevaba algunas bolitas en la mano y las dejaba caer, rebotaban como locas en el suelo haciendo un ruido bárbaro y la maestra nos obligaba a detenernos y venía a ver qué demonios ocurría. Sin embargo, la señorita Aigletinger nunca se enojaba. Luego pasábamos al lado de la larguísima canoa de guerra india,

casi tan larga como tres Cadillacs puestos en filas, que tenía veinte indios adentro, algunos remando y otros solamente sentados con aspecto de malos, todos ellos con los rostros cubiertos con pintura de guerra. En la popa de la canoa había un tipo muy impresionante, que llevaba una careta. Era el médico brujo. Me daba carne de gallina, pero de todas maneras me gustaba. Y otra cosa, si uno tocaba algo al pasar, alguno de los cuidadores decía: «No toquen nada, niños», pero siempre lo decía con amabilidad, no como un cochino guarda ni nada. Luego pasábamos cerca de una jaula de cristal, con indios adentro frotando palos para hacer fuego y una india tejiendo una manta. La india que tejía la manta estaba algo inclinada y se le podían ver los pechos y todo. La mayoría solíamos echarle una buena ojeada, incluso las niñas, porque todavía eran pequeñas y no tenían los pechos mayores que los nuestros. Luego, justo antes de llegar a la puerta del auditorio, había un esquimal. Estaba sentado, pescando en un agujero abierto en un lago helado. Tenía dos pescados cerca del agujero que ya había pescado. Aquel museo estaba lleno de jaulas de vidrio. Había todavía más en el piso de arriba, con ciervos que bebían en las aguadas y aves que volaban hacia el sur para pasar el invierno. Las aves más próximas estaban todas embalsamadas y colgaban de alambres, y las más lejanas, sólo pintadas en la pared; pero parecía que todas estuvieran volando hacia el sur y si uno volvía la cabeza y las miraba medio dado vuelta, parecía que todavía estaban más apuradas para volar hacia el sur. Sin embargo, lo mejor que tenía el museo era que todas las cosas estaban siempre en el mismo sitio. Nada se movía. Uno podría entrar allí cien mil veces y el esquimal acabaría de pescar sus dos pescados, las aves seguirían volando hacia el sur y los ciervos continuarían bebiendo en la aguada, con sus hermosas cornamentas y sus gráciles patas delgadas y la india de los pechos desnudos estaría tejiendo la misma manta. Nada sería diferente. Lo único diferente sería uno. No porque fuese más viejo ni nada de eso. Uno sería, simplemente, diferente, y eso es todo. Por ejemplo, en aquella ocasión uno tendría puesto el sobretodo. O la compañera de fila de la otra vez tendría escarlatina y ahora lo acompañaba a uno otra niña. O, a lo mejor, estaría a cargo de la clase alguna suplente, en vez de la señorita Aigletinger. O uno habría oído a sus padres tener una gran pelea en el cuarto de baño. O uno, en la calle,

habría pasado al lado de uno de esos charquitos que tienen adentro un arco iris de gasolina. Bueno, quiero decir, que uno sería diferente en cierta forma... Me resulta difícil explicar lo que quiero decir. Y aunque pudiera explicarlo, no sé si estaría de humor para hacerlo.

Mientras caminaba saqué la gorra de caza del bolsillo y me la puse. Sabía que no iba a tropezar con ningún conocido y afuera estaba bastante húmedo. Mientras caminaba me imaginaba a Phoebe yendo al museo los sábados, como solía hacerlo yo. Pensaba que ella vería las mismas cosas que yo solía ver y cómo sería diferente cada vez que las viese. Pensar en todo aquello no me deprimía exactamente; pero tampoco me alegraba mucho que digamos. Hay cosas que deberían quedar siempre como están. Habría que meterlas en una de esas grandes jaulas de vidrio y dejarlas. Sé que es algo imposible, pero lamento que lo sea. Bueno, mientras caminaba, iba pensando en todas esas cosas.

Al pasar frente a los juegos infantiles me detuve un momento para ver a dos niños muy pequeños que estaban sobre uno de esos columpios de sube y baja. Uno de ellos tiraba a gordo y puse la mano sobre la tabla del lado del niño más delgado, para tratar de equilibrar el peso, pero se veía que mi intervención les desagradaba, de modo que seguí mi camino.

Luego ocurrió algo gracioso. Cuando llegué frente al museo, de repente sentí que no habría entrado en él ni por un millón de dólares. Sencillamente ya no me atraía, a pesar de que había atravesado todo el condenado parque para llegar hasta allí. De haber estado Phoebe adentro, probablemente habría entrado, pero no estaba. Así que tomé un taxi para ir al Baltimore. No tenía ganas de ir. Pero me había citado con Sally y no podía dejarla plantada.

XVII

Cuando llegué era algo temprano así que me senté en un sillón que estaba cerca del reloj del vestíbulo y empecé a mirar a las chicas. La mayoría de los colegios habían iniciado ya las vacaciones de Navidad, así que se veían por allí, sentadas y de pie, más de un millón de chicas que esperaban a sus acompañantes. Chicas con las piernas cruzadas, chicas con las piernas sin cruzar, chicas que parecían buenas, chicas que seguramente resultarían unas arpías si uno las conociera bien. En verdad, era un lindo espectáculo. Pero en cierto modo, también resultaba algo deprimente, porque uno se ponía a pensar qué iría a ser de todas ellas. Quiero decir, cuando salieran del colegio y la universidad. Algunas de ellas seguramente se casarían con tipos brutos y aburridos. Con tipos que sólo hablan de los kilómetros que hacen sus cochinos autos con un litro de nafta. Tipos que se ponen infantiles y se enojan más que el demonio cuando les ganan al golf o hasta a cualquier juego tan estúpido como el *ping-pong*. Tipos que son sumamente mezquinos y miserables. Tipos que nunca leen libros. Tipos que resultan más pesados que si fueran de plomo... Pero hay que tener cuidado. Quiero decir, para asegurar que un tipo es un aburrido. Yo no consigo comprender a los tipos aburridos. De verdad. Cuando estaba en Elkton Hills viví, durante más o menos dos meses, con un muchacho llamado Harris Macklin. Era muy inteligente y todo, pero me resultaba uno de los tipos más aburridos que había conocido en mi vida. Tenía una voz muy estridente y, prácticamente, nunca dejaba de hablar. Nunca cesaba de hablar y lo más terrible era que, en primer lugar, nunca, ni por casualidad, decía nada que uno tuviese ganas de oír. Pero tenía una habilidad. El degenerado silbaba como un ruiseñor. A lo mejor estaba haciendo la cama, o colgando algo en

el *placard*, siempre estaba colgando cosas en el *placard*, aquello me volvía loco, y mientras lo hacía, se ponía a silbar, si es que no empezaba a hablar con su voz de raspador. Hasta era capaz de silbar música clásica, pero la mayoría de las veces silbaba jazz. Podía tomar algo muy sincopado, como por ejemplo «Tin Roof Blues» y silbarlo con la mayor facilidad, mientras colgaba algo en el *placard*. Aquello me mataba. Como es natural, nunca le dije que silbaba de una manera formidable. Quiero decir que uno no puede acercarse a alguien para decirle «eres un silbador formidable». Pero fui compañero de cuarto de él durante casi dos meses, aunque me aburrió hasta volverme medio loco, solamente porque era un silbador tan estupendo, el mejor que he oído en mi vida. Así que reconozco que no soy muy entendido en tipos aburridos. Tal vez uno no debería lamentar demasiado ver casarse una chica excelente con alguno de esos tipos aburridos. La mayoría de ellos no hacen daño a nadie y es posible que, en secreto, sean unos silbadores colosales, o algo así. ¿Quién demonios puede saberlo? Yo no, por lo menos. Por fin Sally empezó a subir la escalera y me dirigí a su encuentro. Estaba formidable. De verdad. Llevaba un tapado negro y una especie de boina también negra. Casi nunca usaba sombrero, pero la boina le sentaba muy bien. Lo más gracioso es que, en cuanto la vi, sentí ganas de casarme con ella. Estoy loco de remate. Ni siquiera me gustaba mucho, y, sin embargo, de pronto sentí como si estuviera enamorado de ella y quisiera desposarla. Juro a Dios que estoy loco. Lo admito.

—¡Holden! —exclamó—. ¡Qué maravilla! Hace siglos que no nos veíamos.

Tenía una de esas voces muy altas que resultan un poco embarazosas en presencia de extraños. Se lo toleraba porque era muy linda, pero me daba cien patadas en el trasero.

—Encantado de verte —le dije. Y era sincero—. ¿Cómo estás?

—Maravillosamente. ¿Llegué tarde? Le dije que no, pero, en realidad, se había retrasado diez minutos. Sin embargo no me importaba. Todo eso que sacan siempre en las caricaturas del «Saturday Evening Post» mostrando tipos que esperan furiosos en las esquinas a sus demoradas amigas son puras tonterías. Si una chica está preciosa cuando se encuentra con uno, ¿qué importa que llegue tarde? Nada.

—Será mejor que nos apresuremos —dije—. La función empieza a las dos y media.

Comenzamos a bajar la escalera hacia el lugar donde estaban estacionados los taxis.

—¿Qué vamos a ver? —preguntó.

—No sé. A los Lunts. No pude conseguir entradas para otra cosa mejor.

—¡Los Lunts! ¡Qué maravilla!

Ya les dije que Sally iba a volverse loca cuando le dijera que íbamos a ver a los Lunts.

Mientras nos dirigíamos al teatro jugueteamos un poquito en el auto. Ella al principio no quería, porque tenía los labios pintados y todo, pero yo me había puesto más seductor que el demonio y no le quedaba otra alternativa. Dos veces que el taxi frenó de golpe estuve a punto de caer del asiento. Juro que esos condenados choferes ni siquiera miran por dónde van. Luego, para que vean lo loco que soy, cuando salimos de un gran abrazo, le dije que estaba enamorado de ella. Desde luego, era una mentira, pero la cosa es que en el momento en que lo dije lo hice en serio. Estoy loco. Juro a Dios que lo estoy.

—Oh, querido, también yo te amo —dijo Sally. Luego, sin hacer la menor pausa, agregó—: Prométeme que te dejarás crecer el pelo. Es de mal gusto llevarlo tan corto. ¡Y tienes un cabello tan hermoso!

La pieza no era tan mala como algunas que tuve ocasión de ver. Sin embargo no valía gran cosa. Trataba de unos quinientos años de la vida de una única pareja. Empezaba cuando eran jóvenes y todo y los padres de la chica se oponen a que se case con el muchacho, pero ella lo desposa de todas maneras. Luego se van haciendo cada vez más viejos. El marido va a la guerra y la mujer tiene un hermano que es un bonachón. La obra no consiguió despertar mi interés. Quiero decir que no me interesó mucho cuando algún miembro de la familia moría ni nada. Eran sólo una manga de actores. Los esposos formaban una anciana pareja simpática y ocurrente también, pero no lograban despertar mi interés. En primer lugar, se pasaban toda la condenada función bebiendo té o algo parecido. Cada vez que se los veía, algún mucamo les estaba sirviendo té. Además, como todo el mundo entraba y salía continuamente uno se mareaba de ver gente sentarse y

volver a ponerse de pie. Alfred Lunt y Lynn Fontanne formaban la pareja de ancianos y estaban muy bien, pero no me gustaron mucho. Sin embargo, diré que eran diferentes. No actuaban como personas y tampoco lo hacían como actores. Me resulta difícil de explicar. Se comportaban como si hubieran sabido que eran unas celebridades y todo. Quiero decir que eran buenos, pero «demasiado» buenos. Cuando uno de ellos terminaba de hablar, el otro de inmediato decía algo muy aprisa. Trataban de parecerse a la gente vulgar que se interrumpe cuando habla. Lo malo era que se parecían demasiado a la gente que habla y se interrumpe. Actuaban un poquito lo mismo que el negro Ernie tocaba el piano en su club. Si uno hace algo «demasiado» bien, después de un rato, si no pone mucho cuidado, empieza a notársele. Y entonces ya comienza a no ser tan bueno. De todos modos, eran los únicos actores de la pieza —desde luego, me refiero a los Lunts—, que demostraban tener cerebro. No me queda más remedio que admitirlo.

Cuando terminó el primer acto, salimos a fumar un cigarrillo igual que el resto del público. ¡Qué escena! Todos fumaban como murciélagos y hacían comentarios de la obra en voz alta, para demostrar lo agudos e ingeniosos que eran. Cierta actor de cine idiota, estaba cerca de nosotros fumando un cigarrillo. No sé cómo se llama, pero en las películas de guerra siempre hace el papel de un tipo que se acobarda cuando llega el momento de abandonar la trinchera y atacar. Estaba con una rubia estupenda y ambos trataban de hacerse los indiferentes como si no supieran que la gente no les quitaba los ojos de encima. Ambos parecían más modestos que el demonio. La cosa me hizo mucha gracia. Sally no hablaba mucho, excepto para ponderar a los Lunts, porque estaba muy ocupada en exhibirse. Luego, de pronto, vio en el otro extremo del vestíbulo a un punto que conocía. Un tipo con un traje de franela muy oscuro y uno de esos chalecos a cuadros. Estrictamente universitario. Estaba cerca de la pared, fumando y, al parecer, muerto de aburrimiento. Sally no dejaba de repetir:

—Conozco a ese muchacho de alguna parte. Siempre conocía algún muchacho en todas partes donde la llevaba. Lo repitió tanto que le dije aburrido:

—¿Si tanto lo conoces, por qué no te acercas a él y le das un beso del alma? Te lo agradecerá, probablemente.

Cuando le dije eso se enojó. Sin embargo, el tipo la vio por fin y se acercó a saludarla. Tendrían que haber visto la escena. Habrían pensado que hacía lo menos veinte años que no se veían y que ambos se habían bañado juntos en la misma bañera cuando eran pequeños. Resultaba nauseabundo. Y lo peor era que probablemente no se habían visto más que una vez en alguna fiesta de mala muerte. Por fin, cuando se cansaron de decir vaciedades, Sally me lo presentó. Se llamaba George algo, ni siquiera me acuerdo, y estudiaba en Andover. Un tipo muy, pero muy importante. ¡Tendrían que haberlo visto cuando Sally le preguntó si le había gustado la pieza! Era uno de esos farsantes que necesitan hacerse espacio antes de contestar alguna pregunta. Dio un paso atrás y le pisó el pie a una señora que estaba detrás de él. Probablemente le quebró todos los dedos del pie. Dijo que la comedia en sí no era ninguna obra de arte, pero que los Lunts, desde luego, trabajaban como los mismísimos ángeles. Ángeles. ¡Por el amor de Dios, «ángeles»! Aquello me mató. Entonces él y Sally comenzaron a conversar de sus relaciones. Era la conversación más falsa y sofisticada que haya escuchado en mi vida. Ambos pensaban en lugares lo más ligero que podían, luego pensaban en alguien que vivía cerca de allí y mencionaban su nombre. Cuando terminó el entreacto tenía ganas de vomitar. De verdad. Y luego, cuando finalizó el segundo acto continuaron con su aburrida conversación. Siguieron mencionando más lugares y personas que vivían en ellos. Y lo peor era que el punto tenía una de esas voces de universitario farsante, una de esas voces de niño bien fatigado. Parecía una chica. El degenerado, al parecer, no vacilaba en soplarle la dama. Hasta pensé que iba a meterse en el taxímetro con nosotros cuando terminó la función, porque nos acompañó más de dos cuerdas, pero, según nos dijo, tenía que encontrarse con una manga de individuos «refinados» como él para tomar el cóctel. Ya me los imaginaba sentados en algún bar, con sus condenados chalecos a cuadros, criticando piezas de teatro, libros y mujeres con sus voces cansadas de snobs. Esos tipos de verdad me matan.

Cuando llegó el momento de subir al taxi, después de haber tenido que escuchar a aquel degenerado de Andover lo menos diez horas, casi le había

tomado odio a Sally. Estaba decidido a llevarla de nuevo a su casa, de verdad, pero me dijo:

—¡Acaba de ocurrírseme una idea maravillosa! —Continuamente se le ocurrían ideas maravillosas—. Escucha —dijo—. ¿A qué hora tienes que estar en casa para cenar? Quiero decir, ¿estás apurado o algo así? ¿Tienes que volver a casa a una hora especial?

—No. No tengo que estar en casa a ninguna hora especial. —En mi vida había dicho una verdad mayor—. ¿Por qué?

—¡Entonces vayamos a patinar sobre hielo al Radio City!

Esas eran las famosas ideas que siempre se le ocurrían.

—¿A patinar sobre hielo al Radio City? ¿Ahora?

—Sólo durante una hora. ¿Es que no quieres ir? Si no quieres ir...

—No dije que no quería ir. Iremos si así lo deseas.

—¿Lo dices con franqueza? No lo hagas solamente por complacerme. Total, me da casi lo mismo.

Se veía a la legua que estaba mintiendo.

—Podré alquilar una de esas faldas tan monas para patinar —continuó Sally—. Jeannette Cultz lo hizo la semana pasada.

Por eso tenía tanto interés en ir. Quería verse con una de esas faldas que apenas tapan la cola.

De modo que fuimos y después de darnos los patines le entregaron a Sally la famosa falda. Tengo que admitir que le sentaba maravillosamente. Y no vayan a creer que ella no se daba cuenta. Marchaba siempre delante de mí para que yo pudiera ver bien qué lindo traserito tenía. Y lo tenía lindísimo, no me queda más remedio que admitirlo.

Lo más gracioso del caso es que ambos éramos los peores patinadores de toda la pista. Los peores. Y eso que los había deplorables. A Sally se le doblaban tanto los tobillos que casi le tocaban el suelo. No solamente le daban un aspecto ridículo, sino también debían dolerle más que el demonio. Al menos los míos me dolían. En realidad me estaban matando. Debíamos tener un aspecto regio. Y lo peor de todo es que había por lo menos doscientos mirones, que no tenían mejor cosa que hacer que pasarse las horas viendo cómo se caía la gente. —¿No quieres que ocupemos una mesa en el interior para tomar algo? —le dije al fin.

—Es la idea más maravillosa que tuviste en todo el día —contestó. Era evidente que se estaba matando. De verdad me daba lástima.

Nos quitamos los condenados patines y entramos en aquel bar donde uno puede tomar algo y ver a los patinadores con sólo las medias puestas. En cuanto nos sentamos Sally se sacó los guantes y entonces le ofrecí un cigarrillo. Sally no parecía muy feliz. Se acercó el mozo y pedí una Coca Cola para ella —no tomaba bebidas alcohólicas— y un whisky con soda para mí, pero el degenerado no me lo quiso traer, de modo que le encargué otra Coca Cola. Luego comencé a encender fósforos. Es algo que suelo hacer con frecuencia cuando estoy en cierto estado de ánimo. Los dejaba arder hasta que ya no podía sostenerlos más y luego los arrojaba al cenicero. Es un hábito nervioso.

Luego, inesperadamente, Sally me preguntó: —Mira. Tengo que saberlo. ¿Vas a venir a ayudarme a preparar el árbol de Navidad para la Nochebuena? Tengo que saberlo.

Estaba un poco agresiva, sin duda por el dolor que le causaron los tobillos cuando patinó.

—Ya te escribí que sí. Me lo preguntaste como veinte veces. Claro que voy a ir.

—Es que tengo que saberlo —insistió. Comenzó a mirarlo todo a su alrededor.

De pronto, dejé de encender fósforos y me incliné hacia ella sobre la mesa. Tenía varios tópicos en la cabeza.

—Oye, Sally —le dije.

—¿Qué? —repuso distraída. Estaba mirando a otra chica que se encontraba al otro lado del salón.

—¿Nunca te sentiste harta? —le pregunté—. Quiero decir, ¿nunca tuviste la sensación de que todo se iba a echar a perder si no hacías algo para evitarlo? Quiero decir, ¿te gusta ir al colegio y todo eso?

—Es un aburrimiento terrible.

—Pero ¿detestas el colegio? Sé que es un aburrimiento terrible, pero ¿lo «detestas»? Eso es lo que deseo saber.

—Bueno, en realidad no lo «detesto». Uno siempre tiene que...

—Pues yo lo odio. Y cómo lo odio —dije—. Pero no es eso solamente. Lo aborrezco todo. Detesto vivir en Nueva York. Detesto los taxímetros y los ómnibus de la Madison Avenue, con los guardas que no hacen más que gritar «un pasito más adelante»; detesto que me presenten cochinos farsantes que llaman ángeles a los Lunts, y subir y bajar en ascensores cuando lo único que uno quiere es salir cuanto antes, y los tipos que no nacen más que probarle a uno los pantalones en Brooks y la gente que siempre...

—Haz el favor de no gritarme —dijo Sally, lo que era muy gracioso, porque yo no estaba gritando.

—Por ejemplo, tomemos los automóviles —dije con voz sumamente tranquila—. La mayoría de la gente tiene locura por los automóviles. Les preocupa que puedan tener el menor rasguño y no hacen más que hablar de los kilómetros que dan por cada litro de nafta, y si tienen un coche completamente nuevo, ya están pensando cambiarlo por otro. Ni siquiera me gustan los autos viejos. Es decir, ni siquiera me interesan. Prefiero un condenado caballo. Al menos un caballo es «humano» ¡por el amor de Dios! Al menos un caballo...

—No sé de qué me estás hablando —dijo Sally—. Saltas de un tema a... —¿Sabes una cosa? Tú eres, probablemente, la única razón de que esté ahora en Nueva York o en alguna parte. De no ser por ti, probablemente estaría en los quintos infiernos. En los bosques o algo por el estilo. Eres, prácticamente, el único motivo de mi presencia aquí.

—¡Qué cariñoso! —dijo. Pero era evidente que estaba deseando que yo cambiara de conversación.

—Alguna vez tendrías que ir a un colegio de varones. De verdad te convendría ir. Están llenos de farsantes y lo único que haces es estudiar para ser lo suficiente vivo para poder comprar algún día un condenado Cadillac, y tienes que fingir que te importa mucho que el equipo de fútbol pierda, y lo único que haces es hablar de mujeres, licores y asuntos sexuales todo el santo día, y todo el mundo forma parte de esas cochinas barritas. Los integrantes del equipo de baloncesto forman una barra, los católicos otra, los intelectuales se unen y los tipos que juegan al bridge, también. Hasta los

tipos que pertenecen al condenado «Book-of-The-Month Club» se unen. Si deseas tener una conversación un poco inteligen...

—Escucha —dijo Sally—. Hay enormidad de muchachos que sacan del colegio mucho más que «eso».

—¡Estoy de acuerdo! ¡Reconozco que algunos lo hacen! Pero lo que acabo de decirte es lo que «yo» saco del colegio. ¿Comprendes? Yo casi nunca saco nada de nada. No estoy bien. En realidad me siento como el diablo.

—Evidentemente.

De repente se me ocurrió una idea:

—Mira —dije—. Acaba de ocurrírseme. ¿Qué te parecería si nos fuésemos de aquí? Quiero decir, de Nueva York. Conozco un tipo en Greenwich Village que me prestaría su auto un par de semanas. En una época íbamos al mismo colegio y todavía me debe diez dólares. Mañana temprano podríamos ir a Massachusetts y Vermont. Es una región hermosísima. De verdad.

Mientras más pensaba en ello más excitado me ponía, hasta que en cierto momento le agarré la mano a Sally. Qué idiota era:

—Te lo digo en serio. Tengo ciento ochenta dólares en el banco. En cuanto abran podría retirarlos y luego buscar el auto de ese tipo. Te hablo en serio. Viviríamos en campamentos de chozas hasta que se nos acabe el dinero. Luego, cuando se nos acabe el dinero, buscaría trabajo y podríamos vivir en algún lugar cerca de un arroyo, y, más tarde, nos casaríamos o algo así. Durante el invierno hacharía leña y todo. ¡Qué bien lo pasaríamos! ¿Qué me dices? ¡Habla! ¿Qué me dices? ¿Vendrías conmigo? ¡Por favor!

—No es posible hacer algo semejante así como así —dijo Sally. Parecía más enojada que el demonio.

—¿Por qué no? ¿Por qué demonios no?

—Haz el favor de no volver a gritarme —dijo. Lo que era una tontería, porque no le estaba gritando ni nada parecido.

—¿Por qué no? ¿Por qué?

—Sencillamente porque no se puede. En primer lugar, ambos no somos más que unos niños. ¿Y no te detuviste ni un momento a pensar qué

haríamos si cuando se te acabara el dinero, no encontrases trabajo? Nos moriríamos de hambre. Todo esto es tan fantástico que ni siquiera...

—No es fantástico. Conseguiría trabajo. No te preocupes por eso. No tienes que preocuparte por eso. ¿Qué te pasa? ¿Es que no quieres venir conmigo? Si no quieres acompañarme puedes decirlo de una vez.

—No es eso. Eso no tiene nada que ver —repuso Sally. En cierto modo estaba empezando a odiarla—. Tendremos una eternidad para hacer esas cosas, todas esas cosas. Quiero decir, después que salgas de la universidad y todo, si es que nos casamos. Tendremos millones de sitios maravillosos adonde ir. Tú ahora sólo...

—No, no los tendremos. No tendremos millones de sitios maravillosos adonde ir. Sería completamente distinto —dije. De nuevo empezaba a sentirme más deprimido que el demonio.

—¿Qué dices? —me preguntó—. No te oigo. Unas veces me gritas, otras hablas tan bajo que...

—Dije que no, que no íbamos a tener lugares maravillosos adonde ir, cuando yo saliera de la universidad. Abre bien los oídos. Sería completamente distinto. Tendríamos que bajar en ascensores cargados de valijas y demás. Tendríamos que telefonarle a todo el mundo para despedirnos y escribirles postales desde los hoteles. Yo estaría trabajando en alguna oficina y ganando un montón de plata. Iría al trabajo en taxis y en ómnibus de Madison Avenue, leería diarios, jugaría al bridge todo el tiempo e iría al cine para ver una infinidad de películas cortas y noticieros. Noticieros. ¡Dios todopoderoso! Siempre hay alguna aburrida carrera de caballos, alguna señora que rompe una botella de champaña contra un barco y algún chimpancé con pantaloncitos y todo que anda en una maldita bicicleta. Ni remotamente sería lo mismo. No ves lo que quiero decir.

—¡Tal vez no lo veo! Es posible que tú no lo veas tampoco —dijo Sally. Para entonces ambos nos odiábamos cordialmente. Resultaba evidente que era imposible tratar de sostener una conversación medianamente inteligente con ella. Estaba muy arrepentido de haber iniciado aquello.

—Ven, salgamos de una vez de aquí —dije—. Si quieres que te confiese la verdad, me estás resultando como un puntapié en el trasero.

Cuando se lo dije saltó hasta el techo. Sé que no debí habérselo dicho de ninguna manera, pero me estaba deprimiendo más que el demonio. Por lo general, nunca les digo a las chicas groserías semejantes. Repito: Sally botó hasta el techo. Le pedí disculpas como loco, pero no quiso aceptármelas. Hasta empezó a llorar. Lo que me asustó un poco, pues temí que cuando llegara a casa le fuese a contar al padre que la había llamado un puntapié en el trasero. Su padre era uno de esos degenerados grandotes y de pocas palabras; y no me tenía ninguna simpatía. Una vez le dijo a Sally que yo era demasiado estrepitoso.

—En serio. Lo siento muchísimo.

—Lo siento, lo siento. Me resulta muy gracioso —dijo Sally.

Todavía estaba medio llorando y, de repente, me sentí verdaderamente arrepentido y le dije.

—Ven. Te llevaré a casa.

—Puedo ir muy bien sola, muchas gracias. Si crees que voy a permitirte que me acompañes a casa estás loco de remate. Ningún muchacho se atrevió a decirme en la vida una cosa semejante.

Pensándolo bien todo aquello resultaba gracioso en cierta forma, y de pronto hice algo que reconozco no debía haber hecho. Me reí. Y mi risa es de esas estúpidas y sonoras. Quiero decir que de hallarme sentado detrás de mí mismo viendo una película, probablemente protestaría. Sally se puso más furiosa que nunca.

Continué un rato allí, pidiéndole disculpas y tratando de conseguir que me perdonara, pero no lo conseguí. Me dijo que me fuera de una vez y que hiciera el favor de dejarla tranquila. Así que terminé por retirarme. Entré a buscar los zapatos y demás cosas y me fui sin ella. No debí hacerlo, pero en ese momento estaba ya harto de Sally.

Si quieren que les confiese la verdad ni siquiera sé por qué inicié aquella conversación con ella. Me refiero a lo de ir a Massachusetts y Vermont y todo lo demás. Aunque ella hubiese querido ir, probablemente no la habría llevado. Hubiera sido peor que ir solo. Pero lo terrible es que cuando se lo pedí fue en «serio». Eso es lo terrible del asunto. Juro a Dios que estoy más loco que una cabra.

XVIII

Cuando abandoné la pista de patinaje tenía apetito, así que entré en un bar, comí un sandwich de queso, bebí un buen vaso de leche malteada y luego entré en una cabina telefónica. Pensé que podía volver a llamar a casa de Jane para ver si ya había llegado. Digo, que como tenía toda la tarde libre para llamarla, y si estaba ya en casa, llevarla a bailar a alguna parte. Desde que la conocía nunca había bailado con ella ni nada de eso. Sin embargo tuve ocasión de verla bailar una vez. Me pareció muy buena bailarina. Fue en el baile celebrado en el club con motivo de las fiestas del 4 de Julio. En ese entonces todavía no la conocía bien, y me pareció indiscreto ir a sacarla estando acompañada por otro.

Estaba con ese tipo terrible, Al Pike, que estudiaba en Choate. Yo no lo conocía mucho, pero siempre andaba por la piscina. Usaba uno de esos pantaloncitos ajustados de *látex* y no hacía más que tirarse del trampolín alto. No hacía más que un cochino medio salto mortal durante todo el santo día. Era lo único que sabía hacer, pero se creía una gran cosa. Era un tipo todo músculos sin pizca de cerebro. De cualquier modo, Al Pike era el compañero de Jane aquella noche. No podía comprenderlo. Juro que no podía comprenderlo. Cuando Jane y yo empezamos a salir le pregunté cómo podía dejarse acompañar por un degenerado exhibicionista como Al Pike. Jane me contestó que Al no era ningún exhibicionista. Me dijo que el muchacho tenía un complejo de inferioridad. Me pareció que Jane, en cierto modo, le tenía lástima y que no fingía. Lo decía completamente en serio. Es curioso lo que pasa siempre con las chicas. Cada vez que uno les menciona un tipo que es un degenerado auténtico, muy mezquino, vanidoso y demás, dicen que tiene un complejo de inferioridad. Es posible que así sea, pero en

mi opinión ello no impide que el tipo siga siendo un degenerado. ¡Oh, las chicas! Es imposible saber lo que va a ocurrírseles pensar. Una vez concerté una cita entre la compañera de habitación de Roberta Walsh y un amigo mío. Se llamaba Rob Robinson y tenía, de verdad, un complejo de inferioridad. Era evidente que estaba avergonzado de sus padres porque hablaban mal y carecían de fortuna. Pero no era ningún degenerado ni cosa semejante. Era un buen tipo. Sin embargo, a la compañera de cuarto de Roberta Walsh no le gustó nada. Le contó a Roberta que era un engreído, y el motivo fue que al pobre muchacho se le ocurrió mencionar que era capitán del equipo de debates. ¡Una cosita como ésa le hizo pensar a la compañera de Roberta que era engreído! Lo malo que tienen las chicas es que si un muchacho les gusta, por más gran degenerado que sea, dicen que tiene un complejo de inferioridad, y si no les gusta por excelente persona que sea y aunque tenga un formidable complejo de inferioridad, aseguran que es engreído. Hasta las chicas más inteligentes lo hacen.

Bueno, volví a llamar a casa de Jane, pero nadie contestó, de manera que no tuve más remedio que colgar. Luego me vi obligado a mirar mi libretita de direcciones, para ver si encontraba alguna chica disponible con quien pasar la tarde. Pero lo malo es que mi libreta de direcciones sólo tiene anotados tres números. El de Jane, el del señor Antolini que fue mi profesor en Elkton Hills y el de la oficina de mi padre. Siempre me olvido de anotar en ella los números de teléfono que me da la gente. Así que terminé llamando a Cari Luce. Se recibió en Whooton después que yo me fui de allí. Tenía tres años más que yo y era un tipo que no me resultaba muy simpático, pero era muy intelectual, tenía el cociente de inteligencia más alto de Whooton y se me ocurrió que tal vez podría invitarlo a cenar en cualquier parte para sostener una conversación de tipo intelectual. A veces resultaba verdaderamente instructivo. De modo que lo llamé. Ahora estudiaba en Columbia, pero se encontraba en Nueva York y sabía que estaría en casa. Cuando atendió el teléfono me dijo que no podría acompañarme a cenar, pero que podríamos encontrarnos a las diez en el «Wicker Bar» para tomar una copa. Me pareció que estaba bastante sorprendido de oírme.

En una ocasión le había llamado culón farsante.

Como tenía que matar bastante tiempo hasta las diez, pensé en ir a ver una película al «Radio City». Era, probablemente, lo peor que podría haber hecho, pero quedaba cerca y, además, no se me ocurría ninguna otra cosa.

Entré durante el número vivo. Los Rockettes estaban todos en fila agarrados por la cintura. El público aplaudía como loco y un tipo que estaba sentado detrás de mí no dejaba de repetirle a su mujer:

—¿Sabes lo que es eso? Precisión.

Me mató. Luego, después de los Rockettes, salió a escena un tipo con *smoking* y patines de ruedas y comenzó a patinar bajo una cantidad de mesitas mientras hacía chistes. Era un excelente patinador y todo; pero yo no lograba disfrutar del espectáculo, porque me lo imaginaba practicando para llegar a convertirse en el tipo que patina en el escenario. Lo encontraba estúpido. Debía ser porque seguramente no estaba de humor. Luego, cuando terminó el patinador, apareció el espectáculo de Navidad que dan todos los años en el «Radio City». De los palcos y de todas partes empiezan a salir ángeles y tipos llevando crucifijos y otros ornamentos religiosos, y todos ellos, que suman miles, cantan como locos, «Venid todos los fieles». Dicen que es algo muy religioso y bonito, pero ¡por el amor de Dios! no veo qué puede tener de religioso ni de bonito ver una manada de actores llevando crucifijos por todo un escenario. Cuando terminaron y comenzaron a retirarse de nuevo por los palcos, se veía a la legua que iban muy apurados a encender un cigarrillo o algo así. El año anterior lo había visto con Sally, la que todo el tiempo estuvo repitiéndome que los trajes eran preciosos. Yo dije que si Jesucristo lo hubiese visto probablemente habría vomitado. Sally dijo que yo era un ateo sacrilego. Y es muy probable que lo sea. Lo que con seguridad le hubiese gustado a Jesucristo es el tipo de la orquesta que toca el tambor. Vengo observando a ese hombre desde que cumplí los ocho años. Mi hermano Allie y yo, aunque estuviésemos con nuestros padres y todo, solíamos abandonar nuestros asientos para acercarnos y poder verlo mejor. Es el mejor tambor que haya visto en mi vida. Sólo interviene un par de veces en toda la pieza, pero nunca parece aburrido. Luego, cuando toca el tambor, lo hace tan precisa y dulcemente, con el rostro contraído por la nerviosidad... Una vez que fuimos a Washington con mi padre, Allie le

mandó una postal a ese músico, pero apostaría a que no la recibió. En realidad no sabíamos bien la dirección.

Terminado el espectáculo de Navidad empezó la condenada película. Era tan pútrida que no podía apartar los ojos de la pantalla. Trataba de un inglés llamado Alec no sé qué, que va a la guerra, y en el hospital pierde la memoria y todo. Sale del hospital con un bastón y cojeando bárbaramente. Así recorre todo Londres sin saber quién es. En realidad, es un duque, pero lo ignora. Luego, en un ómnibus, conoce a una chica simpática, sincera y de su casa. A ella se le vuela el condenado sombrero y él se lo recoge. Luego suben a casa de él, se sientan, y empiezan a conversar de Charles Dickens. Es el autor favorito de ambos y todo. Él lleva un ejemplar de «*Oliver Twist*» y ella otro. Me daban ganas de vomitar. Bueno, se enamoran a primera vista, porque a los dos les gusta tanto Charles Dickens, y él ayuda a la chica a dirigir la editorial propiedad de ella. A la chica no le va muy bien en los negocios, porque tiene un hermano borracho que le gasta todo el dinero. El hermano es un amargado, porque fue médico durante la guerra y ahora no puede seguir ejerciendo la profesión —tiene los nervios demasiado tensos—, de manera que se pasa todo el tiempo bebiendo, aunque es muy ocurrente y todo. Bueno, Alee escribe un libro y la chica se lo publica y ambos ganan una pila de plata. Ya se disponen a casarse, cuando aparece otra chica llamada Marcia. Marcia era novia de Alee antes de que él perdiese la memoria y lo reconoce al verlo en una librería autografiando libros.

Le dice a Alee que, en realidad, es un duque, pero él no lo cree. Alee tampoco quiere ir a visitar a su madre, que es más ciega que un murciélago. Pero la otra chica, la hogareña, lo hace ir. Es una chica muy noble y todo. Entonces Alee va a ver a su madre. Pero no recobra la memoria ni cuando el gran danés le salta encima, ni cuando su madre le pasa los dedos por la cara y le trae el osito con que solía jugar cuando era niño. Pero un día, unos chicos que están jugando al *cricket* le pegan con la bocha en la cabeza. Entonces recobra la condenada memoria, va a su casa y le da a su madre un beso en la frente y todo. Empieza a vivir de nuevo como duque y olvida por completo a la chica de su casa y la editorial. Bueno, les contaría el resto del argumento, pero es posible que me diesen ganas de vomitar. Y no crean que

lo haya estropeado al relatarlo, porque, en realidad, no tenía nada estropeable. Bueno, la cosa termina con la boda de Alee y la chica de su casa, mientras el hermano borracho consigue dominar los nervios y opera a la madre de Alee devolviéndole la vista; el borracho y Marcia se enamoran. Termina con todos sentados a una larga mesa, muertos de risa, porque el gran danés entra con un montón de cachorros. Y supongo que todos se imaginaban que era macho o algo por el estilo.

Lo que me llamó la atención fue que la señora que estaba sentada a mi lado no cesó de llorar durante toda la condenada película. Cuando más falsa y artificiosa se volvía, más lloraba. Se podría pensar que lo hacía porque era muy bondadosa, pero yo estaba sentado a su lado y sé que no lo era. Tenía con ella un niño pequeño que estaba más aburrido que el demonio y quería ir al baño; pero no lo llevaba. Le repetía que estuviese quieto y se portara bien. Era tan bondadosa como un cochino lobo. Nueve de cada diez personas de esas que lloran en el cine hasta arrancarse los ojos al ver una película falsa y sentimentaloides, son, en el fondo, unas degeneradas. Lo digo muy en serio.

Cuando terminó la película me fui caminando al «Wicker Bar» donde tenía que encontrarme con Cari Luce y durante el trayecto se me ocurrió pensar en la guerra. Todas esas películas de guerra siempre me producen el mismo efecto. Si me viese obligado a ir a la guerra creo que no podría resistirlo. De verdad. La cosa sería tolerable si se limitaran a pegarle a uno un tiro en seguida, pero hay que permanecer en el ejército demasiado tiempo. Eso es muy malo. Mi hermano D. B. estuvo en el ejército cuatro largos años. También intervino en la guerra, desembarcó el día D y todo; pero creo, sinceramente, que D. B. detestaba el ejército mucho más que la guerra. Yo, en esa época, era casi un niño, pero recuerdo que cuando solía venir a casa con licencia y todo, lo único que en realidad hacía era estar tendido en la cama todo el tiempo. Casi nunca entraba en el *living*. Luego, cuando se fue a ultramar y tomó parte activa en la guerra y todo, resultó ileso y no se vio obligado a matar a nadie. Lo único que tuvo que hacer fue manejar el auto de un general. Nos confesó a Allie y a mí que de haberse visto obligado a disparar alguna vez contra alguien, sabía en qué dirección lo habría hecho. Dijo, que, prácticamente, el ejército estaba lleno de tipos

tan degenerados como los nazis. Recuerdo que Allie le preguntó una vez si no le parecía que haber tomado parte en la guerra le había venido bien, porque, como era escritor, debía haberle proporcionado muchos temas. Entonces le mandó a Allie que fuera a buscar su guante de béisbol y le preguntó quién era mejor poeta de guerra, si Rupert Brooke o Emily Dickinson. Allie contestó que Emily Dickinson. Yo no sé mucho de esas cosas, porque no suelo leer poesía, pero no creo que me sentiría loco de contento si tuviese que estar en el ejército todo el tiempo con una manga de degenerados como Stradlater, Ackley y Maurice, marchando con ellos y todo. Una vez pasé una semana con los *boy scouts*, y no podía tolerar tener que mirarle la nuca al tipo que marchaba delante de mí. No dejan de repetir que hay que mirar la nuca del tipo de adelante. Juro que si hay otra guerra, será mejor que me pongan frente a un pelotón de fusilamiento. No protestaré. Lo que me intriga de D. B. es que, aunque odia tanto la guerra, me hizo leer el verano pasado el libro titulado *Adiós a las armas*. Me dijo que era formidable. Eso es lo que no alcanzo a comprender. En él hay un personaje llamado teniente Henry que es tenido por una buena persona. No veo cómo D. B. puede odiar tanto el ejército y la guerra y, sin embargo, gustarle un farsante como ése. Por ejemplo, no comprendo cómo puede agradarle un libro falso como ése y también el de Ring Lardner, o el otro que tanto lo enloquece, *El gran Gatsby*. D. B. se enojó cuando se lo hice notar y me dijo que yo era demasiado joven para apreciarlo. Pero no lo creo así. Le contesté que me gustaba Ring Lardner y *El gran Gatsby*. El bueno de Gatsby. Me mataba. Bueno, en cierto modo me alegra que hayan inventado la bomba atómica. Si alguna vez hay otra guerra, pienso sentarme encima de ella. Me ofreceré como voluntario para hacerlo, lo juro por Dios.

XIX

Por si no viven en Nueva York les diré que el «Wicker Bar» está en un hotel lujoso: el «Seton Hotel». Solía frecuentarlo mucho, pero ya no lo hago. Fui dejando de ir gradualmente. Es uno de esos lugares considerados muy sofisticados, donde van a exhibirse todos los farsantes y simuladores. Solían tener dos francesitas llamadas Tina y Janine, que cantaban y tocaban el piano alrededor de tres veces cada noche. Una de ellas tocaba el piano deplorablemente, y la otra cantaba, y la mayoría de las canciones eran o muy picantes o en francés. Janine, que era la que cantaba, siempre hablaba por el condenado micrófono antes de cantar. «Esta canción relata la historia de una francesita que viene a una gran ciudad, como Nueva York, y se enamora de un muchacho de Brooklyn. Espero que les agrade.» Luego, cuando terminaba de hablar y hacerse la simpática, cantaba cualquier canción estúpida, mitad en francés y mitad en inglés, y volvía locos de alegría a todos los farsantes del público. Si uno se quedaba sentado allí un rato y tenía oportunidad de comprobar cómo aplaudían aquellos tarados terminaba por odiar a todo el mundo, lo juro. El encargado del bar era otra porquería. Un *snob* formidable. Si uno no era un tipo muy poderoso o una celebridad, ni siquiera se tomaba la molestia de dirigirle la palabra. Pero si uno era poderoso o una celebridad, entonces el hombre se ponía verdaderamente nauseabundo. Se levantaba y decía con su sonrisa más encantadora, como si fuera el tipo más amable del mundo. «¿Cómo está Connecticut?» o «¿Cómo está Florida?». Era un sitio terrible, fuera de bromas. Gradualmente, dejé de frecuentarlo del todo.

Cuando llegué era bastante temprano, de modo que me senté en el bar y tomé un par de copas antes de que apareciera Luce. Cuando las pedí me

puse de pie, para que pudieran ver bien mi alta estatura y no fueran a pensar que era un cochino menor. Luego empecé a mirar a la clientela. Un tipo que estaba cerca le decía a su compañera que le encontraba unas manos muy aristocráticas. Aquello me mató.

El otro extremo del bar estaba lleno de maricones. No tenían mucho aspecto de invertidos, quiero decir, que no llevaban el cabello demasiado largo ni nada, pero, de todas maneras, se veía a la legua que eran maricones. Por fin apareció Luce. El bueno de Luce. Qué tipo. Cuando yo estaba en Whooton era mi consejero escolar. Sin embargo, lo único que hizo fue dar unas conferencias sobre asuntos sexuales a altas horas de la noche, cuando había una cantidad de alumnos en la habitación. Sabía una barbaridad de esas cosas, especialmente de pervertidos. Siempre nos hablaba de una cantidad de tipos rastreros que tenían relaciones con ovejas y de otros que andan por ahí con calzones de mujer cosidos en el forro del sombrero. Y de invertidos y lesbianas. Luce se conocía a todos los invertidos y lesbianas de los Estados Unidos. No había más que mencionar a cualquiera, a «cualquiera», y Luce decía en seguida si era maricón o no. A veces costaba trabajo creer que fuesen maricones y lesbianas las personas que él decía, actores de cine y gente así. Algunos que según Luce eran maricones, hasta estaban casados, ¡por el amor de Dios! Uno le preguntaba: «¿Así que Joe Blow es maricón? Joe Blow, ¿ese grandote fornido que siempre hace papeles de pistolero y vaquero?» Y Luce contestaba. «Efectivamente». Siempre estaba diciendo «efectivamente». Lo decía sin importarle que el tipo estuviese casado o no. Aseguraba que la mitad de los tipos del mundo eran invertidos sin siquiera saberlo. Afirmaba que si uno tenía las características necesarias podía volverse maricón de la noche a la mañana. Solía asustarnos bárbaramente con esas cosas. Yo temía convertirme en invertido o algo así. Y lo más curioso del caso es que me parecía que el bueno de Luce era, en el fondo, un poco amariconado. Cuando íbamos por el pasillo solía tirarnos un manotón, y siempre que iba al baño dejaba abierta la puerta para poder hablar con uno. Considero que esas cosas son unas mariconadas. En los colegios que frecuenté tuve ocasión de conocer a varios invertidos de verdad, y continuamente andaban haciendo cosas

parecidas. Por eso tuve siempre mis dudas respecto a Luce. No obstante era un tipo muy inteligente. De verdad.

Nunca decía hola ni nada al encontrarse con uno. Lo único que dijo en cuanto se sentó fue que no podía quedarse más que algunos minutos. Aseguraba que tenía una cita. Luego pidió un Martini seco. Le ordenó al encargado del bar que se lo hiciera muy seco y sin aceituna.

—Oye, te tengo reservado un maricón —le dije—. Está al extremo del bar. No vayas a mirar ahora.

—Muy gracioso. Sigues siendo el mismo Caulfield de siempre. ¿Cuándo vas a tener un poco de seriedad?

Lo aburría mucho. Lo reconozco. Pero en cambio él me divertía. Era uno de esos tipos que me resultaban la mar de entretenidos.

—¿Cómo anda tu vida sexual? —le pregunté. Luce detestaba que le hicieran preguntas de ese tipo.

—Tranquilízate.

—Estoy tranquilo. ¿Qué tal por Columbia? ¿Te gusta?

—Claro que me gusta. Si no me gustara no habría ido a esa universidad.

—¿En qué piensas graduarte? ¿En pervertidos? —Se lo pregunté en broma.

—¿Estás tratando de hacerte el gracioso?

—No, fue una broma —dije—. Oye, Luce. Tú eres intelectual. Necesito que me aconsejes. Estoy en un terrible... Gruñó.

—Escucha, Caulfield. Si quieres beber una copa y conversar un poco tranquilamente... —Bueno, bueno. Tranquilízate.

Era evidente que no tenía gana de discutir conmigo nada serio. Eso es lo malo de los intelectuales. Nunca quieren discutir nada serio a no ser que tengan ganas. Así que me puse a conversar con él de temas de carácter general.

—En serio, ¿cómo anda tu vida sexual? —le pregunté—. ¿Sigues teniendo relaciones con aquella misma chica de Whooton? Aquella del tremendo...

—¡Dios santo, no! —dijo.

—¿Cómo es eso? ¿Qué fue de ella?.

—No tengo la menor idea. Y ya que me lo preguntaste diré que a estas horas debe ser ya la Puta de New Hampshire.

—Eso no está bien. Si fue lo bastante decente para mantener relaciones sexuales contigo tanto tiempo, al menos no deberías hablar de ella de ese modo.

—¡Dios mío! ¿Es que ésta va a ser una de tus conversaciones típicas? Quiero que me lo digas en seguida.

—No, tranquilízate; pero, de todos modos, no me parece bien. Si fue lo suficiente decente para dejarte...

—¿Piensas seguir esta horrible discusión?

No contesté nada. Temía que se levantara y me dejara plantado; por eso me callé la boca. Lo único que hice fue pedir otra copa. Tenía ganas de emborracharme asquerosamente.

—¿Con quién andas ahora? —le pregunté—. ¿No querrías decírmelo?

—Con nadie que conozcas.

—Sí, pero ¿con quién? A lo mejor la conozco.

—Con una escultora, ya que eres tan curioso.

—¿Sí? ¿De veras? ¿Qué edad tiene?

—Nunca se lo pregunté, ¡por el amor de Dios!

—Bueno, ¿qué edad aparenta?

—Unos cuarenta años.

—¿Unos cuarenta años? ¿Tantos? ¿Y eso te gusta? —le hacía esas preguntas porque Luce era un entendido en asuntos sexuales. Era uno de los pocos tipos que yo conocía que sabía de esas cosas. Había perdido su virginidad a los catorce años en Nantucket. De verdad.

—Si es eso lo que quieres preguntarme te aseguro que me gustan las mujeres maduras.

—¿Sí? ¿Y por qué? ¿De verdad son mejores para esas cosas?

—Escucha. Y quiero que me entiendas bien. Esta noche me niego a contestar cualquier pregunta tipo Caulfield. ¿Cuándo vas a tener un poco de formalidad?

Durante un rato no dije nada. Me quedé callado. Luego Luce pidió otro Martini y le dijo al encargado del bar que se lo hiciera mucho más seco.

—Oye. ¿Cuánto tiempo hace que andas con esa escultora? —le pregunté. Estaba sumamente interesado—. ¿La conocías cuando todavía estudiabas en Whooton?

—Imposible. Hace unos meses que ha llegado.

—¿De veras? ¿De dónde es?

—Resulta que es de Shangai.

—¿En serio? ¿Es china, por el amor de Dios?

—Creo que resulta obvio.

—¿De veras? ¿Y te gusta que sea china?

—Me parece que también es obvio.

—¿Por qué? Me gustaría saberlo, me gustaría muchísimo saberlo.

—Resulta, sencillamente, que encuentro la filosofía oriental más satisfactoria que la occidental.

—¿De veras? ¿Qué quieres decir con «filosofía»? ¿Te refieres a las relaciones sexuales y todo eso? ¿Te parece que son mejores en China? ¿Qué quieres decir?

—No necesariamente en China, por el amor de Dios. He dicho en Oriente. ¿Piensas continuar esta conversación insubstancial?

—Escucha, te estoy hablando en serio —le dije—, Fuera de bromas. ¿Por qué esas cosas son mejores en Oriente?

—Es demasiado complicado para discutirlo ahora —dijo Luce—. Resulta que los orientales consideran el sexo como una experiencia física y espiritual a la vez. Si crees que voy a...

—¡También yo! También yo considero que es una experiencia física y espiritual. De veras. Pero depende de la persona con quien lo haga. Si salgo con alguna que ni siquiera...

—No hables tan alto, por el amor de Dios, Caulfield. Si no puedes bajar la voz será mejor que...

—Está bien, pero escucha —dije. Me estaba excitando y reconozco que hablaba un poco alto. Algunas veces, cuando me excito, suelo levantar algo la voz.

—Esto es lo que quiero expresar —dije—. Sé que el sexo debe ser físico, espiritual y, si se quiere, hasta artístico. Pero quiero decir que uno no puede tener relaciones sexuales con cualquiera sin discriminación, y hacer

que resulten así. ¿Te parece que es posible? —¿Te importaría que dejásemos el tema?

—Bueno, pero escucha. Por ejemplo, tú y esa china. ¿Qué tienen de tan admirable?

—¡Te dije que basta!

Comprendo que me estaba poniendo demasiado personal. Pero ésa era una de las cosas de Luce que me fastidiaban. Cuando estábamos en Whooton, Luce le hacía a uno describir, con lujo de detalles, las cosas más personales, pero si le hacían a él alguna pregunta de ese género se enojaba más que el demonio.

Los intelectuales detestan sostener conversaciones intelectuales, a no ser que sean ellos los que lleven la voz cantante. Siempre quieren que uno se calle cuando ellos se callan y que uno vuelva a su habitación cuando ellos vuelven a la suya. Cuando estábamos en Whooton, Luce detestaba que después de habernos dado una conferencia sobre temas sexuales, permaneciésemos un rato en su habitación hablando entre nosotros. Quería que todos se retirasen a sus habitaciones y se callaran después que dejaba de hacerse el importante. Creo que debía temer que alguien fuese a decir alguna cosa más ingeniosa que las de él. En realidad me resultaba divertido.

—A lo mejor me voy a China. Tengo una vida sexual tan deplorable.

—Naturalmente. Tu mente no maduró aún.

—Así es. De verdad. ¿Sabes lo malo que tengo? Nunca consigo excitarme sexualmente con una chica a la que no quiero mucho. Es decir, para excitarme necesito quererla mucho. Si no, medio pierdo el condenado deseo por ella y todo. Mi vida sexual es verdaderamente horrible.

—No me extraña. Ya te dije la otra vez lo que necesitabas.

—¿Te refieres a eso de que vaya al psicoanalista y todo? —le pregunté. Es lo que me había dicho que yo tenía que hacer. Su padre era psicoanalista.

—Eso es cosa tuya, por el amor de Dios. Lo que puedes hacer de tu vida no es asunto mío.

Permanecí un rato sin decir nada. Estaba pensando.

—Supongamos que fuera a ver a tu padre para que me psicoanalizara —dije—. ¿Qué me haría? Eso, ¿qué me haría?

—No te haría nada. Se limitaría a conversar contigo, por el amor de Dios. En primer lugar, te ayudaría a descubrir las características de tu mente.

—¿Las qué?

—Las características de tu mente. Tu mente... Escucha, no voy a darte ahora un curso elemental de psicoanálisis. Si tienes interés llama a mi padre y pídele hora. Si no, déjalo. Te aseguro que me tiene completamente sin cuidado.

Le puse una mano sobre el hombro. Cómo me divertía.

—Eres un degenerado muy cordial —le dije—, ¿Lo sabías?

Miró el reloj de pulsera.

—Tengo que marcharme —dijo mientras se levantaba—. Fue un placer conversar contigo.

Llamó al encargado del bar y le pidió la cuenta.

—Oye —le dije justo antes de que se marchara—. ¿Te psicoanalizó alguna vez tu padre?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. ¿Lo hizo?

—No exactamente. Me ayudó a adaptarme hasta cierto punto, pero no tuvo necesidad de analizarme a fondo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Simple curiosidad.

—Bueno. Trata de conservar la calma —me aconsejó. Había dado la propina y ya se disponía a marcharse.

—Toma otra copa conmigo —le rogué—. Por favor. Me siento más solo que el demonio. De verdad.

Sin embargo dijo que no podía. Me aseguró que ya se le había hecho tarde y se fue.

El bueno de Luce. Era, estrictamente, como una patada en el trasero, pero tenía excelente vocabulario. Cuando yo estaba en Whooton, Luce era el alumno que tenía el vocabulario más amplio de todo el colegio. Nos hicieron una prueba al respecto.

XX

Permanecí allí sentado emborrachándome y esperando que apareciesen Tina y Janine, pero al parecer no estaban. Salió a tocar el piano un tipo con el cabello muy ondeado y aspecto de maricón, y luego apareció una chica llamada Valencia y se puso a cantar. No era nada del otro mundo, pero, de todos modos, mejor que Tina y Janine y, por lo menos, cantaba canciones agradables. El piano estaba al lado del bar y Valencia se hallaba prácticamente a mi lado. Empecé a dirigirle miraditas, pero ella hizo como que no me veía. Es probable que, normalmente, no lo hubiese hecho, pero me estaba poniendo más borracho que el demonio. Cuando terminó de cantar abandonó el salón con tanta prisa que ni siquiera tuve tiempo de invitarla a una copa, así que llamé al *maitre*. Le pedí que le preguntara a Valencia si quería acompañarme a tomar una copa. Me dijo que lo haría, pero lo más probable es que no le haya dado el mensaje. La gente nunca da los mensajes, por mucho que uno se lo pida.

Bueno, me quedé sentado en aquel bar hasta cerca de la una, emborrachándome como un degenerado. Apenas podía ver bien. Pero tuve mucho cuidado de no armar ningún alboroto. No quería llamar la atención y que alguien me preguntara la edad. Pero la verdad que apenas veía. Cuando me puse verdaderamente borracho empecé de nuevo con aquella estupidez de la bala en el estómago. Era el único tipo que había en el bar que tenía una bala en las entrañas. Por debajo del saco había puesto la mano sobre el estómago para que no saliera la sangre y lo ensuciara todo. No deseaba que nadie se diera cuenta de que estaba herido. Quería ocultar el hecho de que era un degenerado herido. Al fin se me ocurrió darle a Jane un golpe de teléfono para comprobar si ya estaba en su casa. De modo que pagué la

cuenta. Luego abandoné el bar y me dirigí al lugar donde estaban los teléfonos. Continuaba con la mano sobre el vientre para que no goteara la sangre. Estaba borracho perdido.

Pero una vez adentro de la cabina telefónica se me pasaron las ganas de telefonarle a Jane. Creo que era porque estaba demasiado borracho. Entonces le telefoneé a Sally Hayes.

Tuve que marcar más de veinte veces para poder comunicarme. Qué ciego estaba.

—Hola —dije cuando alguien contestó el cochino teléfono. Estaba tan bebido que lo dije casi gritando.

—¿Quién es? —contestó una voz de mujer con tono glacial.

—Soy yo. Holden Caulfield. ¿Quiere hacerme el favor de comunicarme con Sally?

—Sally está durmiendo. Habla la abuela. ¿Cómo se le ocurre llamar a estas horas, Holden? ¿Sabe qué hora es?

—Sí. Quiero hablar con Sally. Se trata de algo muy importante. Comuníqueme con ella.

—Sally está durmiendo, jovencito. Llámela mañana. Buenas noches.

—¡Despiértela! ¡Por favor, despiértela! No sea mala. Luego oí una voz diferente.

—Holden, soy yo. —Era Sally—. ¿Qué ocurrencia es ésta?

—¿Sally? ¿Eres tú?

—Sí. No grites tanto. ¿Estás borracho? —Sí. Escucha. Haz el favor de escuchar. Iré a verte para la Nochebuena. ¿Estás conforme? Te ayudaré a adornar el condenado árbol. ¿De acuerdo? ¿Estás conforme, Sally?

—Sí. Estás borracho. Ahora ve a acostarte. ¿Por dónde andas? ¿Quién te acompaña?

—Sally. Iré a ayudarte a adornar el árbol de Navidad. ¿De acuerdo? ¿Estás conforme?

—Sí. Pero ahora ve a acostarte. ¿Dónde estás? ¿Quién te acompaña?

—Nadie. Estoy solo, mi alma —Dios mío, qué borracho estaba. Continuaba aún apretándome con la mano los intestinos—. Me liquidaron. La pandilla de Rocky me liquidó. ¿Lo sabías? ¿Sabías eso, Sally?

—No te oigo bien. Ahora ve a acostarte. Tengo que dejarte. Llámame mañana.

—¡Oye, Sally! ¿Quieres que te adorne el árbol de Navidad? ¿Quieres? Dime que sí.

—Sí. Buenas noches. Ve a casa y acuéstate.

Y me colgó.

—Buenas noches. Buenas noches, Sally querida. Sally preciosa —dije.

¿Comprenden ahora lo borracho que estaba? Entonces también colgué. Pensé que lo más probable era que Sally acabara de volver a casa después de haber salido con algún admirador. Hasta me la imaginé en alguna parte con los Lunts y aquel punto de Andover. Todos ellos estaban nadando en una maldita tetera y diciéndose cosas sofisticadas tratando de hacerse los encantadores. Me arrepentí de haberle hablado. Cuando bebo demasiado me porto como un verdadero loco.

Todavía me quedé un rato en la condenada cabina telefónica. Me agarraba al aparato como para no caer. Pero, para serles franco, reconozco que no me sentía demasiado bien. Pero al fin salí de allí y me dirigí al cuarto de baño tambaleándome como un tarado, y llené uno de los lavabos con agua fría. Luego metí adentro la cabeza hasta las orejas. Ni siquiera me tomé el trabajo de secarme ni nada. La dejé que goteara. Luego me dirigí a un radiador que estaba al lado de la ventana y me senté encima. Estaba calentito y agradable. Sentí cierta sensación de bienestar, porque estaba temblando como un degenerado. Es curioso. Cuando bebo demasiado siempre me pongo a temblar.

Como no tenía nada mejor que hacer permanecí sentado en el radiador y empecé a contar los cuadraditos blancos del piso. Me estaba empapando. Litros de agua me corrían por el cuello, mojándome la camisa y la corbata, pero a mí no me importaba. Luego, muy pronto, el que acompañaba al piano a Valencia, un tipo de cabello ondulado con una pinta de maricón bárbara, entró a peinarse los ricitos de oro. Mientras se peinaba iniciamos una especie de conversación, aunque hay que reconocer que el punto no era nada amable.

—¿Va a ver a Valencia cuando regrese al bar? —le pregunté.

—Es muy probable —repuso. Al parecer era un degenerado ocurrente. No hago más que tropezar con degenerados ocurrentes.

—Escuche. Déle saludos de mi parte. ¿Quiere hacerme el favor de preguntarle si el mozo le dio mi mensaje?

—¿Por qué no se va a casa, Mac? ¿Cuántos años tiene?

—Ochenta y seis. No se olvide de darle saludos de mi parte. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no se va a casa, Mac?

—Porque no tengo gana. Qué bien toca el piano —le dije. Trataba de adularlo. Si quieren que les confiese la verdad, el tipo tocaba el piano asquerosamente—. Tendría que ir a la radio —le dije—. ¡Un tipo tan bien parecido como usted! ¿No necesita un empresario?

—Mac, ¿por qué no vuelve a casa como un buen chico? Vuelva a casa y métase en el sobre.

—No tengo casa. En serio, ¿no necesita un empresario?

Ni siquiera me contestó. Se marchó sin más trámite. Había terminado de peinarse y alisarse el cabello, así que se fue. Lo mismito que Stradlater. Todos esos tipos buenos mozos son lo mismo. En cuanto terminan de peinarse lo dejan a uno plantado.

Cuando por fin me levanté del radiador para ir al guardarropa estaba llorando y todo. No sé por qué, pero lloraba. Creo que tal vez sería porque me estaba sintiendo tan solo y abandonado. Luego, cuando llegué al guardarropa, no podía encontrar el condenado número. Sin embargo, la encargada fue muy amable conmigo. Me entregó el abrigo de todos modos. Y también, mi disco «La pequeña Shirley Beans». Le di un dólar por ser tan atenta, pero de ninguna manera quiso aceptarlo. Insistió en que volviera a casa y me acostara. Traté de que aceptara salir conmigo una vez terminado el trabajo, pero no quiso. Me contestó que tenía edad suficiente para ser mi madre. Le mostré mi cabello gris y le dije que tenía cuarenta y dos años, claro que en broma. Pero en general fue muy amable. Le mostré mi gorra de caza colorada que le gustó mucho. Hasta me la hizo poner antes de salir, porque todavía tenía el pelo muy mojado. Era una buena chica.

Cuando salí ya no me sentía tan borracho, pero hacía mucho frío y los dientes empezaron a castañetearme más que el demonio. No podía evitarlo.

Caminé hacia Madison Avenue y me dispuse a esperar un ómnibus, porque ya me estaba quedando algo escaso de dinero y tenía que empezar a economizar en taxis y esas cosas. Pero no tenía muchas ganas de tomar un cochino ómnibus. Y además, ni siquiera sabía adonde ir. De modo que empecé a caminar por el parque. Se me ocurrió ir hasta la laguna, para ver lo que estaban haciendo los patos, si se encontraban o no allí. La laguna no quedaba lejos y, además, no tenía ningún sitio especial adonde ir, ni siquiera sabía aún dónde iba a dormir. No me sentía mayormente cansado; pero estaba más triste y deprimido que el demonio.

Luego, en cuanto entré en el parque, sucedió algo terrible. Se me cayó el disco de Phoebe. Se rompió en cincuenta pedazos. Estaba dentro de un sobre grueso y todo, pero igual se rompió. Tuve un disgusto tan terrible que estuve a punto de echarme a llorar, pero me limité a sacar del sobre los pedazos del disco y guardarlos en el bolsillo. Ya no servían para nada, pero no quería tirarlos. Luego me interné en el parque. Qué oscuro estaba.

He vivido toda la vida en Nueva York y conozco el Central Park como la palma de la mano, porque cuando era niño me pasaba allí todo el tiempo, patinando y andando en bicicleta, pero aquella noche me costó un trabajo bárbaro encontrar la laguna. Sabía perfectamente dónde estaba, pero igual, no podía encontrarla. Creo que debía estar mucho más borracho de lo que pensaba. Mientras caminaba se fue poniendo cada vez más oscuro e impresionante. Mientras estuve allí no pude ver una sola persona. De lo que estoy contento. De haber tropezado con alguien, lo más probable es que hubiese dado un salto de un kilómetro. Por fin encontré la lagunita. Allí estaba, helada en parte. Pero no vi ningún pato por los alrededores. Recorrí toda la cochina orilla de la laguna, y hasta estuve a punto de caer al agua, pero no logré ver un solo pato. Pensé que si había algunos patos por allí, tendrían que estar durmiendo cerca de la orilla, ocultos en el pasto. Por eso estuve a punto de caer al agua. Pero no pude encontrar ninguno.

Por fin me senté en un banco donde no estaba tan oscuro. Todavía temblaba como un degenerado, y la parte de atrás del cabello, aunque tenía puesta la gorra de caza, se me había cubierto de trozos de hielo. Aquello me preocupó. Pensé que, probablemente, iba a pescar una pulmonía mortal. Hasta empecé a imaginarme un millón de imbéciles que venían a mi funeral

y todo. Mi abuelo de Detroit, que no hace más que leer en alta voz los números de las calles cuando uno viaja en ómnibus con él, y mis tías — tengo como cincuenta tías— y todos mis cochinos primos. Cuando murió Allie vino toda la estúpida manga de ellos. Tengo una estúpida tía con halitosis que, según me contó D. B., no hacía más que repetir que Allie parecía muy «tranquilo» de cuerpo presente. Yo no estaba. Me hallaba todavía en el hospital. Tuve que ir al hospital y todo, después que me lastimé la mano. Bueno, de todas maneras, temía pescar una pulmonía con todos aquellos trocitos de hielo en el cabello y morir. Mis padres me daban mucha pena. Sobre todo mi madre, porque todavía no se repuso de la pérdida de Allie. Me la imaginaba sin saber qué hacer con mis trajes y equipo de atletismo. Lo único bueno es que sabía que mi madre de ninguna manera iba a permitirle a Phoebe asistir al funeral, porque era una nena pequeña. Luego pensé en todo el montón de ellos enterrándome en el condenado cementerio y poniendo una lápida con mi nombre y todo. Dejándome rodeado de muertos. Cuando uno muere sí que lo arreglan. Tengo la esperanza de que cuando muera alguien tenga suficiente sentido común para arrojarme al río o algo así. Cualquiera cosa antes que ser enterrado en un maldito cementerio, y que la gente venga los domingos a ponerle a uno un cochino ramo de flores sobre el estómago. ¿A quién puede importarles las flores una vez que está muerto? A nadie.

Cuando hace buen tiempo mis padres van, con bastante frecuencia, a dejar un ramo de flores sobre la tumba de Allie. Los acompañé un par de veces, pero luego dejé de ir. En primer lugar no es ningún placer para mí verlo enterrado en ese absurdo cementerio, rodeado de tipos muertos, lápidas y todo eso. No me pareció tan mal cuando había sol, pero dos veces, «dos veces», estábamos allí cuando empezó a llover. Fue horrible. Llovía sobre su lápida y sobre la hierba que le cubría el estómago. Llovía por todas partes. Todos los que estaban allí de visita echaron a correr como exhalaciones a refugiarse en sus autos. Eso fue lo que casi estuvo a punto de volverme loco. Todos los visitantes podían entrar en sus autos y prender la radio y todo y luego ir a comer a cualquier sitio agradable..., todos, excepto Allie. No podía tolerarlo. Sé que sólo su cuerpo está en el cementerio, que su alma voló al cielo y todas esas tonterías, pero, de todas maneras, no

puedo tolerarlo. Me gustaría que no estuviera enterrado allí. Si lo hubiesen conocido, comprenderían lo que quiero decir. Cuando hace sol no está del todo mal, pero el sol sale solamente cuando le da la gana.

Después de un rato, para apartar de la mente la idea de que iba a pescar una pulmonía, saqué la plata que tenía y traté de contarla a la mala luz de un farol del alumbrado público. No me quedaban más que tres billetes de un dólar, cinco monedas de veinticinco centavos y una de diez. Había gastado una verdadera fortuna desde que abandoné Pencey. Entonces me acerqué a la laguna y fui arrojando todas las monedas, haciéndolas rebotar contra la parte helada. No sé por qué lo hice, pero lo hice. Debió ser para tratar de apartar de la mente la idea de que iba a pescar una pulmonía y morir. Sin embargo, no me ocurrió nada de eso.

Empecé a pensar lo que sentiría Phoebe si yo pescara una pulmonía y muriera. Comprendo que era algo muy infantil, pero no podía evitarlo. Phoebe se disgustaría muchísimo, si me ocurriera una cosa semejante. Me quiere una barbaridad. Quiero decir que me tiene mucho cariño. De verdad. Bueno, la cosa es que no conseguía apartar esa idea de la mente, así que pensé que lo mejor era que fuese a casa para ver a Phoebe, por si me moría. Tenía la llave de la puerta y todo, y pensé que podría entrar furtivamente en el departamento, sin hacer ruido ni nada y charlar un rato con mi hermanita. Lo único que me preocupaba era la puerta de entrada. Cruje como una degenerada. Se trata de una casa de departamentos muy vieja y el administrador es un degenerado perezoso, de manera que todo cruje y chirría. Temía que mis padres pudieran sorprenderme en el momento de entrar. Pero decidí hacer la prueba de todos modos.

Así que me fui del parque y me encaminé a casa. Hice todo el trayecto caminando. No quedaba lejos y ya no me sentía borracho ni cansado. Hacía mucho frío y no se veía ni un alma en ninguna parte.

XXI

Al llegar a casa tuve una gran suerte, pues el ascensorista nocturno no estaba. Se encontraba a cargo del ascensor un tipo a quien jamás había visto y creí que si no tenía la desgracia de tropezar con mis padres podría saludar a Phoebe y luego retirarme sin que nadie se diera cuenta. En realidad, era una suerte formidable. Además, el ascensorista parecía más bien algo estúpido. Le dije, con la mayor indiferencia, que me condujera a casa de los Dicksteins. Los Dicksteins eran los que ocupaban el otro departamento de nuestro piso. Ya me había quitado la gorra de caza, para no llamar la atención ni nada. Penetré en el ascensor como si tuviera una prisa tremenda.

El ascensorista había cerrado ya las puertas y se disponía a llevarme, cuando se dio vuelta y me dijo:

—No están. Fueron a una fiesta al decimocuarto piso.

—Está bien. Tengo que esperarlos. Soy sobrino de ellos.

Entonces el hombre me dirigió una mirada de desconfianza estúpida.

—Será mejor que espere aquí, maestro.

—Lo haría con gusto. De verdad. Pero tengo una pierna enferma. Necesito mantenerla en cierta posición. Creo que será preferible que los espere sentado en una silla cerca de la puerta del departamento.

El hombre no sabía qué demonio le estaba diciendo, así que se limitó a decir: «Oh», y me subió. No parecía mal muchacho. Es curioso. Basta decir algo que prácticamente nadie entienda y todos harán por uno lo que se les pida.

Me bajé en nuestro piso, cojeando como un degenerado, y empecé a caminar hacia el departamento de los Dicksteins. Luego, cuando oí que se cerraban las puertas del ascensor, giré sobre los talones y me dirigí a nuestra

casa. Me encontraba muy bien. Ya ni siquiera me sentía borracho. Luego, saqué la llave y abrí la puerta, silencioso como una sombra. Después, con mucho, pero con muchísimo cuidado, entré y cerré la puerta. En realidad debí haberme dedicado a ladrón.

Como es natural, estaba más oscuro que el demonio, y como es natural, no podía encender la luz. Tenía que cuidarme mucho de no tropezar con algo y hacer un alboroto. Sin embargo, me daba cuenta de que estaba en casa. Nuestro hogar tiene un olor curioso que no se asemeja a ningún otro. No sé a qué es. No es a coliflor ni a perfume, no sé a qué demonio es, pero siempre sé que estoy en casa. Pensé quitarme el abrigo y colgarlo en el *placard* del vestíbulo, pero ese mueble está lleno de perchas que hacen un ruido bárbaro al abrir la puerta, de modo que desistí. Luego empecé a caminar muy, pero muy despacio, hacia la habitación de Phoebe. Sabía que la mucama no podría oírme, porque tiene un solo tímpano. Según me dijo, un hermano le había introducido una paja en el oído cuando era pequeña. Estaba bastante sorda y todo. Pero mi madre tiene un oído más fino que un sabueso. Así que extremé las precauciones al pasar frente a su puerta. Hasta contuve al aliento, ¡por el amor de Dios! A mi padre pueden pegarle con una silla en la cabeza sin que se despierte, pero uno puede toser en Siberia y mi madre lo oirá. Es más nerviosa que el demonio. Se pasa la mayor parte de la noche despierta y fumando cigarrillos.

Por fin, después de alrededor de una hora de esfuerzos, conseguí llegar a la habitación de Phoebe. Sin embargo no estaba allí, me había olvidado de ello. Había olvidado que Phoebe siempre duerme en el cuarto de D. B. cuando éste no está en casa. Le gusta, porque es la habitación más amplia de la casa. Además tiene un escritorio enorme que D. B. le compró a una señora alcohólica de Filadelfia, y una cama gigantesca de por lo menos diez kilómetros de ancho y otros diez de largo. No sé dónde D. B. compró esa cama. Bueno, a Phoebe le gusta dormir en la habitación de D. B. cuando éste no está, y él se lo permite. Tendrían que ver a Phoebe haciendo los deberes en ese absurdo escritorio. Es casi tan grande como la cama. Casi no se la ve cuando está haciendo los deberes. Sin embargo, eso es lo que le gusta a ella. No le gusta su habitación, porque la encuentra demasiado pequeña, según dice. Asegura que le agrada tener amplitud. Eso me mata.

Bueno, penetré en la habitación de D. B. con más cuidado que el demonio, y encendí la lámpara del escritorio. Phoebe ni siquiera se despertó. Una vez encendida la luz, la estuve contemplando un ratito. Estaba durmiendo con la cara casi fuera de la almohada. Tenía la boca muy abierta. Es curioso. Los adultos tienen muy mal aspecto cuando duermen con la boca abierta, pero los niños no. Los niños siempre parecen bien. Hasta pueden babear toda la almohada y continúan pareciendo bien.

Anduve un rato por la habitación sin hacer ruido, mirando con curiosidad todas las cosas. Me sentía muy bien, para variar. Ya no tenía la impresión de haber pescado una pulmonía ni nada. Me sentía espléndidamente, para variar. Phoebe había puesto la ropa sobre una silla al lado de la cama. Por ser una niña era muy aseada. Quiero decir que no dejaba las cosas tiradas por todas partes, como la mayoría de los niños. No es ninguna dejada. Tenía el saquito del traje castaño que mi madre le compró en el Canadá, colgado del respaldo de la silla. La blusa y el resto de la ropa estaban sobre el asiento. Los zapatos y las medias debajo de la silla y muy juntos. Nunca le había visto antes aquellos zapatos. Eran nuevos. Eran de color castaño y le quedaban formidablemente con el vestido comprado en el Canadá. Mi madre viste a Phoebe muy bien. De verdad. Mi madre tiene un gusto excelente para algunas cosas. No es buena para comprar patines y cosas semejantes, pero en cuestión de ropa es perfecta. Quiero decir que Phoebe siempre tiene puesto algún vestido que lo mata a uno. La mayoría de los chicos, aunque sus padres sean ricos, casi siempre andan vestidos con una ropa terrible. Me gustaría que hubiesen visto a Phoebe con el vestido que mi madre le compró en el Canadá. Fuera de bromas.

Me senté sobre el escritorio de D. B. y miré las cosas que estaban encima. La mayoría eran de Phoebe. Cosas de colegio. Había, sobre todo, libros. El que estaba encima se llamaba «La aritmética es divertida». Abrí la primera página y le eché una ojeada. Phoebe había escrito en ella:

Phoebe Weatherfield Caulfield 4B – 1

Aquello me mató. Su segundo nombre era Josephine, no Weatherfield. Pero no le gusta. Cada vez que la veo usa un segundo nombre diferente.

El libro que estaba debajo de la aritmética era una geografía y debajo de la geografía había un silabario. Es muy buena para deletrear. Es excelente en todas las materias, pero sobre todo tiene facilidad para deletrear. Luego, debajo del silabario, había un montón de libretas. Tenía como cinco mil libretas. Nunca había visto a ninguna niña que tuviese tantas libretas. Abrí la que estaba encima y miré la primera página. Tenía escrito:

Bernice trata de verme en el recreo tengo algo muy, muy importante que decirte.

Eso es todo lo que estaba escrito en esa página. La siguiente decía:

¿Por qué había en el Este de Alaska tantas fábricas de conservas? Porque había muchos salmones.

¿Por qué son valiosos los bosques? Porque el clima es adecuado.

¿Qué ha hecho nuestro gobierno para facilitar la vida de los esquimales de Alaska? ¡Lo miraré mañana!

Phoebe Weatherfield Caulfield

Phoebe Weatherfield Caulfield

Phoebe Weatherfield Caulfield

Phoebe W. Caulfield Phoebe Weatherfield Caulfield,

Esq. ¡Haz el favor de pasárselo a Shirley Shirley, dijiste que eres de Sagitario pero eres de Tauro, trae los patines cuando vengas a casa.

Permanecí sentado sobre el escritorio de D. B. leyendo toda la libreta. No tardé mucho, y podría estar leyendo la libreta de Phoebe o la de cualquier otro niño, todo el día y toda la noche. Las libretas de los niños son mi debilidad. Luego encendí otro cigarrillo... el último que me quedaba. Aquel día debía haber fumado ya más de tres cajas. Luego, por fin, la desperté. Quiero decir que no podía continuar sentado en el escritorio toda la vida, y además, temía que mis padres me descubriesen en cualquier

momento. Deseaba, por lo menos, saludar a Phoebe antes de que sucediera cualquier cosa. Así que la desperté.

Se despierta con mucha facilidad. Quiero decir que no es necesario gritarle ni nada. Lo único que hace falta hacer, prácticamente, es sentarse sobre la cama y decirle: «Despierta, Phoebe», y listo, se despierta como por encanto.

—Holden —fue lo primero que dijo. En seguida me abrazó. Es muy cariñosa. Quiero decir que para tratarse de una niña pequeña es bastante cariñosa. A veces hasta resulta demasiado cariñosa. Le di un beso y me dijo:

—¿Cuándo llegaste a casa?

Era evidente que estaba muy contenta de verme.

—No hables tan alto. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Recibiste mi carta? Te escribí una de cuatro páginas.

—Sí... no hables tan alto. Gracias.

Me había escrito esa carta. Aunque no tuve ocasión de contestársela. En ella me hablaba de la obra de teatro que iban a representar en el colegio. Me decía que no fuera a comprometerme el viernes, para poder asistir a la representación.

—¿Qué tal es la obra? —le pregunté—. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—«Desfile de Navidad para norteamericanos». Es una verdadera porquería, pero hago de Benedict Arnold. Tengo, prácticamente, el papel más importante —me dijo.

Ya estaba completamente despierta. Suele excitarse mucho al hablar de esas cosas.

—Empieza cuando estoy muriendo. Para Nochebuena viene un fantasma a preguntarme si estoy avergonzada o arrepentida. Ya sabes. Por haber traicionado a mi país. ¿Vas a venir? —Ahora estaba completamente sentada en la cama—. Te escribí sobre eso. ¿Vas a venir?

—Claro. Por supuesto que sí.

—Papá no podrá presenciar la función. Tiene que volar a California.

Ahora estaba ya completamente despierta. Tarda alrededor de dos horas en despertar del todo. Estaba sentada, más bien casi arrodillada, en la cama y me había agarrado la mano.

—Oye. Mamá dijo que vendrías el miércoles —exclamó—. Dijo el miércoles.

—Salí temprano del colegio. No hables tan alto. Vas a despertar a todo el mundo.

—¿Qué hora es? Mamá dijo que no iban a regresar hasta muy tarde. Fueron a una fiesta en Norwalk, Connecticut. ¡Adivina lo que hice esta tarde! ¡Qué película vi! ¡Adivínalo!

—No sé. Oye, no dijeron a qué hora iban a...

—«El doctor». Es una película especial que dieron en la Fundación Lister. Hoy fue el único día que la van a dar. Trata de un médico de Kentucky que ahoga con una manta a un chico mutilado que no puede caminar. Lo mandan a la cárcel y todo, era una película excelente.

—Escucha un segundo. No dijeron a qué hora...

—El doctor tiene mucha lástima del chico. Por eso lo asfixia con la manta. Lo condenan a cadena perpetua. Se convirtió en asesino por compasión. Pero sabe que merece estar en la cárcel, porque un médico no puede sustituir a Dios en eso de dar la muerte. Nos llevó la madre de una chica de mi clase. Esa chica es mi mejor amiga. Se llama Alice Holmborg. Es la única chica de toda la...

—¿Quieres hacerme el favor de callarte un momento? —le dije—. Te hice una pregunta. ¿Dijeron a qué hora iban a regresar o no?

—No, pero no volverán hasta muy tarde. Papaíto se fue en el auto para no tener que depender de los trenes. ¡Ahora tenemos radio en el auto! Madre asegura que cuando el auto anda por el centro no se la oye bien. Empecé a tranquilizarme algo. Quiero decir que, por fin, dejé de temer que me fuesen a sorprender en cualquier momento.

Tendrían que haber visto a Phoebe. Vestía un pijama azul con elefantes en el cuello. Los elefantes le encantan.

—¿De modo que te gustó mucho la película? —Sí, pero lo malo es que Alice estaba resfriada y su madre no hacía más que preguntarle si se sentía engripada. Justo en medio de la película. Siempre en medio de lo más importante, la madre se volvía hacia Alice y le preguntaba si se sentía engripada. Aquello terminó por atacarme los nervios. Luego le hablé del disco.

—Escucha, te compré un disco —le dije—. Lo malo es que lo rompí camino de casa.

Saqué del bolsillo los pedazos y se los mostré. —Dame los pedazos. Los guardaré. Me los quitó de la mano y los metió en el cajón de la mesa de noche. Phoebe me mata con esas cosas.

—¿Piensa D. B. venir a pasar la Navidad con nosotros? —le pregunté.

—Es posible que venga y también que no venga, según me dijo madre. Depende. Tal vez tenga que quedarse en Hollywood escribiendo una película sobre Annápolis.

—¿Annápolis? ¡Por el amor de Dios!

—Es una historia de amor y todo. ¿A que no aciertas quién trabaja en ella? ¿Qué astro de cine? ¡Adivina!

—Annápolis no me interesa un pito, por el amor de Dios. ¿Qué tiene que ver D. B. con Annápolis? ¿Qué tiene que ver eso con el estilo de relatos que escribe? —dije. Esas cosas me vuelven loco. El maldito Hollywood—. ¿Qué te hiciste en el brazo? —le pregunté. Acababa de notar que Phoebe tenía en el codo un pedazo de tira emplástica. Me di cuenta porque el pijama no tenía mangas.

—Curtis Weintraub, un chico que está en mi clase, me empujó cuando yo bajaba las escaleras del parque. ¿Quieres ver?

Empezó a despegar la tira emplástica.

—No hagas eso. ¿Por qué te empujó por la escalera?

—No sé. Creo que me tiene rabia. Selma Atterbury y yo le manchamos con tinta, y otras cosas peores, el rompevientos.

—Eso no está bien. ¡Por el amor de Dios! ¿Eres una niña o qué?

—No, pero siempre que estamos en el parque Curtis no deja de seguirme. Siempre me está siguiendo. Me pone nerviosa.

—Lo más probable es que le gustes. Pero eso no creo que sea motivo para que le manches todo...

—Es que no quiero gustarle —me dijo. Luego empezó a mirarme de una manera rara y me preguntó—: ¿Holden, por qué no llegaste a casa el miércoles?

—¿Qué dices?

Con Phoebe hay que estar en guardia todo el tiempo. Si no creen que es vivísima, están locos.

—¿Cómo es que llegaste a casa antes del «miércoles»? ¿No te habrán expulsado ni nada de eso, verdad?

—Ya te lo dije. Este año nos soltaron temprano. Nos largaron a todos...

—¡Te expulsaron! ¡Te expulsaron! —dijo Phoebe.

Luego me dio un puñetazo en la pierna. A veces empieza a dar puñetazos.

—¡Te expulsaron otra vez! ¡Oh, Holden! —Se había llevado la mano a la boca y todo. Se emociona mucho.

Lo juro por Dios. —¿Quién te dijo que me habían expulsado? Nadie dijo...

—Sí. ¡Te expulsaron! ¡Te expulsaron! —Volvió a darme otro puñetazo. Si creen que no hace daño están locos—. ¡Papaíto va a matarte! —dijo. Luego se echó boca abajo sobre la cama y se tapó la cabeza con la almohada. Lo suele hacer con frecuencia. A veces se pone verdaderamente como loca.

—Bueno, ahora acábala —le dije—. Nadie va a matarme. Nadie va ni siquiera a... Vamos, Phoebe, quítate esa almohada de la cabeza. Nadie va a matarme. Pero no quería quitársela. Es imposible obligarla a hacer algo cuando no quiere. No hacía más que repetir: —¡Papaíto va a matarte!

Con aquella maldita almohada sobre la cabeza casi me resultaba imposible oírla.

—Nadie va a matarme. Piensa un poco. En primer lugar, voy a largarme de aquí. Buscaré trabajo en alguna estancia o algo parecido durante algún tiempo. Conozco un tipo cuyo padre tiene una estancia en Colorado. Conseguiré trabajo allí —dije—. Pero, aunque me vaya, seguiré comunicándome contigo. Vamos. No seas caprichosa. Quítate eso de la cabeza. Por favor, Phoebe. ¿No quieres hacerme ese favor?

Pero no quería quitársela. Traté de arrebatarársela, pero era más fuerte que el demonio. Uno se cansaba de pelear con ella. Si Phoebe quiere taparse la cabeza con una almohada, pues se la tapa.

—Por favor, Phoebe. Sal de ahí. Vamos, Weatherfield. Sal de ahí de una vez.

Pero no quería. Hay veces que resulta imposible razonar con ella. Por fin me levanté y me dirigí al *living* donde saqué algunos cigarrillos de la caja y me los guardé en el bolsillo.

XXII

Cuando volví ya se había quitado la almohada de la cabeza, pero no quería mirarme, aunque estaba acostada de espaldas. Cuando volví a sentarme al borde de la cama, se dio vuelta hacia el otro lado. Me estaba condenando al más completo ostracismo. Lo mismo hizo el equipo de esgrima de Pencey cuando dejé olvidados los floretes en el subterráneo.

—¿Cómo está Hazel Weatherfield? —le pregunté—. ¿Escribiste algún cuento nuevo sobre ella? Tengo el que me mandaste en la valija. En la estación. Me pareció muy bueno.

—Padre va a «matarte».

Cuando se le mete una cosa en la cabeza es difícil sacársela.

—No, no me matará. Volverá a darme una buena reprimenda y luego me mandará al colegio militar. Eso es todo lo que me hará. Y, en primer lugar, pienso largarme de aquí. Lo más probable es que me vaya a esa estancia de Colorado de que ya te hablé.

—No me hagas reír. Ni siquiera sabes montar a caballo.

—¿Quién no sabe? Claro que sé. Además, eso te lo enseñan en menos de dos minutos —dije—. Y deja de una vez de hurgarte eso. —Estaba manoseando el trozo de tira emplástica que le cubría el codo.

—¿Quién te cortó el pelo? —le pregunté. Acababa de notar que alguien se lo había cortado de una manera estúpida. Demasiado corto.

—Eso no te importa —me contestó—. *Me* imagino que te habrán vuelto a aplazar otra vez en todas las materias —dijo en tono de reproche. En cierto modo resulta bastante gracioso. Aunque sólo es una niñita a veces parece una condenada maestra de escuela.

—No, no me aplazaron en todas. Aprobé inglés.

Luego, de repente, se me ocurrió darle un pellizco en la cola. Se había puesto de costado y la tenía al aire. Apenas tiene cola. No la pellizqué con fuerza, pero ella trató de golpearme la mano, aunque sin conseguirlo.

Luego, de repente, me preguntó:

—¿Por qué lo hiciste?

—Quería decir por qué me había hecho expulsar otra vez. La forma en que me lo dijo me entristeció.

—Por Dios, Phoebe, no me lo preguntes. Estoy aburrido de que toda la gente me pregunte lo mismo. Hay mil motivos. Era uno de los peores colegios que he frecuentado. Estaba lleno de farsantes y de miserables. En mi vida he visto tantos tipos despreciables juntos. Por ejemplo: si estábamos reunidos en la habitación de alguno y algún tipo sencillo y poco importante quería entrar, no se lo permitían. Todos cerraban siempre la puerta cuando alguien deseaba entrar. Y, además, tenían una cochina fraternidad secreta a la que me uní por cobardía. Había un muchacho sencillo y lleno de granos, Robert Ackley, que deseaba formar parte de esa fraternidad. Pero no lo dejaban. Sencillamente, porque era modesto, aburridor y estaba cubierto de granos. Me disgusta hablar de ello. Era un colegio repelente. Te doy mi palabra.

Phoebe no dijo nada, aunque me había escuchado con la mayor atención. Mirándole la nuca, podía asegurar que estaba escuchando. Siempre escucha cuando se le dice algo. Y lo más curioso es que la mayoría de las veces, sabe lo que van a decirle. De verdad. Continué hablando de Pency. Me había dado por ahí.

—Aun el par de profesores «buenos» que había en la facultad, eran también unos farsantes. Por ejemplo, ahí estaba el viejo Spencer. Su esposa siempre nos estaba invitando a tomar chocolate caliente, y ambos eran, verdaderamente, buenas personas. Pero tendrías que haber visto al viejo Spencer cuando Thurmer, el rector, entró en la clase de historia y se sentó en uno de los bancos del fondo. Thurmer siempre estaba entrando en las clases y sentándose en uno de los bancos del fondo. Como si estuviera allí de incógnito o algo parecido. Después de permanecer un rato en silencio empezó a interrumpir al viejo Spencer para decir un montón de chistes de

pésimo gusto. El viejo Spencer casi se moría de risa, celebrándole los chistes, como si Thurmer fuera un príncipe o algo por el estilo.

—Me parece que exageras.

—Te juro que te hubiesen dado ganas de vomitar —dije—. Luego vino el Día de los Veteranos. Tienen el Día de los Veteranos, en que todos los puntos que se recibieron en Pencey hacia el año 1776, vienen a pasearse por el colegio con sus esposas, hijos y todo el mundo. Tendrías que haber visto a un viejo de unos cincuenta años. Llamó a la puerta de nuestra habitación y nos preguntó si le permitiríamos usar el baño. El baño quedaba al extremo del pasillo, y no sé por qué demonio se le ocurrió pedirnos permiso a nosotros. ¿Sabes lo que dijo? Dijo que quería ver si sus iniciales estaban todavía en la puerta del baño. Había grabado sus cochinas, estúpidas y tristes iniciales en la puerta del baño, hacía ya unos noventa años y deseaba saber si seguían todavía allí. Así que mi compañero de cuarto y yo lo acompañamos al baño y todo, y esperamos mientras miraba si sus iniciales estaban en la puerta. Mientras tanto, no dejó de hablar con nosotros, diciéndonos que los días más felices de su vida eran los que había pasado en Pencey y hasta nos dio un montón de consejos para el futuro y todo. ¡Cómo me deprimió aquel tipo! No quiero decir que fuese mala persona... no lo era. Pero no es necesario ser mala persona para deprimir a alguien, hasta se puede ser bueno y hacerlo. Lo único que basta para deprimir a alguien es darle una cantidad de consejos falsos mientras buscas tus iniciales en la puerta de algún baño...; eso es lo único que basta. No sé. Tal vez aquel tipo no me hubiese producido tan mala impresión de no haber jadeado tanto. El hombre estaba casi sin aliento de sólo haber subido la escalera, y durante todo el tiempo que estuvo buscando sus iniciales respiró con fuerza, abriendo mucho las fosas nasales, mientras nos decía, a Stradlater y a mí, que tratáramos de sacar el mayor provecho de nuestra permanencia en Pencey. ¡Dios mío, Phoebe! No puedo explicártelo. No me gustaba nada, pero lo que se dice nada, todo lo que ocurría en Pencey. De verdad no puedo explicártelo.

Entonces Phoebe dijo algo, pero no alcancé a oírla.

Tenía la boca apretada contra la almohada y no logré oírla.

—¿Qué dices? —le pregunté—. Quitá la boca de ahí. Así no puedo oírte.

—A ti no te gusta nunca nada de lo que ocurre en ninguna parte.

Me puse todavía más deprimido cuando me dijo eso.

—Hay cosas que me gustan. ¡Claro que hay cosas que me gustan! ¿Por qué dices eso? ¿Por qué demonios dice eso?

—Porque es verdad. No te gusta ningún colegio. Hay «millones» de cosas que no te gustan.

—No es cierto. Estás equivocada. Estás completamente equivocada. ¿Por qué demonios me dices eso? —le dije. Cómo me estaba deprimiendo.

—Porque es la pura verdad. A ver, ¿nómbreme una cosa?

—¿Una cosa? ¿Una cosa que me guste? Está bien.

Lo malo era que no podía concentrarme mucho. A veces resulta casi imposible concentrarse.

—¿Quieres decir una cosa que me guste mucho? —le pregunté.

Sin embargo no me contestó. Me miraba desde el otro lado de la cama. Estaba como a mil kilómetros de distancia.

—Vamos, contéstame —le dije—. ¿Te refieres a una cosa que me guste mucho o que simplemente me guste?

—Que te guste mucho.

—Bueno —dije.

Pero lo malo era que no podía concentrarme. En lo único que conseguía pensar era en aquellas dos pobres monjas que andaban por ahí recolectando fondos en una vieja y destrozada canastita de mimbre. Especialmente en la de los anteojos con montura de hierro. Y en un muchacho que conocí en Elkton Hills. En Elkton Hills había un chico llamado James Castle, que no quiso retirar algo que dijo de Phil Stabile, un compañero muy engreído. James Castle lo llamó una vez un tipo muy engreído y uno de los soplones amigos de Stabile se lo contó a éste. Entonces Stabile, y otros seis sucios degenerados, se metieron en el cuarto de James Castle, cerraron la puerta con llave y trataron de hacerle retirar sus palabras, pero no lo lograron. De modo que cayeron sobre él. Ni siquiera voy a decirte lo que le hicieron, porque es demasiado repulsivo, pero Castle no aflojó. Tendrías que haberlo visto. Era un tipo flaco, de aspecto enclenque, y unas muñecas como

lápices. Por fin, en vez de retirar las palabras que había dicho, saltó por la ventana. Yo estaba en la ducha y alcancé a oír el ruido sordo que hizo al golpear contra el suelo. Pero creí que habría caído cualquier cosa por la ventana, un aparato de radio, un escritorio o algo semejante, nunca un muchacho. Luego oí carreras en el pasillo y la escalera, de modo que me puse la salida de baño y bajé también, y allí estaba tendido James Castle sobre los escalones de piedra. Estaba muerto, y aunque sus dientes y su sangre estaban esparcidos por el suelo, nadie se acercaba a él. Tenía puesta una tricota de cuello alto que yo le había prestado. Lo único que les hicieron a los tipos que estaban en la habitación con él fue expulsarlos. Ni siquiera los mandaron a la cárcel.

Sin embargo, eso era en lo único que podía pensar. En las dos monjas que encontré tomando el desayuno, y en James Castle, el chico que conocí en Elkton Hills. Y lo más curioso es que, a decir verdad, apenas si conocía a James Castle. Era uno de esos tipos muy tranquilos. Estaba en mi clase de matemáticas, pero se sentaba al otro lado del aula y casi nunca se levantaba a decir la lección, ni iba al encerado. Hay muchos tipos en el colegio que raras veces se levantan a recitar o van al encerado. Creo que la única vez que hablé con él fue cuando me pidió prestada la tricota de cuello alto. En esa oportunidad mi sorpresa fue tan grande que estuve a punto de caer muerto. Recuerdo que me estaba lavando los dientes en el baño cuando me pidió prestada la tricota. Me dijo que iba a venir a buscarlo un primo para llevarlo a dar una vuelta en auto. Ni siquiera sabía que Castle se había dado cuenta de que yo tenía una tricota de cuello alto. Lo único que sabía es que su nombre figuraba siempre en la lista justo antes del mío. Cabel R., Cabel W., Castle, Caulfield...; lo recuerdo todavía. Si quieren que les confiese la verdad, estuve a punto de negarle la tricota. Sólo porque lo conocía poco.

—¿Qué? —le pregunté a Phoebe. Acababa de decirme algo, pero no logré oírla.

—Ni siquiera puedes pensar en una cosa.

—Sí puedo. Sí puedo.

—Pues hazlo entonces.

—Me gusta Allie —dije—, Y también me gusta lo que hago en este mismo momento. Estar aquí, sentado contigo, conversando y pensando

en...

—Allie está muerto. ¡Siempre estás diciendo eso! Si alguien está muerto y en el cielo, entonces ya no...

—Sé que está muerto, ¿Crees acaso que no lo sé? Pero, ¿no puedo seguir queriéndolo? Por el amor de Dios, uno no puede dejar de querer a alguien sólo porque haya muerto... sobre todo si era mil veces mejor que la gente viva que uno conoce.

Phoebe no dijo nada. Cuando no encuentra una respuesta oportuna nunca dice una condenada palabra. —Bueno, me gusta estar aquí contigo charlando y...

—Eso, en realidad, no es nada.

—Es algo. Claro que lo es. ¿Por qué diablos no iba a serlo? La gente nunca cree que nada pueda ser realmente algo. Es una cosa que me enferma.

—Bueno. Nómbrame alguna otra cosa. Dime algo que te gustaría ser. Como hombre de ciencia, abogado o algo así.

—No podría ser un hombre de ciencia. No tengo aptitud para las ciencias.

—Bueno, abogado, como papá.

—No tengo nada contra los abogados, pero es una carrera que no me llama. Quiero decir que los abogados me gustan si andan todo el tiempo salvando vidas de inocentes. Pero lo malo es que la mayoría se dedican a otras cosas. Lo único que hacen la mayoría de los abogados que conozco, es ganar un montón de plata, jugar al golf y al bridge, comprar autos, beber Martinis y darse importancia. Y además: aunque uno se dedicara a salvar vidas y todo eso, ¿cómo va a saber si lo hace porque de veras desea salvar vidas inocentes, o porque quiere ser uno de esos abogados famosos a quienes todo el mundo palmea la espalda y felicita en los tribunales cuando termina un juicio, como sucede en las cochinas películas? ¿Cómo puede saber uno que no está haciendo el farsante? Lo malo es que no puede saberlo.

No estoy muy seguro de que Phoebe hubiese entendido bien lo que trataba de explicarle. Quiero decir que no es más que una niña. Pero, por lo menos, me escuchaba. Si por lo menos alguien lo escucha a uno, no está tan mal.

—Padre va a matarte. Va a matarte.

Sin embargo, no la escuchaba. Estaba pensando en otra cosa... en una locura.

—¿Sabes lo que me gustaría ser? —dije—. ¿Quieres saber lo que me gustaría ser? Es decir, ¿si pudiera elegir?

—¿Qué?

—Sabes esa canción, «Si un cuerpo agarrase a otro atravesando el centeno». Me gustaría...

—¡Es «Si un cuerpo encontrase a otro atravesando el centeno»! —me corrigió Phoebe—. Se trata de un poema de Robert Burns.

—Ya sé que es un poema de Robert Burns.

Phoebe tenía razón. Es «Si un cuerpo encontrase a otro atravesando el centeno». Pero en ese entonces yo no lo sabía.

—Creí que era «Si un cuerpo agarrase a otro» —dije—. Bueno, de todos modos me imagino a muchos niños pequeños jugando en un gran campo de centeno y todo. Miles de niños y nadie allí para cuidarlos, nadie grande, eso es, excepto yo. Y yo estoy al borde de un profundo precipicio. Mi misión es agarrar a todo niño que vaya a caer en el precipicio. Quiero decir, si algún niño echa a correr y no mira por dónde va, tengo que hacerme presente y agarrarlo. Eso es lo que haría todo el día. Sería el encargado de agarrar a los niños en el centeno. Sé que es una locura; pero es lo único que verdaderamente me gustaría ser. Reconozco que es una locura.

Phoebe permaneció largo rato sin decir nada. Luego, cuando al fin abrió la boca, fue para repetir:

—Papá va a matarte.

—Si lo hiciera no me importaría nada —dije. Me levanté de la cama, porque quería telefonarle al señor Antolini, que fue mi profesor de inglés en el colegio de Elkton Hills. Ahora el señor Antolini vivía en Nueva York. Enseñaba inglés en la N. Y. U.

—Tengo que hablar por teléfono —le dije a Phoebe—. Volveré en seguida. No vayas a dormirte —no quería que se fuera a quedar dormida mientras yo estaba en el *living*. Sabía que no iba a hacerlo, pero se lo dije de todas maneras para tener la seguridad. Mientras me dirigía a la puerta

Phoebe dijo: —¡Holden! Yo me di vuelta. Estaba sentada en la cama. Me pareció muy linda.

—Phyllis Margulies me está dando lecciones de cómo eructar —dijo—. Escucha.

Escuché y oí «algo» pero no mucho. —Muy bien— dije. Luego abandoné la habitación y llamé a mi antiguo profesor, el señor Antolini.

XXIII

Me apresuré a hablar por teléfono, porque temía que mis padres fueran a sorprenderme en medio de la conversación, lo que, por fortuna, no sucedió. El señor Antolini fue muy amable. Me dijo que si quería podía ir a su casa inmediatamente. Creo que los desperté a él y a su esposa, porque tardaron mucho en contestar el teléfono. Lo primero que me preguntó fue si me pasaba algo malo, y le contesté que no. Sin embargo, le conté que acababan de expulsarme de Pencey. Me pareció que lo mejor era decírselo. Cuando se enteró exclamó:

—¡Dios santo! —y me dijo que, si lo deseaba, podía ir a su casa en seguida.

El señor Antolini fue el mejor profesor que tuve en mi vida. Era bastante joven, no mucho mayor que mi hermano D. B., y uno podía hacerle bromas sin por ello perderle el respeto. Él fue quien, por fin, levantó el cuerpo de James Castle, aquel muchacho que se tiró por la ventana de que les hablé. El señor Antolini le tomó el pulso y todo, y luego se quitó el saco, lo cubrió con él y lo llevó a la enfermería. No le importó nada que su saco se manchara todo de sangre.

Cuando regresé a la habitación de D. B., Phoebe encendió la radio. Estaban transmitiendo bailables.

La puso muy baja, para que no fuera a oír la mucama. Tendrían que haber visto a Phoebe. Estaba sentada en medio de la cama, fuera de las cobijas, como uno de esos yogis. Escuchaba atentamente la música. Tiene unas cosas que me matan.

—Ven —le dije—. ¿Tienes ganas de bailar? —Le enseñé a bailar y todo cuando era una nenita. Es una excelente bailarina. Sólo le enseñé algunas

cositas. La mayor parte la aprendió ella sola. En realidad es imposible enseñarle a bailar a alguien.

—Tienes los zapatos puestos —me dijo.

—Me los quitaré. Ven.

Saltó prácticamente de la cama y luego esperó a que me quitase los zapatos. Después bailamos un rato. De verdad es muy buena bailarina. No me gusta que los mayores bailen con niñas, porque, la mayoría de las veces, hacen muy mal papel. Quiero decir, si uno está en algún restaurante y ve a un tipo viejo llevar a una niña a la pista de baile. La mayoría de las veces, por descuido, los viejos levantan el vestido de las niñas y queda terrible, pero yo nunca bailo en público con Phoebe, ni nada de eso. Sólo lo hago en casa. Además, con ella la cosa es diferente, porque sabe bailar.

Bailamos unas cuatro piezas. En los intervalos es más graciosa que el demonio. Permanece en posición. No habla ni nada. Los dos tenemos que quedarnos en posición hasta que la orquesta comience a tocar de nuevo. Eso me mata. No me permite conversar ni nada.

Bueno, bailamos unas cuatro piezas y luego apagué la radio. Phoebe volvió a saltar a la cama y se metió bajo las cobijas.

—¿Voy progresando, no es cierto? —me preguntó.

—Y cómo —repuse. Volví a sentarme en la cama a su lado. Casi me había quedado sin aliento. Fumo tanto que apenas tengo fuelle. Ella estaba como si nada.

—Tócame la frente —me dijo de pronto.

—¿Para qué?

—Tócamela. Aunque sea sólo una vez.

Se la toqué, pero no noté nada.

—¿No te parece muy caliente, como si tuviera fiebre?

—No. ¿Es que tiene que parecérmelo?

—Sí. Estoy produciendo la fiebre. Tócamela otra vez.

Obedecí y tampoco noté nada, pero le dije: —Creo que la fiebre está empezando— no quería crearle ningún complejo de inferioridad. Asintió con un movimiento de cabeza. —Puedo hacer que la fiebre me suba más que los grados marcados en el termómetro.

—¿En el termómetro? ¿Quién te lo dijo? —Me enseñó a hacerlo Alice Holmborg. Hay que cruzar las piernas, contener el aliento y pensar en algo muy, pero muy caliente. En un radiador o algo semejante. Entonces se te pone la frente tan caliente que hasta puede quemarle la mano a cualquiera.

Aquello me mató. Retiré la mano precipitadamente, como si estuviera en gran peligro. —Gracias por haberme avisado— dije.

—Oh, no te hubiese quemado la mano. Me detuve antes de... ¡Silencio! —Luego, rápida como el rayo, volvió a sentarse en medio de la cama. Me dio un susto bárbaro cuando lo hizo.

—¿Qué sucede?— le pregunté.

—¡La puerta principal! —dijo en un susurro—. ¡Son ellos!

Salté de la cama y corrí a apagar la luz del escritorio. Luego aplasté el cigarrillo contra el zapato y lo guardé en el bolsillo. Después empecé a abanicar el aire como un loco, para que se disipara un poco el humo; no debía haber fumado allí, ¡por el amor de Dios! En seguida, agarré los zapatos, me introduje en el *placard* y cerré la puerta. El corazón me latía como un degenerado.

Oí a mi madre entrar en el cuarto.

—¿Phoebe? —dijo—. Basta. Ya vi la luz, jovencita.

—¡Hola! —oí que decía Phoebe—. No podía dormir. ¿Te divertiste mucho?

—Lo pasé maravillosamente —repuso mi madre, pero era evidente que no lo sentía. Nunca se divierte mucho cuando sale—. ¿Cómo es que estás despierta todavía? ¿Tienes bastante abrigo?

—Sí, estoy bien abrigada, pero no podía dormir.

—Phoebe, ¿estuviste fumando un cigarrillo aquí? Haz el favor de decirme la verdad en seguida, jovencita.

—¿Qué?

—Ya me oíste.

—Acabo de encender uno, sólo por un segundo. Le di una pitada y lo tiré por la ventana.

—¿Por qué?

—No podía dormir.

—Eso no me gusta nada, Phoebe. Lo que se dice nada. ¿Quieres otra frazada?

—No, gracias. Buenas noches —dijo Phoebe. Era evidente que quería quedarse sola lo antes posible.

—¿Qué tal la película? —le preguntó mi madre.

—Excelente. Excepto la madre de Alice. Se pasó toda la película preguntándole a su hija si se sentía engripada. Volvimos a casa en taxi.

—Déjame tocarte la frente.

—No pesqué nada. Alice no tenía nada. Eran cosas de su madre.

—Bueno. Ahora a dormir. ¿Qué tal la cena?

—Una porquería.

—¿Por qué una porquería? Tenías una riquísima costilla de cordero. Me fui caminando hasta Lexington Avenue para que...

—La costilla de cordero no tenía nada de malo, pero Charlene siempre me echa el aliento cuando me sirve algo. Le echa el aliento a la comida y a todo. A todo le echa el aliento.

—Bueno. Ahora a dormir. Dale un beso a mamá. ¿Rezaste las oraciones?

—Sí, en el cuarto de baño. ¡Buenas noches!

—Buenas noches. Duérmete en seguida. Tengo un dolor de cabeza tremendo —repuso mi madre. Le suelen dar dolores de cabeza con suma frecuencia. De verdad.

—Toma unas aspirinas —le aconsejó Phoebe—. ¿Holden vendrá a casa el miércoles, verdad? —Así creo. Bueno, tápate bien. Oí a mi madre salir y cerrar la puerta. Esperé un par de minutos. Luego salí del *placard*. Al hacerlo tropecé con Phoebe, porque estaba muy oscuro y ella había saltado de la cama para venir a avisarme.

—¿Te lastimé? —le pregunté. Ahora teníamos que hablar muy bajo, porque mis padres estaban en casa—. Tengo que irme —dije. Encontré el borde de la cama en la oscuridad y me senté y empecé a ponerme los zapatos. Estaba muy nervioso. Lo admito.

—No te vayas ahora —me aconsejó Phoebe—. ¡Espera a que se duerman!

—No. Me iré ahora mismo. Es el mejor momento. Mamá irá al cuarto de baño y papá se pondrá a oír el noticiero. Ahora es el mejor momento.

—Apenas podía atar los cordones de los zapatos, de lo nervioso que estaba. No es que fuesen a matarme ni nada de eso si me sorprendían en casa, pero hubiese resultado algo muy desagradable.

—¿Dónde demonios estás? —le pregunté a Phoebe. Era tal la oscuridad que no podía verla.

—Aquí —estaba a mi lado y ni siquiera la veía.

—Dejé las malditas valijas en la estación —dije—. Oye. ¿Tienes algún dinero, Phoebe? Estoy prácticamente fundido.

—Sólo el dinero de Navidad. Para comprar los regalos y todo eso. Todavía no salí de compras.

—¡Oh! —No quería llevarle su dinero de Navidad.

—¿Quieres algo? —me preguntó.

—No quiero privarte de tu dinero de Navidad.

—Puedo prestarte algo —dijo. Luego la oí abrir un millón de cajones del escritorio de D. B. y tantear en la oscuridad. La habitación estaba negra como boca de lobo—. Si te vas, no podrás verme en la obra de teatro —dijo. Su voz tenía un tono extraño cuando lo dijo.

—Te veré. No pienso marcharme antes. ¿Crees que voy a perderme ese espectáculo? Lo más probable es que permanezca en casa del señor Antolini hasta el martes por la noche. Luego vendré a casa. Si puedo te telefonaré.

—Toma —dijo Phoebe. Estaba tratando de darme el dinero, pero no podía encontrarme la mano.

Al fin me lo entregó.

—Oye, no necesito todo esto —dije—. Bastará que me des dos dólares. En serio. Toma. —Traté de devolvérselo, pero no quería aceptarlo.

—Puedes llevártelo todo. Ya me pagarás. Tráemelo a la función.

—¿Cuánto es, por el amor de Dios?

—Son ocho dólares y ochenta y cinco centavos. No, y sesenta y cinco centavos. Gasté algo.

Luego, de repente, rompí a llorar. No pude evitarlo. Lo hice lo más silenciosamente posible, pero lo hice. Cuando empecé le di a la pobre Phoebe un susto bárbaro, y se acercó y trató de calmarme, pero cuando uno

rompe a llorar nunca sabe cuándo va a detenerse. Estaba sentado en el borde de la cama y Phoebe me rodeó el cuello con el brazo; pero, aún así, seguí llorando largo rato. Creí que iba a ahogarme o algo parecido. Qué susto le di a la pobre Phoebe. La ventana estaba abierta y la sentía a Phoebe temblar y todo, porque no tenía encima más que el pijama. Traté de hacerla volver a la cama, pero no lo conseguí. Por fin me dominé. Pero tardé mucho en hacerlo. Luego terminé de abrochar el saco y todo. Le dije a Phoebe que trataría de comunicarme con ella. Me dijo que si quería podía dormir allí, pero le aseguré que era mejor que me fuese cuanto antes, porque me estaba esperando el señor Antolini. Luego saqué la gorra de caza del bolsillo del abrigo y se la di. Le gustan mucho esas gorras absurdas. No quería aceptarla, pero la obligué a hacerlo. Estoy seguro de que durmió con la gorra puesta. De verdad le encantan esa clase de gorras. Luego, volví a decirle que le telefonaría si me era posible y me fui.

Me resultó muchísimo más fácil salir de casa que entrar. En primer lugar, ya no me importaba un pito que me sorprendieran o no. De verdad. Si me pescaban que me pescasen. Creo que hasta casi deseaba que ocurriera algo así.

Bajé por la escalera en vez de utilizar el ascensor. Casi me rompí el alma contra diez millones de tachos de basura, pero salí sin novedad. El ascensorista ni siquiera me vio. Debe creer todavía que estoy en casa de los Dicksteins.

XXIV

El matrimonio Antolini vive en un departamento muy elegante situado en Sutton Place, con dos escalones para bajar al *living*, bar y todo. Estuve allí algunas veces, porque después que abandoné Elkton Hills, el señor Antolini vino a cenar a casa con frecuencia para ver cómo me iba. Entonces todavía no estaba casado. Luego, cuando se casó, yo solía jugar al tenis con él y la señora Antolini, con cierta frecuencia, en el West Side Tennis Club, Forest Hills, Long Island. La señora Antolini era de allí. Estaba cargada de plata. Era como sesenta años más vieja que el señor Antolini, pero al parecer se llevaban muy bien. Eran ambos muy intelectuales, en especial el señor Antolini, aunque éste, cuando estaba con uno, resultaba más ocurrente que intelectual, en lo que se parecía bastante a mi hermano D. B. La señora Antolini era más bien seria. Estaba bastante enferma de asma. Ambos leían todos los cuentos de D. B., y cuando D. B. se fue a Hollywood, el señor Antolini le telefoneó para pedirle que no lo hiciera. Pero aunque el señor Antolini le dijo a D. B. que una persona que escribía tan bien como él no tenía nada que hacer en Hollywood, D. B. se fue lo mismo.

Hubiese ido caminando a casa del señor Antolini, pues no quería gastar del dinero de Navidad de Phoebe más de lo absolutamente necesario, pero cuando salí, no me sentía bien. Estaba algo mareado. De modo que tomé un taxi. No quería tomarlo, pero lo hice. Y me costó un trabajo tremendo encontrarlo.

El señor Antolini vino a abrirme la puerta cuando toqué el timbre, después que el degenerado del ascensorista consintió, por fin, en subirme. El señor Antolini estaba con bata y zapatillas y tenía un whisky con hielo y soda en la mano. Era un tipo muy refinado y fuerte bebedor.

—¡Hola, Holden! —me dijo—. Dios mío, has crecido otro medio metro. Me encanta verte.

—¿Cómo está usted, señor Antolini? ¿Y cómo sigue su esposa?

—Perfectamente. Dame el abrigo —Me quitó el abrigo y fue a colgarlo—. Esperaba verte con un recién nacido en los brazos. Sin tener adonde ir. Y con las pestañas cubiertas de nieve.

A veces es muy ocurrente. Se dio vuelta y gritó en dirección a la cocina.

—¡Lillian! ¿Llegará alguna vez ese café? —La esposa de Antolini se llamaba Lillian.

—Ya va a estar —gritó la señora—. ¿Es Holden? ¡Hola, Holden!

—¿Cómo le va, señora?

En aquella casa siempre había que estar gritando, porque ambos esposos nunca estaban en la misma habitación al mismo tiempo. Resultaba algo raro.

—Siéntate, Holden —dijo el señor Antolini. Era evidente que ya estaba bastante adobado. El aspecto de la estancia indicaba que acababan de celebrar una fiesta. Estaba todo lleno de vasos y de platitos con maníes.

—Perdona el aspecto que tiene esto —dijo el dueño de casa—. Hemos recibido algunos amigos de mi esposa que viven en Buffalo... En realidad, unos verdaderos búfalos.

Me eché a reír y la señora Antolini gritó algo en la cocina, pero no pude oírla.

—¿Qué dijo? —le pregunté al señor Antolini.

—Dijo que no vayas a mirarla cuando venga con el café. Acaba de levantarse de la cama. Toma un cigarrillo. ¿Fumas ahora?

—Gracias —le dije. Tomé un cigarrillo de la caja que me ofrecía—. Sólo de vez en cuando. Soy un fumador muy moderado.

—Lo creo —dijo. Me dio fuego con el gran encendedor de sobremesa—. ¿Así que Pencey y tú han dejado de ser uno? —Siempre decía las cosas de ese modo. A veces me resultaba muy divertido, pero otras, no. Es que exageraba un poquito. No quiero decir que no fuese ocurrente, lo era, pero a veces le ataca a uno los nervios que alguien esté diciendo continuamente cosas como, «¿Así que Pencey y tú han dejado de ser uno?» También D. B., en ocasiones, abusa de esa manera de expresarse.

—¿Qué te pasó? —me preguntó el señor Antolini—. ¿Cómo te fue en inglés? Si te aplazaron en inglés te pondré en la calle, pequeño campeón de escribir composiciones.

—Oh, aprobé inglés sin dificultad. Sin embargo, era casi todo literatura. No escribí más que un par de composiciones en todo el curso. Pero me aplazaron en expresión oral. En ese colegio tienen una materia llamada expresión oral. En ésta quedé aplazado. —¿Por qué?

—A decir verdad no lo sé.

No tenía ganas de entrar en detalles acerca de aquello. Me sentía algo mareado y, de pronto, me había empezado a doler terriblemente la cabeza. Pero era evidente que el señor Antolini estaba muy interesado, de manera que le conté un poquito del asunto.

—En esa materia todos los alumnos tienen que ponerse de pie y decir un discurso. Ya sabe usted. Improvisado y todo eso. Y si alguno se sale del asunto hay que gritarle «¡digresión!», lo antes posible. Eso me volvía loco. Me pusieron una F. —¿Por qué?

—Oh, no lo sé. Eso de la digresión me atacaba los nervios. Lo malo que tengo es que me gusta que alguien se salga del tema. Me resulta mucho más interesante y todo.

—¿No te agrada que alguien se ciña al asunto cuando te está contando algo?

—Sí, claro, me gusta que la gente se ciña al asunto. Pero me desagrada que se ciña «demasiado» al asunto. No sé, creo que no me gusta que alguien se ciña al asunto todo el tiempo. Los muchachos que sacaban las mejores notas en expresión oral eran los que se ceñían al asunto todo el tiempo, no tengo más remedio que admitirlo. Pero había un muchacho llamado Richard Kinsella. Solía salirse con frecuencia de la cuestión y siempre le estaban gritando «¡digresión!». Era algo terrible, porque, en primer lugar, Kinsella era un tipo muy nervioso y le temblaban los labios cuando se levantaba a decir un discurso, y casi resultaba imposible oírle, si uno estaba sentado en los bancos posteriores de la clase. Sin embargo, cuando los labios dejaban de temblarle, me gustaban sus discursos mucho más que los de ningún otro. No obstante, resultó prácticamente aplazado. Le pusieron una D, porque continuamente le estaban gritando «¡digresión!». Por ejemplo, dijo un

discurso sobre una granja que su padre tenía en Vermont. Mientras hablaba le estuvieron gritando «¡digresión!» continuamente y el señor Vinson, que era el profesor, le puso una F, porque omitió decir qué plantas y animales había en la granja. Kinsella comenzó hablando de todo eso y luego, de pronto, empezó a referirse a una carta que su madre recibió de un tío de él, y cómo su tío fue atacado de parálisis infantil cuando tenía cuarenta y dos años, y cómo su tío no quería que nadie fuese a visitarlo al hospital porque tenía puesto un aparato. Admito que todo eso no tenía mucho que ver con la granja, pero era «lindo». Es lindo que alguien le hable a uno de algún tío. Sobre todo, cuando empieza por la granja de su padre y luego le interesa más un tío enfermo. Quiero decir que me parece una porquería gritarle «¡digresión!» cuando el orador está todo entusiasmado... No sé. Me resulta difícil de explicar.

Tampoco sentía mayores deseos de hacerlo. Me había atacado de pronto un tremendo dolor de cabeza. Le pedí a Dios que la señora Antolini viniese de una vez con el café. Que alguien diga que el café está listo, cuando no es verdad, es otra de las cosas que me pone furioso.

—Holden... Permíteme que te haga ahora una pregunta ligeramente pedagógica. ¿No te parece que hay un tiempo y lugar adecuado para cada cosa? ¿No te parece que si alguien empieza a hablar de la granja de su padre debe ceñirse al tema y sólo después referirse a los aparatos ortopédicos de su tío? ¿Y en caso de que el aparato de su tío le resultara un tema tan atrayente, por qué no lo eligió para el discurso en vez de la granja del padre?

No tenía ninguna gana de pensar ni de contestar. Me dolía mucho la cabeza y me sentía mal. Si quieren que les confiese la verdad, hasta me dolía el estómago.

—No sé. Tal vez. Podría haber tomado como tema el aparato del tío en vez de la granja del padre, si le interesaba más. Pero la mayoría de las veces uno no sabe bien lo que le interesa más, hasta que empieza a conversar de algo que no le interesa mayormente. Quiero decir que, a veces, es imposible evitarlo. Me parece que debe dejarse a alguien tranquilo cuando está todo excitado contando algo interesante. Me gusta que la gente se excite al contar algo. Me parece lindo. Usted no sabe quién era ese señor Vinson. Él

y su condenada clase eran capaces de volverlo a uno loco a veces. Quiero decir que siempre le estaba repitiendo a uno que unificara y simplificara. Y hay cosas que uno, sencillamente, es incapaz de hacer. Quiero decir que yo apenas puedo simplificar y unificar algo, sólo porque alguien me lo mande. Usted no conoce a ese señor Vinson. Era muy inteligente y todo, pero resultaba evidente que le faltaba cabeza.

—Señores, por fin llegó el café —dijo la señora Antolini. Entró portadora de una bandeja con café, masas y demás—. No vayas a mirarme, Holden. Estoy hecha un susto.

—Hola, señora —dije. Empecé a levantarme y todo, pero el señor Antolini me agarró de la chaqueta y me obligó a sentarme de nuevo. La señora estaba toda llena de esos rizadores de hierro y no tenía los labios pintados ni nada. No parecía muy hermosa que digamos. La encontré bastante vieja.

—Dejaré esto aquí, para que se sirvan.

Colocó la bandeja sobre la mesita, empujando hacia un costado los vasos sucios.

—¿Cómo está tu mamá, Holden?

—Muy bien, gracias. Hace algún tiempo que no la veo, pero la última...

—Querido, si Holden necesita algo, todo está en el *placard*. En el estante de arriba. Yo voy a acostarme. Estoy verdaderamente agotada —dijo la señora. Y, en verdad, lo parecía—. ¿Podrán hacer la cama los dos solos, muchachos?

—Nos ocuparemos de todo. Tú corre a la cama —dijo el señor Antolini. Le dio un beso a su esposa y ella, después de despedirse de mí, se fue a su dormitorio. Siempre andaban besándose en público.

Tomé media taza de café y comí la mitad de una masa seca que estaba más dura que una piedra. El señor Antolini no tomó más que otro vaso de whisky con soda. Con mucho whisky y poca soda. Si no se cuida es posible que, con el tiempo, llegue a convertirse en un alcohólico.

—Almorcé con tu padre hace un par de semanas —me dijo de repente—. ¿Lo sabías?

—No.

—Como es natural, comprenderás que tienes a tu padre sumamente preocupado.

—Sé que está preocupado por mí.

—Me parece que, antes de telefonarme, acababa de recibir una carta bastante fuerte del rector de Pencey, en la que le decía que tú no hacías ningún esfuerzo para aprender; que te ibas de las clases; que asistías a todas las clases sin ninguna preparación; que...

—No me fui de ninguna clase. No nos permitían hacerlo. Hubo un par de ellas a las que no asistí de vez en cuando, como esa expresión oral de que le hablé, pero no me retiré de ninguna.

No tenía ninguna gana de hablar de todo aquello. Después de tomar el café sentía el estómago un poco mejor, pero seguía doliéndome horriblemente la cabeza.

El señor Antolini encendió otro cigarrillo. Fumaba como un murciélago. Luego dijo:

—Para serte franco, no sé qué diablo decirte, Holden.

—Lo sé. Soy un tipo con el que resulta difícil conversar. Lo comprendo.

—Tengo la sensación de que te diriges hacia una caída terrible... Pero, honestamente, no sé de qué clase. ¿Me escuchas?

—Sí.

Era evidente que estaba tratando de concentrarse y todo.

—Puede ser que a los treinta años, estés sentado en algún bar mirando con odio a todos los que entren con aspecto de haber jugado al fútbol en el colegio. También es posible que adquieras suficiente cultura y educación para odiar a la gente que dice «estaba delante tuyo». O, a lo mejor, terminas en una oficina arrojándole bolitas de papel a la mecanógrafa más cercana. No sé. ¿Te das cuenta adónde quiero ir a parar?

—Sí, claro. —Y era verdad—. Pero usted se equivoca en eso de los odios, señor Antolini; quiero decir, en eso de odiar a los jugadores de fútbol y demás. Odio a muy poca gente. Odio a algunos durante un tiempo, como me pasó con ese Stradlater que conocí en Pencey y ese otro, Robert Ackley. Admito que los odié durante un tiempo, pero no me dura mucho. Si pasaba una temporadita sin verlos, si no entraban en mi dormitorio o si dejaba de

verlos en el comedor durante un par de comidas, hasta los echaba de menos. Aunque le parezca extraño, hasta los echaba de menos.

El señor Antolini estuvo un rato sin decir nada. Se levantó para echar en el vaso otro trozo de hielo y volvió a sentarse. Era evidente que estaba pensando. Yo le pedía a Dios que continuara la conversación al día siguiente, en vez de seguirla en aquel momento, pero el hombre se hallaba muy excitado. A la mayoría de la gente se le ocurre ponerse a discutir cuando uno menos ganas tiene de hacerlo.

—Bueno. Escúchame un minuto... Puede que ahora no consiga expresarme tan memorablemente como me gustaría, pero dentro de un día o dos te escribiré una carta. Entonces es posible que lo comprendas todo. Pero, de todos modos, escúchame ahora un momento.

Comenzó a concentrarse de nuevo. Luego dijo:

—Esa caída a la que creo te diriges, es una caída especial, horrible. Al que cae no le es permitido sentir ni oír que toca el fondo. Continúa cayendo y cayendo. Se trata de una caída reservada para hombres que en un momento u otro de sus vidas buscaban algo que su medio no podía darles. O al menos que ellos creían que su medio no podía darles. Así que dejaron de buscar. En realidad, dejaron de buscar casi antes de empezar. ¿Me sigues?

—Sí, señor.

—¿De verdad?

—Sí.

Se levantó para llenar de nuevo el vaso. Luego volvió a sentarse. Permaneció largo rato sin decir nada.

—No deseo asustarte, pero te veo muriendo, noblemente, de una manera u otra, por alguna causa insignificante. —Me miró de una manera extraña—. Si escribo algo para ti, ¿me prometes leerlo con cuidado? ¿Y conservarlo?

—Sí. No faltaba más —dije. Y cumplí lo prometido. Todavía guardo el papel que me dio.

Se dirigió al escritorio, situado al otro extremo de la habitación y sin sentarse, escribió algo en un trozo de papel. Luego volvió a sentarse con el papel en la mano.

—Aunque parezca extraño no fue escrito por ningún poeta. Lo escribió un psicoanalista llamado Wilhelm Stekel. He aquí lo que... ¿Me sigues?

—Sí, señor.

—He aquí lo que dijo Stekel: «Lo que distingue al hombre inmaduro es que desea morir noblemente por una causa, mientras lo que distingue al hombre maduro es que desea vivir humildemente para una causa.»

Se inclinó hacia mí y me lo entregó. Lo leí, y después de darle las gracias lo guardé en el bolsillo. Era muy amable al tomarse tantas molestias por mí. De verdad. Lo malo era que yo, en aquel momento, no tenía ninguna gana de concentrarme. De repente empecé a sentirme terriblemente cansado.

Sin embargo, saltaba a la vista que él no estaba fatigado. Tengo la impresión de que estaba bastante mareado

—Creo que uno de estos días, Holden, no vas a tener más remedio que descubrir adonde quieres ir.

Y luego deberás dirigirte hacia allí; pero inmediatamente. Ya no puedes perder ni un solo minuto.

Asentí con un movimiento de cabeza, porque me estaba mirando muy fijo y todo; pero reconozco que no me hallaba muy seguro de lo que quería decirme. Me sentía demasiado cansado.

—Lamento decírtelo, pero creo que en cuanto tengas una idea más o menos aproximada del camino que quieres seguir, lo primero que deberás hacer será aplicarte en el colegio. Tienes que comprender que, aunque no te guste, eres un estudiante. Estás enamorado del conocimiento. Y creo que hallarás, en cuanto pases a todos los señores Vineses y sus composiciones orales...

—Los señores Vinsons —corregí. Se refería a todos los señores Vinsons, no Vineses. Sin embargo, comprendo que hice mal en interrumpirlo.

—Bueno... Los señores Vinsons. Una vez que pases todos los señores Vinsons, empezarás a acercarte cada vez más, si de veras lo deseas y te esfuerzas, a la clase de información que será muy, pero muy cara a tu corazón. Entre otras cosas, descubrirás que no eres la primera persona que se sintió confundida, asustada y hasta enferma, por la conducta humana. En

cuanto a eso no estás solo y te sentirás excitado y estimulado al comprobarlo. Muchos, muchísimos hombres, se sintieron tan confundidos moral y espiritualmente como tú lo estás ahora. Por fortuna muchos han dejado testimonio escrito de sus dificultades. Si lo deseas... podrás aprender de ellos. Y tal vez, algún día, si tienes algo que ofrecer, es posible que alguien aprenda algo de ti. Se trata de un hermoso arreglo recíproco. Y no es únicamente educación. Es historia. Es poesía.

Se detuvo y bebió un gran sorbo. Luego empezó de nuevo. Estaba verdaderamente entusiasmado. Me sentía contento de no haber intentado interrumpirlo ni nada.

—No estoy tratando de decirte que sólo los hombres ilustrados y eruditos son capaces de hacer contribuciones valiosas al mundo. No es así. Pero sí digo, que los hombres educados y eruditos si, para empezar, son brillantes y creadores —lo que, por desdicha, no es frecuente—, suelen dejar documentos más valiosos que los hombres que son «solamente» brillantes y creadores. Tienden a expresarse con más claridad y, por lo general, tienen pasión para seguir sus pensamientos hasta el fin. Y, lo que todavía es más importante, nueve de cada diez veces, tienen mucha más humildad que los pensadores no eruditos. ¿Puedes seguir mi razonamiento?

—Sí, señor.

De nuevo volvió a quedarse mudo largo rato. No sé si les habrá ocurrido alguna vez a ustedes, pero resulta duro esperar que alguien diga algo, cuando se ve que hace esfuerzos para pensar. Yo trataba de no bostezar. No era que estuviese aburrido, de verdad no lo estaba, pero, de pronto, me vino una profunda somnolencia.

—Y otra cosa más hará por ti una educación académica. Te dará una idea acerca del tamaño de la mente que tienes. De lo que está de acuerdo con ella y de lo que no le conviene. Después de un tiempo tendrás una idea acerca de qué pensamientos particulares debe usar tu mente. Y te ahorrará una cantidad de tiempo, perdido en probar ideas que no son adecuadas para ti. Conocerás las verdaderas medidas de tu mente y podrás vestirla de acuerdo con ellas.

Luego, de repente, bostecé. ¡Reconozco que estuve hecho un degenerado grosero, pero no pude evitarlo!

Sin embargo, el señor Antolini no hizo más que echarse a reír.

—Ven —dijo levantándose—. Te prepararé la cama.

Lo seguí hasta el *placard* y él trató de bajar algunas sábanas y frazadas, pero no pudo hacerlo con el vaso en la mano. Así que bebió el contenido, puso el vaso en el suelo y luego bajó la ropa. Lo ayudé a llevarla hasta la cama. Hicimos la cama entre los dos. El señor Antolini no parecía muy hábil para esos menesteres. No estiró la ropa ni nada. Sin embargo, no me importó nada. Me sentía tan cansado que hubiese dormido de pie.

—¿Cómo están tus mujeres?

—Ahí andan.

Sé que estaba resultando un pésimo interlocutor, pero no tenía gana de hablar.

—¿Cómo está Sally?

Conocía a Sally Hayes. Se la había presentado una vez.

—Está bien. Salí con ella esta misma tarde —¿Me parecía que ya habían pasado veinte años!—. Ya no tenemos mucho en común.

—Es una chica muy linda. ¿Y aquella otra? La que vivía en Maine, ¿esa de la que me hablaste una vez?

—Oh... Jane Gallagher. Está bien. Pienso darle mañana un golpe de teléfono.

Habíamos terminado de hacer la cama.

—Es toda tuya —dijo el señor Antolini—. ¡No sé qué vas hacer con esas piernas tan largas!

—No se preocupe. Estoy acostumbrado a camas cortas. Muchísimas gracias, señor. Esta noche usted y su señora me han salvado la vida.

—Ya sabes dónde está el cuarto de baño. Si necesitas algo no tienes más que gritar. Me quedaré un rato en la cocina... ¿Crees que te molestará la luz?

—De ninguna manera. Muchísimas gracias.

—Bueno. Buenas noches, buen mozo.

—Buenas noches, señor. Muchísimas gracias.

El señor Antolini se dirigió a la cocina y yo fui al cuarto de baño donde me desvestí y todo. No pude limpiarme los dientes, porque no tenía cepillo. Tampoco tenía pijama y al señor Antolini se le olvidó prestarme uno. Así

que volví al *living*, apagué la lamparita que estaba cerca del sofá y luego me metí en la cama en calzoncillos. Era demasiado corta para mí, pero aquella noche estaba tan cansado que lo mismo hubiese podido dormir de pie. Permanecí despierto un par de segundos pensando en las cosas que acababa de decirme el señor Antolini. Sobre eso de encontrar el tamaño de mi mente y todo. En realidad, era un tipo muy inteligente. Pero no podía mantener los ojos abiertos y me dormí.

Luego ocurrió algo. Ni siquiera me gusta hablar de ello.

Me desperté de pronto. No se qué hora era ni nada, pero me desperté. Sentí algo en la cabeza, como la mano de algún tipo. Qué susto me llevé. ¿Saben lo que era? Era la mano del señor Antolini. Se hallaba sentado al lado del sofá, en la oscuridad y todo, y me estaba palmeando o acariciando la cabeza. Debo haber pegado un salto de cien metros.

—¿Qué demonios está haciendo? —le pregunté.

—¡Nada! Estoy aquí sentado, admirando...

—¿Qué demonios está haciendo? —repetí. No sabía qué decir. Estaba más turbado que el diablo.

—¿Qué te parece si bajas la voz? Sólo estoy aquí sentado ...

—Bueno, tengo que irme —dije. ¡Qué nervioso estaba! Empecé a ponerme los pantalones en la oscuridad. Casi no podía ponérmelos de lo nervioso que estaba. Creo que conozco más pervertidos, en colegios y sitios así, que nadie, y siempre se les ocurre actuar cuando estoy presente.

—¿Adónde tienes que ir? —me preguntó el señor Antolini. Trataba de parecer frío e indiferente, pero puedo asegurarles que no estaba nada frío. Les doy mi palabra.

—Dejé las valijas en la estación. Creo que será mejor que vaya a buscarlas. Tengo todas mis cosas en ellas.

—Seguirán estando allí por la mañana. Vuelve a la cama. Yo también voy a acostarme. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. Resulta que tengo todo el dinero y mis efectos personales en una de las valijas. Volveré en seguida. Tomaré un taxi y regresaré en seguida —dije—. La cosa es que el dinero no es mío. Es de mi madre y no quiero que...

—No seas ridículo, Holden. Acuéstate. Yo también me voy a la cama. El dinero estará sano y salvo por la mañana...

—No, en serio. Tengo que irme. De verdad. —Ya casi había terminado de vestirme, pero no podía encontrar la corbata. Me puse la chaqueta sin ella. Ahora el señor Antolini se hallaba sentado en un sillón un poco apartado, observándome. Estaba oscuro y no podía verlo muy bien, pero estaba seguro de que me observaba. También seguía bebiendo. Tenía el vaso en la mano.

—Eres un chico muy raro.

—Lo sé —dije. Ni siquiera busqué mucho la corbata. De manera que me fui sin ella.

—Adiós, señor —dije—. Y muchísimas gracias. De verdad.

Me siguió cuando me dirigí a la puerta de entrada y cuando llamé al ascensor permaneció en el umbral.

Lo único que dijo fue repetir eso de que yo era «un chico muy raro». Esperó en la puerta hasta que vino el condenado ascensor. En mi perra vida esperé con más ansia un ascensor. Lo juro.

No sabía de qué demonio hablar mientras esperaba el ascensor, así que dije:

—Voy a empezar a leer algunos libros buenos. De verdad.

Quiero decir que sentía la necesidad de decir algo. Era una situación muy embarazosa.

—Bueno, retira tus valijas y vuelve en seguida. Dejaré la puerta sin pasador.

—Muchas gracias —dije—. Adiós. Al fin había llegado el ascensor. Lo tomé y bajé. Estaba temblando como loco. Y sudando. Cuando me sucede alguna cosa semejante comienzo a sudar como un degenerado. Cosas así me ocurrieron como veinte veces desde que era pequeño. Es algo que no puedo soportar.

XXV

Cuando salí empezaba a amanecer. También hacía bastante frío, aunque me resultó agradable, porque estaba sudando mucho.

No sabía adonde diablos ir. No quería ir a un hotel y gastar todo el dinero de Phoebe. Así que, al fin, fui caminando hasta Lexington y tomé el subterráneo hacia la estación Gran Central. Tenía depositadas las valijas allí y pensé dormir un rato en la sala de espera, donde están todos los bancos. Así que eso fue lo que hice. Al principio no me fue del todo mal, porque había poca gente y pude estirar los pies sobre el banco. Pero ni siquiera me gusta recordarlo. No era lindo. No lo intenten nunca. En serio. Es algo deprimente.

No dormí más que hasta eso de las nueve, porque empezaron a entrar en la sala de espera como un millón de personas y me vi obligado a poner los pies en el suelo. Nunca puedo dormir bien si tengo que poner los pies en el suelo. De modo que me senté. Seguía con el dolor de cabeza. Hasta me había empeorado. Y creo que me sentía más deprimido que nunca.

Aunque no quería, empecé a pensar en el señor Antolini y me pregunté qué iría a decirle a su esposa cuando viese que yo no había dormido allí ni nada. Sin embargo aquella parte no me preocupó demasiado, porque sabía que el profesor era un tipo muy vivo, que no tendría ninguna dificultad en encontrar una respuesta conveniente. Muy bien podía decirle a su esposa que yo me había ido a casa o algo así. Esa parte no me preocupaba. Lo que sí me preocupaba bastante es haberme despertado encontrándolo acariciándome la cabeza. Me pregunté si no estaría equivocado al pensar que el señor Antolini me estaba haciendo una insinuación de invertido. Tal vez al pobre hombre sólo le gustaba acariciar la cabeza de los tipos

dormidos sin ninguna mala intención. ¿Cómo es posible estar bien seguro de una cosa así? Hasta empecé a preguntarme si no había hecho mal en no retirar las valijas y volver a casa del profesor como le había prometido. Quiero decir que empecé a pensar que, aun en el caso de que fuera un homosexual, el señor Antolini se había portado muy bien conmigo. Pensé que no le había importado nada que lo despertara a una hora tan intempestiva y que me ofreció su casa en seguida. Y en todas las molestias que se tomó para aconsejarme que tratara de encontrar el tamaño de mi mente y todo, y cómo fue el único que se acercó a aquel muchacho, James Castle, de que les hablé, cuando estaba muerto. Pensé en todas esas cosas. Y cuanto más pensaba en ellas, más deprimido me sentía. Quiero decir que empecé a pensar que tal vez debía haber regresado a casa del señor Antolini. A lo mejor sólo me palmeó la cabeza porque me apreciaba. Cuanto más pensaba en todo aquello, más triste y deprimido me ponía. Y lo que empeoraba todavía las cosas era que tenía los ojos más irritados que el demonio. Me ardían por la falta de sueño.

Además, estaba algo resfriado y no llevaba encima ni un cochino pañuelo. Guardaba algunos en una valija, pero no tenía ganas de retirarla del depósito y abrirla en público y todo.

Alguien había dejado abandonada una revista en el banco contiguo, así que empecé a hojearla pensando que me haría olvidar, al menos por un rato, al señor Antolini y un millón de otras cosas. Pero el maldito artículo que comencé a leer me hizo sentir mucho peor. Trataba de las hormonas. Describía el aspecto que uno debe tener si le funcionan bien las hormonas y encontré que mi aspecto era muy diferente. Yo me parecía, exactamente, al tipo del artículo con hormonas deficientes. Así que comencé a preocuparme por mis hormonas. Luego leí otro artículo acerca de cómo uno puede saber si tiene cáncer o no. Decía que si uno tiene llagas en la boca que no se curan pronto, es señal de que, probablemente está enfermo de cáncer. Yo ya hacía «dos semanas» que tenía una irritación dentro del labio. Así que pensé que debía tener cáncer. Aquélla sí que era una revista alegre. Por fin, dejé de leer y salí a dar un paseo. Pensé que iba a morir antes de dos meses, porque tenía cáncer. De verdad. Hasta estaba seguro de ello. Y la perspectiva no me alegraba mucho.

Parecía que iba a llover, pero igual salí de paseo. Pensé que tenía que desayunarme. No sentía nada de apetito, pero igual pensé que era necesario que comiera algo. Quiero decir, algo con algunas vitaminas. Así que me dirigí hacia el este, donde están los restaurantes más baratos, porque no quería gastar mucho.

Mientras caminaba pasé al lado de dos tipos que estaban descargando de un camión un gran árbol de Navidad. Uno de ellos le decía al otro:

—¡Levanta más al mal parido! ¡Levántalo, por Cristo!

¡Linda manera de hablar de un árbol de Navidad! Pero, de cierta manera horrible, la cosa no carecía de gracia y empecé a reírme. Fue lo peor que pude haber hecho, pues en cuanto me empecé a reír pensé que iba a vomitar. De verdad. En realidad, hasta empecé a hacerlo, pero me pasó. Todavía no sé por qué. Quiero decir que no había comido nada indigesto y, por lo general, tengo el estómago bastante fuerte. Bueno, conseguí reponerme, y pensé que tal vez me sentiría mejor si comiera algo. Así que entré en un restaurante muy modesto y pedí café con buñuelos. Sólo que no comí los buñuelos. No podía tragarlos bien, La cosa es que cuando uno está muy deprimido por algún motivo, le resulta muy difícil tragar algo. Sin embargo, el mozo fue muy amable. Volvió a llevarse los buñuelos sin cobrármelos. Sólo bebí el café. Luego abandoné el restaurante y, empecé a caminar hacia la Quinta Avenida.

Era lunes, la Navidad estaba muy próxima y todas las tiendas se hallaban abiertas. Así que no resultaba desagradable caminar por la Quinta Avenida. El ambiente era bastante navideño. En todas las esquinas se veía a Santa Claus tocando campanillas y las chicas del Ejército de Salvación, esas que no usan lápiz labial ni nada, también tocaban campanillas. Yo trataba de descubrir a las dos monjas que había conocido el día anterior tomando el desayuno, pero no las vi. Sabía que no iba a verlas, porque me dijeron que habían venido a Nueva York para ser maestras, pero igual las buscaba con la vista. Bueno, de repente, todo me pareció muy navideño. Un millón de niños pequeños andaban por el centro con sus madres, ascendían a ómnibus y los dejaban, y entraban y salían de las tiendas. Hubiese deseado que Phoebe estuviera allí. Ya no es lo suficientemente pequeña para quedarse extasiada en la sección juguetería, pero le gusta corretear y mirar a la gente.

En la penúltima Navidad la llevé de compras conmigo. Se divirtió muchísimo. Creo que fue en Bloomingdale. Fuimos a la sección zapatería y fingimos que Phoebe quería un par de botitas para la lluvia, de esas que tienen como un millón de ojales para abrochar. Casi volvimos loco al pobre vendedor. Phoebe se probó como veinte pares, y el pobre tipo no tuvo más remedio que atarle, todas las veces, una bota hasta arriba. Comprendo que no estaba bien, pero Phoebe se mataba de risa.

Por fin, compramos un par de mocasines que hicimos cargar en cuenta. Sin embargo, el vendedor fue muy amable. Creo que se dio cuenta de que estábamos de broma, porque Phoebe siempre se echa a reír.

Bueno, anduve caminando por la Quinta Avenida sin corbata ni nada. Luego, de repente, empezó a pasarme algo verdaderamente impresionante. Cada vez que llegaba al final de una cuadra y bajaba el maldito cordón, tenía la sensación de que no iba a llegar al otro lado de la calle. Pensaba que iba a empezar a hundirme, hundirme, hundirme, y que nadie volvería a verme. Me llevé un susto que ni siquiera pueden imaginarse. Empecé a sudar como un degenerado y se me empapó la camisa, la ropa interior y todo. Luego comencé a hacer otra cosa. Cada vez que llegaba al final de una cuadra fingía hablar con mi hermano Allie. Le decía: «Allie, no me dejes desaparecer. Allie, no me dejes desaparecer. Allie, no me dejes desaparecer. Por favor, Allie.» Y luego, cuando llegaba al otro lado de la calle sin desaparecer, le daba las gracias. Y la cosa volvía a empezar de nuevo en cuanto llegaba a la próxima esquina. Pero seguía caminando. Creo que temía detenerme, aunque si quieren que les confiese la verdad, no lo recuerdo bien. Sé que no me detuve hasta que pasé el zoológico y todo. Luego me senté en un banco. No lograba normalizar la respiración y todavía estaba sudando como un degenerado. Creo que debo haber estado sentado allí alrededor de una hora. Al fin decidí irme de Nueva York. Decidí no regresar a casa nunca ni volver más a ningún colegio. Decidí ver a Phoebe para despedirme de ella y devolverle el dinero de Navidad que me había prestado, y luego dirigirme al oeste deteniendo autos en la carretera. Pensé ir al túnel Holland para detener a un automovilista y pedirle que me llevara y luego a otro, a otro y a otro, y en pocos días, me encontraría en pleno oeste lindo y soleado. Allí, donde nadie me conocía, conseguiría un

empleo. Pensé que tal vez conseguiría un empleo en alguna estación de servicio, para echar nafta y aceite a los automóviles de la gente. Sin embargo no me importaba la clase de trabajo que fuese. Con tal de no conocer a nadie y de que nadie me conociera. Pensé fingir que era sordomudo. Así no tendría que mantener ninguna estúpida e inútil conversación con nadie. Si alguien quería decirme algo no tendría más remedio que escribirlo en un trozo de papel y mostrármelo. Después de un tiempo se aburrirían de hacerlo, y ya no me vería obligado a mantener conversaciones durante el resto de mi vida. Todos creerían que era un pobre degenerado sordomudo y me dejarían tranquilo. Me permitirían echar nafta y aceite en sus estúpidos autos y me pagarían un sueldo por hacerlo, y con ese dinero construiría una cabaña en alguna parte para pasar en ella el resto de mi vida. La levantaría al borde de los bosques, pero no en su interior, porque querría que fuese muy soleada todo el tiempo. Me haría yo mismo la comida y, más tarde, si deseaba casarme, conocería a una hermosa chica también sordomuda y la desposaría. Vendría a vivir conmigo a la cabaña y cuando quisiera decirme algo, tendría que escribirlo en un cochino pedazo de papel, como todo el mundo. Si teníamos hijos los esconderíamos en alguna parte. Podríamos comprarles un montón de libros y enseñarles nosotros a leer y escribir.

Me puse muy excitado pensando en todas esas cosas, de verdad. Sabía que la parte de fingir que era sordomudo era una locura, pero de todos modos me gustaba pensar en ella. Pero de verdad decidí irme al oeste y todo. Lo único que quería era despedirme de Phoebe. Así que, de pronto, eché a correr como un loco por la calle y fui a una papelería, donde compré papel y lápiz. Pensé escribirle a Phoebe una nota indicándole el lugar donde debíamos encontrarnos, para despedirme de ella y devolverle el dinero de Navidad. Luego llevaría la nota a la escuela y conseguiría que alguien de la oficina del director se la entregara a Phoebe. Pero sólo guardé el lápiz y el papel en el bolsillo y empecé a caminar lo más aprisa posible hacia la escuela: estaba demasiado excitado para escribir la nota en la papelería. Caminaba muy aprisa, porque deseaba que Phoebe recibiera la nota antes de ir a casa para almorzar y ya no me quedaba mucho tiempo.

Sabía, naturalmente, dónde estaba la escuela, porque estudié en ella cuando era chico. Cuando llegué me sentí raro. No estaba seguro de recordar cómo era la escuela por dentro, pero no se me había olvidado. Estaba exactamente lo mismo que cuando yo iba. Tenía el mismo gran patio interior, que siempre estaba un poco oscuro, con las lámparas rodeadas de una jaulita de alambre para protegerlas de los pelotazos. También seguían pintados en el suelo los mismos círculos blancos que servían para algunos juegos. Y seguían ahí los mismos arcos de baloncesto, sin redes... sólo las tablas y los aros.

No se veía a nadie, probablemente, porque todos los alumnos estaban en clase y no había llegado todavía la hora de almorzar. No vi más que a un niño pequeño, un niño negro, camino al cuarto de baño. Del bolsillo trasero del pantalón le salía uno de esos pases de madera, igual a los que nos entregaban a nosotros para indicar que teníamos permiso para ir al cuarto de baño.

Estaba sudando todavía, aunque ya no tanto. Me dirigí a la escalera, tomé asiento en el primer escalón y saqué del bolsillo el papel y el lápiz que había comprado. La escalera olía igual que en mis tiempos. Como si alguien acabara de orinar en ella. Las escaleras de las escuelas, todas huelen así. De todos modos me senté y escribí esta nota:

Querida Phoebe:

«Como ya no puedo esperar hasta el miércoles, es posible que parta hacia el oeste esta misma tarde.

Te esperaré a las doce y cuarto en la puerta del Museo de Arte para despedirme y devolvarte el dinero de Navidad que me prestaste. No gasté mucho.»

Cariños

HOLDEN

La escuela quedaba muy cerca del museo, y ella tenía que pasar por allí, de todas maneras, para ir a comer, así que podría encontrarme sin ningún trastorno.

Luego subí la escalera camino de la oficina del director para entregarle la nota a cualquiera que se ofreciera a llevarla al aula de Phoebe. La doblé como diez veces para que nadie la abriera. En las malditas escuelas no se puede confiar en nadie. Pero me parecía que siendo, como era, hermano de Phoebe, no se opondrían a entregarle a ella la nota.

Con todo, mientras subía las escaleras volví de pronto a sentir ganas de vomitar. Pero fue una falsa alarma. Me senté un segundo y en seguida me sentí mejor. Pero mientras estaba sentado vi algo que me volvió loco. Alguien había escrito en la pared «Te jodo».

Estuve a punto de volverme loco. Pensé cómo Phoebe y todos los otros pequeños lo verían, y cómo se preguntarían qué quería decir hasta que, por fin, algún chiquillo indecente se lo explicaría, y cómo todos se pondrían a pensar, y hasta estarían preocupados por aquello durante un par de días. Sentía ganas de matar al que lo hubiese escrito. Me imaginé que debía haber sido algún vago pervertido que se introdujo furtivamente en la escuela a altas horas de la noche para orinar o algo así, y luego lo escribió en la pared. Me imaginaba a mí mismo sorprendiéndolo y destrozándole la cabeza contra los escalones de piedra hasta dejarlo muerto y ensangrentado. Pero también sabía que, llegado el caso, no iba a tener agallas suficientes para hacerlo. Estaba seguro. Eso me deprimió todavía más. Apenas tuve el valor suficiente para borrarlo de la pared con la mano, si quieren que les confiese la verdad. Temía que algún maestro me sorprendiera borrándolo y pensase que yo lo había escrito. Pero, por fin, lo borré de todos modos. Luego me dirigí a la oficina del director.

El director no estaba, al parecer, pero me atendió una anciana como de cien años que estaba frente a una máquina de escribir. Le dije que era hermano de Phoebe Caulfield, alumna de 4B-1, y le rogué que hiciera el favor de hacer llegar la nota a Phoebe. Le dije que era muy importante, porque mi madre estaba enferma y no podía preparar el almuerzo, así que Phoebe debía encontrarse conmigo para luego ir a comer a un restaurante. La anciana me atendió con suma amabilidad. Tomó la nota y llamó a otra señora que estaba en la oficina contigua, y está última fue a entregarle la nota a Phoebe. Luego, la anciana que tenía alrededor de cien años y yo conversamos un momento. Era muy simpática y le conté cómo todos mis

hermanos y yo habíamos ido a esa misma escuela. Me preguntó a qué colegio iba ahora; le contesté que a Pencey y me dijo que tenía entendido que Pencey era un excelente colegio. Aun de haberlo deseado no hubiese tenido la fuerza suficiente para sacarla de su error. Además, si creía que Pencey era un colegio muy bueno, allá ella. ¡Cómo va uno a tratar de meterle algo nuevo en la cabeza a una persona que tiene alrededor de cien años! Después de un rato me fui. Fue curioso. Me gritó «¡Buena suerte!», lo mismo que el viejo Spencer cuando abandoné Pencey. Dios mío, cómo detesto que alguien me grite «¡Buena suerte!» cuando me voy de algún sitio. Es deprimente. Bajé por otra escalera y vi otro «Te jodo» en la pared. Traté de borrarlo con la mano otra vez, pero estaba tallado con un cuchillo o algún objeto cortante. Imposible hacerlo desaparecer. De todas maneras, era trabajo inútil. Aun disponiendo de un millón de años para hacerlo sería imposible borrar la mitad de las inscripciones «Te jodo» que hay en el mundo.

Miré el reloj del patio de recreo y eran sólo las doce menos veinte, así que tenía mucho tiempo por delante antes de encontrarme con Phoebe. Pero igual me dirigí directamente al museo. No tenía ningún otro lado adonde ir. Pensé que podría entrar en una cabina telefónica para despedirme de Jane Gallagher, antes de iniciar mi viaje al oeste, pero no estaba de humor. Además, todavía no tenía la seguridad de que Jane hubiese llegado a casa para pasar las vacaciones. Así que me dirigí al museo y esperé.

Mientras esperaba en el interior del museo se me acercaron dos niñitos y me preguntaron si sabía dónde estaban las momias. Uno de los chicos, el que me habló, tenía abiertos los pantalones. Se lo hice notar. Así que se los abrochó en el mismo lugar, mientras conversaba conmigo... ni siquiera se molestó en ocultarse detrás de alguna columna ni nada. Aquello me mató. Me hubiese echado a reír, pero no lo hice, pues temí que volvieran a darme ganas de vomitar.

—¿Dónde están las momias, maestro? —repitió el pequeño—. ¿Sabe dónde están?

Traté de divertirme un rato con ellos. —¿Las momias? ¿Y qué son las momias? —le pregunté al pequeño.

—Las momias... los tipos muertos. Esas que entierran en las tumbas y todo.

—¿Cómo es que ustedes dos no están en la escuela?

—Hoy no hay escuela —contestó el chico que llevaba la voz cantante.

Estaba seguro de que el pequeño degenerado me estaba mintiendo, pero como no tenía nada mejor que hacer hasta que llegara Phoebe, los ayudé a encontrar el lugar donde estaban las momias. En un tiempo sabía perfectamente dónde se hallaban, pero hacía años que no visitaba el museo.

—¿A ustedes dos les interesan mucho las momias?

—Sí.

—¿Tu amigo puede hablar?

—No es amigo. Es mi hermano.

—¿Puede hablar? —Miré al que no pronunciaba una palabra—. ¿No sabes hablar? —le pregunté.

—Sé hablar; pero no tengo ganas.

Por fin encontramos el emplazamiento de las momias y entramos.

—¿Sabes cómo enterraban los egipcios a sus muertos? —le pregunté al chico que me había dirigido la palabra en primer término.

—No.

—Pues deberías saberlo. Es muy interesante. Les envolvían la cara con telas tratadas con una sustancia química secreta. Así podían permanecer enterrados en sus tumbas durante miles de años sin que la cara se les descompusiese ni nada. Nadie sabe hacerlo excepto los egipcios. Ni siquiera la ciencia moderna.

Para llegar donde estaban las momias había que bajar por una especie de salón estrecho, que tenía, a uno de los lados piedras traídas de las tumbas de los faraones y todo. Era bastante impresionante y resultaba evidente que los dos personajes que me acompañaban no las tenían todas consigo. No se separaban de mí y el que apenas hablaba, me agarraba, prácticamente, el brazo.

—Vamos —dijo dirigiéndose a su hermano—. Ya las vi. Vamos, oye.

Se dio vuelta y huyó.

—Es un cobardón —dijo el otro—. ¡Adiós! —y se escapó también.

Entonces me quedé solo en la tumba. En cierto modo me gustaba. Estaba tan agradable y tranquila. Luego, de pronto, nunca adivinarán lo que vi en la pared. Otro «Te jodo». Estaba escrito con lápiz colorado o algo por el estilo, justo debajo de la parte de vidrio de la pared, bajo las piedras.

Eso es lo malo, no se puede encontrar un lugar agradable y tranquilo, porque no lo hay. Tal vez crean que lo hay, pero una vez que estén allí, en cuanto se descuiden, alguien escribirá «Te jodo». Hagan la prueba. Creo que si alguna vez me muero y me entierran en un cementerio con una lápida y todo, que diga «Holden Caulfield» y los años en que nací y morí, debajo de todo escribirán: «Te jodo». Estoy segurísimo.

Después que salí del lugar donde estaban las momias me vi obligado a ir al baño. Si quieren que les confiese la verdad, tenía diarrea. El episodio de la diarrea no me hubiese importado mayormente, pero me sucedió otra cosa. Cuando salía del baño y antes de llegar a la puerta, me desmayé. Tuve suerte, es decir, muy bien pude haberme matado contra el piso, pero caí de costado. Pero luego que recobré el conocimiento me sentí mejor. Me dolía el brazo sobre el que caí, pero ya no me sentía tan mareado.

Para entonces eran alrededor de las doce y diez, así que fui a la puerta a esperar a Phoebe. Pensé que era la última vez que la vería. Quiero decir, a ella y a todos mis parientes. Pensé que tal vez volvería a verlos alguna vez, pero no antes de que pasaran muchos años. Se me ocurrió que podría volver a casa cuando tuviera alrededor de treinta y cinco años, si alguien se enfermaba y deseaba verme antes de morir; pero eso sería lo único que me haría abandonar mi cabaña. Hasta traté de imaginarme cómo sería la escena cuando regresara. Sabía que mi madre se iba a poner más nerviosa que el demonio y que se echaría a llorar y me rogaría que me quedara en casa y no volviera a mi cabaña, pero no le haría caso. Entonces trataría de que se calmara, me dirigiría al otro extremo del *living* y sacaría de la caja un cigarrillo que encendería con frialdad glacial. Les diría a todos que podían ir a visitarme cuando se les antojara, pero no insistiría ni nada. Pero le permitiría a Phoebe que viniese a visitarme por el verano y durante las vacaciones de Navidad y Pascua. Y también le permitiría a D. B. venir a visitarme durante un tiempo, si deseaba un lugar tranquilo y hermoso para escribir; pero en mi cabaña no podría escribir películas, solamente cuentos

y libros, implantaría la regla de que nadie podía hacer nada falso mientras estuviera en mi cabaña. Si alguien trataba de hacer algo falso no le permitiría quedarse.

De pronto miré el reloj: era la una menos veinticinco. Empecé a temer que tal vez la anciana de la escuela le hubiese dicho a la otra señora que no le entregara la nota a Phoebe. Empecé a temer que le hubiese ordenado que la quemara o algo por el estilo. De verdad me asusté mucho. Sentía muchos deseos de ver a Phoebe antes de partir. Además, tenía en mi poder todo su dinero de Navidad.

Por fin la vi. La vi a través de la parte de vidrio de la puerta. La vi porque tenía puesta mi absurda gorra de caza... gorra que era visible a diez kilómetros de distancia.

Empecé a bajar los escalones de piedra para ir a su encuentro. Pero no podía comprender para qué traía Phoebe aquella gran valija. Estaba cruzando la Quinta Avenida, arrastrando la condenada valija. Apenas podía con ella. Cuando me acerqué vi que era mi valija vieja, la que usaba cuando iba a Whooton. No comprendía lo que mi hermanita estaba haciendo con ella.

—¡Hola! —me dijo Phoebe cuando se acercó. Estaba sin aliento, debido al esfuerzo que tenía que hacer para llevar la valija.

—Creí que a lo mejor no venías —le dije—. ¿Qué demonios traes en la valija? No necesito nada. Voy a marcharme con lo puesto. Ni siquiera pienso llevar las valijas que tengo depositadas en la estación. ¿Qué diablos traes ahí?

—Mi ropa —contestó dejando la valija en el suelo—. Me voy contigo. ¿Me dejarás? ¿No es cierto?

—¿Qué? —dije. Estuve a punto de caerme de espaldas al oír aquello. Lo juro por Dios. Me sentía un poco mareado y creí que iba a volver a desmayarme.

—Bajé por el ascensor de atrás para que no me viera Charlene. La valija no es muy pesada. No traigo en ella más que dos vestidos, los mocasines, ropa interior, medias y otras cositas. Levántala. No pesa nada. Levántala aunque no sea más que una vez... ¿Puedo ir contigo, Holden? «Por favor».

—No. Cállate.

Pensé que iba a volver a desmayarme. No quería hablarle con tanta rudeza, pero me pareció que iba a perder de nuevo el sentido.

—¿Por qué no puedo? «Por favor», Holden, no haré nada, solamente iré contigo. Ni siquiera llevaré mi ropa si tú no quieres... llevaré únicamente mi...

—No llevarás nada, porque no vendrás. Me iré solo. Así que cállate de una vez.

—Por favor, Holden. Déjame ir. Seré muy, muy, muy... Ni siquiera...

—No vendrás. Y ahora haz el favor de callarte. Dame esa valija —dije. Le quité la valija. Hasta estuve a punto de pegarle. Durante un instante me pareció que iba a pegarle. De verdad.

Phoebe empezó a llorar.

—Creí que tenías que trabajar en una obra de teatro de la escuela y todo. Creí que tenías que hacer el papel de Benedict Arnold —le dije. Se lo dije de muy mal modo—. ¿Qué es lo que andas buscando? ¿No tomar parte en la obra? ¡Por el amor de Dios!

Estas palabras la hicieron llorar más todavía. Estaba contento. De repente deseé que Phoebe llorase hasta que, prácticamente, se le cayeran los ojos. Creo que le tenía rabia, sobre todo porque no podría tomar parte en la pieza si se venía conmigo.

—Ven —le dije. Empecé a subir de nuevo los escalones del museo. Pensé que lo mejor era depositar la absurda valija que Phoebe había traído en el depósito y volver a retirarla a las tres, después de la escuela. Sabía que ella no podía llevarla a la escuela.

—Vamos, ven —dije.

Sin embargo, no subió los escalones detrás de mí. No quería acompañarme. No obstante, fui al depósito, dejé la valija y luego volví a bajar. Phoebe estaba todavía inmóvil en la acera, pero me dio la espalda cuando me acerqué. Es una cosa que suele hacer con frecuencia.

—No pienso irme a ninguna parte. Cambié de idea. Así que cállate y deja de llorar de una vez —dije.

Lo gracioso era que ella ya no lloraba cuando se lo dije. Pero se lo dije igual.

—Vamos, ven. Te acompañaré a la escuela. Vamos. Llegarás tarde.

Pero no me contestó ni nada. Traté de tomarla de la mano, pero no me lo permitió. Cada vez que me acercaba se daba vuelta.

—¿Almorzaste? ¿Almorzaste ya? —le pregunté.

No me contestó. Lo único que hizo fue quitarse la gorra de caza, la que yo le había regalado, y tirármela a la cara. Luego volvió a darme la espalda. Aquello casi me mató, pero no dije una sola palabra. Me limité a recoger la gorra y guardarla en el bolsillo del abrigo.

—Vamos, ven. Te acompañaré a la escuela —dije.

—No pienso volver a la escuela.

Cuando me dijo eso no supe qué contestarle. Permanecí indeciso un par de minutos.

—«Tienes» que volver a la escuela. Quieres trabajar en esa obra, ¿verdad? Quieres hacer el papel de Benedic Arnold, ¿no es cierto?

—No.

—Claro que quieres. Bueno, ahora ven conmigo —dije—. En primer lugar, ya te dije que no pienso irme a ninguna parte. Volveré a casa. Volveré a casa en cuanto te deje en el colegio. Iré primero a la estación a retirar las valijas, y luego pienso ir directamente...

—He dicho que no volveré a la escuela. Tú puedes hacer lo que te dé la gana, pero yo no volveré a la escuela —me dijo—. Así que cállate.

Era la primera vez que me decía que me callase y me pareció terrible. Me causó peor efecto que si Phoebe hubiese pronunciado una mala palabra. Además, todavía no me miraba y cada vez que intentaba ponerle la mano en el hombro o algo parecido, no me lo permitía.

—¿Oye, quieres que vayamos a dar un paseo? —le pregunté—. ¿Quieres que vayamos al zoológico? Si te llevo a dar un paseo en vez de obligarte a volver a la escuela, ¿te dejarás de todas estas tonterías?

Como no me contestó nada se lo dije de nuevo.

—Si te permito hacerte la rabona esta tarde y te llevo a dar un paseo, ¿te dejarás de todas estas tonterías? ¿Volverás mañana a la escuela como una buena chica?

—Puede que sí y puede que no —repuso. Luego echó a correr como una flecha a través de la calle, sin mirar siquiera si venía algún auto. A veces se pone como loca.

Sin embargo no la seguí. Sabía que vendría detrás de mí, así que empecé a caminar hacia el zoológico por el lado del parque mientras ella se puso en marcha por el otro lado de la calle. Continuaba fingiendo no mirarme, pero estaba seguro de que lo hacía con el rabillo del ojo. Bueno, caminamos en esa forma todo el trayecto hasta el zoológico. Lo único que me preocupó fue la aparición de un ómnibus con imperial, pues me impidió verla durante unos instantes. Pero cuando llegamos al zoológico le grité:

—¡Phoebe! ¡Voy a entrar al zoológico! ¡Ven conmigo!

No me miró, pero estaba seguro de que me había oído, y cuando empecé a bajar los escalones del zoológico me di vuelta y vi que ella estaba cruzando la calle, para seguirme y todo.

No había mucha gente en el zoológico, porque el día era bastante malo, pero se veían algunas personas alrededor de la piscina de los leones marinos y todo. Me disponía a seguir, pero Phoebe se detuvo, como si tuviera interés en ver cómo comían los leones marinos —un tipo les estaba arrojando pescados—, así que me detuve. Pensé que era una buena oportunidad para hacer las paces con ella. Me acerqué a ella y le coloqué las manos sobre los hombros, pero dobló las rodillas y se zafó. Permaneció allí mientras les daban de comer a los leones marinos y yo continué detrás de ella. No volví a ponerle las manos sobre los hombros ni nada, porque si lo hubiese hecho estoy seguro de que me hubiera pegado.

Los chicos son graciosos. Con ellos hay que tener mucho cuidado con lo que se hace.

Cuando nos alejamos de la piscina de los leones marinos, Phoebe no caminaba todavía a mi lado, pero no iba muy lejos. Caminaba por un lado de la acera mientras yo lo hacía por el otro. No era gran cosa, pero sí mejor que si lo hiciera a un kilómetro de distancia, como antes. Fuimos un rato a ver los osos que están sobre una lomita, pero no había mucho que ver. Únicamente el oso polar estaba afuera. El otro, el pardo, estaba metido en su maldita cueva y no quería salir. Sólo se le veía la cola. Había un chico a mi lado con un sombrero de vaquero prácticamente metido hasta las orejas, que le decía continuamente a su padre.

—Oblígalo a salir, padre. Oblígalo a salir.

Miré a Phoebe, pero no se reía. Ya saben cómo son los chicos cuando están enojados con uno.

No se ríen ni nada.

Después que nos apartamos de los osos, abandonamos el zoológico y cruzamos una callejuela del parque, y luego penetramos en uno de esos pequeños túneles que siempre huelen como si alguien acabara de orinar. Era camino del tiovivo. Phoebe todavía no me hablaba ni nada, pero ya caminaba a mi lado. Quise tomarla del cinturón de la chaqueta, pero no me lo permitió. Me dijo:

—Hazme el favor de tener las manos quietas.

Seguía enojada conmigo. Pero ya no tanto como antes. De todos modos nos íbamos acercando al tiovivo y ya se oía la música que siempre toca. Estaba tocando «¡Oh, Marie!» Tocaba la misma pieza que cuando yo era pequeño, hace más de cincuenta años. Lo lindo que tienen los tiovivos es que siempre tocan las mismas piezas.

—Creí que el tiovivo estaba cerrado en invierno —me dijo Phoebe. Era prácticamente la primera vez que me dirigía la palabra. Debía haber olvidado, probablemente, que estaba enojada conmigo.

—Debe ser porque estamos en Navidad —dije.

No volvió a decir nada. Debió recordar que estaba enojada conmigo.

—¿Quieres dar una vuelta en el tiovivo? —le pregunté. Sabía que, probablemente, querría hacerlo. Cuando era muy pequeñita y Allie, D. B. y yo la llevábamos al parque, estaba loca con el tiovivo. Era imposible hacerla salir del condenado aparato.

—Soy demasiado grande —me dijo. Creí que no iba a contestarme siquiera, pero me equivoqué.

—No, no lo eres. ¿Por qué no vas? Te esperaré aquí. ¿Por qué no vas? —le dije. Habíamos llegado al tiovivo. Había algunos niños en él, la mayor parte muy pequeños y algunos padres esperándolos afuera, sentados en los bancos. Fui a la ventanilla donde vendían los boletos y saqué uno para Phoebe. Luego se lo entregué.

—Toma —le dije—. Espera un momento..., voy a darte también el resto de tu dinero.

Me dispuse a devolverle el dinero que me había prestado.

—Guárdalo. Guárdamelo —dijo. Luego agregó apresuradamente—: Por favor.

Es deprimente que alguien le diga a uno «por favor». Quiero decir, si se trata de alguien como Phoebe. Aquello me deprimió de una manera tremenda. Pero volví a guardar el dinero en el bolsillo.

—¿No vas a acompañarme? —me preguntó. Me estaba mirando de una manera extraña. Era evidente que ya no estaba enojada conmigo.

—Tal vez lo haga la próxima vuelta. Ahora me conformaré con mirarte —dije—. ¿Tienes el boleto?

—Sí.

—Bueno, anda entonces... Te esperaré en este banco.

Me senté en aquel banco y ella fue y entró en el tiovivo. Dio una vuelta alrededor. Luego se sentó en un gran caballo castaño, viejo y baqueteado. El tiovivo empezó a girar, y la miré dar vueltas y más vueltas. Había solamente cinco o seis niños más y el tiovivo tocaba «Hay humo en tus ojos». Lo tocaba de una manera muy sincopada y curiosa. Todos los niños, incluso Phoebe, trataban de agarrar la sortija dorada, y yo medio temía que se fuese a caer del condenado caballo, pero no hice ni dije nada. Cuando los niños quieren agarrar la sortija dorada, hay que dejarlos y no decirles nada. Si se caen que se caigan, pero es malo decirles algo.

Cuando terminó la vuelta Phoebe abandonó el caballo y se acercó.

—Esta vez tienes que acompañarme —dijo.

—No, me contentaré con mirarte. Creo que voy a contentarme con mirarte —dije. Le di plata—. Toma. Saca más boletos.

Aceptó el dinero.

—Ya no estoy enojada contigo —dijo.

—Lo sé. Apúrate... va a empezar otra vuelta.

Entonces, sorpresivamente, me dio un beso. Luego estiró la mano y dijo:

—Está lloviendo. Está empezando a llover.

—Lo sé.

Luego hizo algo que casi me mató. Metió la mano en el bolsillo de mi abrigo, sacó mi gorra de caza roja y me la puso en la cabeza.

—¿No la quieres? —le pregunté.

—La quiero, pero puedes ponértela un ratito.

—Bueno, ahora apúrate. Vas a perder la vuelta. No vas a encontrar tu caballo ni nada.

Sin embargo, continuó a mi lado.

—¿Hablaste en serio? ¿Es cierto que no piensas irte a ninguna parte? ¿De veras vas a ir a casa después? —me preguntó.

—Sí —contesté. Y era verdad. No le estaba mintiendo. De verdad me fui a casa después.

—Ahora, apúrate —dije—. Va a empezar la vuelta.

Echó a correr, sacó un boleto, y llegó al condenado tiovivo justo a tiempo. Luego dio una vuelta alrededor hasta que encontró su caballo. Se subió a él. Me saludó con la mano y le devolví el saludo en la misma forma.

¡Cómo empezó a llover! A baldes. Los padres y todo el mundo corrieron a guarecerse bajo el techo del tiovivo, para no calarse hasta los huesos ni nada, pero yo continué largo rato en el banco. Me mojé mucho, sobre todo el cuello y los pantalones. La gorra de caza me protegió bastante, en cierta forma, pero igual me calé. Sin embargo, no me importaba. De pronto sentí una felicidad tan grande al ver cómo giraba y giraba Phoebe. Estuve en un tris de ponerme a gritar. Si quieren que les confiese la verdad, en mi vida me había sentido más feliz. No sé por qué. Es que Phoebe estaba tan linda girando y girando con su chaquetita azul y todo. Dios mío, cómo me hubiese gustado que ustedes hubiesen estado allí.

XXVI

Eso es todo lo que voy a contar. Podría, quizás, contarles lo que hice después de volver a casa, cómo me enfermé y todo, y a qué colegio voy a ir este otoño cuando salga de aquí, pero no tengo humor para hacerlo. De verdad. En realidad, ahora todas esas cosas han dejado ya de interesarme.

Mucha gente, sobre todo ese psicoanalista que tienen aquí, insiste en preguntarme si pienso aplicarme más cuando vuelva al colegio en setiembre. Opino que se trata de una pregunta sumamente estúpida. Quiero decir, ¿cómo es posible saber anticipadamente lo que uno va a hacer más adelante? Uno puede pensar que va a hacer algo, ¿pero cómo puede tener la seguridad? Juro que es una pregunta estúpida.

D. B. no se pone tan pesado como los demás, pero también me hace un montón de preguntas. Vino a verme el sábado con esa inglesita que trabaja en la película cuyo guión él está escribiendo. Me resultó bastante afectada y artificial, pero la encontré muy linda. Bueno, aprovechando un momento en que ella se fue al baño de señoras, que queda en la otra ala del edificio, D. B. me preguntó qué pensaba de todo esto que acabo de contarles. No sabía qué diablo contestarle. Si quieren que les confiese la verdad, ni siquiera sé lo que pienso. Siento habérselo contado a tanta gente. Lo único que sé es que, en cierta forma, echo de menos a todas las personas de que hablé; por ejemplo, hasta a Stradlater y Ackley. Y hasta creo que echo de menos al maldito Maurice. Es algo curioso. No le vayan a contar nada a nadie. Si lo hacen en seguida empezarán a echar de menos a todo el mundo.

FIN